

**Clásicos Tabasqueños**  
*Biblioteca Universitaria de Literatura*



**Paludismo**  
o la revolución en la selva  
(novela de tierra caliente de México)

**Bernardino Mena Brito**

ULTA, DGB

**Universidad Juárez Autónoma de Tabasco**







# Paludismo

o la revolución en la selva

**Bernardino Mena Brito**

# **Universidad Juárez Autónoma de Tabasco**



**Dr. Jorge Abdo Francis**  
Rector

## **Clásicos Tabasqueños**

**Coordinadores**

**Lilia H. Maldonado García  
Yara S. Camacho Hernández  
Jorge Luis Capdepont Ballina  
Miguel Ángel Díaz Perera  
Pablo Marín Olán**

**Colaboradora**

**Tania María Arias de la Fuente**

**Universidad Juárez Autónoma de Tabasco**

*Serie Clásicos Tabasqueños*

**Biblioteca Universitaria de Literatura**

# Paludismo

**o la revolución en la selva**

(Novela de tierra caliente de México)

**Bernardino Mena Brito**

**Prólogo de Álvaro Ruiz Abreu**

1ª edición, Editorial Botas, 1940.

3ª edición, Editores Mexicanos Unidos, 1970.

1ª edición en Biblioteca Universitaria de Literatura  
Clásicos Tabasqueños, julio de 2001.

La presente edición es propiedad de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Impreso en México

ISBN: 968-7991-41-0

Impreso en los Talleres Gráficos de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco,  
Avenida Universidad s/n, Zona de la Cultura, Villahermosa, Tabasco.

# Índice

|                                                                      |            |
|----------------------------------------------------------------------|------------|
| <b>Advertencia.....</b>                                              | <b>I</b>   |
| <b>Prólogo: Lenguaje, tradición y novela. Álvaro Ruiz Abreu.....</b> | <b>III</b> |
| <b>Dedicatoria.....</b>                                              | <b>3</b>   |
| <b>Los capítulos de este libro.....</b>                              | <b>4</b>   |
| <b><i>La selva.....</i></b>                                          | <b>5</b>   |
| <i>El jato de las víboras que matan.....</i>                         | 5          |
| <i>En tierra de chicleros.....</i>                                   | 8          |
| <i>El Akalché de los tintales.....</i>                               | 10         |
| <i>Don Pablo Gámez.....</i>                                          | 13         |
| <i>En el jato de los bofos.....</i>                                  | 15         |
| <i>Un caballero de la Universidad de Oxford en la selva.....</i>     | 17         |
| <i>El maya que habla con los animales.....</i>                       | 20         |
| <i>Cómo se hacen gobernadores.....</i>                               | 22         |
| <i>La sed.....</i>                                                   | 25         |
| <i>El incendio.....</i>                                              | 28         |
| <i>Las tembladeras.....</i>                                          | 30         |
| <i>La inundación.....</i>                                            | 32         |
| <i>El día que comí mono.....</i>                                     | 33         |
| <i>La parálisis.....</i>                                             | 35         |
| <i>Cómo se curó mi parálisis.....</i>                                | 37         |
| <i>La ciencia de los mayas.....</i>                                  | 39         |
| <i>La desintegración y el arte maya.....</i>                         | 43         |
| <i>El origen de la ciencia maya.....</i>                             | 47         |
| <i>La rebelión de los muertos.....</i>                               | 48         |
| <i>José Preve.....</i>                                               | 50         |
| <i>La deserción del maya.....</i>                                    | 51         |
| <i>La muerte del maya.....</i>                                       | 52         |
| <i>La derrota de los ingleses.....</i>                               | 53         |
| <i>Otra vez en la cárcel del Petén.....</i>                          | 54         |
| <i>Cómo salí del Petén.....</i>                                      | 56         |
| <i>Haciendo de médico rural.....</i>                                 | 58         |
| <i>El milagro de la virgen.....</i>                                  | 60         |

|                                             |                |
|---------------------------------------------|----------------|
| <b><i>Las ciudades.....</i></b>             | <b>63</b>      |
| <i>Guatemala.....</i>                       | 63             |
| <i>Desmembrando la patria.....</i>          | 67             |
| <i>Nueva Orleans.....</i>                   | 70             |
| <br><b><i>La costa.....</i></b>             | <br><b>74</b>  |
| <i>En la barra de Santa Ana.....</i>        | 74             |
| <i>Asesinato frustrado.....</i>             | 76             |
| <i>La laguna de La Machona.....</i>         | 77             |
| <i>El campamento del general Green.....</i> | 79             |
| <i>El combate de Paraíso.....</i>           | 80             |
| <i>Las prisioneras.....</i>                 | 84             |
| <i>Un abogado del mundo.....</i>            | 87             |
| <i>La noche de San Juan.....</i>            | 91             |
| <i>Una velada diurna.....</i>               | 95             |
| <i>El banquete.....</i>                     | 98             |
| <br><b><i>Epílogo.....</i></b>              | <br><b>103</b> |
| <i>Último ataque de malaria.....</i>        | 103            |

---

# Advertencia

Esta publicación se basa en la tercera edición de *Paludismo: o la Revolución en la selva*, publicada por Editores Mexicanos Unidos S. A., en 1970, cuyos derechos están reservados por el autor, Bernardino Mena Brito. La inclusión de esta obra dentro de la *Serie Clásicos Tabasqueños* en la *Colección Biblioteca Universitaria de Literatura*, que edita la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, ha sido con el consentimiento de sus sobrinos María Mena-Brito de Pedroza y Bernardino Mena-Brito de Alba, quienes amablemente accedieron a su publicación.

Los títulos y subtítulos se escriben en mayúsculas y minúsculas, en vez de todas mayúsculas como aparecen en la tercera edición. Se sustituyeron las cartas comentarios Crítica Internacional, Crítica Nacional y Crítica Tabasqueña de la edición de origen por un prólogo.

Para indicar que se cambió la primera letra mayúscula por una minúscula en algunas palabras, o toda la frase en mayúsculas por minúsculas se utiliza una letra "a" en superíndice (<sup>a</sup>). Y para señalar que se hizo alguna corrección ortográfica se utiliza una letra "b" en superíndice (<sup>b</sup>).

Los errores en que pueda incurrir esta obra son de exclusiva responsabilidad nuestra, por lo cual exceptuamos al autor y a la edición de origen, de ellos. Asimismo, las pequeñas modificaciones que sufre esta publicación en comparación con la tercera (ya antes mencionada), no alteran de ninguna manera el sentido de las palabras o frases ni el contenido de la obra en general, los cambios han sido con estricto respeto, basados en reglas ortográficas actuales y mera cuestión estética.

La Universidad Juárez Autónoma de Tabasco agradece el noble gesto de la familia de este querido escritor de origen yucateco, y que tanto amor prodigó a esta tierra, por ello el homenaje que se le rinde, al ser la primer obra publicada en esta colección.



---

# Prólogo

## Lenguaje, tradición y novela

### I

#### La novela de Mena Brito

*Paludismo* fue publicada en 1940, justo el año en que oficialmente se ha declarado como el de la muerte del criollismo. En ese tiempo empezaron a aparecer las novelas del uruguayo Juan Carlos Onetti, *El pozo* (1939) y *Tierra de nadie* (1941). Y un poco antes apareció en el escenario cultural de Buenos Aires la revista *Sur* (fundada en 1930), que durante esa década publicaría a escritores jóvenes como Borges, Silvina Ocampo, Bioy Casares. En México, sin embargo, el tema que parecía inacabado era el de la Revolución Mexicana, y no obstante los brotes vanguardistas, y el deseo de que la literatura adoptara formas menos realistas, se siguió cultivando el criollismo en los años cuarenta y cincuenta. Fueron décadas en que se libró una batalla entre el arte como compromiso, atado a la naturaleza americana, y otro que pretendía romper con la tradición, servirse de ella y emprender el vuelo de la modernidad.

En las páginas de las novelas de los años cuarenta seguía apareciendo, a pesar del empuje de los jóvenes que buscaban otras formas de definir su arte narrativo, como protagonista el indio y su triste destino, la tierra y la selva, el campesino y otros estereotipos que usaron los escritores para escuchar la voz de la historia de América Latina.

Entre 1920 y 1930 predominó en la literatura la búsqueda de otra realidad<sup>1</sup>, que muchos escritores hallaron en el lugar donde habían nacido. Gracias a la prosa de José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y tantos más, se estimuló y fue posible llegar al boom de los años sesenta. Gracias a los criollistas, hubo un renacimiento de las letras hispanoamericanas. El auge de la novela nacionalista fue algo sin precedentes entre 1920 y 1945. La intención era retratar una realidad en movimiento que ofrecía un expediente amplio y variado de expectativas para la novela, el cuento y las artes plásticas. Se escribía con el ansia de descubrir “lo americano”, describiendo la naturaleza bárbara, la conducta trágica y extrema del hombre del campo. “El impulso primordial de estas obras provino de la ansiedad de los autores de conocerse a sí mismos a través de su tierra. La Primera Guerra Mundial destruyó la ilusión de los modernistas de que Europa representaba la cultura frente a la barbarie americana”.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Véase Ramón Xirau, “Crisis del realismo”, en *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 4ª edición, 1997.

<sup>2</sup> Véase S. Menton, *El cuento hispanoamericano*, México, 4ª edición, Fondo de Cultura Económica, 1991, pág. 217.

---

La historia reciente fue el gran motivo de la novela de la Revolución Mexicana. *Paludismo* no es sólo novela criollista, relato de la Revolución mexicana, sino “novela de la selva”, en la que se exalta a la naturaleza explosiva e inmensa contra la cual los hombres y su alma languidecen. Su espacio es el sureste mexicano, aquella selva de las tierras bajas, una zona de por sí olvidada, en la que el aislamiento fue natural y siempre fue tierra de cultivo de caciques, terratenientes, grandes hacendados. Hombres poderosos para los que fue cosa providencial la explotación del campesino de manera indiscriminada y casi salvaje.

Crónica de una lucha, también es el drama de quienes la hicieron en mitad de la selva que quiere decir en mitad del desamparo, el riesgo y la soledad. *Paludismo* es un relato que, siguiendo el ejemplo de otros que generó la Revolución Mexicana (1910-1917), el narrador es un testigo presencial de los hechos y no lo oculta. Mena Brito participa junto al lector en el desciframiento de los signos que produce la guerra, el hambre, la muerte. Huir como un fugitivo parece el asunto que centra y diversifica al mismo tiempo esta historia en la que nada permanece.

El autor parecía empeñado en definir su obra como un testimonio fiel a los hechos descritos. Lo dice claramente una reseña de 1940, “Mena Brito clude las metáforas, deja a la deriva el lenguaje figurado y sólo nos va dando” con palabras sencillas una visión de la Revolución Mexicana. La novela que se escribió en esos años todavía era testimonial: la constatación de un laberinto en que sólo imperaba la ley de la selva. Preocupado porque su testimonio se tome al pie de la letra y sirva para comprender que el carácter sanguinario y bestial de la violencia es estéril, el autor echa su mirada implacable sobre la Revolución. Pero no solamente detiene ahí su mirada: quiere persuadir al lector de entonces y del futuro de que la Revolución Mexicana perdió su sentido histórico, olvidó el carácter social y político que la impulsaba, y degeneró en una amarga pesadilla. Para el escritor de la novela de la Revolución Mexicana el caos no conducía más que al caos, y esta tautología se volvió escepticismo agudo, desilusión al comprobar que el “hombre nuevo” por el que un pueblo se había levantado en armas era sólo una utopía.

## II

### El ejemplo de Azuela

En su texto “clásico”, *Los de abajo*, Mariano Azuela dejó un testimonio casi inigualable de la confusión que sembró en la mente colectiva la violencia. Demetrio Macías y sus hombres no nacieron para entender y asimilar que la violencia revolucionaria debía ir dirigida hacia objetivos sociales muy precisos. A ellos, como los que desfilan por la historia de *Paludismo*, los domina la violencia y no son capaces de racionalizarla. Por tanto, el estado de anarquía social y política que ven en sus pueblos, sus ciudades y sus tierras, les sirve de pretexto para hacerse cómplices del caos. Son seres sin voluntad, a los que uniforma el mismo impulso sin medida hacia el enemigo (el patrón, el hacendado, el catrín, el exporfirista), que se traduce en impotencia. Saben que son respetados porque hablan el lenguaje de su pistola, y al mismo tiempo saben que no va a ser suficiente este valor para remediar sus carencias materiales y morales.

---

Después de enterrado el modernismo, aunque es evidente que seguía latiendo en las venas abiertas de la literatura y el arte de América Latina, se gestó un regreso a los orígenes, una vuelta al pasado para entresacar de ahí la identidad en fuga de los americanos. La fuerza del criollismo se encuentra no sólo en sus contenidos sociales, antropológicos, sino en la manera como usó el lenguaje. Había que quitarle a la oración sus adornos, dejar a la expresión limpia de metáforas. Si en el nivel ideológico se pedía limpieza de sangre, en el plano literario una depuración del lenguaje que debía dejar atrás su tendencia subjetiva, simbólica, tratando de identificar el mundo designado con el signo. La realidad hizo un llamado a las palabras, y éstas fueron utilizadas por los escritores para retratar a la sociedad hispanoamericana.

El lenguaje que usó esta literatura fue una mezcla de lengua culta y lengua popular, de palabra oral y de palabra escrita. El resultado fue el relato que pretendía ser autóctono y lo era de hecho no obstante que en esa empresa pasara por alto su sentido estético, su vocación poética. A través de ese lenguaje se quería impulsar una filosofía de “lo americano”, una expresión escrita propia, un arte de las “mayorías”, y lo adoptaron poetas, músicos, pintores, intelectuales, periodistas, escritores, de diversas tendencias y nacionalidades y credos.<sup>3</sup> El impulso común era crear a través de nuestro propio lenguaje una nueva filosofía, una literatura de “acá”, un arte propio que no siguiera el modelo europeo. Mena Brito estructura su relato a través de un narrador que es él mismo, que cuenta los “hechos” no como los ve sino como le hubieran gustado que fueran. En este sentido, la realidad mostrada se hace subjetiva, no la revela en sus fracturas y sus ecos, tampoco siembra imágenes de la selva y sus latidos. Le interesa ante todo, como en la novela naturalista de la que se siente heredero, ofrecer un mensaje positivo que se entresaca de la oposición bueno y malo. Su texto por tanto es el resultado de una lección de solidaridad revolucionaria, en el que triunfa siempre la moral por encima de todas las calamidades.

Escribe de manera escueta, y su vocabulario es más que nada un inventario vasto y diverso de la selva. Más que poesía en *Paludismo*, como en tantas otras novelas de la época en México y América Latina, hallamos el ideario del autor. Mena Brito sueña establecer algún día un México humilde, honrado, rural, ajeno a la vanidad —el opio de las civilizaciones— y la arrogancia. Por eso el grupo de hombres perdido en la selva parece alumbrado con la luz de la justicia. Mena reflexiona: “Aquellos pocos hombres tirados en el suelo, eran la representación de una idea, la forma física de un deseo de mejoramiento social, una pequeña fuerza que el destino no había querido destruir”.<sup>4</sup>

### III

## Muerte en la selva

Después de haberse incorporado a las fuerzas revolucionarias en Campeche, en 1913, Mena Brito recibe la orden de llevar la Revolución al vecino estado de Tabasco.

---

<sup>3</sup> Véase mi ensayo, “La búsqueda de otra realidad”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 27, Universidad Complutense de Madrid, 1998.

<sup>4</sup> Bernardino Mena Brito, *Paludismo (o la Revolución en la selva)*, 3ª edición, Editores Mexicanos Unidos, 1970. Cito de esta edición.

---

Antes se ve obligado a huir a Guatemala, donde es detenido por órdenes del dictador Estrada Cabrera. Por fortuna, pronto queda en libertad. Al evocar años más tarde aquellas aventuras, Mena Brito recuerda que la ciudad de México no era más que un polvorín de intereses mezquinos, una sociedad acomodada incapaz de mirar hacia los sitios olvidados del país en los que todavía reina la miseria en estado puro, el atraso.

La Revolución Mexicana fue intensa en el norte; del lejano norte bajó en los mismos ferrocarriles que unieron al país en sus épocas de paz. Pero en el apartado sureste mexicano pasó desapercibida, más como relámpago que como una fuerza organizada que debía encarar y suprimir el *ancien régime*. Los estados de Yucatán, Campeche y Tabasco, vivieron por supuesto la revolución maderista, el ascenso del usurpador Huerta, y la revolución que encabezó Carranza, pero de manera menos significativa si la comparamos con el norte. La Revolución Mexicana bajó del norte y la ganaron concretamente los caudillos sonorenses: Carranza, Obregón, Calles, De la Huerta. La novela a que dio pie el movimiento armado también tuvo como escenario esa región: *Los de abajo* de Mariano Azuela, *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, los textos de Nellie Campobello, Rafael F. Muñoz, y de tantos escritores más confirman esta tesis.

Creo que una de las mayores hazañas de Mena Brito es haber puesto al día la acción revolucionaria en esa zona, donde la selva, los ríos, los pantanos, la insalubridad extendida en la población y en las ciudades, fueron también protagonistas de la violencia. La Revolución que encabezó don Venustiano Carranza fue una sacudida social que llegó a casi todos los rincones del país: era la última carta que jugaba la voluntad popular dirigida por sus caudillos para vencer a Huerta. Este momento es el que tomó Mena Brito para llevar al lector no al centro de la Revolución Mexicana que se decidía en Celaya, en Zacatecas o Torreón, sino a sus márgenes.

Esta es por tanto la historia de una revolución marginal, que se lleva a cabo en la periferia del poder y de la metrópoli. Y en esas orillas de la desigualdad en las que el desarrollo todavía era algo lejano, el autor traza un drama entre el deseo de cambio social y político y la barbarie vislumbrada en la selva. Mena Brito caminó por esos caminos olvidados de Dios, vio pueblos sumidos en el lodo, hombres y mujeres sometidos todavía a la voluntad del patrón. La esclavitud en pleno siglo XX, no subvertida por la metralla. Presenció esos cuadros de dolor y abandono que describió más como sujetos de la historia que como personajes de una novela.

La Revolución que nos entrega Mena Brito es más que una lucha organizada que persigue objetivos precisos, un martirio para quienes tuvieron que hacerla. Es un suplicio para estos hombres a los que la selva va devorando y obligando a vivir en pesadilla. Mena Brito afirma que las armas y el dinero sobran, pero faltaba lo básico: disciplina y una moral que los levantara del pantano. Fue testigo y actor de la "tragedia" llamada Revolución Mexicana. En esta literatura siempre se intentó dar una definición de la Revolución, y la ofrece el Maya para quien la revolución es quitar a un gobierno y poner otro. O bien es un cambio. Para Mena Brito es el resultado de las grandes desigualdades sociales, el punto crítico de la injusticia. Un estallido que busca hacer luz entre los hombres. El narrador le dice al Maya, tú mismo eres un producto de la revolución; eres, como los seres de nuestra raza, enemigo de la guerra. El resumen es que la Revolución "la llevamos nosotros en el pensamiento y en el espíritu, no en el rifle".

---

Los combatientes que describe Mena Brito sufren una extraña pero previsible metamorfosis. De revolucionarios tenaces que buscan un cambio, pasan a ser soldados en desbandada que luchan sin una dirección precisa, brutos a los que entusiasma la matanza, y combaten, matan no tanto por sus ideales, como para saciar su sed de sangre. Pero la Revolución seguirá adelante, mientras el mundo exista. El escenario de *Paludismo* es la selva de Tabasco y la de Guatemala, donde no se pierde el sentido de la justicia. Mena y su lugarteniente, el coronel Pablo Gámez, mantienen la disciplina. Reclutan voluntarios y al mismo tiempo liberan a chicleros expuestos a una muerte segura en su lucha con la selva. Liberan a mujeres azotadas y tratadas como esclavas. Por donde pasan ellos, pasa el halo liberador de la Revolución.

Pero esa racionalidad de la lucha dura muy poco. Cuando las fuerzas del Primer Jefe triunfan en el país, en la capital del estado, San Juan Bautista, sus seguidores ven coronado su esfuerzo. Mena Brito distingue entonces a dos tipos de revolucionarios: los de abajo, que lucharon y dieron su vida por un país más justo y digno, y los dirigentes como Green. Ramírez Garrido, que sólo querían aprovecharse de la Revolución mediante el usufructo. Con el triunfo, la razón es sustituida por la barbarie; las tropas revolucionarias se convierten en hordas de animales que saquean, incendian, violan. Tal parece que han venido sólo a cobrar una afrenta de años. En San Juan Bautista es evidente este fenómeno: con el fin de festejar el triunfo se levantan arcos de triunfo, se pegan ramas de laurel de Indias, retratos de los héroes, en tanto los antiguos “esclavos” de las rancherías se suman a la celebración, traen a sus hijos, sus míseros enseres, “como si fueran a la nueva tierra de promisión”.

Pero la fiesta no respeta reglas ni quienes la protagonizan suelen obedecer más ley que la de la transgresión. Así, en la capital tabasqueña, el odio renacía y las calles fueron recorridas por una multitud embriagada por su propia irracionalidad. La masa festejaba. Y se “abandona libremente a su natural impulso de crecimiento”.<sup>5</sup> Parecía perdida por el aroma bárbaro de la pólvora y se dedicó al saqueo, a la violencia gratuita, hasta que sus manos quedaron salpicadas de sangre. La Revolución cambia de signo: primero es el bien, la promesa de reivindicación para una colectividad oprimida, y luego el naufragio social y moral, la pérdida del orden. El olvido de la historia y de todo principio religioso.

En plena selva, Mena Brito otorga poderes a Gámez y lo hace gobernador del estado de Tabasco. Pero deberá defender al pueblo trabajador y humilde, luchará por erradicar la miseria y procurará el mejoramiento educativo de los explotados. Sólo así cada individuo tendrá un pedazo de tierra y será posible terminar con la esclavitud en el campo. Ante tales promesas el pueblo se entusiasma, pero Mena con claro escepticismo duda.

Como se advirtió al lector al comienzo de la novela, *Paludismo* es un testimonio y el autor no cambió los nombres de lugares y personas; el mismo narrador es el autor. Y todo testimonio trata de ofrecer una explicación de las cosas y del mundo que relata, así Mena Brito considera que el indio es una reserva del conocimiento que anuncia el futuro. Los indios de América serán capaces de crear una nueva ciencia humana, esencial, opuesta a la de occidente que peca de superficial. Semejante a otros escritores de la Revolución, Mena Brito creía que el “maquinismo”, el materialismo empobrecía

---

<sup>5</sup> Véase, Elías Canetti, *Masa y poder*, traducción de Horst Vogel, 2ª, edición, Muchnik Editores, Barcelona, 1981.

---

a la vieja Europa y a los Estados Unidos, mientras el espíritu, sobre todo el espíritu de la raza indígena, era la llave de los pueblos latinoamericanos.<sup>6</sup> Pero a la energía del indio había que darle un sentido, una orientación.

Según Rodríguez Monegal, hacia 1940 la novela hispanoamericana estaba representada por un puñado de escritores, aparte de los ya citados, Rómulo Gallegos, Horacio Quiroga, Martín Luis Guzmán. Ellos le dan sentido a una "tradición válida de la novela de la tierra o del hombre campesino, una crónica de su rebeldía o sumisiones, una exploración profunda de los vínculos de ese hombre con la naturaleza avasalladora, la elaboración de mitos centrales de un continente que ellos aún veían en su desnuesura romántica".<sup>7</sup> Mena Briño pertenecería sin duda a esta generación de escritores y por supuesto se inscribe en la tradición de la literatura que fue a la tierra, a los indios y campesinos de América, para cantar su origen y su destino.

*Álvaro Ruiz Abreu\**

*Coyoacán, D. F., 10 de julio de 2001*

---

<sup>6</sup> Jean Franco en *La cultura moderna en América Latina*, traducción de Sergio Pitlor, México, 1985, sostiene que la obra que influyó en la conformación de esta actitud es *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que apareció en 1918 y "fue ampliamente discutida en toda Latinoamérica en los veinte".

<sup>7</sup> Emir Rodríguez Monegal, "Tradición y renovación", en *América Latina en su literatura*, op. cit., pág. 155.

\* Escritor, ensayista y crítico literario. Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.





---

## *Dedicatoria*

Presento este libro: a los médicos, como un caso patológico; a los revolucionarios de América, como una advertencia y a los políticos de mi patria como un reproche.

---

## Los capítulos de este libro:

fueron dictados en momentos febriles. Se puede decir que cada uno de ellos es una pesadilla forjada sobre el recuerdo de un hecho real, vivido durante un ataque de fiebre palúdica.

No tienen aliño ni literatura. Guardar los hechos reproducidos fielmente, tales como iban pasando por la imaginación de un enfermo; es su objeto. Todo fue tomado taquigráficamente y en él no han intervenido ni el pulimento, ni la crítica. Si agrada así, será por la fuerza de su verdad y la del estado patológico en que me encontraba cuando los dicté.

Capítulos oscuros<sup>b</sup> y como húmedos de lágrimas y sangre.

Una extraña similitud debe existir entre los hechos que se narran y los días en que acontecieron. Días nublados; con una lluvia pertinaz; bajo la selva cómplice de mi aventura; o en las ciudades, donde la enfermedad me hacía ver las cosas con el mismo colorido gris. Aún en la época en que fueron escritos, (durante periodos de fiebre) sentía yo la impresión de estar en una hamaca, entre los árboles milenarios; bajo el gotear constante de la lluvia sobre las hojas; oliendo la fétida putrefacción de la hojarasca; cerca del chirrido agudo de los grillos, y del croar atedante de las ranas, que parecían ubicadas siempre a la misma distancia para producir igual ruido; los ladridos prolongados de la jauría famélica; y el grito estridente del saraguato.

Toda esta explicación servirá al lector para que, transportado al escenario en que se desarrollaron los hechos pueda darse cuenta de la fuerza que ellos tienen; y la que se necesitaba, para no abandonar el ideal revolucionario, que, como una obsesión, se había clavado en mi cerebro y lo defendía con demencia; porque solamente los dementes pueden desafiar el peligro con tal abnegación y constancia; que luego, pasados los años, espantan al mismo que fue capaz de tal locura.

Fueron muchas las circunstancias que determinaron los acontecimientos; pero, sin duda, puedo afirmar que solamente la fe realiza estos milagros.

Con estas advertencias, ya puedes, lector, continuar la lectura de los capítulos siguientes.

En verdad, dependerá de ti, la buena suerte que corran en tus manos estas páginas. Si eres sensible y dado a ensoñaciones, verás presto que las líneas que tienes ahora delante de tus ojos, se alargan y te invitan a seguir las por todo el camino de la historia que te ofrecen. Serás quien dé fuerza y vida al relato.

Estos no son más que breves apuntes reconstruidos por un enfermo, para presentarlos a tu imaginación, más que a tu juicio.

---

# La selva

## El jato de las víboras<sup>b</sup> que matan

Mi fiebre palúdica alcanza cuarenta grados. Los oídos me zumban. Me duelen los huesos, las carnes y, sobre todo, la cabeza.

Por la mente pasan en tropel confuso los recuerdos de mi vida aventurera. Aparecen borrosos, irreales, abismados como fantasías siniestras. Pero, de repente, como iluminada por un rayo en el recuerdo, se aclara y precisa una vasta realidad lejana. Dejo que mi imaginación enfebrecida la reconstruya paso a paso... Me parece soñar que...

El ejército formado por la Revolución en el estado<sup>a</sup> de Campeche, cruzó la frontera de Guatemala.

Dos mil hombres nos agitamos y vivimos esparcidos en un pequeño campamento chiclero, construido para guarecer a cincuenta personas. Parque, armas y dinero, hay en abundancia, a pesar de haber dejado grandes cantidades en el camino; pero faltan alimentos, techo, disciplina y sobre todo, moral.

Muchos soldados, por no cargar los pesos fuertes los tiraron antes de entrar en la penosa ruta de los pantanos.

Todos estamos avergonzados; no hemos hecho más que huir, desde que nos pronunciamos en Campeche el 11 de junio de 1913, escoltando a los jefes, que se llevan grandes cantidades de dinero; y tristes, nos encontramos en el extranjero. Algunos, los más populares, nos han abandonado. Los que permanecen en sus puestos, sólo sirven para contagiarnos su miedo, a los bisoños soldados reclutados a favor del entusiasmo de un anhelo impreciso: la Revolución.

Llega la noche en la selva fronteriza. Nadie puede conciliar el sueño. Se comenta la situación. ¡El ejército en masa, quiere capitular!

Cuando amanece, ya tengo formada mi resolución: los abandonaré. Al rendirme, son

seguras las represalias de los enemigos y las de los hacendados a quienes he volado sus trenes de raspar henequén.

Yo, como jefe del Cuerpo de Dinamiteros, por orden superior, destruía lo que iba quedando a retaguardia. Por tal motivo estaba firmada mi irrevocable sentencia de muerte. Pero no era eso lo que temía. Temía más a la befa, a la humillación, al escarnio, al proceso. Y, más que nada... al dolor que sentiría mi madre al presenciar mi ejecución o saber los detalles de ella.

Tan pronto como aparece la luz, ensillo la mula que me ha servido durante la aventura, y voy a despedirme del que hace de jefe, el coronel<sup>a</sup> Dufoo. Algunos protestan y quieren impedir mi salida. Cortando cartucho, atravieso entre ellos con el arma en la mano.

Solo, con dos latas de salmón y dos mil pesos oro en la "víbora" que rodea mi cintura, tomo una vereda, rumbo al sur<sup>a</sup>, para ver de incorporarme a los revolucionarios del norte<sup>a</sup> —por la vía de Guatemala, Belice, New Orleans, Naco—, como si fuera un experto conocedor de la selva y caminara por una ruta segura y transitada; sin recapacitar en que soy un niño que nunca ha salido de la ciudad. ¡La ignorancia acomete tantas audacias...!

Las selvas campechanas, guatemaltecas y tabasqueñas, no se parecen a la manigua cubana ni a los breñales veracruzanos. Mucho menos a los zarzales de las costas del Pacífico. Las forma una arboleda milenaria tan recta, alta y con un follaje tan tupido, que su sombra, y las nubes de mosquitos, moscas, tábanos, chaquistes y rodadores, dan la impresión de caminar bajo un toldo denso.

La tierra no se pisa. Está cubierta por hojarasca de un metro de espesor por lo menos.

Se aspira la fetidez insoportable de las hojas que, cerca de la tierra, se encuentran en estado de putrefacta fermentación.

En la selva, el que yerra la vereda y no sabe orientarse es hombre perdido. Puede estar a cinco pasos de ella, y no encontrarla. Y, si la encuentra, puede tomarla equivocada y volver al lugar de partida. No me orientaba porque no traía brújula; el sol no se dejaba ver por entre el ramaje y era aquella la primera vez que salía de los poblados.

A pesar de esto, caminaba por una vereda que solamente se distinguía, de lejos, por las huellas anteriores que había dejado una pequeña hondonada sobre las hojas. Pero cualquier racha de aire, borraba por completo, el rastro fresco días antes marcado por la cabalgata de los jefes prófugos.

Conforme pasan las horas, mis sentidos se van perturbando: el hedor constante de la montaña me hiere el olfato; las hileras interminables de árboles enturbian mi vista; y el silencio profundo hace estallar mis oídos con ese ruido peculiar y doloroso que produce la fiebre.

La selva, en la madrugada, está poblada de ruidos y armonías. Al medio día, la invade un silencio que es interrumpido de cuándo en cuándo, por la estridencia del silbar del aire entre las hojas; el desgarramiento de alguna rama; el chirrido de un grillo; el silbido de la nauyaca; el rugido del tigre; los gritos del saraguato, (mono) o los graznidos de las aves agoreras que constituyen el tormento de los supersticiosos.

Camino solo por la vereda interminable que supongo me lleva a algún lugar habitado de Guatemala. ¿Precauciones? ¿Para qué? si mi vida está entregada por entero a la Revolución, y la Revolución en estos días es un suicidio.

Durante el medio día, me atormenta más la peste. Me siento huérfano de sol. Las nubes famélicas de mosquitos, tábanos y rodadores, sangran mis carnes y las de mi bestia.

Comienza a caer la noche cuando tropiezo con un hato de chicleros, que parece haber sido desalojado un día antes. Al examinar la madera y las palmas; la polilla y el polvo me denuncian que hace mucho tiempo nadie ha parado en él. Hasta los fogones se conservan con sus cenizas; pero sus palos a medio arder, están corroídos por el voraz animalito y tienen el polvo de los años.

Decido pasar allí la noche. Como primera precaución de viajero en la selva, prendo lumbre en

los cinco fogones que hay alrededor del hato. En uno coloco una lata vieja que encuentro en el campamento y en la que pongo agua para falsificar un té con las hojas de un naranjo cercano.

Apersogo bien la mula con una reata gruesa y procuro buscarle pastura en las cercanías. Cuando vuelvo, ya la noche ha caído sobre el profundo silencio de la selva.

Los árboles cercanos al fogón proyectan su sombra que penetra en los abismos de la oscuridad<sup>b</sup>.

Una oscuridad<sup>b</sup> de selva tropical. Parece tinta negra que ciega.

Entonces comienza a efectuarse en mí el proceso que los chicleros llaman "bautizo"; en el que la selva le envuelve a uno en la desesperación, apoderándose una angustia indecible del espíritu.

Grito desesperadamente; desear ser oído; siento hasta en lo íntimo, la soledad. Tengo miedo del silencio, y pavor de la oscuridad<sup>b</sup>; pero maldigo la luz de las fogatas que alarga las figuras en la sombra convirtiéndolas en siluetas fantasmales.

Después de una o dos horas de desesperación, se calman mis nervios rotos por la fatiga. Pero cuando fijo la vista en el fogón cercano, vuelvo a aterrorizarme: cuatro culebras se yerguen hasta cincuenta centímetros, como si estuvieran completamente verticales del suelo. Por ilusión óptica parecen lamer las llamas, a las que se han acercado buscando calor.

Instintivamente, tomo el rifle y disparo a discreción; desenvaino el machete; y, desesperadamente, como si se tratara de enemigos humanos, voy sobre los reptiles lanzando gritos e imprecaciones. Ágilmente<sup>b</sup> se escurren ellos en la oscuridad<sup>b</sup> que rodea el círculo luminoso de las fogatas, del que no puedo salir por el terror.

Otra vez me sacude la desesperación, hasta que, rendido y agotado, me desplomo sobre un tapasco cercano a la luz.

Cuando abrí los ojos, detengo la mirada sobre una rama, de la que se desprende un racimo de culebras que cae sobre la fogata medio apagada.

Es terrible la lucha entre ellas por desligarse. Percíbese el chirrido de sus cuerpos y la fetidez de sus carnes chamuscadas.

Mis oídos no han dejado de escuchar el graznido del búho<sup>b</sup>, y mentalmente recito el refrán: "Cuando

el tecolote canta, el indio muere. Esto no es cierto pero sucede”.

Me invade el terror. El cansancio me dobla. Siento que los dedos de las manos y de los pies se me hielan con un frío que progresivamente, penetra por los brazos y las piernas. Mis ideas se confunden, se esfuman, y me sumo en un sueño profundo, casi de catalepsia.

Dormido y todo, siento los piquetes de los moscos, de las pulgas, de las chinches, del pinolillo, del colmoyote y de las garrapatas que se prenden a mi cuerpo en las partes descubiertas; sobre los lugares más sensibles: oídos, nariz, párpados y boca.

Duermo varias horas, hasta que un ruido me despierta. Es el relinchar de mi mula, y su desplome. Dirijo la mirada al lugar de donde proviene y entreveo un enorme tigre en actitud de saltar sobre la bestia.

Sin incorporarme del todo y aún en semisueño, palanqueo mi rifle 30-30, y disparo todos los tiros del cargador sobre la fiera, al mismo tiempo que grito a todo pulmón, como recomendación eficaz para ahuyentar al tigre.

Cuando logro levantarme, ya la fiera, probablemente conocedora del ruido mortal de los rifles, y temerosa de los gritos de los hombres, abandona el campamento.

Me invade una intensa angustia al ver a la mula en el suelo, pensando que, sin ella, nunca podré salir de la selva.

Me acerco a la bestia. Está viva aún, y la fustigo para levantarla.

Al reconocerla y observar que no está herida, vuelve a mí la esperanza y la alegría. ¡Contaba otra vez con cabalgadura y guía!

La mula es el mejor conductor en la selva, en la montaña y en los pantanos.

Tan pronto como la luz rompe la sombra, ensillo la acémila y, ya con más claridad, la llevo a abreviar en una laguna cercana.

¡Maravilloso conjunto aquel del agua que se riza con el aire; la sinfonía jocunda que entonan todos los animales al elevar su himno al sol; la fragancia que el rocío desprende de la yerba; y, sobre todo, el insólito espectáculo que ofrece la “ley de la sed”!

El tigre, el venado, el tapir, la víbora, el conejo, la liebre, se acercan, escurridos y tímidos, a la orilla

de la laguna y beben de las mismas linfas sin atacarse ni temerse, unidos por el lazo paradisiaco de la sed.

Mi bestia y yo, inconscientes, obedeciendo a esa ley, bebemos uno al lado del otro, sin temor y con avidez.

Al mirar mi imagen en el agua, he descubierto que parezco un fenómeno: tengo hinchada la cara y las manos; los oídos y la nariz, están casi obstruidos<sup>b</sup> por las garrapatas que se me han prendido y empiezan a hincharse con mi sangre.

Cerca de mí descubro un cono, como de dos metros de alto, formado por víboras y culebras entrelazadas fuertemente para satisfacer sus apetitos genésicos de celo.

Reposamos unos minutos como lo hacen todos los animales; y aturdidos, seguimos luego nuestro camino.

Dos días tardo en llegar a un poblado donde encuentro a unos compañeros que han salido antes que yo.

Los del campamento, me preguntan dónde he pasado la primera noche; y, al describirles el “champerío” se quedan horrorizados.

Me cuentan que, en aquel campamento, se han muerto, en una sola noche, todos los chicleros que lo ocupaban, picados por víboras nauyacas; que al lugar se le llamaba “El jato de las víboras que matan”; y que en las noches, aparecen las almas de los chicleros que se ponen a trabajar y a cocer la leche del zapote sin permitir que nadie entre al hato; y que de día, chiflan y asustan a los caminantes.

Desde anoche, no tengo más temor a la oscuridad<sup>b</sup>, al silencio, ni a la soledad. Eso sí, guardaré el recuerdo, pues en la primavera o en cualquier cambio de estación en que me ataquen las fiebres palúdicas, he de sentir la imperiosa y siniestra atracción de la selva.

La desesperación de aquella noche se ha convertido en terrible pesadilla de efectos tan raros, que lejos de alejarme del horror, me subyuga hasta el grado de que si en estos momentos pudiera viajar, seguramente partiría de nuevo hacia aquellas regiones donde dejé el espíritu y contraje el paludismo.

El eco de la montaña es una voz constante en mis oídos, que me llama para liquidar mi osadía: y me siento envuelto en una fuerza extraña que exige mi cuerpo como tributo... ¿Será la parte del indio que florece en estos momentos de tristeza?

¡Paludismo!<sup>a</sup> Marca de la selva, premio de la rebeldía, recompensa nacional y amigo leal de mis andanzas; llévate definitivamente mi alma para que no sienta la vergüenza y el martirio de ya no ser efectivamente útil a la Revolución.

¡Paludismo!<sup>a</sup> ¿Por qué no te inoculas en los cuerpos de los revolucionarios de ocasión, hechos en los puestos públicos, para que sin grandes molestias aprendan a sufrir...?

Selvas mayas<sup>a</sup> de Campeche, Guatemala, Tabasco y Yucatán: atraed con vuestras riquezas a la burocracia universal...

La fiebre ha terminado; parece que me ha vuelto el alma al cuerpo. Estoy en la capital de México a salvo de las alimañas de la selva; ¡pero... no se por qué siento que todavía vivo, la noche espantosa del "jato de las víboras<sup>b</sup> que matan!<sup>a</sup>

## En tierra de chicleros

Enclavada en la selva, junto a la vereda que une el estado<sup>a</sup> de Campeche con el departamento<sup>a</sup> guatemalteco del Petén, se alza una choza desmantelada y solitaria. En ella pernoctamos varios revolucionarios campechanos, una noche de junio de 1913.

Mientras tomamos una taza de café en torno de una fogata, escuchamos a un viejo chiclero:

—Tengo el color de la selva, y el hablar de los patojos guatemaltecos, pero yo no nací aquí. Nací en Tenosique, estado<sup>a</sup> de Tabasco; allí aprendí el oficio de carpintero y los trabajos del campo.

Tenía veinticinco años y estaba enamorado de una ribereña bonita e inteligente; cuando llegaron las fiestas de mi pueblo, y, con ellas, los capataces de monterías y enganchadores de chicleros que gastaban dinero a manos llenas en la cantina, en la ruleta y en la baraja.

Yo, aunque trabajador, nunca pude juntar lo suficiente para casarme; y aquellos hombres me deslumbraron con su continuo gastar dinero.

Un día me acerqué a la tienda, donde dos o tres capataces emborrachaban a los muchachos y les daban monedas a cuenta de trabajo. Al verme, uno de ellos me dijo:

—¿Para qué eres bueno?

—Yo, para todo señor: sé abrir brecha, tumbar monte, lazar una res, matarla, destazarla y volverla una sola tira de tasajo; picar un árbol, y sobre todo, tengo un oficio, ¡soy carpintero!

—¡Así me gusta! ¿Quieres tomar algo?

Rehusé moviendo la cabeza, porque no sabía beber. Mi único vicio, según decían los de mi pueblo, era el de los flojos: leer todos los periódicos y libros que llegaban a mis manos. Imagínese que hasta me leí un diccionario chiquito.

El capataz insistió tanto para que bebiera, que acepté un trago de ron. Después de ese trago, no tuve ya conciencia de nada, hasta que me encontré en la montería del español don Manuel Otero, a cien leguas de Tenosique.

¡Huy tatita! ¡Huy tatita! ¡Qué español tan malo! Gachupin y sin conciencia: con eso está dicho todo.

Ya cuando volví en mí de la borrachera, y después de haber navegado doce días río arriba, me presentaron al señor Otero, quien sin más ordenó que me dieran veinticinco palos para que "me fuera acostumbrando".

Al día siguiente, todavía sangrante y dolorido me mandaron a dar diez palos más, para "afirmar" los veinticinco del día anterior. A los tres días me mandaron dar otros veinticinco palos.

Con este adiestramiento, me pusieron al trabajo bajo las órdenes de un capataz español, más bruto que don Manuel. ¡Hay tatita, que Dios me perdone esta verdad! (y se santiguó).

Cuando llegué al "corte" que se me había señalado, conté lo sucedido a los demás sirvientes. Estos me dijeron que me había ido bien porque allí estaba don Manuel; que si no, me hubieran dado seis arrobas de palos que era lo asignado para todo el que llegaba por primera vez.

¡Ciento cincuenta palos, tatita! Bendije en esos momentos a Dios y a don Manuel Otero.

A los pocos días empezó el paludismo; y, para curarme, me hacían trabajar enfermo. Con fiebre y frío me obligaban a bañarme en los charcos. Después me daban una ración de diez palos, y dos

píldoras de quinina. ¿Verdad que es buena medicina, tatita?

El trabajo era duro: desde el amanecer principiaba la tarea que terminaba muy entrada la noche.

Al que no completaba el destajo, le suprimían la ración y le arribaban una arroba de palos (veinticinco). Para evitarlo, deseábamos que el día fuera más largo a pesar de nuestras fuerzas agotadas.

En la noche, si llovía, se nos levantaba a palos para que fuéramos a arrastrar trozas por los correntales de agua que formaba la lluvia. Y si el aguacero no era fuerte y no podíamos arrastrar las trozas, recibíamos más palos en las espaldas que gotas de agua el suelo.

Un día, propuse a otros compañeros tabasqueños huir de la montería; todos me vieron asombrados, y se retiraron de mi lado como del de un fantasma.

Dos horas después, el capataz ya me estaba pegando cincuenta palos. Había sido denunciado por mis paisanos. —¡Qué tristeza, compita! — Sin embargo, la idea de huir no me abandonó, hasta que un día emprendí, solo, la fuga, con mi hacha y mi machete.

Había caminado menos de tres horas cuando los perros del capataz español ya me acosaban. Con mi moruna logré herir a uno, pero los demás, en un abrir y cerrar de ojos, me rodearon desgarrándome las ropas y el pellejo. Luego llegaron tres hombres con el capataz, y se me echaron encima.

Este sacó la pistola y me dio un balazo en este brazo dejándome tullido como ven. Después me llevaron a la montería<sup>a</sup> y me estuvieron pegando, por espacio de ocho días, veinticinco palos diarios.

La mosca mala me cagó las heridas dejándome la queresa, que se convierte al otro día en gusanera. ¡La muerte señores! ¡La muerte!

La fiebre, la sangre perdida, la gusanera de mis heridas, y las penas... Pronto me vi<sup>b</sup> convertido en una piltrafa apestosa e inservible. Porque ya ni a fuerza de palos podía trabajar. El capataz, me mandó a Ciudad Flores. Allí se me metió en un calabozo y se me puso a tortilla y agua. Me pegaban todos los días y se me curaba la gusanera con petróleo y "matagusano".

Un día llegó don Manuel con otro señor al que dijo que yo le debía dos mil pesos mexicanos, y me

vendía por esa suma. El otro montero ni me caló. Sin fijarse en que tenía la mano destrozada, convino en el precio. Yo intervine en el trato diciéndoles:

—¿Cómo puedo deber dos mil pesos mexicanos si lo único que me han dado en tres meses es un trago de aguardiente y miles de palos?

—Mejor, "ya estás curado" —fue la respuesta...

Se rieron a carcajadas de mí como si hubiera dicho un chiste. Y desde aquel día fui chiclero.

Este señor no me trata mal, me obliga a trabajar enfermo, me pega cuando flojea; cuando llega el capataz o él les tengo que ceder a mi mujer; mi cuenta nunca baja; al contrario, ya dicen que les debo cinco mil pesos; pero todo esto es poco si se compara con lo que sufrí al principio. Hoy siquiera tengo la libertad de andar solo por la montaña.

¡Libertad! ¡Libertad!, niño, es lo que más quiere el hombre; y, si se puede, un poquito de justicia.

Soy un infeliz, ya lo sé, ¿pero acaso puedo salir de esta selva? Hace solamente diez años que dejé mi casa y ya me ven: feo, flaco, enfermo y contrahecho. ¿Para qué volver? Mi madre me cree muerto; mi novia ya se casó; y mis compañeros se burlarían de mí. Estoy unido a la selva por mi enfermedad, y mi mujer que es una petenera. Pero, sobre todo, estos lugares me agarran.

Ustedes dirán que estoy contento con mi vida: y yo les digo que no...

Yo no regreso a México porque hasta de allí lograrían sacarme mis dueños. Imagínense que valgo cinco mil pesos; y ¡con cien pesos se compraría a cualquier jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup>, para que me entregase amarrado!

Los criollos de México, son malos, perversos y traidores.

Don Manuel Otero y los capataces gastan mucho dinero en Tabasco y por eso las autoridades los quieren y respetan.

Ellos mandan más en mi pueblo que el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>b</sup>. A la fuerza me he resignado con mi suerte.

Para las autoridades de México y las de aquí los pobres nunca dicen la verdad y los ricos siempre tienen la razón.

¡Ya verán! ¡Ya verán! Si vivo algún tiempo nos hemos de encontrar en las fiestas de Ciudad Flores. Ustedes tampoco saldrán de aquí: los espera el jefe<sup>a</sup>

político<sup>3</sup>; él los entregará a los capataces que darán buena cuenta de ustedes

¡Mejor es que se regresen! México es malo con los pobres; pero esto es peor. Regresen muchachos; ¡yo sé lo que les digo!

Habíamos dejado hablar con libertad al chiclero. Pero sus últimas palabras me indignaron, y le respondí:

—Nosotros estamos haciendo la Revolución en México para acabar con todas las infamias de allá, de aquí, y de todas partes. Tendremos consúl<sup>4</sup> en Flores; y colgaremos de un árbol al español don Manuel Otero, si lo encontramos en México, para que no vuelva<sup>5</sup> a cometer estas infamias con los mexicanos; ¡tu declaración es su sentencia de muerte!

—Cállate chiquito —me dijo con voz muy baja y moviendo las manos con desesperación—, te pueden oír, y, entonces, no saldrás de estos lugares. Procura hacer lo que piensas, pero no lo digas a nadie. Ojalá nos puedan salvar, lo deseo; somos más de mil compatriotas los que sufrimos estos horrores.

—¿Quién nos espía?

—Aquí, los primeros espías que tengo, son mi mujer y mis hijos; por eso me obligaron a casarme con ella. Todos viven de delatar a los demás. Lo que has dicho, no lo repitas delante de nadie. Estás en Guatemala. No sabes lo que es el Petén. Si mi vieja estuviera aquí, ya podríamos contarnos entre los muertos, y a palos que es lo peor.

Todos los revolucionarios nos quedamos pensativos, rumiando las negras ideas que nos sugirió el relato.

## El akalché<sup>6</sup> de los tintales

Empezaba a pardear la mañana, cuando el chiclero tabasqueño nos guió por una inmensa laguna de aguas sucias y blancuzcas, de la cual emergían árboles secos dando al paisaje un aspecto de soledad y de muerte.

Fueron sus instrucciones el siguiente diálogo:

—Pase por delante el de la mula negra, que ella sabrá rastrear el camino.

—Nos perdemos, compadre.

—Sólo tienen que fijarse que lleve la dirección de esta línea más turbia que hay sobre el agua, así como de las marcas del machete en el tintal.

—¿Cuál es el tintal?

—Son esos árboles que parecen secos, lo que llaman los fuereños palo de campeche. Si siguen bien el rastro, pueden llegar al otro lado.

—¿Y cuánto tiempo tardaremos en atravesar?

—Es muy largo este akalché (pantano); pocos lo salvan en un día; pero aunque sea de noche, sigan los de las mulas.

—¿Y las infanterías?

—Los de a pie, que antes de las tres, busquen un árbol para dormir y se suban a él para secarse y descansar; si no lo hacen así, se acalambrarán y se los tragará el pantano.

Chico charquito, ¿verdad?

—Es muy difícil, pero hay luna que les ayude. Y ya saben, que si quieren llegar al Petén, este es el único camino. Yo no les sigo porque sólo hasta aquí tengo permiso de llegar. ¡Buena suerte y que triunfe la Revolución!

Y mostraba su deforme dentadura con una mueca de escepticismo.

Se despidió el chiclero tabasqueño, después de entregarnos a las sucias aguas del pantano, con la problemática esperanza de cruzarlo.

Seguir el rastro en un akalché, es cosa difícil para el que nunca lo ha atravesado; para una mula rastreadora ya no lo es tanto.

Nosotros nos entregamos al nuevo guía, que, con el agua hasta medio cuerpo, se iba balanceando al esfuerzo que hacía para sacar una pata y afirmar la otra. En este bamboleo, las bestias nos estrellaban las piernas contra los palos de campeche que, duros y llenos de espinas cortantes como puñales, nos herían y golpeaban causándonos agudos dolores.

Entre aquellas aguas sucias no se podía descansar: había que seguir siempre adelante. Dos compañeros de infantería retrasados, que habían dejado la ruta, desaparecieron, sin dejar huella ni lanzar un grito. En estos pantanos, el que se sume más arriba de la nariz y es atrapado por el lodo del fondo, no hace ruido al morir.

Las primeras horas de caminata fueron silenciosas y tristes. De repente, uno de los retrasados que iba a pie, nos hizo notar, a gritos y lleno de miedo, que la laguna cantaba, rugía, gritaba, lloraba, ladraba, con una suavidad que infundía terror.

Para tranquilizar a los asustados intenté una demostración: lancé un grito que se desgranó en multitud de ecos, cada vez más lejanos y vagos.

—Ya ven —les dije—, así es como nos llegan los ruidos de grandes distancias; esto no tiene importancia. Valor muchachos.

Sólo dos de a pie, no quedaron satisfechos con mi explicación. Tenían los ojos llenos de lágrimas y el agua más arriba de la cintura. Para que no los viéramos llorar, se fueron retrasando, y, al querer cambiar de ruta, se sumieron para siempre.

¡Los dos eran tan niños...! Aún recuerdo sus últimas palabras: “¡Sálvanos mamá!... ¡Mamacita santa, salva a tus hijitos!... ¡Mamacita linda, se mueren tus hijitos!...” Y se sumieron sin dejar rastro.

Llevo estos gritos de desesperación y de infinita ternura, clavados para siempre en mis recuerdos.

Durante aquel día, no se pudo comer ni tomar agua a pesar de haber tanta. ¡Todavía teníamos el escrúpulo de tomar agua sucia!

Estaba oscureciendo<sup>b</sup>, y aún no habíamos salido del pantano trágico. Nuestra desesperación era insignificante comparada con la de las bestias que, cansadas, relinchaban sin cesar.

Serían las nueve de la noche cuando pisamos tierra firme. Nuestra alegría no tuvo límites. Quitamos las sillas a las mulas, dejándolas revolcarse en el pasto. Después, las volvimos a ensillar, y empezamos a ascender una colina.

Antes de diez minutos habíamos llegado a la cúspide, y, desde ella, veíamos a la luz de la luna en cuarto creciente las aguas transparentes y verdes rizadas por el viento cálido.

El pantano fatal que nos había costado cuatro vidas, se quedaba atrás. Hasta las bestias estuvieron relinchando por más de cinco minutos, como si quisieran expresar la insólita alegría de la liberación de la muerte, que tan cerca habíamos tenido.

A pocos pasos, nos encontramos con el caserío de San Andrés, situado a la orilla de la Laguna del Petén. Allí fuimos recibidos por el presidente<sup>a</sup> municipal<sup>b</sup>. Éste<sup>b</sup>, con toda cortesía, nos brindó su casa: un barracón de paja descubierto, donde nos mandó hacer café y tortillas. Alguno de los nuestros preguntó en tono de broma:

—¿A qué hora vendrán los palos?

—No te apures, —contestó el otro—, que llegarán a tiempo.

A casa del presidente<sup>a</sup> fueron llegando otras personas que nos rodearon, acosándonos a preguntas. Lo que más les preocupaba saber, era si se trataba de revolucionarios mexicanos.

Se nos prepararon unas hamacas invitándonos a descansar en ellas.

Sin desconfianza alguna, nos habíamos aliviado del peso de nuestras armas. Tan pronto como dejamos los rifles, los peteneros se apoderaron con mucho disimulo de ellos: y ya desarmados, nos sorprendieron con la notificación de quedar presos, lo que se hizo entre un torrente de injurias. No se nos quisieron dar, ni siquiera vendidos, el café y las tortillas que se había mandado a preparar para nosotros.

En tono de orden y con énfasis estudiado, grité a los compañeros:

—¡Ya viene la segunda parte, enseñen las espadas o prepárense a morir como machos!

Mis hombres asumieron actitud heroica, agrupándose en un círculo.

Los guatemaltecos, convencidos por el gesto, volvieron a las cortesías; pero siempre negándose a darnos de comer. Aprovechamos el cambio, fuimos tomando los alimentos con nuestras propias manos, mitigando el hambre y la sed.

Para no deber ni el favor, pagamos los alimentos consumidos. Luego nos embarcaron en un cayuco para ser conducidos por gente armada, hasta una isla que se llama Ciudad Flores, donde nos entregaron a otra fuerza más numerosa que nos llevó directamente a la cárcel.

En el calabozo nos encontramos con un mexicano apellidado Celaya, a quien el jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> había mandado dar quinientos “palos”. Nos hizo la siguiente explicación de lo que llamaban “palos” en el Petén.

—Mandan cortar tantas varas como palos le tienen que dar al sentenciado. Las varas son como de un metro de largo y de cierta planta áspera y quebradiza. Con ellas golpean a la víctima; pero la vara se tiene que florear a la violencia del golpe. Si no sucede tal cosa, el oficial que vigila al que pega,

le asienta un planazo con la espada. En esta forma se consigue que el verdugo cumpla ferozmente.

Este infeliz nos relató que le estuvieron pegando más de dos meses, debido a que no podía resistir muchos palos y se desmayaba; en ese estado lo dejaban para continuar al otro día; cuando no hubo lugar donde golpearle por detrás, lo voltearon pegándole por delante sin respetar las partes más sensibles.

Para probárnoslo, enseñó la espalda, que toda era una cicatriz, el pecho ondulado, el vientre relajado, y el sexo inflamado y horrorosamente desfigurado. La cara, las manos y los pies, estaban tatuados por cicatrices espantosas.

Al día siguiente, con muchos formulismos carnalescos, se nos hizo comparecer como revolucionarios peligrosos ante el jefe<sup>1</sup> político<sup>2</sup>, que lo era un tal Lic. Clodoveo Berges, quien por su aspecto y proceder, tenía profundas semejanzas con un cerdo. Este jefe<sup>3</sup> político<sup>3</sup>, con mucha prosopopeya nos dijo:

—Deben agradecer al señor presidente<sup>4</sup> de la república<sup>5</sup> Lic. don Manuel Estrada Cabrera, que no les mande dar cien palos, y, más bien les deje en libertad.

Intrigado por aquella amenaza le pregunté

—Y si nos hubiese dado los cien palos, ¿qué razón justificaría el castigo?

Como si estuviera recitando versos en una fiesta nacional, moviendo las manos, los párpados y poniendo los ojos en blanco: me contestó:

—¡Oh! don Manuel siempre tiene razón y, si hubiera ordenado que le diésemos cien o quinientos palos, usted todavía le debía de estar agradecido, porque muy bien podía haber mandado que le diera mil o más.

—¡¡Sí!!

—Aquí mexicanito, la pasarás muy mal si eres tan respondón: en esta tierra hay que ver, oír, callar, trabajar y venerar al hombre más bueno y sabio del mundo, ante cuya mención se descubren los soberanos de la tierra.

—¡Amén! —Me atreví a contestar.

—Colérico se dirigió otra vez a mí, diciendo:

—Es bueno que sepas que desde hoy tienes dos amos; en el cielo, Dios; y, en esta tierra, don Manuel Estrada Cabrera.

—Tres. —le dije.

—¿Cuál es el otro?

—Usted, en la jefatura<sup>6</sup> política<sup>7</sup>.

Le dije en un tono tan dulzón y mordaz, que paternalmente, pasándome la mano por la cabeza continuó:

—Muy bien, ya empiezas a comprender.

—Al salir en libertad, mis camaradas me riñeron por este incidente, suplicándome no volviera a hacer bromas. Por cierto que yo nunca hablé antes con tal seriedad.

Contentos, aunque reservados, nos fuimos a las tiendas del pueblo a comprar ropa y preparar nuestro viaje a la colonia inglesa de Belice.

No menos de cincuenta personas nos asaltaron en las calles, haciéndonos proposiciones para que nos quedáramos a trabajar. “en aquellas tierras de promisión donde el dinero estaba al alcance de todos...” Menos de los que trabajaban, pensaba yo.

Los compañeros nos mirábamos con malicia. Recordamos al chiclero tabasqueño.

No acababa de hacer mis compras, cuando se me presentó un caballero inglés, inquiriendo si mi apellido era Mena. Le contesté que sí. Volvió a preguntarme si era mi tío don Evaristo Mena; y, al mover la cabeza afirmativamente, abrió los brazos con entusiasmo y me llamó primo. Extrañado, le pregunté por qué, y me contestó que era casado con Felipa Mena.

Recordando a mis parientes, encontré que un hermano de mi padre se había internado en Guatemala, y se tenían noticias de que había casado y muerto en El Petén, dejando dos hijas.

Este encuentro, y varios parecidos, hicieron reír mucho a mis compañeros. Decían, que desde mi salida de Campeche, no había encontrado mono que no saludara creyéndolo mi pariente; y que sólo había entrado a la Revolución, por conocer a mis familiares regados en la montaña. Pero el parentesco con aquel inglés nos libró a todos de caer en manos de los truhanes del Petén.

Mis compañeros continuaron su ruta y yo permanecí unos días con mi familia, para curarme los primeros ataques de la malaria.

La Revolución triunfó. Yo, en todas las épocas, he hecho esfuerzos porque comisiones del gobierno<sup>8</sup>

mexicano<sup>a</sup> recorran las selvas del Petén y compatriotas esclavizados. Pero no lo he conseguido.

Los mexicanos que, por razón de sus altos empleos viven en la capital de la república<sup>a</sup>, lejos de estas miserias, no comprenden el dolor de aquellos infelices, y olvidan la razón de nuestras revoluciones.

En una capital tan hermosa y con un clima privilegiado, rodeados de comodidades y placeres, no pueden pensar, los que dirigen nuestros destinos, que hay fuera de la patria y dentro de ella, quien sufra. Ni pueden suponer que muchos cónsules y embajadores mexicanos (de carrera o improvisados) en las naciones fronterizas, ignoran los límites de su país, y viven sordos a las quejas de sus compatriotas.

¿Llegará el día en que hombres de contextura moral humana y fuerte, impidan el mercado de carne mexicana para los pudrideros del Petén, Estados Unidos y Alaska?

Para tranquilidad de mi propia conciencia me responderé:

—¡¡¡Sí!!! “Ya viene el cortejo de los paladines”.

## Don Pablo Gámez

Me faltaban tres leguas para llegar a la colonia<sup>a</sup> de Belice. Había salvado todas las lagunas que me separaban del Petén y me faltaba el paso de algunos pantanos. La ruta no era peligrosa pues es bastante transitada por patachos de chicleros y comerciantes.

A pesar de la fiebre, iba yo tarareando un son de los revolucionarios... “Una pasión me domina y es la que me hizo venir... Valentina... Valentina... que te haces Revolución. No le hace que sean tan diablos, yo también me sé morir...”

Caminando despreocupado, vi<sup>b</sup> llegar por la vereda, con rumbo contrario, a una persona tocada con un casco y vistiendo un traje de casimir rayado.

Al acercarme me preguntó:

—¿Qué gente vive!

—¡La que no ha muerto!

—¿De dónde viene?

—De atrás.

—¿A dónde va?

—Para adelante.

—¿No sabe quien soy?

—No señor. ¿Y usted sabe quién soy yo?

—No me interesa.

—Pues menos a mí.

—Yo soy don Pablo Gámez.

—Me alegro.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—No le interesa.

—¿Usted es de las fuerzas revolucionarias de Campeche?

—Supongamos que sí: ¿Tiene algo que decir?

—Que traigo instrucciones del general<sup>a</sup> Castilla Brito de recogerlos a todos para que me acompañen a Tabasco.

—¿Por qué no se va solo? ¿tiene miedo? Los de esas fuerzas ya nos cansamos de servir de compañía...

Mi mano, cautelosamente, acariciaba la pistola; y como quien no quiere la cosa, preparaba el gatillo para hacer fuego.

—¡Cuidado! —me dijo sin inmutarse. —No hay por qué matarnos.

—Sé que en la montaña el más valiente es el “madrugador”; y el más ágil el que vence.

—No se trata de pelear; conversemos un rato.

—Es inútil cualquier discusión sobre asuntos de México, en tierra extranjera. Si usted sabe sus obligaciones, déjeme pasar; si no, me abro brecha.

—Usted podrá irse donde quiera; no me opondré; pero insisto en decirle que estoy comisionado para hacer la Revolución en Tabasco, y que lo invito a que me acompañe.

—Bueno, a cartas vistas, yo estoy dispuesto a jugarle el pellejo por mi libertad. ¿Usted es capataz de chiclero, de montería o dueño de alguna de estas dos cosas?

—No, soy el coronel<sup>a</sup> Pablo Gámez y usted puede ver mis nombramientos.

Efectivamente, me enseñó sus papeles signados por el jefe<sup>a</sup> de las Fuerzas de Campeche, cuya firma conocía bien.

La conversación se hizo cordial, y acabé por decidirme a seguir a Gámez. Así, en vez de continuar mi camino para incorporarme a los revolucionarios del norte<sup>a</sup>, volví a desandararlo en compañía de este hombre extraño y sugestivo.

Para el que no conozca la selva maya, el nombre de Pablo Gámez no significa nada; pero, para aquel que se aventuró por esos caminos, este hombre puede serlo todo; guía y salvación.

La selva vuelve a tragarnos; el llamado akalché de "los tintales", torna a ser camino en sentido contrario y en la misma forma penosa; pero ahora con bastante rapidez. Mi guía es el coronel<sup>a</sup> Pablo Gámez que todo lo previene, que todo lo conoce; está siempre listo a conjurar cualquier peligro.

En el primer tramo, levanta el rifle y dispara a una raya negra que sobre el agua parece un tronco; esta se agranda, se engruesa, se agita y se le oye chapotear dentro del agua. El lodo se pinta de rojo. ¡Ha matado un lagarto!

Sonriendo se voltea y me dice:

—Es un lagarto encarnizado.

—¿Qué cosa?

—Un lagarto que ha comido carne humana o de bestias.

—¿Y en qué lo conoce?

En que al vernos, en lugar de huir<sup>b</sup>, se dirigió rápidamente a donde venía la última niula; esta es su táctica; atacar a la última para no dejar rastro.

Entonces, me acordé de los compañeros que semanas antes habían desaparecido en la misma travesía.

Don Pablo hace detener el patacho, y, con una agilidad increíble se desnuda arriba de un árbol, pone toda su ropa en una rama, y se lanza al agua empuñando el bejuco que le ha servido de fute.

Al poco rato lo veo sostener lucha con una víbora que nada con agilidad asombrosa hacia nosotros; pero el coronel<sup>a</sup> Gámez sale a su encuentro y la quiebra de un bejucazo; la coge cerca de la cabeza con la mano que tiene el bejuco, y la trae consigo, amarrándola con un lazo.

Las bestias se encabritan cuando ven a la cuatro narices; pero él las acaricia suavemente, se las pasa por el anca y termina atándola a la cabeza de su silla.

Le pregunto en tono burlón.

¿Por qué mató esa culebrita?

—Pues porque esta culebrita era suficiente para matarnos a todos.

—¿Es también culebra encarnizada?

—Y témla siempre; esta es la terrible "nauyaca", encarnizada desde que nace.

Cuando salimos del pantano lanza un grito gutural que enseguida es contestado. Poco rato

después, reconozco la figura del viejo chiclero de Tenosique, el de la mano tullida, que sale del breñal. Se reconocieron en el acto, los dos hombres de la selva, a pesar de que el chiclero fingía no advertir a don Pablo y don Pablo fingía no conocer al chiclero.

Dirigiéndose a mí, preguntó:

—Chiquito, ¿ya eres chiclero o montero?

—No viejo, soy revolucionario. traigo parque, armas y necesito que me des rumbo para Tabasco.

—Lejos y difícil. Yo no puedo, tengo amo y compromisos.

—Eres libre, la Revolución te redime: y en medio de esta selva has tenido la suerte de escuchar su voz.

Don Pablo Gámez interrumpe diciendo:

—Nada de discursos, ¿qué tienes que hacer? Este es el final de la temporada; las últimas lluvias cayeron hace ocho días, y ya no caerán más; ¿por qué no quieres servirnos? ¿Cuánto te falta?

—Una arroba.

—Yo te pago el valor de esa arroba y vámonos.

—No señor, no puedo, tengo tres palos separados que voy a picar.

—Bueno, llévamos a tu casa. Y en el acto emprendimos la marcha.

Intrigado, pregunté a don Pablo cómo pudo saber que no había llovido hacia ocho días.

—Muy sencillo—, y señalando unos arbustos floreados continuó, —estas flores no se abren sino ocho días después de la última lluvia. La humedad del terreno es otro dato claro.

—¿Y por qué dice que va a picar tres palos? Acaso es pájaro.

Lanzó una carcajada antes de contestarme.

—Palo le llama al árbol del zapote, y picarlo es el acto de cortarle la corteza con el machete para sacar la leche. Aprenda estos términos para que no se lo tanteen estas gentes.

Durante toda la noche don Pablo no dejó un sólo momento al chiclero. Conversaban alegremente y contaban anécdotas de su vida selvática. El chiclero reía con desconfianza. Sólo yo no me daba cuenta de la lucha que sostenían aquellos dos hombres; el uno, queriendo sujetarlo con la palabra, el otro, pretendiendo huir. Los dos igualmente fuertes; los dos igualmente desconfiados; los dos, hombres de la selva que procedían del mismo pueblo.

Ya aclarando, se me acercó don Pablo para decirme en voz baja:

—No lo deje salir, se quiere pelar. Si da un paso dentro del monte, métele una bala; enseguida vuelvo.

—Con las dos manos se apretaba el vientre—. Entonces comprendí el objeto de la desvelada.

Cuando me quedé solo con el chiclero, este se acercó a mí y me dijo:

—Chiquito, ¡en qué manos has caído! Este es don Pablo Gámez, viejo capataz de montería, y creo que ahora hasta es dueño de una. Y no se llega a capataz ni a dueño, sin ser malo. ¡Yo me voy!, ¿quieres venir conmigo?

—No viejo, tú tienes que cumplir como los hombres y darnos rumbo hasta Tabasco.

—Dios me libre, señor; este no es revolucionario, yo sé lo que le digo; este es malo. También en México hay malos y peores que por aquí; él es uno de ellos.

—Bueno, sígueme, y si lo es, tú me ayudarás a meterlo en vereda.

—No, yo tengo miedo; y sobre todo, este hombre no necesita de guía: conoce estos terrenos como sus manos; no hay secreto de la selva que no sepa, vibora que lo pique ni yerba que le haga daño. Si él quiere, puede llegar a donde le dé la gana. Yo no le sigo, chiquito, vente conmigo, sé lo que te digo.

En esto llega don Pablo y me pregunta:

—¿Qué le estaba diciendo este viejo zorro?

—Pues que no quiere enseñarnos el camino, porque usted conoce mejor que nadie todas las veredas.

Sonrió para contestar, dirigiéndose al chiclero, con ironía y con los dientes apretados:

—Yo te quiero para soldado.

—Ni pensarlo: yo no sirvo para matar ni para que me maten.

Comprendiendo lo grave de la situación intervine:

—Los soldados que nos acompañen tienen que ir voluntariamente y si tú no quieres, puedes marcharte enseguida. Y con el índice, le señalé el camino.

Receloso, tomó el morral, su sombrero y se fue.

Don Pablo subió los hombros hasta las orejas, se llevó la pipa a la boca; y, después, con mucha parsimonia, y como machacando las palabras, me dijo:

—En esta forma no reclutaremos dos soldados.

—Bueno, entonces no se hará la revolución en Tabasco.

## En el jato de los “bofos”

Don Pablo y yo, solos, preparamos la salida; recogimos las bestias, las aparejamos, les subimos la carga y tomamos la última taza de café.

Cuando montábamos, don Pablo Gámez volvió rápidamente la cabeza hacia un breñal. Siguiendo mi vista la de él, encontré al chiclero, asomando medio cuerpo por la cortina de yerba que cubría la vereda. Con resolución me dijo:

—Chiquito, no sé quién eres, pero te supongo jefe: porque eres bueno, te voy a acompañar. La salida más cerca y mejor para Tabasco es por las monterías<sup>a</sup> de Artés; pero yo soy sirviente de un capataz suyo, y no podré pasar sin ser denunciado. Vamos a tomar otro camino más largo.

—No tengas cuidado, —le dije— iremos por el camino más corto. Desde este momento eres libre y corres por nuestra cuenta; toma ese rifle y parque, y que te sirva para conservar la libertad y hacerte justicia.

—No, aquí, en esta tierra; digan siempre que me llevan a la fuerza; y si es posible, que me amarren; sólo así podremos salir con bien.

Don Pablo Gámez, mordiendo la pipa, me dijo sonriente:

—Le dio resultado su buen corazón; pero, de hoy en adelante, yo mando.

Irónico le contesté:

—Asegún, como dicen en mi tierra.

Y me puse a cantar los últimos versos de “La Valentina”:

Si porque tomo tequila, mañana tomo jerez. Si porque me ves borracho, mañana ya no me ves...” y acompañé la tonada tecleando los dedos sobre la funda de mi pistola.

Don Pablo no quiso seguir la vereda que nos indicaba el guía. Hicimos un rodeo y abrimos nuestro propio camino. Después de andar dos días, una tarde, Gámez hizo alto, y dijo al chiclero:

—¿Sabes dónde estamos?

—No señor.

—Pues cerca de un campamento de tu amo; ven, te amararé por si acaso.

Y aquel hombre dejó el rifle, símbolo de libertad y de justicia; dócilmente, puso los brazos hacia atrás para dejarse atar.

Dos horas después, llegamos sigilosamente y sin que nadie lo sintiera, a un campamento donde un hombre ebrio vomitaba blasfemias y flagelaba con una gruesa reata a una docena de mujeres cadavéricas que molían nixtamal y echaban tortillas.

Cerca de ellas sus crios raquíticos panzudos, deformes, enfermos de tosferina; con los ombligos relajados se revolcaban en el lodo, comían tierra con gusanos y parásitos intestinales que habían defecado momentos antes; en ocasiones los extrañan ellos mismos con las manos.

—¡Buena tarea la tuya, pajarito! —le dijo don Pablo.

—¿Usted por aquí, don Pablo?

Gámez, con su eterna sonrisa, le apuntó con la pistola a la cabeza y repuso:

—Si viejo, yo por aquí y de revolucionario; dame esa reata, que ahora te voy a enseñar para qué sirve.

Saqué la pistola, y apunté también al capataz, mientras don Pablo cumplía su amenaza. Yo no quitaba la vista de los ojos fieros del capataz, con el fin de penetrar sus intenciones.

Don Pablo le cruzó los brazos detrás<sup>b</sup>, se los amarró; y dirigiéndose a las mujeres les dijo:

—Procuren matar cerdos para doscientos hombres y hacer tortillas suficientes, que después serán libres.

Encaminándose a la mejor casa, con el capataz, lo sujetó a un interrogatorio.

Después de varias preguntas, averiguó cuánta gente tenía en los alrededores y supo que, dos días después, debían juntarse en el campamento doce chicleros que quedaban con vida de los ochenta y siete que habían iniciado la temporada. Resolvió esperarlos. Dio contraorden de matar los cerdos y ordenó bastimento, sólo para doce personas.

Hizo entrar al chiclero tabasqueño amarrado, y delante del capataz lo desató, al mismo tiempo que le ordenaba:

—Desde este momento, tú eres el capataz de esta montería y me respondes con tu vida de todo lo que hay aquí.

Le entregó la reata quitada al capataz diciéndole:

—Para principiar, tienes que darle cincuenta reatazos a este sinvergüenza, a fin de que te vayas enseñando.

El tabasqueño, con mucha cortesía, pidió perdón a su antiguo capataz por el desacato que iba a ejecutar; y le propinó la tunda con ganas.

El capataz permaneció cuatro días más atado, hasta que llegaron todos los chicleros, quienes a su vez fueron amarrados y encarcelados. Cuando estuvieron todos, se les formó y se les hizo la consabida pregunta:

—¿Quiénes quieren ir a la Revolución voluntariamente y quiénes<sup>b</sup> a la fuerza?

Todos quisieron ir por la fuerza. Los formamos, y al notar don Pablo Gámez que del grupo salía peste, preguntó:

—¿Quiénes de ustedes está “bofo”?

Ninguno quiso contestar. Entonces él, personalmente, como un perro rastreador, se puso a olerlos separando a dos.

Intrigado, le pregunté qué significaba aquello, respondiéndome:

—Estos son hombres que acostumbran beber la leche de cierto árbol que no conozco (cosa rara); muchos dicen que es la leche del zapote, pero yo no lo creo porque esta no se puede beber. La gente que se envía a beber esa leche, se pone como usted va a ver.

Hizo que se desnudara uno de ellos. Todo el cuerpo estaba hinchado y lleno de pústulas ahítas de gusanos que despedían una peste insoportable. Tomando don Pablo la rama de un árbol, la peló y la introdujo en una de las llagas que tenía en una pierna, hasta cerca de cinco centímetros, y en tono dogmático, como un profesor universitario se puso a explicar:

—Estos están completamente insensibles; y su única desesperación es quedarse dormidos en el monte, pues cuando tal cosa acontece, si quedan en lugares apartados y no hay quien los levante, las hormigas, las fieras y los chombos (zopilotes), dan cuenta de ellos; por eso tienen miedo y nunca duermen; la vista se les desarrolla tanto, que hasta

en la oscuridad<sup>b</sup> encuentran el árbol que alimenta su vicio. Dicen que la leche tiene el gusto y el olor de la leche de vaca, pero ya ve usted los resultados.

—¿Y cómo contraen la costumbre de tomar esa leche? —pregunté.

—Este vicio lo trajeron unos chicleros colombianos que vinieron por estas regiones, y solamente aquellos y estos conocen el árbol que la produce...

—¿Hay muchos viciosos?

—Quedan pocos “bofos”, porque los matan. Uno de estos enseña el vicio a muchos, y todos mueren atormentados. Por eso hemos acordado aplicarles la ley del chiclero: liquidarlos<sup>a</sup>.

—Pero ese no es un motivo...

—Hay otra razón: mosca que los pica, trasmite la enfermedad, en parte, a los sanos que mueren de gálico.

—¿Y saben de verdad que es un vicio?

—Nunca hemos podido saber qué los degenera, porque los “bofos” son insensibles, les importan poco los castigos. Tampoco pueden juntarse con los demás, porque como ya he dicho, los contaminan.

—¿Por qué otro procedimiento son identificados?

—Puede usted alzarlos si quiere, y verá que no pesan nada; por eso los llamamos los “bofos”, o fofos.

Entonces, ¿cómo los dejamos en el campamento? Nos van a denunciar inmediatamente.

—Oh, ¡no! Ahora verá lo que vamos a hacer con ellos.

Y ayudando al nuevo capataz, los tiraron al suelo, quedando en el acto dormidos.

—Ya tienen para tres días cuando menos.

Después de recoger toda la mercancía hicimos que la cargaran los que deseaban ir a la revolución por la fuerza.

Cuando ya estuvo todo listo, les dijo a las mujeres:

—Ustedes quedan en completa libertad; pero siempre es preferible que nos sigan porque no las trataremos mal; hoy somos revolucionarios y peleamos por la libertad.

Aquellas infelices, casi inconscientemente<sup>b</sup>, accedieron a continuar con nosotros, en calidad de soldaderas.

Al ex capataz se le hizo la misma pregunta. Este contestó:

—¿Cómo voy a presentarme a mis amos después de lo que ustedes han hecho?; seguramente me matarían. Mi vida ya no tiene objeto en estos lugares, de suerte que tomo el partido de la “bola”.

¡Otro esclavista que se convertía en libertador!

Como don Pablo Gámez reconoció en él a un experto conocedor de la selva, se le utilizó para abrir la brecha que el<sup>b</sup> mismo don Pablo iba indicando.

Así se hizo el primer reclutamiento en Guatemala, de fuerzas para la revolución de México en Tabasco; pero cosa rara, ninguno era guatemalteco. El ex capataz era español y los chicleros, mexicanos.

La fiebre y la sorpresa me tenían en un estado tal de inconsciencia, que de todos estos atropellos que se llevaban a cabo delante de mí, y en muchas ocasiones con mi ayuda, no puedo precisar claramente la responsabilidad que me corresponde.

Lo único que sentía era que el alma se me estaba volviendo negra.

El paludismo, con sus terribles consecuencias; la lluvia constante, las nubes de moscas, jejenes, rodadores, garrapatas, chinches, pulgas, colmoyotes, niguas; todo esto pesaba mucho más en mi cerebro como una preocupación, que la pureza de los procedimientos revolucionarios.

Toda la angustia y el dolor ajenos, no podían llegar al alma del hombre atormentado física y moralmente, por una enfermedad y por las alimañas de la selva.

Ley a que están sujetos todos los seres humanos en el trópico.

Con este nuevo ejército y esta nueva moral, se introdujo un hombre semi-civilizado a iniciar la revolución, en las selvas de Tabasco.

## Un caballero de la Universidad de Oxford en la selva

Cada día, la fiebre hace más estragos en mi organismo; la quinina tomada en grandes dosis, produce sus efectos en los oídos y en el estómago.

Un espejo, y el tacto me revelan, que tengo los huesos sin carne, cubiertos con una piel amarillamate. En cara esquelética brillan intensamente dos ojos febricitantes, hundidos

profundamente, en sus cuencas violáceas y presento más aspecto de fantasma, que de hombre.

La marcha no la interrumpe los ataques de frío ni la fiebre. Los estremecimientos nerviosos producidos por las sacudidas palúdicas, así como el delirio, los paso sobre buena mula que ya se ha acostumbrado a sentir mis temblores y a escuchar mis desvaríos.

En un momento de tranquilidad, me acerco a don Pablo Gámez para decirle:

—Hemos quemado nuestras naves en el jato que acabamos de abandonar.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque en Guatemala, ya somos vulgares asaltantes, sujetos al código penal y con una soga al cuello.

—No lo crea, tengo tomadas mis precauciones.

—Las mejores precauciones son las de no pasar por donde haya autoridades guatemaltecas

—¿Pero usted cree, que soy un bobo? “Personalmente” me dijo el jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> del Petén que yo recogiera la gente de Artés y procurara hacerle todo el mal posible.

—Bueno, pero eso fue verbalmente.

—Hay además una carta.

—¿Dónde está?

Metiendo la mano en la bolsa del chaleco, sacó una carta que decía:

“A quien corresponda:

“Todas las autoridades del Petén deben dar su apoyo al señor don Pablo Gámez, a recoger sus sirvientes prófugos que se encuentren dentro de este territorio, ayudándole en todo lo posible y exigiendo que cubra los gastos que ocasionen los servicios.”

“El jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> del departamento<sup>a</sup>. —Clodoveo Berges.”

Después de leer dos o tres veces esta carta, insistí con don Pablo en que no tenía ningún valor y que era una de las jugarretas que acostumbraban los jefes<sup>a</sup> políticos<sup>a</sup> de Guatemala.

Levantó dos veces la pipa llevándosela a los labios antes de contestarme:

—Y, ¿usted cree que este viejo se va a burlar de mí?

—Creo que ya se burló.

—No. Yo voy a ver al señor Artés y le enseño esta carta para que se entere, le cuento lo que me

dijo el jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup>, le comunico lo que hicimos en el jato de los\* “bófos”; le dejo pensar un rato y después le invito a que se ponga de acuerdo conmigo.

—Y en el acto piensa lo más prudente: detenerle y consignarle a las autoridades.

—Ya verá que no; y cuántas cosas le vamos a sacar.

—¿Qué le podemos sacar?

—Lo primero que necesitamos son víveres, mulas y algunos rifles; y eso él me lo dará tan pronto como le enseñe la carta.

—Nomás que eso es muy poco —contesté con sorna.

—La carta al parecer dice poco, pero él entiende bien que es una autorización del jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> para que lo arruine. Yo sabré sacarle todas las ventajas porque lo conozco. Con esta jugada quedo bien con el jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup>, porque ya le destruí una rancharía a Artés; y bien con éste, porque no pienso destruirle ninguna otra. ¡Ya verá! Yo arreglo esto muy bien.

Todo lo decía sobre la marcha, animosamente y como si todos fueran hechos consumados y resueltos satisfactoriamente.

Divina locura de la que estábamos poseídos. Los delitos más grandes en la tierra extraña nos parecían cosas baladies y necesarios para ponerlos al servicio de la causa...

A las pocas horas de andar sobre la brecha, como volviendo de un letargo, don Pablo se irguió sobre los estribos y tiró del freno de su caballo; haciéndolo parar. Le pregunté si ya tenía el paludismo; pero él, sin hacerme caso; hizo una corneta con las manos y se la aplicó al oído.

—¿Qué pasa? —volví a preguntarle.

—Espérese. ¿No escucha?

Y en aquel silencio percibíase un silbido muy peculiar y un ruido igual al de un machete que cortara una rama. Sacó don Pablo su moruna e hizo tres cortes sonoros al árbol más cercano; se escucharon otros golpes a iguales intervalos, y lejanos. Él<sup>b</sup> dio dos golpes más que fueron contestados. Entonces volviéndose y lleno de júbilo dijo:

—¡Allí viene mi hijo! —Y mandó parar el patacho.

Esperamos durante media hora, escuchando el sistema inalámbrico con que se comunicaban padre e hijo. Transcurrido ese tiempo, vimos aparecer a un joven fuerte y animoso seguido de su tayacán (asistente).

Después de los saludos y presentaciones, don Pablo le ordenó que siguiera con la gente hasta el campamento de "El destino", mientras él, dos asistentes y yo desviábamos la ruta para ir a las monterías<sup>a</sup> de Artés.

Probablemente, las impresiones habían variado la fecha de las tercianas; y el ataque palúdico que esperaba tres días después, me vino inmediatamente. En estas condiciones llegamos a la "Montería de Artés, Suc."

Antes de entrar, don Pablo ordenó a los asistentes que se quedaran escondidos en el monte mientras nosotros regresábamos del "benque".

Al saber el señor Artés la llegada de don Pablo Gámez, salió a recibirlo con las mayores cortesías, poniéndose a sus órdenes.

Don Pablo expresó que le llevaban a la montería<sup>a</sup> cuestiones del servicio, y que necesitaba hablar con él sobre un asunto urgente y delicado: pero que antes ordenara se me atendiera por algún doctor del campamento.

¡Ya lo creo! —dijo el señor Artés—. Tenemos un gran médico de Guatemala—; y dirigiéndose a su secretario dispuso.

—Que lo lleven al hospital<sup>a</sup>.

Un mozo me fue indicando el camino que debía seguir hasta que llegamos a un galerón, con techo de palmas, como de unos cincuenta metros de largo, aproximadamente, por cinco de ancho. Tenía por suelo un lodazal donde retozaba una piara de cerdos que lo mismo defecaban, se revolcaban en el lodo, lo revolvián; que se rascaban en cualquier parte.

De los travesaños pendían unas hamacas en las que agonizaban más de cincuenta personas.

Gritos, lamentos, lloros, tenían como acompañamiento la tos constante de una docena de tuberculosos que echaban pus y sangre por la boca. El hospital<sup>a</sup> olía a zahurda y no a yodoformo; parecía más una casa de tormento que un lugar de paz y caridad.

Media hora después, llegaba el doctor. Este era un hombre alto, de pelo hirsuto, mirada fiera,

complexión fuerte, sumamente velludo y casi en cueros. Su indumentaria consistía en un calzón que apenas alcanzaba a cubrir lo indispensable, una camiseta corta y abierta del frente, que dejaba ver una alfombra de vellos como engomados, y apuestos, que cubrían el pecho y el vientre. De su nariz ancha y roja, pendía constantemente una bola que entraba y salía, al respirar con la boca, de vez en cuando escurría la nariz con los dedos para lanzar al aire la mocosidad cayendo sobre alguno de los enfermos o en los vellos del pecho.

El guía, me indicó que era el doctor, y probablemente, descubriendo el desagrado que me produjo, masculló:

—Soy feo, pero sé<sup>b</sup> curar.

Extendí la mano para que me tomara el pulso. Sin preocuparse de ella, sacó de un frasco una pastilla que dijo ser de quinina, la puso en una cuchara verde de óxido y la llenó con agua de un charco cercano encendió una lamparita y puso la cuchara en el fuego, hasta que de tanto hervir se deshizo la pastilla.

Le dio a su ayudante la cuchara con el contenido y sacó de la bolsa una cajita que contenía una jeringa hipodérmica, le colocó la aguja, la puso sobre la llama de un cerillo hasta quedar roja y después, absorbiendo el líquido de la cuchara, se fijó en mí<sup>b</sup> y dijo:

—Para que entre bien, le pondremos un poquito de saliva—, y se metió la aguja en la boca.

Horrorizado ante tanta porquería, le pregunté:

—¿Qué va usted a hacer?

—Aplicarle esta inyección de quinina.

—¿Pero usted se imagina que soy tan bestia que no conozco los más rudimentarios principios de asepsia?

—Usted dirá lo que quiera, pero esta inyección se la clavo o me lleva el diablo.

—Jamás lo conseguirá, si lo intenta.

Me puso una de sus manazas sobre el hombro haciéndome crujir los huesos y provocándome agudo dolor.

Comprendiendo mi situación insistí:

—Bueno, ¿dónde me la va a poner?

—Se la clavo en la barriga.

—Muy bien. Procure no llegar a los intestinos.

Y fingiendo obedecer empecé a subirme la ropa.

Al verme tranquilo, me soltó. Instintivamente saqué mi revólver haciéndole un disparo que le arrancó de las manos la jeringa, convirtiéndola en mil pedazos.

Como el hombre era tan brutal, no me contenté con esa amenaza sino que de otro tiro, le arranqué algunos pelos de la barba. Estaba dispuesto a darle el tercero en la frente: cuando salió corriendo y gritando:

—¡Me matan, me matan! Este no es un enfermo, es un asesino, que lo amarran.

Atraídos por el ruido y los gritos vinieron hasta donde estábamos, don Pablo Gámez y el señor Artés. Al contarles lo ocurrido, don Pablo se moría de risa, pero el señor Artés, furioso decía:

—¡Esto es un crimen, esto es un crimen! Que lo aprehendan. — y me señalaba.

Don Pablo le explicó que yo no era un peón ni un asistente, sino el jefe<sup>a</sup> del Cuerpo de Dinamiteros de las fuerzas campechanas, y que le suplicaba me diera un tratamiento distinto al que ellos acostumbraban dar a sus esclavos; además de una satisfacción, porque si no lo hacían, todas las monterías<sup>a</sup> corrían el peligro de ser quemadas.

El señor Artés cambió completamente de tono. se puso a mis órdenes, le habló al doctor, a quien regañó duramente delante de mí, por su imprudencia, y me dio el mejor cuarto, la mejor cama de la montería<sup>a</sup>, y medicinas de patente para que yo escogiera entre ellas, la que más me agradara.

El señor Artés era un guatemalteco educado en Inglaterra, en la Universidad de Oxford, con una instrucción vastísima y una educación europea. A la muerte de su padre, tuvo que hacerse cargo de sus monterías<sup>a</sup> y llevar la vida salvaje del mono, que cada momento lo retrotraía al primitivismo.

Poco después, llegaba a mi cuarto don Pablo Gámez diciéndome que todo se había arreglado; que el señor Artés estaba conforme con lo que habíamos hecho en el jato<sup>a</sup> de los "bofos"<sup>a</sup>, siempre que se reconociera la cuenta, de todos los chicleiros y la que tenía el jato cuando principió la temporada, que ascendía a ochenta y tres mil pesos para que estos fueran pagados al triunfo de la Revolución.

Naturalmente, yo, indignado, le contesté a don Pablo:

—¿Pero ochenta y tres mil pesos van a cobrar a México, por un poco de mercancía?

—No le importe; eso nunca se lo pagaremos y en cambio, ya tenemos su recibo y su conformidad y no puede reclamar ante las autoridades de Guatemala.

—Muy bien; sólo que yo desearía discutir con el señor Artés, ilustre caballero y doctor de la Universidad de Oxford, el precio de los hombres que han muerto por su culpa en estos pudrideros, para denunciarlo ante la conciencia universal.

Sorprendidos quedamos al escuchar, entre las sombras, las pisadas del propio señor Artés, y su voz que decía:

—No me deben nada, soy un caballero de Oxford, humano y consciente de las responsabilidades contraídas con la justicia inmanente; pero, para que seamos buenos amigos es necesario que no me hostilien y que salgan de esta montería<sup>a</sup> tan pronto aclare.

Tendiendo la mano, le devolvió a don Pablo la cuenta que había firmado.

Durante toda la noche don Pablo y yo la pasamos en vela, con las pistolas en la mano, dispuestos a repeler cualquier agresión, pero no tuvimos que hacer uso de nuestras armas.

Al romper el alba se nos dieron nuestras cabalgaduras, caballos de repuesto, seis mulas con víveres, seis con armas y tres con parque; así, como cinco arrieros y una carta en la que nos suplicaba el señor Artés le devolviéramos las mulas y sus arrieros.

Esta actitud, no cambió mi concepto de la procedencia de su cultura: la Universidad de Oxford.

En cambio don Pablo repetía como refrán:

—Los tiros al doctor fueron más comprensibles para Artés, que los estudios de Oxford.

Disponiendo de este nuevo contingente, emprendimos la marcha al campamento de "El Destino".

## El maya que habla con los animales

Había tomado por asistente a un indio maya de los que reclutamos en el jato<sup>a</sup> de los bofos<sup>a</sup>. Lo preferí por el deseo de hablar con él la lengua de mis mayores. A cada momento aquel indio se me iba haciendo más interesante.

Supe por sus compañeros, que era de Peto, Yucatán; había estudiado en el Instituto Literario de Mérida; tenía familiares en buena situación económica. Se había internado en las montañas, después de haberse graduado en farmacia, con el desco de ganar algún dinero. Durante la travesía había perdido la ropa, llegando casi desnudo al Petén.

El dueño de una chiclería lo reclamó como su servidor prófugo, obligándolo, las autoridades de Guatemala a llevar las cadenas del esclavo chiclero.

Sus protestas y demostraciones de ser profesional, no impidieron que lo sometieran a la esclavitud por la razón suprema guatemalteca: de ser indio.

Un día, lo interrogué sobre el motivo del miedo que le causaba un chiclero huasteco. Me contestó:

—Usted sabe que los mayas conocemos las virtudes de casi todas las yerbas pero las hemos estudiado para comerlas, hacer el bien y como medicamento. Los huastecos las usan para el mal, y sólo las emplean con ese fin, y por esta razón conocen muchísimas cosas que nosotros ignoramos.

Me relató que aquel huasteco pescaba con la leche de un árbol que volvía ciegos a los peces haciéndolos aflorar; y que se untaba con ella cuando atravesaba los ríos para que no lo atacara ningún animal.

—En una ocasión —dijo— me dio a oler la rama de un árbol y me brotaron chorros de sangre por la nariz. Yo, conocedor de otra yerba hemostática, la mastiqué. Pero no olvidé la lección.

Volteó la cara hacia todos lados para cerciorarse que no era escuchado y continuó:

—Lo que más me ha hecho temerle, es algo que no puedo olvidar: había venido en la cuadrilla de él una india huasteca que me miraba con buenos ojos; él celoso, se propuso mortificarme. Yo no hacía caso de sus bravatas, ni daba atención a la mujer que ocasionaba sus celos.

—Sus motivos tendría.

—Un día, me encontraba durmiendo en un “tapasco” completamente desnudo, cuando el huasteco se acercó sigilosamente; me untó en el vientre y en las piernas unas yerbas. Al despertarme sus estrepitosas carcajadas, pude ver que mi sexo se iba encogiendo, encogiendo, hasta desaparecer y convertirse en un agujerito. Sobrecogido de terror,

me puse a gritar desesperadamente. Sin esperarlo apareció en mi champa la huasteca, y, al ver las yerbas dijo: “¡la cariñosa!” y comprendió lo sucedido; tomó otras yerbas e hizo la misma operación, consiguiendo, al cabo de un rato, volverme a la normalidad.

—Qué bruto era él, y qué buena la indita. ¿Pero le tienes miedo?

—Verdaderamente le temo, pero él también me teme.

—¿Por qué?

—Yo me vengué: en la noche, hablé a las culebras y procuré reunir más de quince que coloqué debajo de su hamaca y en las reatas que la sostenían, para impedir que se moviera. Después induje a un enjambre de avispas negras para que le picaran. Todavía tiene huellas en la cara, que todos creen ser de las viruelas, pero son las señales que le dejaron los piquetes.

—¡Cómo! ¡Explicame! ¿Tú<sup>b</sup> hablas con las culebras y manejas a las avispas?

—Pero señor. ¿No sabe usted que los indios mayas conocemos el lenguaje de muchos animales?

—No, no lo sé, y para creerlo necesitaría comprobarlo con mis propios ojos.

Yo, en mi pueblo, oí contar cosas muy extrañas de los mayas; y, aún había visto a sus curanderos danzar en el aire alrededor de una fogata, en que había siempre un sancocho de yerbas; luego, con un chiflido muy agudo, atraía a las víboras; y con un sonido gutural a las avispas.

El baile de esta ceremonia principiaba pesadamente; luego se hacía más ligero; y después, tan vertiginoso, que producía impresión óptica o la realidad de verlos desprenderse del suelo y seguir bailando en el aire a más de un metro de altura por espacio de media hora.

El fantástico relato del maya, creído a medias por lo que conocía y sabía de mi raza misteriosa, fue aprovechada la primera oportunidad para una demostración. El maya y yo fuimos a la sombra de un árbol a no menos de doscientos metros del lugar donde acampábamos y el indio púsose a silbar enteramente igual a como había oído que lo hacían los curanderos de mi pueblo. Al poco rato, tenía junto a sí más de doce culebras de distintos tamaños a las que hacía andar una detrás de otra, subirse

simultáneamente a un árbol, enroscarse y desenroscarse, obedeciendo sus órdenes misteriosas y terminantes.

Orgulloso de la sorpresa que me había causado su experimento, continuó:

—Por el olor que siento, hay muy cerca de aquí un hormiguero le voy a enseñar el último experimento que estoy haciendo.

Efectivamente, muy cerca del lugar, se encontraba el hormiguero.

Pegando los labios y despegándolos hacía un ruido imperceptible, y raro.

Por un agujerito de dos centímetros de diámetro, empezaron a salir millones de hormigas grandes y coloradas, que nos rodearon, acercándonosnos.

—Esto está malo, —musitó muy quedo—, voy a hacer que se peleen, pero de aquí vamos a salir muy picados.

El ruido de los labios se hizo más suave y estridente; entonces se inició entre estos animales una lucha feroz, haciéndose bolas de hormigas hasta de veinte centímetros de diámetro; pero como ya muchas empezaban a subirsenos al cuerpo y nos mordían con rabia, partimos en carrera hasta a un arroyo donde nos metimos con todo y ropa al agua.

Luego me advirtió:

Los experimentos con los animales son muy peligrosos, por eso me gusta hacerlos siempre solo; ya ve, hoy no me han querido obedecer las hormigas y si no es por mi última orden de que pelearan, ya de nosotros no quedarían más que los huesos, pues éstas, al morder, arrancan los pedazos; verá como tenemos los pantalones y los zapatos.

Efectivamente, cuando salimos, los zapatos y los pantalones parecían coladeras, y muchas hormigas todavía estaban prendidas a nuestras ropas.

## **Cómo<sup>b</sup> se hacen gobernadores**

Dura fue la caminata hasta el campamento de “El Destino”, entre torrenciales aguaceros y sobre la vereda convertida en fangal, espeso y fétido. Sin embargo, llegamos con todo nuestro cargamento de víveres, armas y un buen repuesto de mulas, a las seis de la tarde.

El ocio despertó tanto los instintos bélicos en los chicleros, que ya habían improvisado con cuñetes de pólvora, unas tambores, y confeccionado pitos de carrizo que emitían sonidos semejantes a los de la

gaita con los que tocaban sonos guerreros como los irlandeses. —Influencia de la colonia inglesa de Belice y del capataz español.

Formé la fuerza, pasé revista y me encontré con que había una desertión y una defunción.

Momentos después, con toda solemnidad, ordené a Moisés Gámez, a quien le di<sup>b</sup> el título de Mayor, fuera a buscar a su padre para una ceremonia oficial. Este avanzó unos diez o quince pasos y trajo a su padre que se encontraba en esos momentos preparando una “champa” para descansar.

Ordene a la tropa presentar armas y a don Pablo Gámez, lo conminé para que rindiera la protesta como gobernador<sup>a</sup>, leyéndole lo que había escrito en la parte interior de una cajetilla de cigarros:

“En nombre de la Revolución y de las fuerzas aquí presentes, queda usted nombrado gobernador<sup>a</sup> y comandante<sup>a</sup> militar<sup>a</sup> del estado<sup>a</sup> de Tabasco, cargo que se le confiere conforme al plan de Guadalupe. Esperamos sus mejores servicios y esfuerzos para el bien del pueblo trabajador, y de la causa social que defendemos”

—¿Acepta usted el puesto que se le confiere?

Con una gravedad de emperador romano, se paró en la posición de firme, echó el cuerpo hacia atrás, fijó los ojos en el cielo, levantó la mano, la extendió horizontalmente y contestó con solemnidad.

—Protesto desempeñar el cargo de gobernador y comandante militar del estado<sup>a</sup> de Tabasco, como la Revolución me lo ordena.

Dirigiéndome a los soldados, continué, en tono enfático:

—Todas las fuerzas de Tabasco reconocerán como gobernador y comandante militar al general don Pablo Gámez, respetando sus órdenes. El General don Pablo Gámez se compromete a expedir todos los decretos que sean necesarios, para terminar de una vez por todas con el estado de miseria en que viven los trabajadores de estas regiones, procurando su mejoramiento intelectual, y proporcionándoles<sup>b</sup> todos los elementos de vida que necesiten, para el desarrollo de sus actividades dentro de los nuevos lineamientos que deberá señalar la Revolución, para proporcionar a cada individuo un pedazo de tierra en la que trabaje y, si

es posible, los elementos necesarios para acabar con la esclavitud rural.

Uno de los soldados, arrojando el sombrero hacia arriba, gritó:

—¡Viva el nuevo gobernador! ¡Viva el comandante militar! ¡Viva el general don Pablo Gámez!

A este grito contestaron entusiasmados los pocos hombres y mujeres que componían nuestras fuerzas.

Se levantaron las actas que firmó don Pablo Gámez con gran seriedad, como si estuviera haciéndolo en el palacio<sup>a</sup> de gobierno<sup>a</sup> de San Juan Bautista. Sabía de teatro<sup>b</sup>.

Después de terminado el acto, nombró secretario particular a su hijo, (este fue el primer acto de importancia y de nepotismo de la Revolución de Tabasco); y, al que esto escribe, secretario general de gobierno y director e instructor de las fuerzas de la Revolución.

Este último puesto me sonaba en broma, pues yo en mi vida había recibido instrucción militar, ni estaba al tanto de la terminología más rudimentaria de los puestos, y, acto continuo<sup>b</sup>, me puse a elaborar varios decretos. No quería quedar atrás en la comedia.

El primero, abolía las deudas contraídas por los servidores de las fincas, que formaban cadenas de esclavitud, pues era costumbre que si el deudor tenía esposa o hijos, las cuentas pasaran como si fueran herencia y si no los tenían, recaían en los padres o en cualquier familiar. De lo que trataban los amos y las autoridades, ¡era de que ni la muerte defraudara a los pobrecitos ricos!

El segundo decreto fue concediendo a cada uno de los soldados que tomaban parte en la Revolución, cincuenta hectáreas de terreno. (Como se ve, no teníamos una idea exacta de lo que eran cincuenta hectáreas ni de lo que representaban ya en cultivo).

El tercer decreto fue prohibiendo la explotación de las maderas y del chicle, si los explotadores no se sujetaban a un reglamento rudimentario el cual exigía casas cerradas con tela de alambre, para vivienda de los trabajadores, filtros para purificar el agua, servicio médico, un jornal diario de \$ 2.50 en plata, escuela para los hijos de los peones y seguro de vida.

Formulados los decretos, el gobernador<sup>a</sup> los firmó y ordenó que se reuniera la tropa. Una vez hecho esto, se dio lectura a ellos.

Don Pablo, después de esta ceremonia mandó a los chicleros que al día siguiente se dedicaran a sembrar una milpa que había tumbado y quemado, durante nuestra ausencia.

Este fue el momento más peligroso para el secretario general. El caso era muy sencillo; en el jato<sup>a</sup> de los bofos, había recogido don Pablo una carga de maíz que cuidaba como un tesoro, pero yo, todos los días, sigilosamente, cogía dos cuartillos para darlos a mi mula, por no saber para qué estaba destinado; de suerte es que en la travesía, gasté todo el maíz que don Pablo había separado para la siembra. Al confesarle a don Pablo mi falta, se empezó a reír para después decir con socarrona lentitud:

—Ya no sembraremos la milpa, ni comeremos tortillas porque usted alimentó bien a su mula.

Sin más comentarios, dispuso que saliera una fagina de tres hombres con él, al día siguiente.

Le pregunté qué iba a hacer, y me contestó que a buscar maíz. Le pedí incorporarme a la expedición por ser el culpable de aquella imprudencia. Se me quedó viendo antes de contestarme:

—Usted no sabe hacer eso; el maíz lo vamos a recoger en la punta de los árboles.

Creyendo que bromeaba, le indiqué que él no podía salir como gobernador que era, sin su secretario general y que yo lo acompañaría. Decirle esto y cambiar, fue todo uno, pues don Pablo ya se sentía gobernador<sup>a</sup>.

—Muy bien, señor secretario, usted dará fe de la primera requisita que vamos a hacer los revolucionarios.

—Robo— contesté muy bajo.

A la mañana siguiente, salimos, y ya en el monte don Pablo dio orden de que se escudriñaran todos los árboles para ver si había depósitos de pájaros ladrones.

Al verme don Pablo tan sorprendido, se puso a explicarme: “pájaros ladrones”, son una aves que hacen agujeros en los árboles, para depositar el maíz recolectado durante la cosecha, y comerlo cuando no hay frutos en la selva.

No creí tal cosa, pues nunca había oído hablar de estos pájaros. Mi sorpresa fue más grande

cuando bajaron los chicleros con las bolsas llenas de maíz.

Durante tres días, robándoles el maíz a los ladrones, logramos juntar una carga que fue la que se utilizó para hacer la primera siembra.

También me sirvió, para expedir el más raro de los decretos y que consistió en prohibir, que se le siguiera llamando a esas aves "ladronas", porque ese nombre se lo habían puesto los ricos para vengarse de las aves que les cogían un grano de maíz. Este decreto, firmado y promulgado; no se cumplió... Y los pájaros siguen llamándose "ladrones". Esto lo atribuí, a mis escasos conocimientos; después he visto que en la capital de la república<sup>a</sup>, han fracasado en la misma forma, muchos notables jurisconsultos, que legislan contra la voluntad y la costumbre de los gobernados.

En esta expedición, llegamos cerca de la finca de San Pedro que se encuentra al final del Río Candelaria en el estado<sup>a</sup> de Campeche.

No queriendo exponer a los chicleros y temiendo que estos desertaran al encontrarse en una parte poblada, les ordenamos su reconcentración al campamento.

Don Pablo, su hijo, el asistente y yo, decidimos irnos a dicha finca. Había que atravesar un río para llegar a ella, y tuvimos la suerte de ver a un niño que estaba jugando del lado opuesto. Por señales le ordenamos que nos trajera el cayuco; obediente, se acercó a la orilla en que estábamos y con júbilo nos preguntó:

—¿Ustedes son los señores federales? Los estábamos aguardando.

Estas palabras nos dejaron fríos, pues no sabíamos que hubiera tan cerca fuerzas del gobierno<sup>a</sup>, y que fueran esperadas.

Rápidamente concertamos el asalto: mi pistola se la di al hijo de don Pablo Gámez: éste, me dio su rifle y don Pablo desenvolvió la espada que había comprado en Belice y que llevaba en la impedimenta, envuelta en una pieza de manta.

La operación de bajar la carga y desenrollar la espada fue tan laboriosa, que por poco compromete la expedición. Después de asegurar bien las dejamos con el asistente, subimos al cayuco, atravesamos el

río y corriendo, como locos, nos fuimos a la casa principal.

Antes de llegar a los primeros peldaños de la escalera, se le enredaron los pies a don Pablo en la espada, la que saltó y se le clavó en el sombrero.

En nada estuvo que este accidente cómico, dejara sin cabeza a la revolución tabasqueña, por autodescabello.

Sin hacer caso del incidente, su hijo y yo nos metimos a la casa principal: obligamos al semanero a que nos enseñara la mayordomía. Al principio, no quería obedecer el sirviente; pero tan pronto como sintió el frío cañón de la pistola en la sien, nos acompañó hasta donde estaba el mayordomo, al que encontramos conferenciando con otros sirvientes, que hacían guardia y tenían puestas en pabellones unas escopetas.

Yo me dediqué a tirar las armas con los pies, mientras el hijo de don Pablo disparaba al aire. En estos momentos entró don Pablo furioso por el percance de la espada, y se puso a dar cintarazos a diestra y siniestra, a los improvisados soldados de la finca.

Aprehendimos al mayordomo y tocando la campana llamamos a la gente. Ésta<sup>a</sup>, muy tímida, se empezó a presentar. Una vez reunidos todos, ordenamos que se mataran dos reses para unos supuestos novecientos soldados que llegarían pronto y encerramos en un cuarto al mayordomo<sup>a</sup>. Recogimos las armas y me hice de una buena pistola "parabellum" que pertenecía al capataz. Mandamos recoger y encerrar toda la mulada, y a embarcar la mercancía para el otro lado del río, con el fin de concentrarla después en nuestro campamento, dejándola por esa noche, al cuidado del asistente.

Ese mismo día, el hijo de don Pablo montó guardia para vigilar al mayordomo; don Pablo colgó su hamaca en un extremo donde había un puente, y yo en el lado opuesto, donde se encontraba una puerta. Antes de cinco minutos de guardia, todos roncábamos como unos benditos. Ese momento fue el que el mayordomo<sup>a</sup> quiso aprovechar para salir de su cautiverio; pero ignoraba que don Pablo aunque roncaba, dormía con un solo<sup>h</sup> ojo y sus oídos nunca dejaban de funcionar. Cuando el hombre intentó salir, ya don Pablo lo tenía encañonado e increpaba duramente.

Al ruido, despertamos su hijo y yo y rodeamos al mayordomo. Procedimos en el acto a ponerlo en un "cepo" que en la hacienda se usaba para castigar a los servidores que cometían alguna falta. Ya bien asegurado, nos acostamos a dormir hasta el día siguiente.

Por la mañana formamos a la gente e hicimos la pregunta de:

—¿Quiénes quieren ir voluntariamente y quiénes<sup>p</sup> a la fuerza?

Y se repitió la misma escena del jato<sup>a</sup> de los bofos<sup>a</sup>: uno solo quiso ir voluntariamente y nosotros obligamos a los demás a llevar una caja con víveres y una mula del ronzal, también cargada.

Antes de salir, don Pablo Gámez repitió la escena del nombramiento de autoridades; y a mí me nombró gobernador y comandante militar del estado<sup>d</sup> de Campeche. Yo, por corresponder, lo nombré a él secretario general y a su hijo, secretario particular.

Tres personas éramos al mismo tiempo; dos gobernadores, dos secretarios generales de gobierno y dos secretarios particulares.

Se repitieron los decretos, hasta el de los pájaros ladrones, y emprendimos la marcha para el estado<sup>a</sup> de Tabasco, extendiendo los recibos correspondientes por la mercancía, mulas y enseres tomados de la finca. Estaba predestinado el estado<sup>d</sup> de Campeche a no tener gobernador<sup>a</sup> de la Revolución, ni siquiera en broma.

Yo en realidad, no tomaba estas cosas en serio, sino como uno de los juegos que teníamos que inventar para entretenernos.

Después de pasados los años, he comprendido que en esta forma se hicieron muchos gobernadores y muchos generales de división; y algunos, ni siquiera en esta forma. Nosotros esperábamos todo lo malo y afrontábamos las situaciones, sin importarnos ni preocuparnos de que el triunfo justificara estos actos, que si no eran de bandolerismo, lo parecían.

Un nombramiento de cualquier clase en aquellos momentos, era la sentencia de muerte que se llevaba en la cartera, siendo más rápida su ejecución mientras más encumbrado el puesto; por eso no hay que pensar en que la ambición, nos moviera a ejecutarlos.

Siempre he dicho y lo repito, que los coroneles o jefes de cuerpo, fueron los que iniciaron la Revolución, porque los jefes de baja graduación, los oficiales, y los soldados siempre se reclutaban en la forma en que hemos visto y se les obligaba a pelear por su propia libertad.

Solamente hombres duros, fuertes y sin mucha comprensión de las responsabilidades, podía aceptar esta situación, pues no era la época de la demagogia.

¡Era el momento de la acción!

Al iluso, substituía el criminal; al romántico, el inconsciente; al letrado, el epiléptico. La hora era de matar, no de pensar; y esta transformación, solamente la podían soportar los retardados o los idealistas.

Así ingresó a la Revolución de Tabasco, el contingente de Campeche, con su flamante gobernador<sup>d</sup> al frente. ¡Un iluso!

## La sed

Se tenía que atravesar una región montañosa. Según los cálculos de don Pablo, tardaríamos cuando menos, cuatro días, para salir de ella.

Aunque era entrada ya la temporada de lluvias, no habían caído las primeras en estos lugares, y el terreno estaba completamente seco.

Antes de iniciar la marcha, ordenó don Pablo proveernos de agua; como no la encontramos en las proximidades, obligó a que cada quién llenáramos una botella con el rocío de las hojas; cosa laboriosa, pues había que vaciar cuidadosamente el contenido en el recipiente.

Yo, creyendo que de todos los árboles se podría recoger rocío, escogí las hojas más verdes, y comencé mi labor. Nadie se había fijado en mí, hasta que don Pablo me gritó:

—¿Pero qué hace usted, no sabe que esa planta es venenosa? Ya verá cómo se le van a poner las manos.

Y me hizo tirar el agua que con tanto cuidado y trabajo había acumulado.

El árbol escogido era nada menos que el "chechén"<sup>b</sup>, tan venenoso, que hasta su sombra es maligna, pues hombre que la recibe, se hincha. Si al pasar junto a él, las hojas con rocío se pegan a la piel, esta se pone roja y arde bajo la acción de un cauterio, hasta quedar negra a las pocas horas. Si se

corta el árbol por el tronco y se recibe en los ojos el zumo que despiden la savia, produce la ceguera.

Antes de realizar este corte, los mayas orinan en el tronco. Con eso evitan el mal.

Para tomar el rocío de las plantas, hay que aprovechar las horas de la madrugada, pues dura tan sólo hasta la salida del sol, cuyos rayos lo evaporan rápidamente.

Yo no pude volver a llenar mi botella, y fui quien más sed padeció en la travesía.

Al emprender la tercera jornada, pretendimos hacer la misma operación; pero las hojas carecían de rocío abundante, y apenas logramos acumular un decilitro de agua.

Durante cuatro días no tomamos alimentos húmedos, y sólo nos humedecíamos los resecos labios con unas cuantas gotas del preciado líquido en el día.

Aunque el sol no daba de lleno, por la tupida ramazón de bosque, sí hacía un calor sofocante; y, se sudaba tanto, que a las pocas horas de emprendida la caminata, comenzamos a sentir los rigores de la sed. Al principio, era tolerable; pero después se fue agravando nuestra situación.

Don Pablo nos recomendó cortar determinadas cortezas para aplicar a ellas los labios y la lengua, mitigando el tormento con su frescura; pero el procedimiento era vano; sentíase en la boca algún fresco y hasta la ilusión de que algo de la savia se succionaba; después de repetir la operación varias veces, terminaba por no satisfacer, y aumentar el malestar, pues esta acababa por dejar la boca y la lengua, rojas e inflamadas. El caso era desesperante. Cada quien miraba ávidamente por entre los árboles, buscando un "bejuco de agua", tan codiciado en estos trances. La liana, así llamada, es una enredadera hueca, que contiene una gran cantidad de agua en su interior y que sacia la sed del caminante más sediento. Si el bejuco ha alcanzado todo su desarrollo, puede proporcionar hasta diez litros de agua. Nosotros no encontramos ninguno.

Con los ojos irritados, los poros abiertos, la nariz dilatada, respirando fatigosamente, la boca entreabierta, las orejas rojas y la garganta abrasada en ascuas, caminábamos como una jauría famélica y rabiosa. La única palabra que salía de nuestras bocas reseacas, apenas perceptible, era: ¡agua!

La demencia rondaba alrededor del grupo. La obsesión de la sed se convertía en idea fija, y todos nuestros movimientos y ansias convergían hacia la búsqueda de un poco de líquido, en el suelo, en los árboles, en el cielo, en todas partes...

...Los ojos se movían con rapidez, yendo de uno a otro sitio. Y pronto aquel esfuerzo físico, y aquella ansia inaudita, nos dio a algunos, características de verdaderos locos.

En medio de la desesperación, uno de los compañeros, —el más fuerte del grupo— echó a correr gritando. A los pocos pasos se detuvo repentinamente, se arrojó la manga de la camisa sobre el brazo y se mordió una vena, de la que succiono ávidamente la sangre.

Con la celeridad de un rayo, don Pablo Gámez sacó su pistola e hizo un disparo sobre el infeliz; y ordenó categorico, que continuara el "patacho". Deteniéndose junto al caído, se inclinó para convencerse de que estaba bien muerto, y se nos unió luego.

¡La ley<sup>1</sup> del chicletero se había cumplido!

Aquella infeliz víctima de la sed, se quedó tirada en medio de la selva, como cualquier animal salvaje, para ser devorado por las fieras, los zopilotes, las hormigas y las moscas.

Después de caminar varias horas, de improviso encontramos un charco de agua suficiente para abastecernos tres días. Bebimos desesperadamente. Alrededor hicimos nuestro campamento. Esa agua, como la de todos los charcos de montaña, apesta a hojarasca en descomposición. Su sabor era repulsivo. No servía ni para cocer los alimentos. Pero nada nos detuvo; bebimos con ansiedad. Sólo después, cuando empezamos a expeler gases, como de col podrida, nos dimos cuenta de todo aquello.

Ya tranquilo, pregunté a don Pablo por qué había matado al camarada, respondiéndome:

—¿Usted cree que era el único en esas condiciones? Lo estábamos todos; y de haber permitido que bebiere su sangre; en ese mismo momento lo habríamos imitado todos sin excepción; usted no sabe todavía que es la sed.

—¿Y lo de hoy que fue?

—No fue nada; puedo asegurarle que yo mismo, al verlo romperse las venas y brotar la sangre, sentí vivos deseos de beber de aquella fuente.

—Me asusta su confesión don Pablo.

—Sí yo sentí el mismo impulso. ¿Qué fuera de nosotros, si cada uno hubiera hecho lo mismo que yo pensé<sup>b</sup>? Ninguno habría salido de estos lugares, pues unos a otros nos hubiéramos chupado la sangre, como vampiros.

—Qué sabrosa me hubiera sabido la suya, —agregando un gesto de repugnancia.

—Además, eso no satisficiera la sed. El hombre que en estas condiciones toma sus orines o su sangre, es hombre perdido, pues inmediatamente le ataca la fiebre, y la demencia, poniéndose a saltar y aullar como un desesperado, o una bestia rabiosa. —Verdad de Dios.

En cierta ocasión, pasando por estos parajes, me encontré a un chiclero que estaba en esas condiciones. A pesar de haberle dado agua suficiente, nunca más volvió a recobrar la razón, y su obsesión era volverse a estos lugares para morir en ellos. Esa idea se ha apoderado de mí desde que entré a la selva. ¡La selva!, la selva, amigo mío, tiene trágicos misterios; la selva atrae, tal vez por sus peligros y es que todos deseamos morir en el lugar en que más sufrimos. Es más perturbadora la sed que el hambre. El hambre produce la muerte por inanición tranquila, dulce, como en un desmayo que va invadiendo el organismo, tal como si se sintiera uno aéreo, sin peso físico. Si no fuera un contrasentido, le diría que hasta es agradable...

—¿En cambio, la sed?

—La sed, produce la muerte más desesperada e iracunda que se pueda usted imaginar; trae el delirio de querer beber, que es el peor de los tormentos, es horrible. Usted sintió algo el día de hoy, pero eso no es nada; yo he estado en situaciones peores, y le puedo asegurar que el suplicio más grande es el de tener sed y no encontrar agua. Se necesita una voluntad a toda prueba para sobreponerse al delirio. Por eso los más fuertes físicamente, sufren con más violencia el imperativo de su naturaleza, acabando por sucumbir primero que los otros.

—¿Y usted cree en la sed de justicia? —pregunté en broma.

—Boberías. La sed tiene que ser de agua y solamente con agua se sacia.

—Pues bien, amigo mío; toda esta gente está muerta de sed de justicia, mírela; desesperada, ciega, sin una esperanza, marchando hacia la muerte

y muriendo de sed de agua, por ver si consigue, no para ella que está formada de cadáveres vivientes, sino para los demás, días mejores.

—Con esto me quiere decir que tienen sed de justicia.

—Sí, la injusticia, provoca mayores trastornos que la falta de agua. Cuando los pueblos se perturban y la sociedad se conmueve, sus estragos son incalculables. Ya usted verá cosas terribles. Usted, con su experiencia, nos evitó la locura de la sed, yo, con la mía, debo evitar la catástrofe social que se avecina.

—¡Qué va, boberías!

—Todos y cada uno de estos hombres se convertirán en fieras el día que penetren a la ciudad en busca de justicia y libertad; y, como no la encontrarán suficiente para saciar su sed inaudita, de generaciones y de siglos, entonces, tomando la venganza por justicia, matarán inocentes, y para asegurar su propia libertad, esclavizarán a los demás.

—Y apenas si harán bien, si los dejamos.

—Por eso debemos conservar el orden y mantener la disciplina. No esa disciplina de soldado, sino la disciplina social; esa es necesaria para que todos los hombres comprendan que vivir en sociedad, trae consigo obligaciones y compromisos con lo que nos rodea; debiéndolos obligar a desterrar el individualismo para entrar en una vida más humana y digna de hombres. Las exigencias sociales abarcan a todos por igual y mientras más miseria hay en el individuo o en las sociedades, mayor debe ser su disciplina para poderse conservar y no hundirse. Si para eso, es necesario hacer lo que usted hizo con nuestro infortunado compañero sediento, ¡se hará!; pero sin que ello sirva como pretexto para llenar mezquinos apetitos...

—¿Clases de tontología?

—No, previsiones solamente. Veo en usted todavía al capataz de los chicleiros, aplicando en cada caso la "ley<sup>a</sup> del montero<sup>b</sup>" y yo deseo convertirlo en un revolucionario de corazón, con la capacidad suficiente de un gobernante que ha de enfrentarse y resolver los problemas, dentro de leyes humanas civilizadas y justas...

El sueño vino a nuestros ojos, y la conversación fue languideciendo hasta apagarse en los labios.

## El incendio

El “patacho”, caminaba con lentitud y dificultad por la selva, tras los encargados de abrir la brecha que rompían a golpe de machete la tupida maraña.

De pronto, un chorro de luz iluminó el callejón. El camino había dado en una sabana que, a pocos pasos se convertía en una masa compacta de carrizos que zumbaban al ser rozados por el aire.

Don Pablo Gámez reunió a los expedicionarios, y les explicó lo difícil y peligroso que era andar por entre los carrizales: nos dijo que éstos, eran nidos de serpientes y que un rayo, o un cerillo, podían provocar una conflagración de la que era imposible librarse.

Los exploradores que habían subido a los árboles más altos que circundaban la sabana, nos informaron que esta se dilataba muchas leguas y no se veía su fin por los lados, siendo imposible bordearla; y, como no podíamos perder el tiempo en una caminata de esa naturaleza, tomamos la resolución de talar el carrizal con la dirección que traíamos.

Los guías empezaron a despejar el camino; pero la consistencia y lo tupido del carrizo, hicieron la labor tan penosa, que en todo el día apenas pudimos avanzar dos leguas de brecha.

Antes de emprender la marcha, don Pablo Gámez había recogido todas las cajas de cerillos que llevábamos, a fin de evitar que a alguno se le antojara encender un cigarro, provocando el incendio de desastrosas consecuencias. Después, nos obligó a hacer provisión de agua para tres días.

Rendimos la jornada, imposibilitados de tomar alimentos, por la ineludible exigencia de no poder hacer lumbre, ni tener agua suficiente.

Tendimos grandes cantidades de carrizos en el suelo, y nos acostamos sobre ellos para contemplar un plenilunio estupendo.

No se acostaban aún los expedicionarios, cuando don Pablo, que todo lo sentía, veía y oía, nos ordenó que recogiéramos las mulas y desandáramos el camino, precipitadamente, porque él oteaba el incendio, que seguramente el enemigo había provocado.

El anuncio de ¡fuego!, nos hizo recoger la carga en menos tiempo del que usábamos normalmente, y emprendimos acto continuo la caminata de regreso. Al llegar de nuevo al principio de la selva propuse

quedarnos en aquel lugar porque era sumamente peligroso meternos a la montaña durante la noche; pero don Pablo sin hacer caso de mis palabras, ordenó continuar la marcha. Esta era penosísima. La luna no penetraba en la selva. Las mulas pegaban contra los árboles, y a cada momento teníamos que detenemos en medio de aquella oscuridad<sup>b</sup>, para componerles la carga, con la escasa luz de dos linternas que apenas alcanzaban a alumbrar la maniobra.

Cosa rara, en aquellas circunstancias, las mulas y los caballos que estaban sumamente cansados, eran los más diligentes en caminar. Con la cabeza baja, casi pegada al suelo, parecían perros rastreadores que husmearan una buena huella.

Así anduvimos durante toda la noche. En la madrugada, contemplamos un espectáculo casi sobrenatural: ciervos, tigres, serpientes, cerdos monteses, codornices y toda clase de aves, caminaban en la misma dirección, cabizbajos, sin preocuparse de tener la presa o el enemigo cerca.

Las acémilas, pacientes y dóciles, parecían tener la seguridad de que no iban a ser atacadas por el tigre que caminaba casi junto a nosotros, con la única preocupación de llevarnos la delantera.

No sé de dónde salían tantos animales, principalmente hormigas. Regueros de éstas surgían del suelo.

Grandes rachas de humo penetraban por abajo de la coposa arboleda de la selva; el calor sofocante; el aire caliente volvíase irrespirable; el ruido peculiar de los incendios, se escuchaba por todas partes: chisporroteos y estallidos de árboles cuya savia hacía violencia sobre las cortezas, al ser vaporizadas por el fuego.

La marcha era trabajosa, desesperante; las grandes cantidades de humo que absorbíamos nos provocaban una tos insoportable. Por los ojos nos escurrían raudales de lágrimas; y, de la nariz manaban chorros de sangre. Las gargantas reseacas, agrietadas y con un escozor indefinible producido por el humo, sangraban por los poros provocando sed que era saciada con la propia sangre.

El ruido del incendio era atroz, los carrizos, al quemarse, estallaban como tiros de fusil, y los bambúes como estallidos de cañón.

A pesar de que estábamos lejos del incendio, según don Pablo Gámez, a nosotros se nos figuraba

que ya habíamos sido cercados por él; y que pronto seríamos pasto de las llamas.

Cuando el estado de ánimo va perdiendo la esperanza, el hombre llega a la desesperación, que causa estragos entre los que pierden el dominio de la razón.

La mayoría de nosotros se componía de novatos en estas cosas, y hubiéramos sido en breve, presas del más terrible pánico, de no tener, dirigiéndonos y sosteniéndonos, la energía de don Pablo, demostrada en todo momento.

Un incendio en la selva, es la cosa más terrible que puede tener el que se aventura por ella.

El fuego no perdona nada; muchas leguas a la redonda, el humo va sembrando la muerte. Pero la sabiduría y el carácter enérgico de don Pablo Gámez, eran los que, en cada momento de prueba, nos iba a salvar, obligándonos a seguir el camino sin dispersarnos, aprovechando los menores incidentes que pudieran servirnos y con la fe de que todo iba a pasar pronto.

El primitivo instinto gregario nos salvaba.

Cuando el humo se aplacó un poco, encontramos una laguneta, y manifestamos a don Pablo el deseo de hacer el campamento en aquel lugar abierto al cielo, y en donde, además, había un charco con suficiente agua para varios días.

El nos explicó que la claridad, era efecto de una corriente momentánea de aire, que había despejado un tanto el ambiente circundante, pero que por ningún motivo, ello significaba que no estuviéramos en peligro. Sin embargo, él mismo trepó al árbol más alto, e hizo sus exploraciones.

Esperábamos su noticia al bajar, pero él, anticipándose a nuestras preguntas, nos gritó:

—Estamos salvados, antes de media hora nos caerá una tormenta; que descarguen y les corten rápidamente de comer a las bestias.

Efectivamente, apenas transcurrieron treinta minutos, las nubes vistas por don Pablo, se arremolinaban formando montañas oscuras que cubrían el cielo, y descargaban un violento aguacero tropical sobre la montaña.

Nunca antes vi llover en aquella forma; eran cortinas de agua las que caían en el charco, único lugar sin vegetación, los troncos de los árboles escurrian arroyos que se adentraban entre la

hojarasca. La tormenta duró más de tres horas. Todo el campo quedó inundado.

En el mismo instante, hizo don Pablo que volviésemos a recoger nuestra impedimenta y salir otra vez con dirección a la sabana.

Cuando llegamos, aquella vasta extensión era una llanura desierta. Estaba totalmente quemado el carrizal. Sobre las cenizas húmedas, de trecho en trecho, carnes asadas o carbonizadas de animales que no pudieron escapar al incendio, nos invitaban a bajar para aprovechar lo comestible que de ellas quedaba.

Al preguntar a mi viejo compañero, por qué razón habíamos vuelto a aquellos lugares, me respondió:

—La selva todavía puede quemarse; los troncos de los árboles gruesos, seguramente no se han apagado del todo con la lluvia; la vaporización, por el calor, es rápida, y esos pequeños o grandes tizones escondidos, reavivarán de nuevo el fuego que se extenderá destruyendo muchos kilómetros. Estando nosotros dentro de la selva, nos sería imposible ver de dónde viene el fuego, mientras que en este lugar, ya estamos completamente a salvo. Aquí tendremos que permanecer por algunos días para observar por las noches, la montaña. Creo que el peligro ha pasado, pero no debemos aventurarnos por la selva, hasta no tener la seguridad absoluta de que el incendio ha terminado. Ya ve usted, en qué poco tiempo, se han destruido tantas leguas de carrizal y de selva.

La inteligencia del hombre, intervenía nuevamente rectificando los destinos de los que componíamos aquel pequeño grupo, pues los animales que nos acompañaron en la huida, no hicieron lo mismo que nosotros, sino que se desperdigaron por la selva a continuar su vida de acecho sin prever<sup>b</sup> el peligro.

La llanura, estaba silenciosa. Ni un ruido. En el espacio, la luna alumbraba todo aquel campo desolado, mientras el aire traía, por ráfagas, el fuerte olor del incendio apagado por la lluvia.

La naturaleza nos había contagiado; casi nadie hablaba. Todos los pensamientos, giraban en derredor del peligro que habíamos corrido, otra vez, la suerte intervenía para salvarnos.

Cuando el sueño llegó, los cerebros habían trabajado pensando cosas distintas e ilógicas, dentro

del momento. Al fin, todos dormidos, y sólo uno que otro ronquido interrumpía el silencio.

Aquellos pocos hombres tirados en el suelo, eran la representación de una idea, la forma física de un deseo de mejoramiento social, una pequeña fuerza que el destino no había querido destruir.

¿Mañana?, ¿quién sabe!

El destino de México, está trazado: hacia él, generosamente, van sus hijos. Nadie sabe quién lo servirá mejor; si los poderosos y los cultos con sus arrogancias, desenfados y altanerías o los humildes parias con todas sus insuficiencias y defectos.

## Las tembladeras

Muchos pantanos de los llamados "akalchés", quedaron atrás; son estos unas lagunetas de agua sucia y fondo lodoso y suave, por las que se puede caminar cuando tienen poca profundidad.

Antes de entrar a estos fangales, nos invadía el temor, y sólo obligados por las circunstancias, nos aventurábamos en sus aguas; nuestro temor se justificaba por haber dejado sumergidos en ellos, a muchos de nuestros hombres, de pequeña estatura, que no sabían nadar y se ahogaban tan pronto como el lodo les aprisionaba los pies y el agua les llegaba a la nariz.

En muchos casos, con la frente y los ojos visibles, quedaban muertos por inmersión.

La frecuencia de la tragedia, nos iba familiarizando con este peligro que a diario nos salía al paso.

Don Pablo hablaba siempre de las "tembladeras" y aseguraba que esta clase de pantanos eran distintos a los "akalchés", pero nunca había podido formarme una imagen exacta.

Llegamos por primera vez a una tembladera, don Pablo hizo descargar las bestias, y tomar un descanso de dos días. Ante la perspectiva de la inmensa llanura, en la que apenas sobresalía uno que otro arbusto amarillento y raquítico se puso a impartirnos infinidad de recomendaciones.

Antes de entrar, paseó por su orilla a la mula que parecía más rastreadora, para buscarnos el camino. Este animal, sumamente intuitivo, lo encontró después de haber andado cerca de medio kilómetro; retrocediendo para unirse al patacho.

El gobernador<sup>a</sup> de Tabasco, antes de entrar en vereda, extendió la vista sobre las tembladeras y me dijo:

—¿Ve usted esta llanura muerta? Pues es un inmenso cementerio; no hay animal que pise falso en ella, que no se hunda; solamente las víboras pueden cruzarla en todas direcciones. Es traidora y engañosa, se llama "¡mujer fatal!" Mire usted cómo se ve el terreno: parece duro, tiene pasto; y sin embargo, es falso y se sumerge uno en él como en el agua. Estas tembladeras, cuando comienza el verano, despiden una peste insoportable, a carburo de calcio, que se percibe a muchos kilómetros de distancia, es un pudridero de gusanos, que se siente desde muy lejos; porque debo advertirle que, cuan grande es, tiene un fondo de tres o cuatro metros de gusanos. La tierra es sólo un engaño que la cubre apenas. El ganado acostumbra hacer sus caminos, cuando está seco el pantano. Procura reafirmarlo más al comenzar a secarse la costra superficial, o cuando caen las primeras lluvias.

—Qué inteligentes son los vacunos.

—Para llevar a cabo este trabajo, van pasando con cuidado, procurando recorrer varias veces el terreno, hasta endurecerlo por completo, al grado de que ni las inundaciones lo suavizan. Gracias a esto, nosotros podemos atravesar. Me han contado viejos chicleros, que cuando no había ganado por estos lugares, jamás fueron cruzados en tiempo de aguas; pero hoy, ya verá como, aprovechando el instinto de la mula rastreadora, salvamos esta tembladera. Es una travesía peligrosísima, pero indispensable para ahorrar tiempo, y llegar pronto a nuestro destino. Procuren seguir estrictamente mis consejos, porque en estos lugares, no se puede ni se debe ser desobediente.

Para probar hasta qué punto era cierto lo que decía, don Pablo cortó una vara de más de tres metros, y la sumergió. Me daba la impresión, de que la estaba metiendo en el agua. Cuando iba por la mitad, tiró con fuerza para sacarla. Inútil empeño. Otros dos compañeros se acercaron, y los tres intentaron extraer el palo, sin lograrlo. Don Pablo, se acercó para decirnos:

—Así quedará preso el que se aparte del camino.

Encendió su pipa, mientras el patacho, perezosamente, emprendía su marcha.

Todos seguíamos como hormigas a la bestia rastreadora. Esta<sup>4</sup> daba vueltas y más vueltas en un terreno que parecía un campo de labor, abandonado e invadido por el agua.

Los mogotes de tierra, se veían en hileras perfectas, llenos de un pasto amarillento y ralo; las bestias no lo pisaban, sino que iban dando vueltas y saltos, incomprensibles para nosotros.

En una llanura, uno que otro árbol espinoso y chaparro, asomaba. Las mulas nunca pasaban junto a ellos. Le pregunté a don Pablo por qué hacían esto. Él<sup>5</sup>, con la pipa en la boca, me explicó que en aquellos lugares se refugiaban las víboras.

Le insinué que debíamos seguir el camino corto. Previa una sonora carcajada, me contestó:

—El que se atreva a dar un paso fuera del lugar en que pise mi mula, se hundirá para siempre; no se olviden de esto, además recuerden lo que le pasó a la vara.

Yo me reía incrédulo; pero en el fondo, pensaba que podía tener razón este señor que nunca se equivocaba, y que conocía tan bien los misterios de la montaña.

A poco andar, una bestia salió del camino, hundiéndose casi totalmente los remos.

Don Pablo ordenó que nadie se ocupara de ella, y todos continuamos el camino. Aquello me causó desagrado, e insistí en que salváramos la acémila, pero él, se limitó a contestar:

—Imposible; nadie podrá intentarlo sin peligro de morir también; esto será un ejemplo; el que se salga del camino, se quedará como esa mula.

A cada momento me volteaba para ver al animal, porque me di cuenta de la celeridad con que se hundía... se hundía. No pude comprender cómo aquellos mogotes con pasto, no tuvieran la resistencia suficiente para retener por algún tiempo el cuerpo de la mula.

Después de diez horas de camino, estábamos ¡por fin!, frente a la orilla de la montaña nuevamente. Otra bestia pretendió acelerar su llegada saliendo del camino: dio el paso en falso y comenzó a hundirse.

Como solamente estábamos a uno o dos metros de tierra firme, pretendí que mi caballo pusiera las patas delanteras para saltar, sobre la mula que se hundía, pero éste, resbalando, metió a su vez los

remos en el lodo, quedando montado sobre el otro animal. Yo quedé con los pies sobre la mula, y una de mis manos metida en el lodo.

Don Pablo hizo salir con celeridad a todo el patacho a tierra firme, y ordenó que se cortaran violentamente unas ramas con el fin de hacer una balsa.

No podía sacar la mano de aquel lodazal; los animales se hundían cada vez más, aunque no tan rápido como en los primeros minutos, y yo procuraba acomodarme sobre ellos.

Sentía la mano entumida, y todo el brazo dormido. Lo que me causaba mayor desesperación, era que a pesar de mis esfuerzos, no podía sacar la mano que apenas se había hundido unos cinco centímetros más arriba de la muñeca.

Don Pablo vino con varios hombres en mi auxilio, puso la balsa cuidadosamente junto a mí y empezó por hacer una excavación con el machete alrededor de mi mano, cortando una masa de gusanos compacta como raíces entretrejidas, hasta que logró desprenderla totalmente.

Una vez en tierra, me lavaron aquella maraña hasta dejar al descubierto una piña de sanguijuelas y lombrices de agua, entrelazadas fuertemente entre sí. La masa desprendía una baba turbia y fétida.

Aquello era horroroso, daba la impresión de que en un segundo, le habían salido raíces a la mano. Mi amigo el indio, se acercó y en lengua maya me dijo:

—Que te cure el huasteco; él es el que sabe más de estas cosas.

Sin decir nada, vi que el huasteco se acercaba con unas hojas que desmenuzaba en un jarro de agua, la cual fue vertiendo alrededor de aquella masa de lombrices. Estas, al contacto del agua, se fueron desenredando y desprendiendo de la piel, cayendo al suelo, hasta dejarme al descubierto la epidermis enteramente pálida y sin una gota de sangre.

El indio maya, insinuó que era mejor cortarme la mano, porque se gangrenaría. El huasteco al oírlo, comenzó a reírse y pidió un poco de aguardiente; remojó en él otras yerbas, frotó la mano con todo ello, y me la envolvió. Tres días después estaba yo perfectamente bien y mi mano con la sensibilidad normal.

Don Pablo, al verme sano, me felicitó porque aquello era un verdadero milagro. Las sanguijuelas

de esos pantanos —según me explicó— lo menos que hacían, era dejar a los seres humanos podridos para toda la vida.

Al oír esto el huasteco, con tono doctoral, respondió que había usado unas yerbas sumamente astringentes que al cerrar completamente los poros, los hacían “escupir la ponzoña” evitando toda infección. Que ese era un medicamento muy usado en sus terrenos, en donde también abundan esta clase de pantanos.

Tenía razón, durante varias horas, la mano estuvo exudando por los poros una sanguaza babosa y fétida.

En el tiempo transcurrido, han llegado, hasta mí, nuevas modalidades mentales que me hacen ver la vida en otra forma, sintiendo una inmensa tristeza por no haber conseguido lo que la Revolución descaba para todos. Por eso pienso, que hubiera sido mucho mejor que, anónimamente, hubiese quedado en aquellos pantanos, en los que las sanguijuelas y las lombrices de agua, no dejan rastro de lo que cae en sus dominios; que permanecer en la capital de México, y ver, con mis propios<sup>b</sup> ojos, cómo los gusanos y las sanguijuelas, prendidos al gobierno<sup>a</sup>, devoran la economía del país, lo poco que puso en pie la Revolución y hacen tabla rasa de las conquistas que logró, sin dejar tampoco, el menor rastro de ellas.

Jóvenes de México: Si alguna vez váis por esos caminos; que estas líneas os sirvan de enseñanza, si acaso no encontráis la voz experta de los viejos, que es la mejor guía.

## La inundación

Abrimos una brecha que nos llevara directamente a la ciudad de Palizada, teniendo que trajar entre dos ríos: el Usumacinta y el Candelaria.

El terreno era bajo, y a la crecida de los ríos, se inundaba. Pero esto sucede cada quince o veinte años.

Como necesitábamos hacer provisión, emprendimos el viaje sin tomar en cuenta que estábamos en plena estación de lluvias. Don Pablo Gámez lo había previsto: las mulas eran magníficas y la gente, escogida entre la que conocía más de estas cosas; las necesarias providencias fueron

tomadas para internarnos en la selva con dirección a Palizada.

La caminata era sumamente lenta. La lluvia había puesto el terreno tan suave, que con mucha dificultad podíamos hacer una o dos leguas diarias.

Una tarde, cuando tomábamos café, don Pablo Gámez dio orden de que empezaran a tumbár árboles para hacer unas balsas. Inquiriendo el motivo me contestó:

—Los ríos están rugiendo y eso quiere decir que viene una avalancha de agua que inundará estos lugares. Además, fíjese en que las ratas están subiendo a los árboles con sus hijos; y ese árbol, lleno de hormigas.

Las ratas subían llevando en el hocico a sus críos; los árboles más grandes y altos estaban tupidos de hormigas, a tal grado, que las ramas delgadas se doblaban al peso de estos animalitos colorados en tal forma, que no cabía uno más.

Con mucha precipitación se construyeron las balsas en las que colocamos víveres y animales, improvisando casetas para precavernos de la lluvia.

Aún no habíamos terminado tres balsas, cuando empezó a llover. Sucedianse los aguaceros uno tras otro. El suelo se ponía cada vez más blando. Apresuramos la construcción de las dos últimas para las bestias. Se aseguraron todas a los troncos de los árboles más recios y altos con reatas largas, y se ordenó que dos hombres subieran a cada una de las balsas para cuidar la maniobra.

El agua invadió la selva subiendo rápidamente de nivel. El presagio de don Pablo se cumplía.

En menos de una hora, el líquido alcanzó más de tres metros de altura, desarrollándose por debajo una corriente tan fuerte, que derribaba los árboles de enraizamiento superficial. Uno de esos cayó sobre una de nuestras balsas, canteándola y precipitando al agua dos mulas que fueron velozmente arrastradas por la corriente.

En la madrugada, don Pablo observaba el nivel del agua en los troncos de los árboles. De repente dijo:

—Ya empieza a bajar; antes de tres horas estaremos en el suelo.

¿Entonces podemos seguir hoy mismo nuestra marcha?

¡Imposible!; la tierra está muy suave y tendremos que esperar tres o cuatro días sobre las balsas antes de poder desalojarlas.

—¿Por qué?

—Porque si dejamos transcurrir ese tiempo, el agua seguirá bajando y la tierra endurecerá, en cambio, si bajamos, antes, la convertiremos en un lodazal que bloquearía las balsas de donde no podríamos salir en muchos meses.

El lodo, cuando se bate, hace en el fondo una costra casi impermeable que no permite pasar el agua y se mantiene así indefinidamente, en cambio, si tenemos paciencia, dentro de algunos días podremos caminar sobre él como lo hemos hecho hasta hoy.

Me pareció exagerada la relación de don Pablo pero me resolví a esperar. Como en ratificación, una mula quiso salirse de la balsa y se sumió en el lodo haciendo un batidero terrible sin que pudiera encontrar tierra firme; tuvimos que atravesarle unos palos, improvisando unas grúas con palancas a fin de sacar al animal del fango; pero todo fue inútil, la mula se hundió.

Esperamos dos días y, al tercero, nos anunció don Pablo que ya podíamos iniciar la marcha. No quiso que continuáramos camino adelante, porque los víveres se nos habían agotado, y emprendimos el regreso alimentándonos con algunos frutos llamados coyoljaguate, y té de hojas de pimienta. Así anduvimos cinco días.

El hambre no causaba desesperación ni estragos en nuestro organismo; el aniquilamiento era sedante y se sentía hasta una satisfacción en no comer. Nuestro estómago, ya no pedía nada; solamente el cerebro enfermaba con sus fantasías e ilusiones de gastrónomo. Todos hablábamos de comida y nos asediaba el deseo de verla, pero no había desesperación por comer.

Después de esos cinco días, encontramos una masa de mamey; sus frutos no estaban aún maduros, pero así los cogimos para repartirlos equitativamente; los asamos, para poder comerlos mejor pero con un trabajo horrible, pues, al pasar aquella masa astringente por la garganta, causaba desesperación, dolor, y nos ahogaba. El hambre hizo multiplicar los esfuerzos, y, así, llevar al estómago la ración que nos había tocado.

Al día siguiente una tortuga de monte (pochitoque) fue nuestro alimento; la asamos en su carapacho repartiéndonosla entre todos. Ese día, si tuvimos con qué entretener las mandíbulas, pues hasta los huesos los estuvimos triturando durante toda la noche, sintiendo un agradable consuelo.

Dos días más sin comer, y, al tercero, llegamos a un rancho deshabitado donde una cría de cerdos, nos llenó de alegría, y más, que debajo de una champa, encontramos frijol, maíz y sebo.

Ver esto y ponernos a hervir en una lata, agua y frijol, todo fue uno.

Luego matamos dos cerdos pequeños para agregárselos. También pusimos plátanos tiernos y macal (papa silvestre), e hicimos un sancocho que en menos de dos horas quedó listo.

Comimos con avidez; cuando terminamos, nadie se pudo levantar del lugar que ocupaba; todos como borrachos, apenas si tuvimos tiempo de acostarnos para quedar sumidos en un sueño profundo y reparador. Los más despertamos al día siguiente con disentería.

El paludismo encontraba otra ayuda para acabar pronto con nuestro organismo, pero felizmente esa disentería se nos curó rápidamente, con una infusión de "rabo de mico" que nos dio el indio maya.

Cuando llegamos al campamento nadie creyó nuestros sufrimientos, pues la cara de hambre que llevábamos, parecía más consecuencia del paludismo que de las privaciones, don Pablo dio la siguiente explicación.

—Ninguno de nosotros se encuentra demacrado, porque todos hemos hecho la travesía montados; si cualquiera hubiese tenido que caminar una legua en las condiciones en que estamos, seguramente se habría quedado en el camino. Además, nadie se muere de hambre por no comer sólidos, yo una vez tuve disentería y me sometieron a dieta rigurosa por un mes, y, a pesar de que todo el día estaba evacuando sangre, no perecí.

—Pero le darían leche cada tres horas —le contesté.

—Sí, leche igual a la que hemos tomado en estos días, de té de hojas de pimienta sin azúcar.

## El día que comí mono

Cinco días pasamos bajo la selva, alimentándonos con cogollos de momo o yerba

santa y té de hojas de pimienta, sin azúcar. Cuando don Pablo Gámez distinguió en la copa de un zapote, a un mono solitario que comía los frutos verdes de aquel árbol, nos indicó con la mano que ya teníamos que comer.

Procurando hacer el menor ruido posible, desmontó de su bestia, tomó su rifle, fijó con mucho cuidado la puntería, y disparó sobre el animal. Este lanzó un agudo grito que pobló de ruidos la selva, y, cayó pesadamente al suelo.

Todos se juntaron en derredor del mono sin tocarlo, hasta que don Pablo lo tomó por el cucllo con la mano izquierda; y al suspenderlo, lleno de regocijo, apuntándole con el índice de la mano derecha, nos dijo:

—¡Buena presa para comer!

Sinceramente creí que aquello era una broma. Más grande fue mi sorpresa al oír que mandó a explorar agua, y al encontrarla muy cerca, ordenó desensillar las bestias y hacer un campamento para pernoctar en aquel sitio.

Cuando le pregunté si efectivamente íbamos a comer aquel animal; con la naturalidad más grande del mundo, me contestó que sí; que habíamos cobrado una buena presa, pues el saraguato era grande, gordo, y podía proporcionarnos carne para todos. Asombrado, sin creer lo que me decía, respondí:

—¿Pero usted se imagina que me voy a comer un semejante?

—Bueno, si no come, será una ración más para nosotros.

Con tristeza contemplaba los preparativos para asar el animal, le quitó la piel, le cortó la cabeza, le sacó las tripas dejándole solamente los riñones y el hígado, le regó sal y pimienta, se le atravesó en un palo, hizo una fogata, se puso al fuego y le daban vueltas rociándolo constantemente con agua de sal y limón.

Por mi cerebro cruzaron las teorías de Darwin. No comprendía cómo aquella gente se alegraba porque iba a comerse un animal tan próximo al hombre.

Hablé aparte a don Pablo, y como pude, le enteré de las doctrinas darwinianas. Al principio, me oía muy atentamente, pero cuando llegué al mono y su relación con el hombre, echó una

carcajada y tocándome el hombro con la mano derecha, me dijo:

—¡Hoy nos comeremos a un bisabuelo! Ya verá lo sabrosos que son nuestros antecesores bien asados.

Efectivamente, el olorcillo que despedía aquella carne puesta al fuego, era inquietante. Firme en mis convicciones de hombre civilizado, no quise torturarme más, y me retiré del lugar en que se preparaba la cena.

Aquella cabeza de mono tirada muy cerca del fogón, me recordaba la cara de muchas personas conocidas. Para mí era la de un hombre pequeño al cual se iban a comer, y repugnaba esto, completamente a mis sentimientos; pero el olor de la carne asada fatigaba sobremanera mi estómago al grado de que la mente me hacía flaquear la moral.

¡Qué olorcillo más agradable despedía el asado!

Terminado el guiso, don Pablo tomó su cuchillo de monte e hizo la distribución, me hablaron para que tomara mi parte y la rehusé; entonces los compañeros, entre bromas, burlas y carcajadas, comieron la que les correspondía y tomaron el té de pimienta. Yo los acompañé a tomar esto último.

Haciéndose la tertulia, les hablé de la semejanza entre el mono y el hombre, hasta que cada quien se fue a ocupar su hamaca. Yo también me acomodé en la mía. El sueño se escapó, y en cambio, la imaginación vagaba entre los hábitos antropófagos de algunas tribus y las teorías de Darwin. Estas elucubraciones torturaban unas veces mi conciencia y otras el estómago. Así llegó la mañana. Todos volvimos a reunirnos en torno a la fogata, para tomar nuestra taza de té, y yo, en un arranque instintivo, le pregunté a don Pablo si no había quedado un pedazo de mono, contestándome después de una ruidosa carcajada.

—Yo estaba seguro que pediría su parte y por eso se la guardé. Le voy a dar también la de su paisano el maya, que tampoco la quiso ni la quiere comer hoy.

Ofuscado, hambriento y sin reflexionar, metí el diente en aquellas carnes tan repugnantes el día anterior, y cosa rara, las sentí duras, pero sabrosas, agradables, capaces de satisfacer al paladar más delicado. Comí hasta acabar las dos raciones y tomé el té.

Desde aquel día, contraí la costumbre de comer mono: carne fina, agradable, pero cuando es gordo, la grasa se elimina por los poros del cuerpo casi al mismo tiempo que pasa por la garganta, humedeciendo las ingles, las axilas y las manos.

La selva estaba ganando cada día un hombre más. Yo, que me preciaba de ser el más civilizado del grupo comía mono como cualquier salvaje.

Seguimos el viaje. Pasaron tres días en los que el único alimento, eran la yerba santa y el té de hojas de pimienta. Al atravesar un río, encontramos un lagarto y lo mataron. Después de comer mono, ya no reparaba en escrúpulos de ingerir ninguna otra carne, acepté de buen grado el lagarto para aquella noche.

Mientras hacíamos nuestras champas y arreglábamos lo necesario para pasar la noche, uno se dedicó a preparar el potaje de lagarto.

La cola, es lo único que se come de este anfibio. Después de cortarlo en pedazos pequeños, se puso en agua hirviendo, agregándole hierbas olorosas, pero no aconteció como con el mono, que al asarlo despedía un olor agradable; todo lo contrario; de aquella agua hirviendo salía la insoportable peste de un marisco que daba náuseas.

Cuando estuvo cocido, se nos avisó, y todos formamos rueda con nuestros platos en los cuales se nos sirvieron trozos de cartilagos, muy parecidos al pecho de la tortuga; compuesto de hebras como la carne interior del coco, de color verdoso que despedía un fuerte olor desagradable. El hambre nos hizo cortar aquella pasta gelatinosa, que no pude comer. A otros compañeros les pasó lo mismo; pero la generalidad, con repugnancia y todo, comió su parte.

Sólo el maya no pidió ración, y, desde lejos, contemplaba el espectáculo, masticando unas hierbas amargas.

Un viejo chiclero fue el único que dijo que aquel era el platillo más rico que podía tomar un hombre de gusto refinado. Yo lo vi con tristeza, comprendiendo que el refinamiento tenía sacrificios trágicos a que le obliga el hambre.

Alguien dijo:

—Mañana comeremos culebra, su carne tiene gusto de pescado.

Todos confirmaron lo del sabor y sólo yo quedé con unos retortijones en el vientre, como si tuviera un nido de reptiles en los intestinos.

En la noche al hacer el balance del día recordaba todo lo que había degenerado el gusto y la moral en aquellos pantanos; pero el sueño me hizo olvidar pronto estas cosas, mientras una nube de mosquitos invadía la sombra, y entonaba su himno de muerte.

## La parálisis<sup>b</sup>

No he tenido un sólo día de sosiego durante todo el mes. Las jornadas han sido duras. Despertamos a las tres de la mañana, tomamos un poco de café, aparejamos las mulas y emprendimos la marcha.

En la mañana siento una alegría inmensa. ¡Gano más tiempo a la muerte! El sol hiere mis pupilas con intensidad y encuentro una deslumbrante claridad en el ambiente.

A las nueve, como reloj en mano, me empieza el calosfrío que provoca la fiebre palúdica. El frío intensísimo, me produce quebrantamiento general en los huesos. La carne vibra como una cuerda de guitarra produciéndome un temblor constante, y siento que me acalambro con frecuencia. La carne duele, pero lo más intolerable es el dolor de cabeza y la basca.

Como a las doce, el frío es más fuerte; las convulsiones se suceden cada vez con más intensidad. No tengo un momento de reposo y entonces... voy perdiendo la clara visión de la luz.

Mi mula se ha acostumbrado tanto, que ya no hace caso de mis trepidaciones sobre ella. A cada momento la detengo para bajarme, con el objeto de tender mi manta de hule en el suelo, y revolcarme en ella. El animal, con más fidelidad que los hombres, se entretiene comiendo mientras se me pasa el acceso. En ocasiones se acerca a mí queriéndome calentar con sus resoplidos.

La acaricio suavemente y sigue comiendo a mi alrededor, sin alejarse.

A las tres de la tarde, por lo regular, rendimos la jornada. Entonces, es cuando empiezo a sentir el calor de la fiebre; una fiebre que a veces pasa de los cuarenta grados.

Durante este período, me siento feliz, pues no tengo un sólo dolor, ni basca.

Cada vez que pierdo el sentido, por lo general, deliro con cosas bellas. Siempre me veo en la

ciudad con mis hermanos y mi madre, en los días de mi niñez. Todos mis seres queridos han aparecido en estas visiones, sonrientes.

Algunas ocasiones el delirio es macabro y entonces sufro doblemente.

¡También tengo pesadillas horribles!

La peor pesadilla es aquella en que siento que me estoy hundiendo en el pantano y que las sanguijuelas y lombrices de agua me van sumiendo y devorando la carne, hasta dejarme los nervios, los huesos y los ojos revolcándose dolorosamente entre las órbitas.

Otras veces siento que el agua me llega a la nariz, y que estoy rígido y clavado como un poste en la laguna. Gritando me levanto de la hamaca. Los que me escuchan, no hacen caso de estas manifestaciones, porque están acostumbrados a ellas.

Todos estamos enfermos: ¡Tenemos la malaria!

El indio maya es el único que se acerca cuando tengo el delirio macabro, y me da fricciones con yerbas asadas.

Estas friegas tienen la propiedad de transformar mi sueño angustioso, y volverme nuevamente las visiones agradables.

Sufro pesadillas, con los ojos abiertos y viendo a los demás compañeros envueltos, en una bruma. En ello está la clave de mi desesperación y mi tormento.

Por lo regular, a las nueve de la noche, termina la fiebre y el indio maya me trae, juntos el almuerzo y la cena del día: un plato de arroz con frijoles y café.

Yo devoro la ración. Logro conciliar un sueño inquietante, pero a cada momento me despiertan unas punzadas al hígado y al bazo que unido a un constante dolor de cabeza, me tiene siempre en somnolencia.

Hace lo menos diez días que estamos acampados en plena selva y una semana que el sol no sale.

La humedad es tan grande, que los troncos de los árboles se cubren de una lama que fosforesce de noche, y da a la selva un espectáculo de encantamiento que sobrecoge. Las personas que se conservan inmóviles durante el sueño, se cubren de lama, como si la humedad las quisiera convertir en

plantas para recordarles el origen de la vida, en que la parte tiene la sustancia<sup>9</sup> del todo, y en que sólo espera su condición de existencia para desarrollarse.

La lluvia, pertinaz, ha estado cayendo día y noche. El agua empieza a subir de nivel aflorando sobre la alfombra de hojarasca que tiene un metro de alto, luego se convierte en arroyuelos que corren por todas partes.

Debajo de mi hamaca, se ha formado un arroyito como de cuarenta centímetros de ancho, el cual arrastra culebras, de tamaño pequeño, muchas lombrices de tierra, gusanos y más que nada, alacranes; parece que debajo de cada hoja, hay uno por lo menos.

No he querido trasladarme a otro sitio porque todos están en iguales condiciones.

Por los brazos de la hamaca escurre el agua que me moja la espalda, a pesar de estar envuelto en mi manga de hule.

La espina dorsal la tengo constantemente húmeda y empiezo a sentir la frialdad hasta en la médula.

La fiebre no me ha dejado un momento. Creo que debido a ella, veo negras las hojas de los árboles, lo mismo que los troncos.

Son sumamente tristes los días nublados y lluviosos. Apenas si se puede hacer lumbre para calentar café.

Hace varios días que no tomamos arroz. La sal se nos ha licuado y ya no tenemos este tan indispensable elemento. La comida sin sal, no puede pasar por la garganta. A quien no le haya faltado la sal, no puede darse cuenta de lo indispensable que es para la comida.

Me siento sumamente débil y extenuado. No sé si podré resistir muchos días porque mi agotamiento es extremo.

La hojarasca ha empezado a fermentar y a producir un olor fétido y ácido, que ataca el olfato y hiere dentro del cráneo. Cuantas veces, respiro, parece que tengo el sentido del olfato en el cerebro, porque siento en este órgano el olor y la acidez.

El indio maya es el único que me atiende. Los que están sanos, se dedican a obras de desagüe inútiles, a procurar pastura a las bestias o a sacar leña del corazón de los palos gruesos, donde no ha penetrado la humedad; los demás están tan enfermos como yo.

El sol ha vuelto a aparecer en un cielo profundo, diáfano y bien lavado de polvo.

Don Pablo Gámez nos ha anunciado que tendremos que esperar dos o tres días para poder emprender de nuevo la marcha.

Todos están alegres; conversan, cantan y ríen.

El arroyo que escurría debajo de mi hamaca, se ha secado dejando un surco de más de un metro de profundidad.

Se me trae café, quiero levantarme para tomar un poco de sol, y siento que los pies no obedecen a mi voluntad; los toco y están insensibles; le suplico al maya que me baje de la hamaca, y entonces me doy cuenta de la parálisis.

El maya me abraza, y me conduce a un lugar donde entran los rayos del sol. Al querer posar los pies en el suelo, me desplomo en tierra como un pedazo de trapo.

En el acto, avisan a don Pablo Gámez y se reúnen en torno mío todos los compañeros; cada uno quiere dar una receta para curarme. Unos opinan que se me azote con hortigas; otros que se coja un enjambre de avispas negras, para que me piquen en los pies; todos piensan de modo distinto; sólo el indio se acerca a mí y me dice al oído en lengua maya.

—No te dejes hacer nada, sólo sanarás.

Sigo su consejo y ordeno que todos vuelvan a sus trabajos. El tono autoritario de mi voz probablemente ofende a uno de los oficiales, y se empieza a burlar diciendo que nunca ha visto que un cadáver mande con tanto garbo.

Desenfundo la pistola y él pretende hacer lo mismo; pero más rápido yo, le meto un balazo en la mano que iba a tomar el arma.

En el acto, se presenta nuevamente don Pablo Gámez y cuelga de un árbol al indisciplinado. Hago que se reúna la tropa y les manifiesto a todos que mientras yo sea su jefe, estoy dispuesto a hacerme respetar aunque estuviese en agonía.

Mi peroración pudo más que el balazo al insubordinado, y después del incidente todos se preocuparon por obedecerme. Sin embargo, aquel día tan bello y lleno de luz, me trajo a la memoria los versos de Díaz Mirón, que relatan una iniquidad:

“...Preparen, apunten, fuego...”

El campo, alegre y florido;

El cielo, apacible y puro...”

## **Cómo se curó mi parálisis**

La parálisis palúdica, apenas me permite sentarme en la parihuela. Cuando permanezco en esta posición más de quince minutos, la vista se empieza a velar, y el mareo casi me priva el sentido.

Hago un esfuerzo para incorporarme y corre por mi cuerpo un sudor frío, que me vuelve sumamente sensible al aire.

He contraído un fuerte catarro que me ahoga y desespera.

Parece que los síntomas de todos los palúdicos que he visto, concurren en mí: estoy paralítico, me falta la vista, y el catarro mantiene una mucosidad pendiente de la nariz, a pesar del propósito que hago por tenerla limpia.

La fiebre no cesa de hacerme su víctima. Hace una semana que la elevada temperatura se repite dos veces al día: de seis a doce de la mañana, calosfrío; de una a seis de la tarde, fiebre; de seis a doce p.m., calosfrío y de una a seis de la mañana, fiebre.

Nuestras fuerzas han acampado a dos horas de una hacienda, que hemos resuelto asaltar a la madrugada; se han hecho todos los preparativos, y yo estoy contento porque tal vez pueda comer un plato de pollo, unos plátanos fritos y un poco de café con leche.

Se discute si me llevan al asalto, o me dejan en el campamento. Estoy resuelto a ir, aunque tenga que obligar a cuatro hombres para que me lleven cargado.

El primero que da muestras de actividad en el campamento, soy yo, empezando a levantar a los demás, a gritos.

Se ha convenido en que iré a la retaguardia, pero les he ofrecido a los que me conducen, que les daré toda la parte que me corresponda en el botín, y los convenzo de que debemos llegar los primeros, pues si llegamos los últimos, no alcanzaremos nada.

Al emprender la caminata, mis ofrecimientos empiezan a surtir sus efectos; los cuatro hombres “aprietan el paso” y se van adelantando a la pequeña columna que se cuelga demasiado, por el temor que tiene la gente bisoña al asalto.

Pocos son los que se han adelantado. Faltan dos kilómetros para llegar a la finca, cuando se nos hace una descarga cerrada desde la maleza que cubre el camino. ¡Hemos caído en una emboscada! Afortunadamente, yo no estoy dentro de ella, sino como a unos cien metros.

Los que me llevan, asientan en el suelo la parihuela y pretenden huir<sup>b</sup>, pero yo los intimo a quedarse. Uno de ellos no hace caso, y tengo que meterle una bala en el muslo.

Me pongo a gritar a los que se han retrasado, para que se metan bajo el monte a poner una contraemboscada y retaguardiar a los que nos han sorprendido.

Este movimiento se ejecuta con tanta lentitud, que cesa el fuego antes de que ellos ocupen la retaguardia del enemigo, y éste tiene tiempo suficiente para abandonar el campo y parapetarse en la finca.

Nuestros elementos de guerra, son escasísimos; no podemos llevar a cabo un ataque formal y las fuerzas tienen que retroceder a su campamento.

Después de una escaramuza, siempre hay más pánico que en un combate; debido a esto, los compañeros se adelantan tanto, en la retirada, que don Pablo Gámez tiene que hacer un esfuerzo para alcanzar y detener a unos soldados en un rancho abandonado, donde los obliga a que me preparen de comer; sabe bien que vengo muy retrasado.

Los comisionados, después de cumplir la orden, dejan la comida con un letrado que dice: "para el dinamitero y sus acompañantes", siguiendo de frente hasta incorporarse a la columna.

La noche es sumamente tranquila; un cuarto creciente ilumina el cielo, y la selva deja penetrar algunos rayos de luz. Cuando llegamos al rancho, se cuelgan las hamacas, y se me pone dentro de una de ellas después de haber asegurado bien el mosquitero.

Mis custodios se instalan cerca de mí, fogata de por medio. Hacen cuentos de la selva. Los escucho, porque he adquirido la costumbre de dormir de día y estar alerta en la noche. Se me figura que en esta forma puedo evitar alguna celada. El oído, es el órgano que tengo más desarrollado.

En las noches, percibo el rumor más insignificante. A veces me entretengo con el ruido que produce el bailoteo de las pulgas sobre las

palmas secas que ponen debajo de mi hamaca, como estereras. En distintas ocasiones, he anunciado la presencia del tigre que, como es bien sabido, pisa demasiado suave cuando va de caza.

Después de varias horas de oír los cuentos, se me ocurre hacerme el dormido y principiar a roncar para que se entreguen al sueño los demás. La jornada ha sido dura.

Mis camilleros, entablan una animada conversación; ¡se trata de abandonarme en la selva! Unos quieren dejarme vivo, depositando cerca de mí cierta cantidad de víveres. Otros, dicen que el alimento atraerá a las hormigas, los tábanos, y las moscas, y que éstos me atacarán, causándome una muerte espantosa, otros sugieren asesinarme. Esta es la más piadosa de las proposiciones.

Yo, que estoy escuchando toda aquella conversación, me siento ya cadáver. Me llevo la mano a la cabeza y recibo la impresión de que acaricio una calavera.

Después de un momento, surge la indignación, y una ola de fuego me sube del estómago a la cabeza, bajándome después hasta la punta de los pies.

Parece que esta violenta e inusitada reacción sanguínea, me ha renovado; y en aquel momento, haciendo un esfuerzo supremo y doloroso, contraigo los pies, los bajo, los pongo en el suelo, y al tomar contacto con la tierra, una fuerza nueva me invade hasta la alegría.

Como duermo con el rifle y mi machete dentro de la hamaca, cojo el primero con la mano derecha y me tercio el segundo en el hombro izquierdo.

Sigilosamente, y mientras ellos sostenían la conversación más animada, me acerco tambaleante a la hamaca en que están sentados y con el machete, de un tajo en el brazo de ésta, la descuelgo. En el acto, con la misma arma, empiezo a flagelarlos. Ellos se enredan con el pabellón y la hamaca, y yo, aprovechando aquel momento de confusión, saco la pistola y hago dos disparos al aire.

Los pobres diablos, medio muertos de miedo, me piden perdón.

A los que opinaban dejarme con alimentos, les ordeno por sus nombres, que tomen unas reatas para que amarren a los otros dos; después hago lo propio con ellos.

Les echo en cara a todos su felonía y los obligo a escucharme, pronunciando entonces la peroración

más sentida de mi vida, al grado de enternecerlos hasta las lágrimas; en tono de plática, les hago creer que toda aquella enfermedad no era más que fingida, porque deseaba saber a dónde los conduciría su perversidad.

Estaba terminando de hablar, cuando escuché pisadas de caballo jineteado; vuelvo hacia atrás la cara y siempre apuntando a los cuatro con la pistola, marco el alto. Un poco lejos, me contesta la voz del maya que me habla en su idioma y me pregunta cómo estoy. Le participo que completamente bien. Se acerca a mí.

Al ver a mis cuatro acompañantes y a mí con la pistola en la mano, apuntándoles, me dice:

Temí que le pasara algo; yo lo presentí y por eso, cuando supe que usted no llegaría al campamento, resolví retroceder hasta encontrarlo, pues ninguna gente, de estas es de fiar; los conozco demasiado. Yo se lo había dicho a don Pablo, pero no me quiso creer; gracias a Dios que está usted aliviado. Eso era lo que le hacía falta para recuperar el movimiento de los miembros.

Con las piernas va calientes procuraba caminar porque sentía la voluptuosa sensación de tocar el suelo con mis pies.

Lo hacía, como obedeciendo al ritmo de una grandiosa marcha triunfal, entonada por los sapos y las ranas, que en aquel momento multiplicaban su huoo... huoo... huaa... huaa... huoo... huoo...

## La ciencia de los mayas

Mi coterráneo<sup>b</sup>, me hace las horas gratas con cuentos y leyendas de la tierra de los mayas.

De pronto, interrumpe con esta pregunta:

—¿Por qué no te vas a curar; qué es lo que te obliga a permanecer entre nosotros?, que bien visto somos unos bandidos en acción.

—¡La Revolución!, ¿entiendes?... La Revolución; no la selva.

—¿Y qué cosa es la Revolución? ¿Quitar un gobierno para que venga otro peor, como sucedió con Madero?

—¡No! —le dije—. Esos son cambios políticos que en muchas ocasiones se resuelven con las armas, pero cuando más, apenas si llegan a rebeliones y a cuartelazos.

—Entonces, ¿qué es la Revolución?

—La Revolución es algo ingénito en la vida universal. Es cambio de posición. La provocan desigualdades manifiestas, ¡grandes injusticias! Cuando una llega junto a la otra, estallan para hacer luz y señalar senderos. Son como dos sustancias<sup>b</sup> que al mezclarse, producen burbujas como el carbonato y el ácido; o estallan como la lumbre y la pólvora.

—Bien... ¿y dónde está la revolución de México?

—Tú mismo eres producto de ella; tú representas una de las grandes injusticias humanas; por eso formas parte de su fuerza, y sin querer, tú, como todos los de nuestra raza, no eres amante de la guerra; vas, contra tu voluntad, a provocar el choque y a dejar tu sedimento. Los combates no serán más que accidentes de la Revolución.

—¿Dónde y cómo se desarrolla?

—La Revolución la llevamos nosotros en el pensamiento y en el espíritu, no en el rifle. Por eso es constante y cuando triunfen las armas de la Revolución, los que se hayan elevado hasta llegar a la altura de aquellos a quienes combatieron, se convertirán en fuerzas antirrevolucionarias, aunque peleen y griten tomando el nombre de la Revolución; pero la Revolución continuará latente y seguirá su proceso de equilibrio, mientras el mundo exista. Los que no somos capaces de abandonarla, sólo la dejaremos cuando nos arranque de ella la muerte; pero mientras aliente vida en nosotros, la sintamos y seamos factores para su desarrollo, aunque estemos en la cama de un hospital, lucharemos contra la desigualdad. Habrá quien sólo viva sus odios, en esta lucha, pero los verdaderos revolucionarios vivirán sus ideas y en esa forma abriremos las rutas del futuro.

El maya quedó pensativo. Supuse que no había entendido ni una palabra de mi respuesta; pero como un iluminado empezó a hablar, paseándose frente a mí.

Como un vago recuerdo de una noche de fiebre, reconstruyo lo que se me figuró oír de boca del maya, y que no podré repetir nunca con exactitud, porque fluyó como un raudal de sonora y rara filosofía; en un lenguaje poético y con un sinnúmero de notas científicas, que apenas pudiesen coordinar, muchos eruditos de distintas ramas del saber humano que lo hubiesen escuchado.

—¡Usted no sabe quién soy yo! Nadie lo sabe aquí. Su modo de hablar me revela que fui descubierto por usted o que lo ha adivinado. Yo estudié en Yucatán la carrera de farmacéutico, pero mi espíritu aventurero me hizo tomar un barco con mis pocos ahorros y dirigirme a España. Allí se agotaron los recursos y solicité trabajo, pero nunca lo conseguí y en muchas ocasiones se me apostrofó soezmente.

España es: inhospitalaria, mezquina, avara y cruel.

—¿Cómo? —le reproche.

—Pura patraña su hidalguía y caballerosidad. Puede estar seguro que el noventa y nueve por ciento de los españoles cultivan sus defectos poniendo en todos sus actos, rencor, envidia, el más zafio, se cree un sabio, y el que sabe algo, se cree un Dios. La sonrisa más amable, la convierten en un gesto agrio, porque casi todos llevan alma de inquisidor.

Un día que estaba casi muerto de hambre, me propuso un catalán exhibirme en una jaula en la que se me anunciaría como el "eslabón perdido". El hambre apretaba fuerte el estómago, y acepté aquella humillación.

Se me expuso durante algunos días ante la bobería baturra, hasta que llegaron dos ingleses que hablaban español y convinieron en pagar por tomarme las medidas antropométricas.

En sus disertaciones sobre la depresión de mi frente demostraban profunda erudición.

El español no sabía lo que estos ingleses decían, por su lenguaje científico, y aquel era un patán de un pueblo cercano a Barcelona, que apenas podía hablar con escaso vocabulario.

Hicieron comparaciones entre el español que me exhibía, y yo, de las cuales salí mal parado.

No pudiendo soportar más injurias para mi raza, les manifesté que yo, a pesar de la depresión de mi frente y de mi configuración craneana, era muy superior a quien me exhibía y además, tan culto como los que trataban de analizarme.

Los ingleses quedaron azorados al oírme hablar en estos términos, y me preguntaron donde había aprendido el español. Les contesté que hablaba el castellano, mejor que las dos terceras partes de los españoles, y que además, sabía griego, latín, inglés, francés y el maya.

Al decirles maya aquellos hombres, se quedaron estupefactos. Luego me preguntaron:

—¿Usted es maya?

—Sí señores, soy indio de la península<sup>1</sup> de Yucatán y tengo una profesión.

Pidieron que se me sacara de la jaula y preguntaron por qué estaba en exhibición, a lo que les respondí que lo hacía por hambre.

Me suplicaron fuera con ellos hasta su casa, y allí me sujetaron a un examen. Al contestar a sus preguntas<sup>2</sup>, les dije:

—Para mí, las matemáticas siempre han sido cosa fácil.

No salían de la sorpresa al ver la perfección de mi letra. Cuando se me examinó en aritmética, creyeron que yo únicamente podría conocer las cuatro primeras reglas, quedándose asombrados al ver que resolvía problemas de álgebra y de geometría.

Después viajé mucho con los ingleses que se convirtieron en mis protectores. Me llevaron a la Mongolia, a la India, a Egipto y China.

Recorrimos casi todas las colonias inglesas de África, y luego me propusieron que viniera a mi terruño para descmentar la ciencia de mis ancestros. Acepté, retornando a Yucatán, pero me costó mucho trabajo iniciarme en los conocimientos de mis mayores.

El indio, le teme al europeo, y jamás le manifiesta sus conocimientos, porque nunca los blancos que han pisado Yucatán, tuvieron la altura intelectual necesaria para poder interpretar y conocer nuestra ciencia.

También teme al indio que se ha educado en los colegios de los blancos, porque aquél siempre siente desprecio por los conocimientos de los suyos, y se ilusiona con esa ciencia de occidente, sólo porque la cultivan seres bien vestidos, y está escrita en libros de papel de lino.

Sin embargo, anduve por todo el estado<sup>3</sup> de Yucatán y conseguí iniciarme en muchos de los misterios mayas, que son muy superiores a los de la India.

Hoy, que me explicó cómo entiende la Revolución, removió todos mis recuerdos y me siento más ligado a usted por afinidad de ideas, que por disciplina.

---

Usted me va a ayudar para que yo haga un libro que ha de causar sensación al mundo, y en el que voy a revelar muchos secretos de los mayas.

La ciencia de occidente es superficial, precisamente por su maquinismo y todo su aparato de divulgación.

La ciencia del oriente es espiritual, y sospecho que tuvo origen fonético, pues en muchos casos me ha sorprendido que un sonido o palabra a la que llaman cabalística, produzca determinados fenómenos. Esta ciencia se ha mezclado mucho con la religión.

La ciencia maya, se deriva de una síntesis de la naturaleza en el organismo humano y para explicarle voy a usar los símiles apropiados: en el estudio de la manifestación de la vida, en el subsuelo, en el suelo y en el espacio, reflejados en el organismo del hombre.

Todo lo que constituye las series animadas que forman el conjunto: cosas y seres en constante estado de superación. Aunque a la ciencia maya le interesaban los seres átomos, no fijó en éstos el centro de sus estudios.

Fue el hombre y la conservación de su vida material y espiritual, el epicentro de su ciencia. Por esos sistemas encontró que los elementos principales para la función de su organismo en general, estaban en tres manifestaciones distintas de vida, y las clasificó. Esta sola derivación fijó derroteros que reconocían su punto de partida, y no se disgregó en forma anárquica como en oriente y en occidente.

Del hombre nació la ciencia. De la naturaleza, la religión; y no fue ególatra haciendo un Dios antropomorfo; sino que de su admiración al armónico movimiento, pasó a la adoración, convirtiéndolo en su Dios único; y del sol y la luna, sus santos, por la vida que engendran y la influencia que ejercen sobre la naturaleza. Entonces, es cuando se unen en el hombre la religión y la ciencia, y surge el arte esplendorosamente.

Sus sabios y doctores se especializaron en cada una de sus derivaciones.

El contenido mineral del cuerpo humano, produjo unos conocimientos. La asimilación diaria del reino animal y vegetal, otros. El aire dio los más interesantes, desconocidos hasta la fecha en el oriente<sup>a</sup> y occidente<sup>b</sup>. Y el ruido fue cúspide de

sabiduría, para provocar la integración y desintegración de carácter general y quizá universal.

En la atmósfera, hay tantos elementos indispensables para la vida humana, como en el suelo y en el subsuelo.

Nadie, ni nada, puede vivir en la tierra sin aire, y sin embargo, sólo los mayas lo utilizan y se preocupan de conocer sus elementos de vida o muerte.

Todo lo que producen los minerales, las plantas y los animales, puede engendrarlo el aire y la luz por que son generadores de la vida.

Una sola<sup>b</sup> aspiración de aire preparado, puede producir el efecto de un vaso de leche en occidente.

Cuando se dispone de la energía, del aire y de la luz a voluntad, se puede generar vida espontánea y otras cosas que no tienen traducción en el idioma español. Según la cantidad de energía de que se disponga, son las sustancias<sup>b</sup> que se proporcionan, a la vida que se genera.

En esta rama, los mayas obtuvieron grandes adelantos, no con los procedimientos de muerte y de violencia que se usan hoy en la química o la electricidad, sino por los naturales, que sólo dan la observación, el cálculo y el genio, para que puedan ser factores de vida, y no de muerte.

Sin sospechar sus resultados han dejado sorprendidos a los arqueólogos que estudian las ruinas precortesianas, en diversas regiones del continente<sup>a</sup> americano<sup>a</sup>.

Toda desintegración produce ruido. Sólo los mayas han observado y estudiado este fenómeno: como arte (música), como ciencia (desintegración). El fenómeno de la desintegración es muy importante por los factores que en él intervienen.

A una piedra, la pulverizan en Europa mecánicamente sin conseguir su verdadera desintegración, o la funden produciendo polvo, cristal, etc. en una palabra la matan.

Los grandes seres en la India, a veces llegan a la desintegración inconscientemente, sin producirla a voluntad, porque no tienen conocimientos sobre las fuerzas del aire, la luz y el sonido.

Hoy casi nadie conoce la filtrabilidad del aire. Nadie sospecha la fuerza de la luz ni la energía que producen estos dos factores que se encuentran en constante contacto aún en el centro de la tierra, de donde generan, hasta cuando se convierten en

llamas, gases o líquidos. O en el fondo de los océanos donde producen y alimentan una vida maravillosa.

Sin embargo, los mayas producían combinaciones inexplicables y podían producir a voluntad, las corrientes que necesitaban para la salud humana o para la desintegración; por eso hasta hoy se habla entre nosotros de "aire malo" y "aire bueno".

La luz, como auxiliar del aire y del sonido, es el factor indispensable y menos conocido hoy por los mayas que aún viven; pero sin embargo, se pueden producir fenómenos que no han visto los orientales ni los occidentales.

Una partícula de aire y de luz introducida por el ruido; entre átomo y átomo, produce la inmediata desintegración. Cuando la cantidad es menor y únicamente en la superficie del cuerpo, entonces producen la levitación, por eso en muchas de sus danzas fantásticas, los mayas aparecían en el aire, bailando, rodeados como de una aureola.

La facilidad que tiene el maya para comprender las altas matemáticas, se deriva de que se ejercitó en el cálculo mental, sin fijar signos más que para el arranque y la terminación del cálculo. Para sus operaciones y comprobaciones usó del eficiente sistema de líneas, ángulos superpuestos, puntos y cuadriláteros.

En esta forma midió los espacios, el paso de los cometas, e hizo su calendario que fija con exactitud la distancia de los astros, los acontecimientos geológicos y una serie de cosas que han ocurrido, y que volverán a pasar, precisamente el día y la forma en que reaparecerán, cuando concorra la misma conjunción de circunstancias, que determinan los ángulos.

Hay una teoría sobre la generación espontánea que alcanzó grandes progresos, y sirvió mucho a nuestros antepasados para la producción de seres y cosas. Hoy sólo se recuerda la formación de culebras, arañas y lagartijas, a veces dentro del cuerpo humano y otros fenómenos, como el de las piedras que se engendran y desprenden del aire.

Las manifestaciones artísticas parecen más retardadas a los ojos de los occidentales, esto se debe, a que se han acostumbrado a captar el arte, con un sentido occidental. Sin embargo, viendo el arte oriental y pudiendo definir bien la línea, nos

encontraremos con que somos muy superiores en todo su conjunto.

La línea, como representación de arte, es el reflejo, no de lo natural y lo bello únicamente, sino de la ciencia.

La línea debe tener sus medidas métricas para cada manifestación de arte. Esto sólo se consiguió desarrollar con el ejercicio del cálculo para precisar exactamente lo que se desea. Esta es una dificultad insuperable para los que no están iniciados en los conocimientos mayas.

El arte nuestro, puede definirse como el reflejo exterior de todos los sentidos, expuesto con belleza pero con un conocimiento profundo de la ciencia.

Un hecho aparentemente vulgar, eje de la vida lo demuestra; la comida con presentación, color, olor, sabor, suavidad y atracción. Pero obedeciendo a la ciencia en cuanto al estado del organismo que lo ingiere, todo representado con la línea: perpendicular, inclinada y horizontal; recta o curva.

Esto casi está perdido y necesita muchos investigadores de gran penetración.

Yo dejaré normas para iniciar sus conocimientos y entonces cada figura maya, revelará su sentido.

En fin, que haré un libro. Mis protectores los ingleses me lo editarán en todos los idiomas.

Ya les he mandado varios datos que han sido publicados bajo su firma, con sorprendente éxito.

No quiero decirle a mi protector dónde estoy, porque sería capaz de hacer un viaje para venir a buscarme, y no deseo que me encuentre reducido a la esclavitud, y sujeto a una vida miserable, por llevar a cabo mis investigaciones.

Sepa usted, que, para mí, la montaña no tiene secretos. Que si yo quisiera, podría abandonar estos lugares para irme a mi tierra. El día que usted guste, lo llevo a Yucatán.

Por supuesto, que pagaré al inglés y a Inglaterra lo que han hecho por mí, por mi raza y por mi civilización. Tengo estudiado ya un procedimiento natural que convierte la niebla en agua. Así haré de Londres, la ciudad más bella del mundo. En los días de fiesta habrá niebla, y en los días de trabajo, el sol quitará a la ciudad todo aspecto de tristeza. Es tan fácil, que sólo consiste en hacer bajar una corriente de aire superior de distinta temperatura. No sigo mi explicación, porque ese es mi secreto, y mi mensaje de amor al pueblo inglés que tanto quiero.

—Bueno —le pregunté—, ¿y tienes escrito todo esto<sup>b</sup>?

—No. Entonces no pensaría como un maya, sino como un occidental. Todo lo tengo observado, definido, y en cualquier parte en que me encuentre, poseeré los datos suficientes para dictar mi libro a una taquígrafa tal como lo he pensado, corregido y anotado. El universo es mi libro de apuntes, de allí lo sacaré para ponerlo en papel de lino y para darlo a conocer a los sabios de oriente<sup>a</sup> y de occidente<sup>a</sup>, que no saben de estas cosas.

—¿Y tú que sabes tanto, podrías decirme cuándo voy a morirte?

—¡No! tú no te morirás pronto; vivirás mucho. Aquí, si hay algunos que van a fallecer en breve, tal vez hoy o mañana ya no existan, pero tú, no.

—¿Por qué?

Los que se van a morir huelen muchos meses antes y tú no apestas a muerto. Este es el secreto del búho<sup>b</sup> o tunculuchú como decimos los mayas. Por eso digo que no te dejes hacer nada. La naturaleza obrará conforme lo necesites. Tu espíritu es muy superior a la materia. Sin embargo, te recomiendo que dejes pronto estos lugares y cambies de aire. Esto sólo te pondrá bien. Tierra sin árboles y aire delgado, lo mismo frío que caliente, pero mejor si de día es caliente y de noche frío.

Recuerdo con más precisión, que me cargó y me condujo inmediatamente a mi hamaca. El calosfrío empezó a producir sus efectos, y él se alejó para cumplir con sus obligaciones.

¡Cómo dieron vueltas en mi cerebro las palabras del indio!; ¡y me entusiasmaba tanto, que había momentos en que creía que el epicentro de la verdadera revolución mexicana, era el libro del maya que estaba al cuidado de aquel pequeño grupo de hombres enfermos y torturados por la vigilia!

## La desintegración y el arte maya

El maya principió a dictar una nueva conferencia.

—¿Usted conoce el fenómeno de zoantropía?

—No conozco ni la palabra.

—Consiste, en que el individuo posee la facultad de transformarse en animal y después recobrar su personalidad anterior. Esta transformación, muy común entre los mayas, se

debe a la desintegración de dos seres, yo todavía no he podido penetrar el misterio del fenómeno, el cual hoy solamente lo ejecuta en Yucatán muy reducido número de personas, casi todas ellas de perversos instintos y capaces de ocasionar mal a sus semejantes; por eso siempre son perseguidos por los mismos mayas, y se les procura expulsar de los pueblos. Estos individuos no proporcionan ninguna información sobre la fuerza de que se valen, para realizar este fenómeno. En muchos casos, el desintegrado pasa todos los límites conocidos y puede emitir voces y ruidos.

—Y a propósito de voces y ruidos, ¿qué me dices de la música?

—¡Oh! la música maya, que han dado en llamar monorrítmica, tiene los más variados compases dentro de la misma melodía. Sus instrumentos pobres, pero escogidos, producen notas distintas, según su ejecución. Hay que oír las danzas guerreras entonadas por tres o cuatrocientos hombres, para imaginarse lo que serían aquellos grandes conjuntos de veinticinco mil músicos, que iniciaban sus acordes con una nota tenue, casi imperceptible, acompañados por el zacatán y las sonajas. Conforme iban en crescendo, entraban los tinkules; y cuando eran más fuertes, sonaban los caracoles. De aquel conjunto de notas, salía una vibración que contagiaba a la multitud, al rasgar el aire las flautas guerreras rugían como un mar embravecido los circunstantes; se iniciaban las danzas, que embriagaban los sentidos hasta el deleite y lo sublime.

En la misma proporción del ascenso, iba bajando de tono la melodía, hasta quedar vibrando en el ambiente tan solo<sup>b</sup>, el sonido de las flautas y el paso rítmico de las bailarinas en las amplias terrazas; adormeciendo los sentidos hasta el silencio absoluto, sepulcral.

Las armonías cambiaban completamente cuando se trataba de danzas guerreras, de danzas religiosas o de bailes populares.

Si usted viera y oyera tocar a los indios el “tunkuluchú” y los “xtoles”, que son las únicas danzas conocidas por los blancos, se daría cuenta del espectáculo, y de la melodía que se desprende de los instrumentos llamados primitivos.

Música que tiene todos los sonidos de la naturaleza; que no se conoce en occidente, porque

apenas si han sabido captar la música del agua y del aire; ignoran la de la luz, la del fuego y la de la vida multiforme y eterna, esa música de la cual querían sacar los mayas, la sinfonía monumental del Universo, que pudiera por un instante adornecer al todo (Juicio final).

—¿Y el canto?

—El canto tenía distintos acompañamientos: unos con el zacatán y otros con el tinkul y las sonajas. Los de amor, con las flautas, y los religiosos, con coros que producían las voces de la naturaleza mientras el oficiante, cantaba su plegaria. Los cantos religiosos siempre eran en plenilunio, la melodía, con suavidades de cogollos de plátano, se iba transformando, subiendo su diapason, hasta adquirir sonoridad de huracán en la selva; los instrumentos sólo servían para subrayar los conjuntos corales; en cambio, los guerreros, de gran ceremonial, se oficiaban en el preciso momento en que el quinto sol pasaba por el meridiano. Todo esto que parece no tener importancia, provocaba sentimiento y entusiasmo.

El maya es un enamorado de la luna y un adorador del sol.

Es conveniente prevenirle que el maya, al cantar, no lo hace con el fin de deleite personal, sino cree que está acompañando al canto universal; lo hace, como una unidad dentro del conjunto orquestal, unido al canto de la fronda, del río, de la montería, del mar, como parte de la voz del astro al Universo, en su eterna canción de vida y muerte. Por eso tiene marcada una fecha en el calendario, para su ejecución.

Debo advertirle que la música, la danza, la pintura, la escultura y todas las bellas artes, estaban consideradas como subsidiarias de la arquitectura a la que daban fuerza, ambiente, color y vida ante la Naturaleza: el Dios único, el todo de los mayas. Por eso no entienden los occidentales estas ramas de la arquitectura, de las que ellos hicieron diversas artes para recreo individual, únicamente.

Cuando usted lea mi libro, encontrará todo esto explicado con detalles. Entonces podrá comprender y apreciar mejor a nuestra ciencia.

¿Por qué los mayas no hicieron la guerra de desintegración a los españoles, o los envenenaron durante la conquista?

El maya quedó muy pensativo alzando los ojos hacia el cielo antes de contestarme:

—La desintegración, fue producto de los conocimientos científicos mayas. En su época de prueba se jugaba mucho con estas experiencias, pero una vez adquiridas, analizadas y concretadas en leyes, se comprendió que su uso podría servir más al mal que al bien. Entonces se dictaron leyes para evitar que este fenómeno lo usaran sin las debidas precauciones. Los iniciados en la gran ciencia, fueron los depositarios, y se prohibió su ejercicio a los profanos.

Los pueblos, como los hombres, tienen su periodo de experimentación en el cual, son capaces de cometer por la búsqueda de una verdad, toda clase de desacatos; pero, una vez adquiridos los conocimientos y realizadas las experiencias que forman una ciencia, esas mismas prácticas imponen una moral, que prohíbe todo mal uso de lo que se ha logrado por medio de la inteligencia, del genio o de Dios, como usted quiera llamarle.

En el hombre de occidente, se observa este fenómeno: usted puede ver que un estudiante de química, física o anatomía, es capaz de todas las audacias. Obsesionado por el deseo de exploración, y carente de conocimientos necesarios, se propone obtenerlos de una serie de experimentos, que en muchas ocasiones adelantan a la ciencia que está por adquirir, pero las más de las veces repiten los fracasos sufridos por millares de estudiantes. Mas una vez adquiridos e incorporados a la ciencia, el investigador se vuelve menos afecto a los ensayos, y sólo los realiza cuando tiene la seguridad de alcanzar su completo desarrollo dentro de un programa que lo llevará al fin.

Fue esta la razón por que los mayas no desataron la guerra de desintegración, como usted indica. Debe saber que una sola yerba colocada a la vera del camino, puede ocasionar perturbaciones mentales a todo un regimiento; y unas hojas puestas en el agua de un pozo, conservan sus efectos tóxicos durante un año. Sin embargo, los mayas nunca hicieron uso de esas terribles armas. ¿Por tontería? No lo creo. Más bien pienso que se lo impidió su moral y su religión. Siempre quisieron pelear como en la guerra, sin mezclar a la ciencia en sus resultados.

Hubo otra razón muy poderosa:

Los seres desintegrados, deben reintegrarse en un espacio de tiempo sumamente corto. En caso contrario, viene la dispersión o la generación espontánea anárquica. La experiencia demostró a los mayas que cuando llegaron a conservar desintegrados los cuerpos, durante mucho tiempo, produjo la dispersión, y, al iniciarse la reintegración, provocada o espontánea, los miembros y los órganos ya se habían adherido y formaban partes de seres, plantas o cosas, con lo que se dieron los fenómenos del hombre con cabeza de piedra, el árbol que habla, la fuente que canta, la piedra que anda, y una serie de cosas fantásticas para los pueblos de occidente, pero no para los mayas que las habían estudiado y experimentado. Este pavor, se debía a los grandes trastornos provocados a su población, cuando tuvo que entablar una guerra pavorosa, contra dichos fenómenos.

¿Puede imaginarse un árbol que come, una piedra que se levanta sola, o una fuente o un río que rompen su equilibrio y se arrastran como una víbora, y todo esto reproduciéndose con rapidez y causando grandes trastornos a su población?

Hay una leyenda sobre el origen de los cenotes y es que: los ríos que corrían sobre la superficie de la tierra, tomaron vida animal por adherencias desintegradas de seres orgánicos y empezaron a arrastrarse arbitrariamente derribando todo lo que encontraron a su paso, hasta que fueron sometidos con los ritos del ceremonial de la gran<sup>a</sup> ciencia<sup>a</sup>, y enterrados doce metros bajo tierra como castigo y protección<sup>b</sup>. Desde entonces, el maya domó a sus ríos como a una serpiente.<sup>1</sup>

El maya era parco en la aplicación de estas prácticas y conocedor de las perturbaciones que producía el mal uso de su ciencia, por gentes que no tuvieron el control suficiente sobre las fuerzas ocultas.

¿Quién sabe en occidente, que la luz puede dar de sí ruido, aire, líquidos y sólidos, y que cada reino de la naturaleza puede reproducir a los demás? En esta forma si desapareciera un reino, por accidente lo reproducirían los otros dos; y renacería de nuevo,

la creación en una noche y un día; porque para ello, se necesitaba de la sombra y de la luz.

El último proceso de desintegración en grande escala, lo llevaron a cabo los mayas, en toda América para cubrir los templos con grandes capas de polvo, y piedras integradas.

Los templos fueron ocultados en un espacio de tiempo sumamente corto. Por eso se encuentra usted ante el hecho histórico, de que los conquistadores hablen de grandes ciudades con miles de casas, palacios y monumentos, hechos de cal y canto, así como de grandes "kues" de los que, después los mismos conquistadores no encontraron ni rastro.

En la capital de México, los templos fueron cubiertos sin que nadie se diera cuenta. Lo mismo pasó en Veracruz, Cholula, Tlaxcala y en todos los pueblos de América.

La gran cantidad de tierra y piedras, extraída de las cuevas y llevada por medio de la desintegración y del aire hasta los edificios, hizo que al reintegrarse, se cubrieran completamente éstos.

Puede usted observar que las ruinas mayas, casi todas están cubiertas de "sascab" no existiendo en muchas leguas a la redonda, ninguna cueva de donde pudiera haberse extraído en tan enorme cantidad.

Hay lugares en que abundan las cuevas, pero a grandes distancias de estos pueblos, como en Campeche, donde toda la ciudad está cruzada por galerías subterráneas, anteriores a la conquista. Esto lo hicieron para no dejar señales de las cercanías de los templos, pues para cubrir las ruinas, se necesitaron millones de metros cúbicos; y no hay huellas de haberse extraído en lugares cercanos a ellos.

Esa fue una de las defensas que usaron los mayas para ocultar sus tesoros arquitectónicos y parte de su ciencia, extendiendo esta obra a toda la América, salvando esta etapa de civilización del continente, de una total destrucción.

Tal vez si la conquista no se desarrolla de modo tan cruel, se hubiese logrado lo que los ingleses están obteniendo en la India, y es que con el tiempo, los grandes sabios hindúes y tibetanos, han ido, paulatinamente, haciendo revelaciones acerca de su ciencia y de sus artes; y sus templos se han conservado como una revelación arquitectónica de sus días de grandeza.

<sup>1</sup> Esta revelación fue hecha en 1913, y publicada en 1940. Las recientes experiencias de la bomba atómica en el Pacífico provocaron resultados semejantes. N. del A.

—¿Y en África?

—Creo que ese continente, no tiene más que un centro de civilización y es aquel en que está unida al Asia Menor, de donde se cuentan revelaciones fantásticas; tan fantásticas como esta que le estoy revelando. Pero el interior es como la parte norte de América y mucho de la parte<sup>a</sup> sur<sup>a</sup>, en donde tribus nómadas muy escasas de conocimientos, actuaban en forma primitiva; es decir, eran, para las razas civilizadas del medio continente lugares de relegamiento para los especímenes inferiores, retardados.

Esto no le llame a usted la atención. Miles y miles de personas viven en las ciudades europeas como seres primitivos, y gran cantidad de ellas, nómadas atraviesan todos los continentes con el nombre de emigrantes y aunque hayan recogido de las ciudades, algo de educación, no dejan de ser seres tan retardados como los que le he señalado de América y África.

¿Y pensar que estas gentes han constituido el tronco del árbol genealógico de la aristocracia social, científica, económica y artística de la actual civilización americana!

Por eso no han creado, sino copiado; misión encomendada por los mayas a seres inferiores.

¿Quién va a creer que en Asia es donde hay mayor cantidad de seres inteligentes, pues hasta en sus monstruosidades denotan que el pensamiento ha intervenido en sus actos?

—¿Y qué religión es la que más te gusta?

—Si no fuera maya ni pensara como un hombre culto de mi raza, diría que la regeneración del hombre se consigue por medio de la ciencia, el amor, la disciplina y la moral social, sería cristiano, cristiano ciego hasta la inconciencia, pues fíjese en que amor, caridad e igualdad, forman el símbolo más grande para un hombre que piensa, ama y vive en este mundo de lágrimas. La misma pregunta que usted me hizo, me formularon mis protectores; y después de muchas discusiones, se volvieron cristianos católicos, que es menos malo que ser protestante. Yo quisiera un cristianismo directo de Cristo, en que cada creyente se sienta carne de su carne y espíritu de su espíritu, para que por superación constante, se aspirara a poseer su amor, caridad, sabiduría y belleza. Con esto, los cristianos

serían los herederos de los secretos y de las aspiraciones mayas.

El maya parecía iluminado por una inspiración, y paseándose de un lado a otro, continuaba hablando:

—Los occidentales están muy contentos de esta civilización que ha sido el producto de distintas culturas; pero esta civilización es absurda, está sostenida por una filosofía antinatural, estridente y desconcertante, cuyo único deseo es el de salirse de la armonía del Universo rompiendo todos los principios naturales en nombre de la ciencia o el dinero. A la investigación le llaman ¡ciencia!; a la especulación de los fenómenos que van contraviniendo los efectos naturales de vida, le llaman ¡método!; a los que se ocupan de falsear la naturaleza les llaman sabios; y, ¿para qué? ¿para que esos sabios modestamente, declaren que sólo saben que no saben nada!, ¡lo que es verdad!

Por eso daremos los indios americanos, reglas fundamentales para la nueva ciencia humana.

Los indios somos reservas naturales que hemos vivido cultivando nuestro intelecto, para ponerlo al servicio del mundo con una nueva modalidad creadora, que rendirá grandes beneficios a la humanidad.

Seremos como las abejas que producen la reina<sup>a</sup>, o lo que es lo mismo, la súper<sup>b</sup> hembra; o como las hormigas, con sus especies determinadas para cada destino, y que los occidentales definen, pero no estudian, e incorporan, porque las creen inferiores. En cambio los mayas, las hemos estudiado y conocido sus secretos al igual que el de los demás animales.

—¿Y qué idea tienes del criollo, del mestizo, del indio y del europeo?

—El criollo, tiene un complejo de inferioridad que se refleja siempre en sus tendencias hacia la literatura occidental. No ve lo que vive, ni siente lo que tiene a su alrededor ni escucha la armonía augusta de la naturaleza de América; por eso busca en las lecturas de occidente y en el arte de escribir, su propia vida; cuando escribe, resulta híbrido, pues sólo refleja el desarrollo de una tendencia confusa, y para conservar todo su ser, lo introduce en las páginas de los libros preferidos de Europa, con lo que cree transportarse y vivir el ambiente de sus progenitores, a quienes considera sabios, resultando

casi siempre heredero de forajidos<sup>b</sup> o de esa especie de hombres<sup>b</sup> inferiores que se llaman emigrantes, concluyendo con una confusión de medios de vida, de ambiente, y de cultura, por haberlo sujetado todo a la imaginación y ausente del escenario en que vive. El criollo casi siempre es medio fatuo, medio tonto y medio loco. Todo a medias.

El mestizo, si es la auténtica fuente de inspiración de este continente. Es el punto de unión entre dos culturas que representan verdaderas civilizaciones. Él transformará la ciencia natural del indio y podrá transmitirla al europeo, que vive, trabaja y piensa, dentro de la ciencia mecánica de occidente<sup>a</sup>, y podrá transmitir al indio de América, su ciencia. Él<sup>o</sup> solo es el que tiene la sensibilidad suficiente para percibir y explicar los fenómenos de estas dos civilizaciones, y nutriéndose en dos fuentes exuberantes de vida, tiene que ser el equilibrador que produzca las nuevas normas para las sociedades futuras.

Será como el griego, producto natural de la cultura del oriente<sup>a</sup> y la bárbara civilización del occidente<sup>a</sup>.

El indio es una enorme reserva de grandes conocimientos naturales que, puestos al servicio de la humanidad, harán entrever la aurora de un futuro mejor; amplio, universal, cósmico.

El occidental<sup>a</sup>, y sobre todo el europeo, es una perenne fuerza de energía necesaria para la nueva humanidad, y un crisol en que tendrán que fundirse las nuevas aspiraciones humanas.

Colocado entre los extremos, el mestizo será el que armonice y pueda recoger los dos estratos, para crear su propia civilización y lograr una sorprendente cultura que admirarán los siglos.

—Amén. No joch Tat.<sup>a</sup> (Gran padre).

—En nombre de la vida universal, yo te bendigo. Cerró la mano, enderezó perpendicularmente el dedo pulgar, y con él, dibujó en el aire, un triángulo del cual emanó una luz fosforescente, por unos instantes.<sup>2</sup>

## El origen de la ciencia maya

Montado en la bestia que había traído el maya, ordené la marcha en las primeras horas de la madrugada.

Los que se habían rebelado, iban atados; —porque sospechando que don Pablo no toleraría su insubordinación—, antes de llegar al campamento los hice desatar, les perdono la falta y ordené a todos que permanecieran mudos sobre lo acontecido.

El maya moviendo la cabeza, me decía en su lengua:

—Usted, no sabe ser jefe. El perdón es contrario a la justicia; usted mismo se arrepentirá.

No quise darme por entendido, y para aprovechar el tiempo, abordé otro tema.

—¿Cómo es que los mayas han descubierto tantas yerbas medicinales?

—Muy fácilmente. El hombre, como todos los animales, al principio de su vida, poseía un sexto sentido que le hacía encontrar por sí solo sus alimentos y medicinas al ras de la tierra, e ir seleccionando lo que le era más útil. Lo que descubrió en esta forma, resultó ser lo más nutritivo para su organismo. Repudiaba las medicinas, pero las tomaba cuantas veces le eran necesarias; así nació su ciencia.

Después de una pausa, continuó:

“Pasa este proceso y el hombre empieza por captar un conjunto de datos que forman el primer acervo científico que procura conservar en la memoria y transmitir a sus descendientes.

“Las nuevas generaciones, al desarrollar la mente, van perdiendo el sexto sentido.

“Así el maya ha adquirido conocimientos debido a su espíritu analítico, examina el reino vegetal y se da cuenta, de que cuando la savia está en la parte superior del árbol, produce determinado efecto; y al localizarse en las raíces, otro. Estudia la influencia que la luna ejerce en los seres humanos y en las plantas; observa el sol y los fenómenos que producen su luz y calor en la naturaleza y hace deducciones con precisión, para determinar las distintas estaciones del año solar y sus consecuencias en el reino vegetal.

“En China, me encontré catalogadas millones de plantas, sin superar a Yucatán, donde han sido mejor analizadas, y sus resultados son más efectivos

<sup>2</sup> En la obra de este autor y de la misma editora, “El Gran Consejo” encontrarán maravillosamente descrito “el arte, la ciencia, la religión y la magia”, del pueblo maya. N. del E (Editores Mexicanos Unidos).

en el organismo del hombre; porque como usted podrá ver, los árboles tienen unas propiedades curativas, y los arbustos otras, según las distintas fases de la luna y las estaciones del año.

"Las plantas más usuales, son esas yerbas pequeñas que crecen junto con el pasto, y las enredaderas, así como sus raíces, pero toda esta selección de plantas y conocimientos, los obtuvieron los mayas en parte por las hormigas, abejas y avispas.

"La hormiga es el animal más inteligente de los que tienen su proporción y la que le sugirió la planificación urbana. Muchas personas de ciencia afirman que todos los nidos de las hormigas son semejantes, pero están en un error, pasaría lo mismo, si seres gigantes, en relación del hombre con la hormiga, vieran las ciudades y pueblos que construimos los humanos; para ellos serían todas iguales, y hasta les parecerían habitados por seres inferiores las poblaciones de escasa importancia. En el interior de los hormigueros puede observarse la existencia y servicios de una ciudad moderna, y hay también seres superiores que dirigen su desarrollo mental, y en muchos casos el físico, logrando verdaderos fenómenos. Pero este es otro capítulo del que luego hablaré, y por el cual sabrá usted las diferentes transformaciones que se producen en las colonias de las hormigas, que son superiores al panal de las abejas.

"Y sin embargo, de las abejas obtiene una nueva guía que le da las fórmulas para la transformación industrial, al elegir las flores apropiadas para producir la cera y la miel.

"Cuando el maya capta y emplea las fórmulas químicas que segregan las avispas para su defensa, se ve precisado a sistematizar sus sentidos intuitivos para su progreso intelectual y social; y en esta forma florecen el arte, la ciencia, el conocimiento de las matemáticas para ampliar sus conocimientos en astronomía, arquitectura, astrología; llegando hasta la gran ciencia sugerida por inspiración cósmica..."

No pudo continuar su conferencia por haber llegado a la entrada de un campamento abandonado, donde debían tomarse todas las precauciones para cruzarlo.

## La rebelión<sup>b</sup> de los muertos

Cuando mi asistente, el maya, quería decirme alguna cosa, emparejaba su cabalgadura y hablaba sin mirarme.

Esta vez advertí que, variando su costumbre, pasó la vista por mi cuerpo y cuando se acercó, me vio fijamente a los ojos, sosteniendo por algunos segundos la mirada hasta que principió a hablar en estos términos:

—¿Usted recuerda la conseja maya de los aluxes (enanos encantados o duendes), que cuidan las milpas y trabajan en algunos quehaceres domésticos?

—Ya lo creo —le contesté—, mi abuelita, todas las noches, para dormirme, relataba un cuento de los duendes enanos, que, por cierto, eran más instructivos e ingeniosos que el cuento de la Caperucita.

—Pero, ¿cómo confunde usted una realidad maya con una fantasía occidental?; seguramente su abuelita principiaba su cuento en esta forma, "A don fulano de tal que vivió en equis época, le pasó esto con los aluxes."

—Efectivamente, daban la impresión de la realidad y nunca se enredaban los cuentos en exageraciones, sino más bien, eran siempre un torneo de picardía, de gracia y de enseñanza.

—Pues bien, yo le voy a confirmar la existencia de los enanos encantados.

—¡Cómo!; interesantísimo.

—Ya lo creo. En una ocasión, viajando entre Peto y Sotuta, pernocté en un rancho donde vivía un viejo amigo mío. La fama de éste era la de ser el mejor agricultor de la región y de nunca haber perdido una cosecha.

En cierta ocasión, una nube de langostas cayó en la comarca y devastó los sembrados de todos los agricultores, menos los de él. Su casa siempre estaba muy limpia, bien barridos los patios y regadas todas las plantas; decían las gentes del pueblo, que por las noches, los aluxes realizaban estos trabajos. Aprovechando la ocasión de encontrarnos solos y de observar la absoluta limpieza de su casa, le pregunté si era cierto lo que se decía con respecto a él y a los enanos.

—Y de seguro te contestó que sí.

—Efectivamente; pero lo más curioso del caso, es que me probó que en realidad existían los enanos encantados.

—¿Cómo... cómo?

—Y dando media vuelta en la silla, me le quedé viendo para convencerme de que hablaba en serio.

—Pues sí, señor, y ahora le voy a contar lo que me dijo y lo que vi esa noche en la casa de mi amigo.

Parándose en los estribos y estirando todo el cuerpo, puso una mano sobre sus cejas como para ver la lejanía; y principio así:

—La noche era oscura<sup>b</sup>; una tormenta tropical inundaba la tierra, mientras las descargas eléctricas imponían terror en los espíritus. Nosotros dos, en cuclillas frente a una vela de sebo que ardía plácidamente en el suelo, conversábamos.

Mi amigo, con la seriedad que imponía el caso, me contó un secreto de familia que consistía en el origen de los enanos, principiando por “la fabulosa guerra que emprendieron los muertos que trabajaban, para los vivos”, afirmando que los mayas, en épocas lejanas, habían descubierto una forma de cómo<sup>b</sup> hipnotizar a los muertos, quienes permanecían en servicio casi diez veces más de la vida de un hombre, hasta que la potilla terminaba con ellos. El estado, que llamaremos hipnótico, en que conservaban a los muertos, hacía obedecer a estos la voluntad de sus amos, quienes los tenían trabajando día y noche.

Muchas ciudades se levantaron con el trabajo de los muertos: las cosechas se multiplicaron y el país se convirtió en una tierra fabulosa donde los vivos solamente disfrutaban de placeres y comodidades a costa del trabajo de los muertos; sin embargo, el pensamiento de que tarde o temprano serían muertos y esclavos, los movimientos tan mecánicos de sus servidores, los huesos que tronaban constantemente, la peste que despedían, eran motivo de tantas preocupaciones, que provocaron epidemias y demencias colectivas, por lo que vivían en zozobra los habitantes del Mayab; así que persona que moría, era un esclavo más.

Pero no se sabe por qué circunstancias, los muertos principiaron a desobedecer y más tarde se rebelaron contra sus dueños, los que, poseídos de terror, se fueron a refugiar a los templos, desde

donde veían la obra de destrucción de sus antiguos esclavos.

Los cuadros de horror excedieron a los ejecutados por los vivos, pues aquellos muertos, tardos en el andar, pesados en los movimientos, carentes de palabras y de expresión, ejecutaban su obra de ruina, implacablemente: como el destino. Parecía que seres infernales eran los que los dirigían e inspiraban en sus atrocidades.

Desbordaron los mares, formaron ciénagas en lo que antes eran florecientes sembradíos, cubrieron ciudades de piedras, incendiaron las casas de palmas y obligaron a trabajar a los vivos, sujetándolos a los más horribles tormentos.

Los grandes<sup>a</sup> sacerdotes<sup>a</sup>, convocaron a hombres, mujeres y niños; por medio del fuego, emprendieron la destrucción de los muertos, capitaneados por los más valientes; pero nada pudo contener aquellas masas, que implacables destruyeron todo y, hacían enloquecer de pavor.

Ante tan horrible desastre, los poseedores de la<sup>a</sup> gran<sup>a</sup> ciencia<sup>a</sup> acordaron que todos los vivos, al mismo tiempo, concentraran sus pensamientos en el sentido de que debían ser obedecidos, y ante la gran fuerza de la voluntad colectiva, los muertos obedecieron. Sin pérdida de tiempo fueron reunidos en las terrazas de los templos y en las plazas de los pueblos, para emprender la marcha hacia el oriente<sup>a</sup> por las calzadas que conducían al mar. Una vez que estuvieron en las playas orientales de la península, se les obligó a penetrar en las aguas y a seguir su marcha, ordenándoles que combatieran contra todos los animales que encontraran en su camino, y que construyeran una ciudad de paz en las oscuras<sup>b</sup> profundidades del Caribe, de donde no volvieran a salir nunca.

El gran consejo<sup>a</sup> maya<sup>a</sup>, ordenó la expulsión de muchos vivos que se pusieron a las órdenes de los muertos, ayudándolos con sus vibraciones de vida, y en cayucos se les obligó a seguir el rumbo de los vientos.

Como la población se había acostumbrado a vivir del trabajo ajeno, se acordó que en adelante nadie podía tener más de dos muertos y que debían reducir su tamaño a menos de una vara.

Esta operación no la sabían ejecutar más que determinados seres privilegiados, y fue insignificante el número de muertos esclavos, y, su

posesión, constituyó un privilegio para determinadas personas.

Como mi amigo comprendiera que yo dudaba de sus palabras, me llevó a un lugar donde había cuatro o cinco tinajas de barro, sacando de la primera, entre yerbas olorosas, antisépticas e insecticidas, a un enano rígido de tres cuartas, como de pergamino renegrido por el humo, muy parecido a las cabezas reducidas por los indios en el Ecuador. En forma enérgica ordenó al duende, que fuera a reparar los estragos que la tormenta ocasionaba aquella noche en su milpa.

El enano recobró sus movimientos, y con una rapidez mecánica, desapareció por una ventana. Entonces, mi amigo, sonriente y satisfecho, me invitó a dormir.

Haciendo recuerdos de todas las lecturas de mi vida, no encontré relación con lo dicho por mi narrador. Entre las consejas, historias o cuentos de Europa, Asia, África<sup>b</sup> u Occanta, solamente recuerdo que en todos los idiomas se habla del alma de los muertos y en Holanda se dice que estos, en cierto día del año, salen en los barcos a recorrer los mares del norte<sup>c</sup>; pero sólo en Haití, se dice que los negros hacen trabajar a los muertos.

¿Serían los mayas expulsados los que enseñaron esta práctica en esa isla?

Respecto a la reducción de seres humanos únicamente en el Ecuador se aminoran las cabezas; pero no sé que en ninguna parte, se reduzca a los seres muertos; se les devuelvan los movimientos, como al enano apergaminado que yo vi recobrarlos y marcharse a trabajar.

Después de este relato, le dije:

—Y yo te di la impresión de que era un muerto que montaba a caballo y por eso me miraste tan fijamente en los ojos, ¿verdad?

—Verdad de Dios que sí: todo usted da la impresión de un cadáver que anda; pero sus ojos, esos ojos tan tristes, tienen todavía muchísimos años de vida.

—Que Dios me haga buenas tus palabras. Quiero vivir todo el tiempo que pueda ser útil a la Revolución.

Esta relación inverosímil, contada tan rápidamente en la espesura de la montaña, me ha

sugerido infinidad de temas para una novela fantástica; pero no he querido alterar el relato tan sencillo, y lo consigno como me fue dado, porque tal vez tenga la virtud de provocar en mis lectores, buen material para su imaginación.

## José Preve

A llegar al campamento, me encontré con José<sup>b</sup> Preve, un soldado federal que se rebeló en Tenosique, contra el gobierno<sup>a</sup> del general Huerta, y que fue derrotado. Este se nos incorporó, pero en una forma tan poco caballerosa, que de hecho era dueño del campamento por haber rebelado a todos contra nosotros.

Mi conducta para con los que había castigado días antes, fue el pretexto para desconocer nuestra jefatura.

Alguien me dijo que había resuelto fusilarme; pero que cuando me vieron llegar montado en mi caballo, todos se quedaron sorprendidos.

Yo, sobreponiéndome a su determinación, les gritaba y hacía bromas, cosa que les desconcertó.

En la tarde, me entrevisté con el ex-federal Preve diciéndome que había resuelto apoderarse del campamento y que él era el jefe de toda aquella gente, invitándome a secundarlo.

Fingiéndome no dar importancia a lo que me decía y riéndome a carcajadas, le grité a don Pablo Gámez, que estaba cerca:

—¡Ya tenemos jefe, para algo hemos hecho la Revolución y este campamento!

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque Preve viene a indicarme, que él es el jefe<sup>a</sup> y no sé cuáles serán sus intenciones. ¡Conque a respetar al jefe<sup>a</sup> de toda la gente!

Le hice una seña para indicarle que desenfundara su pistola y me imitara; al voltearme para ver a Preve, lo hice con tal rapidez y la pistola amartillada, que cuando se dio cuenta ya lo tenía bien encañonado.

Indignado le manifesté que no estaba dispuesto a permitir rebeldías, y que era bueno supiera que había sido nombrado el coronel Pablo Gámez, gobernador<sup>a</sup> del estado<sup>a</sup> de Tabasco y comandante militar de aquella región, y yo su segundo.

Preve, aturdido por la sorpresa, no quiso demostrar timideces, pero yo insistí en que resolviera en esos instantes su situación diciendo si

reconocía como jefe<sup>a</sup> al coronel Gámez o estaba resuelto a morir. Éste<sup>b</sup>, como queriendo hacer chiste, me contestó que en vista de su situación, espontáneamente se sometía a la jefatura de don Pablo.

Preve era viejo conocido mío. Habíamos crecido juntos en la ciudad de Campeche y llevaba una amistad íntima con su hermano; de suerte que, con estos antecedentes, tenía que ser conciliador.

Por eso, lo entré de que tanto don Pablo como yo, teníamos que salir para Belice a traer una cantidad de rifles, contratados ya; resolviendo pedirle a él, se quedara como jefe de las fuerzas provisionalmente, mientras regresábamos del viaje, dejando en esta forma resuelto el incidente. Sin embargo, hice todo lo que estuvo de mi parte para que don Pablo, su hijo y otros dos amigos de confianza, nos pusieramos en guardia durante la noche para prevenir cualquier agresión de los contrarrevolucionarios.

Don Pablo repetía constantemente —mejor los dejamos muertos.

## La desertión<sup>b</sup> del maya

Confiado en los buenos servicios prestados por mi coterráneo<sup>b</sup> el maya, fui a buscarlo para que nos acompañase; y sostuvimos un diálogo duro, pues él, que se había preocupado por salvarme de la muerte la noche anterior, ya hacia causa común con los rebeldes.

En su descargo, argumentó que yo no poseía dotes de mando, y que mi mayor equivocación, era no haber ordenado fusilar a los que me quisieron matar. Como último recurso para decidirlo, le dije:

—Bueno, si tú no vienes, perderemos un gran libro porque esta gente te pervertirá tanto, que ya no te ocuparás de otras cosas más que de enredarte en la intriga; y ésta, cuando se apodera del corazón de un hombre, lo denigra y relaja a tal grado que solamente se ocupa de ella.

Comprendiendo que aquel hombre sostenía una lucha consigo mismo, lo intimé para que me hablara claro. Él<sup>b</sup>, confuso, me manifestó que no podía dejar el campamento porque el amor platónico de su vida, era Anita.

Anita era una de las recogidas en el jato<sup>a</sup> de los bofos<sup>a</sup>, que sanó del paludismo y lucía bonita para aquellos lugares. Yo le contesté que aquello no era

un obstáculo; que llevaríamos a Anita. Entonces me confesó la trama forjada en el campamento. ¡Todo estaba contra nosotros!; hasta Anita, y con ella, las demás mujeres, porque Anita siendo ya amante de Preve era la que más me odiaba, ya que nunca me percaté de su amor hacia mí. Todo aquello me parecía tan raro, que no comprendí claramente nuestra situación.

Por conocer demasiado a Preve, sabía que era cruel, perverso, que le gustaba matar; y que, moralmente, nosotros éramos muy superiores a todos ellos. Por eso, le dije al maya:

—¡Habrà un momento en que la Revolución pueda castigar todos estos desmanes!

El maya se quedó fijo en mí, y como queriendo adivinar mis pensamientos, expresó:

—Tú eres un enfermo: todos creen que vas a morir muy pronto; don Pablo es un viejo capataz, nadie cree en él; y en cuanto a este señor Preve, ha sido soldado, tiene buena presencia, está lleno de salud, habla muy fuerte y nunca suplica, sino que ordena. Todos han visto en él a un jefe, y en ti, sólo un enfermo y en don Pablo, al capataz.

—Pero esto es una cobardía.

—Pero nadie lo entiende así. La Revolución sacará de las cárceles a muchos bandoleros; estos tendrán mando de fuerzas y mientras ustedes los románticos piensen en que pueden utilizarlos pasajeraamente, ellos se afianzarán asegurando su bienestar y su libertad. Cuando ustedes quieran volverlos a su estado normal, serán ellos los que pongan a ustedes en la cárcel si es que ya se han humanizado, porque si no, los fusilarán. El porvenir no está con ustedes; el porvenir será para los compañeros de este señor. ¡De los más malos! ¡de los más perversos! Yo, que tengo una misión de alta cultura que cumplir, prefiero quedarme aquí; estaré más seguro, pues de esta noche en adelante, cuídese de todas las celadas que le ponga este hombre; usted lo ha ofendido y no le perdonará jamás.

—¡No tengo miedo! Soy más hombre que él y tengo más astucia aunque no sea perverso. Yo lo dominaré y sabré ponerlo en su lugar: ¡la cárcel!... o tal vez en el cementerio. Me gusta para muertito.

Di media vuelta y sin escuchar sus últimas palabras, me dirigí al lugar donde me esperaba don Pablo Gámez.

Como a las once cae la noche, escuchamos que varias personas se dirigían al lugar donde teníamos encorraladas las bestias, que nos iban a servir para hacer la travesía hasta Belice, así como otras que recogimos en nuestra última expedición y que pensábamos vender en esa colonia<sup>a</sup> inglesa<sup>a</sup>, donde se compran todos los robos que se llevan a cabo en sus colindancias.

Nos pusimos en guardia, y al escuchar que los asaltantes estaban cerca, se abrió el fuego sobre ellos.

Éramos cuatro personas y el riesgo que corríamos nos hizo abalanzarnos sobre ellos sin reflexionar en las consecuencias. Los perseguimos hasta las casas que ocupaban, y el fuego nos sirvió para no dejar ni rastro de lo que era su campamento. A pesar de ser ellos más de cincuenta, huyeron despavoridos y se perdieron en la selva.

Como dejaron algunos rifles y parque, estos nos sirvieron para estar toda la noche haciendo fuego, simulando ejecuciones hasta, el alba, en que montamos en nuestras cabalgaduras y emprendimos el camino hacia Belice.

Todo lo que habíamos hecho y recogido con tantos esfuerzos, fue destruido en una noche.

En un papel escribí lo siguiente:

“Suplicamos al capitán<sup>a</sup> Preve, recoja a los dispersos, castigue a los rebeldes y nos espere en este campamento, a donde regresaremos con parque y armas de la colonia<sup>a</sup> inglesa<sup>a</sup>”<sup>2a</sup>.

Esperaba que esto infundiera sospechas sobre la conducta de Preve y nos diera tiempo para ponernos fuera de su alcance. Clavé en un árbol el papel, y emprendimos la marcha.

## La muerte del maya

Después de la baraúnda, procuramos caminar lo más aprisa posible. En cuatro jornadas, arribamos al campamento de Artés. Allí, no teníamos temor de que llegaran los insurrectos.

Lo primero que hice, fue visitar el hospital. Había muchos enfermos.

Los ciegos eran los que más sufrían. Además de su mal, tenían dolores tan agudos en los ojos, que provocaban la muerte. Según el maya, esta enfermedad era ocasionada por el piquete del mosco que atravesando el párpado del enfermo, inoculaba

el paludismo en la pupila formándose allí el foco de mayor infección.

Los paúdicos lloraban casi todo el día, porque comprendían que su fin estaba próximo.

Algunos apenas respiraban por la gran cantidad de podre que les salía de la nariz y que, cuando se la limpiaban, dejaba un reguero de gusanillos en las mejillas.

Aquel doctor brutal, a quien pegué dos tiros, era el mismo: podrido, borracho y déspota. Lejos de ser un consuelo para los enfermos, constituía su pesadilla y su terror, en cambio, conmigo, ya era otro. Apenas me vio, mandó traer una silla y se mostró sumamente atento, lo mismo que con los enfermos.

Pasé allí varias horas hasta que me llamaron a cenar.

Créi encontrar en Artés, una cara hostil, pero todo lo contrario, se portó muy amable; y con corrección inglesa, procuró obsequiar todos mis deseos.

Al terminar la cena, mandó abrir una botella de champagne y brindamos, ¡con champagne!, por el triunfo de la Revolución, en aquel lugar de esclavitud, de explotación, de dolor y muerte.

Mi<sup>b</sup> debilidad extrema fue causa de que el poco champagne que había ingerido, se me subiera a la cabeza y me produjeran una alegría y una locuacidad increíble; hablaba como un desesperado. Sentía la infinita alegría de poder caminar, aunque el paludismo continuara haciendo estragos en mi organismo.

Con la fiebre y el alcohol, ¡era feliz!... Llegó un momento en que me acordé del maya y me puse triste. Yo creí haber hecho mal con dejarlo entre aquella gente, y hasta, ¿por qué no decirlo? pensaba que debía estar ligado a la Revolución y a mí; y que esto, entrañaba un derecho para obligarle a salvar un tesoro de alta cultura.

¡Sueños románticos de niño que apenas empieza a atisbar la maldad, me habían hecho perder a un amigo y a un sabio!

Pocos días después, contemplaba nuevamente la preciosa Laguna del Petén, desde la misma eminencia de San José, donde la había visto por primera vez. El mismo delirio se apoderó de mí.

El presidente municipal no nos aprehendió, sino al contrario: nos proporcionó una embarcación para ir hasta la isla<sup>b</sup> donde se levanta Ciudad Flores.

Después de deliberar aquella noche, resolvimos que don Pablo, su hijo, y los otros dos acompañantes irían a Belice en busca de las armas mientras yo me curaba, debiendo avisarme cuando salieran, para que los fuera a esperar a medio camino. Así se hizo, y en la madrugada, partió don Pablo con su patacho de mulas rumbo a la colonia<sup>a</sup> inglesa<sup>a</sup> a comprar las tan codiciadas armas.

Ocho días después, al sufrir el ataque palúdico, me anunciaron la llegada de Preve, derrotado, después de ser sorprendido por las fuerzas del gobierno<sup>a</sup>.

Mi primera providencia, fue recoger la pistola y ponerla debajo de mi sábana, porque lo conocía bien.

Momentos después, y por la única puerta que tenía la habitación en que me encontraba, apareció Preve, quien muerto de risa, me dijo:

—¿No te has muerto todavía?

—¡No! Quiero llevarte por delante.

Se sentó a la orilla de la cama para contarme su derrota:

—Después de la balacera de la madrugada en que nos dejaron, regresé al campamento como a las doce del día. Casi todos los que se habían rebelado estaban allí; y entonces les hice saber que desde aquel mismo momento, quedaban bajo mis órdenes, mostrándoles el papel que tú me habías dejado. Alguien quiso oponerse y tuve que matarlo. En la tarde, por los corrillos que se formaban, comprendí que se hablaba mal y supe además que las críticas que se hacían, eran porque a pesar de ser más nosotros, ustedes nos habían dispersado. Esto me obligó a matar a diez compañeros para sentar un precedente. Por cierto, que entre la gente que tuve que liquidar se encontraba el maya que dicen era tu amigo.

—¡Qué bruto! —fue mi exclamación—. No sabes lo que has hecho: ¡sal de aquí inmediatamente! Aquel hombre era un pozo de ciencia y un humanista.

—Qué va: un hechicero como cualquier otro, por eso lo escogí para muertito.

—¡Vete..., vete de aquí! ...

—¿Y no me tienes miedo?

—No, porque te tengo asegurado —respondí poniéndole el cañón de la pistola en las costillas, al mismo tiempo que le sacaba con la otra mano violentamente su revólver y le gritaba:

—Yo también, yo también tengo ganas de que mueras. Vete..., vete... si no quieres morir.

Él<sup>b</sup>, viéndose desarmado y en peligro, obedeció mis órdenes y se fue.

Mis gritos habían sido escuchados por las personas que estaban en la casa, quienes se acercaron presurosas al cuarto, en los momentos en que Preve lo abandonaba.

—¿Qué le pasa? —le preguntaron a Preve.

—Que está loco —contestó él.

Y aquellas buenas mujeres, conmovidas contestaron:

—Pobrecito, casi todos los días tiene estas pesadillas; creemos que pronto se va a morir.

Casi al mismo tiempo, oí cómo las pisadas fuertes del soldado profesional, rompían el silencio de la calle, mientras que yo, hecho un guiñapo, me consumía con la fiebre.

## La derrota de los ingleses

Don Pablo Gámez me comunicó por medio de un propio que había salido de Belice y que en el Benque Viejo, iba a recoger cien rifles y veinticinco mil cartuchos.

Avisé al doctor Boburg, mi pariente, que continuara visitando mi casa como si yo estuviera enfermo, para no infundir sospechas. Después de esta precaución, fui hasta la línea divisoria entre Belice y Guatemala, en donde encontré a don Pablo Gámez con su cargamento. Utilizaba en el transporte, unas mulas de don Manuel Otero. Había ofrecido liquidar el alquiler, “a precio de animal”.

Cuando me enteré de esto, manifesté mi inconformidad. Él<sup>b</sup> me indicó que no hiciera caso, que sólo deseaba continuar el viaje, que después arreglaríamos lo del alquiler con Otero, sin dificultades, pues él tenía un plan para sacarle a este señor, no solamente el flete sino hasta las mulas.

Como conocía la habilidad de don Pablo para estas cosas, no volví a tratar el asunto.

Continuamos la marcha, y en la primera jornada, nos alcanzaron unos “propios” que traían la noticia de que a todos los mexicanos que se encontraban en

el Benque Viejo, los habían puesto presos, y flagelado.

Este mal trato, se debió a que no quisieron servir de guía a los negros encargados de la policía<sup>a</sup>, en su intento de quitarnos las armas que nos habían vendido los ingleses.

Ni tardos ni perezosos, volvimos al Benque Viejo y dejamos en libertad a nuestros paisanos, castigando a los negros en la misma forma en que lo hicieron con los mexicanos.

Estos actos contra la autoridad inglesa son insólitos y tienen penas muy fuertes. Causaron en la colonia<sup>a</sup> un alboroto cuando dieron cuenta de ello a las autoridades superiores de Belice.

En esos momentos sufría la colonia<sup>a</sup>, la burla de otra expedición de mexicanos, que venían de Nueva Orleans al mando del general Manuel Castilla Brito, y quienes tomaron por la fuerza un remolcador que había atracado al vapor, obligando a que los condujera a Belice, y después a remontar río arriba hasta dejarlos a salvo en territorio guatemalteco, sin que hubiera autoridad capaz de detenerlos.

Estos dos hechos fueron tan escandalosos, que el gobierno<sup>a</sup> inglés<sup>a</sup>, antes de veinticuatro horas, había puesto tres mil marinos blancos en la frontera con Guatemala, y enviado más de mil negros que en un día talaron la selva alrededor del campamento, lo menos en un kilómetro a la redonda sin dejar un sólo árbol.

Con esto, perseguían el fin estratégico de manejar bien sus rifles y ametralladoras, evitando una emboscada o un ataque intempestivo.

Nosotros, como no teníamos conocimiento de las hazañas de Castilla Brito, creíamos que esa movilización era solamente para perseguirnos; y en lugar de continuar la marcha, retrocedimos sigilosamente para quedar a la retaguardia de los ingleses, por si seguían avanzando en territorio guatemalteco.

Como se establecieron en ese lugar, ordenamos a varios compañeros que se colocaran por la noche, a cierta distancia de su campamento, con orden de que ardieran unas hileras de petardos (los que llevaba don Pablo para festejar en tierra mexicana la llegada de los rifles para la Revolución) y que al mismo tiempo dispararan sus armas sobre los ingleses.

A la hora indicada tronó la primera bomba de señal; enseguida, empezaron a reventar las hileras de petardos, haciendo un estruendo de ametralladoras de grueso calibre, mientras los demás hombres disparaban certeramente sobre las tiendas de campaña.

Los negros que estaban dormidos fuera del campamento, se precipitaron sobre éste. Los ingleses, creyendo que eran mexicanos, abrieron el fuego sobre ellos provocando una verdadera carnicería.

Tan pronto como la mañana empezó a clarear, las fuerzas inglesas levantaron el campo y se dirigieron nuevamente al Benque.

Nosotros tomamos posesión del campamento. Recogimos a los dispersos, en su mayoría negros; los amarramos entregándolos a un oficial inglés, a quien hicimos portador de una carta en la que comunicábamos al comandante de las fuerzas británicas, que nosotros no queríamos tener, fricción alguna con las autoridades imperiales; manifestándole nuestro deseo de que se castigara a los que habían flagelado a los mexicanos, pretendiendo robar el parque y armas que habíamos comprado en Belice. Que si ellos intentaban nuestra persecución, nos veríamos obligados a quemar toda la colonia<sup>a</sup>.

Para que los oficiales ingleses se percataran de que estábamos dispuestos a cumplir el ofrecimiento, prendimos fuego a toda la impedimenta que habían dejado, y que nosotros no podíamos llevar por carecer de acémilas.

Además, les advertimos nuestro origen yucateco y les recordamos que no era la primera vez que cumplíamos nuestras amenazas.

Como el incidente era grave, don Pablo Gámez me despachó violentamente al Petén con un buen guía, para que a marchas formadas llegara a Ciudad Flores a informar al jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> de ese departamento<sup>a</sup>, sobre el asunto.

### **Otra vez en la cárcel<sup>b</sup> del Petén<sup>b</sup>**

Cuando llegué a Ciudad Flores, la fiebre no me permitió ir a ver al jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup>. Me acosté a descansar un rato, pero como a las tres horas se presentó en mi cuarto esta autoridad sentándose al borde de la cama.

Con palabras melosas, a fin de que no sospechara sus intenciones, me preguntó qué armas llevaba y si se las podía enseñar.

Saqué mi pistola y se la mostré, diciéndole que era la única que tenía, razón por la cual no se la regalaba.

Él<sup>b</sup> la envolvió en su pañuelo y en actitud tragicómica, se puso en pie de un brinco, sacó una pistolita española y me apuntó a la cabeza, intimidándome:

—¡Si se mueve, le abro la tapa de los sesos!

Pero el hombre estaba congestionado, le temblaban las manos, la boca, los párpados, y todo él trepidaba de terror.

Me le quedé mirando fijamente, para demostrarle que no era su pistolita la llave de la caja de mis sesos; y cortésmente le supliqué que la guardara, porque si disparaba con aquella arma tan mala de cañón, reventaría en sus manos y que no había motivo, pues yo estaba dispuesto a acompañarlo a donde quisiera, siempre y cuando me tratara con la consideración que se debía a toda persona decente.

Sudoroso, y cansado de apuntarme, bajó la mano y comenzó a limpiarse el sudor, al mismo tiempo que, a gritos decía:

—Ustedes me están comprometiendo; han hecho un escándalo tremendo en la colonia<sup>a</sup> de Belice y ya mi gobierno me ha girado instrucciones para que los pase por las armas! Ya están presos el coronel Preve y el coronel Castilla Pascual, los dos Marengo, así como otros muchos a quienes fusilaré mañana temprano, y a usted lo tengo asegurado, pues la casa está rodeada de soldados.

—Bueno —le contesté—, y usted que se dice abogado y es amante de los procedimientos legales, ¿cómo va a incoar un proceso por actos cometidos en la colonia<sup>a</sup> inglesa<sup>a</sup>? Porque entiendo que las autoridades de mi país, tarde que temprano, tendrán conocimiento de estos crímenes y pedirán una explicación al gobierno<sup>a</sup> de Guatemala, y éste la dará, ejecutando a los culpables, entre los cuales, en primer término, se encuentra usted.

Loco de impaciencia, y de terror, el jefe político, seguía gritando y rugiendo incoherencias.

—¡Ustedes me comprometen! Vamos, vístase inmediatamente que necesito ponerlo preso. ¡No me responda ni una palabra más!

A pesar de que mi cuarto ya estaba lleno de soldados, me vestí lentamente sentándome después en la cama; al verme en esa posición rugió:

—¿Ya está usted listo?

Yo, por toda respuesta, moví la cabeza.

Más colérico me gritó:

—¿Por qué no me contesta?

—Porque usted me ha dicho que no hable ni una palabra más.

Empecé la marcha entre un pelotón de soldados que con los rifles amartillados y las bayonetas casadas, me iban apuntando.

Al pasar por la Administración de Rentas, el administrador<sup>a</sup>, que era enemigo del jefe político, me habló y dijo a mis custodios que lo dejaran interrogarme a solas, porque así lo había ordenado el Lic. don Manuel Estrada Cabrera, presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>.

Yo, no queriendo complicar más nuestra situación, advertí que cualquier pregunta podía hacerla delante de los soldados, a fin de que fueran testigos de ella y de lo que yo contestara.

Cortésmente me preguntó:

—¿Usted sabe por qué lo traen preso?

—Sí, señor, sí lo sé. Porque don Manuel Otero y el jefe político, saben que mandamos comprar unas armas para la Revolución de México y ahora se quieren quedar con ellas. Si usted quiere comunicarlo al presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>, puede hacerlo, aunque tengo la seguridad de, que esto me va a costar la vida.

Conocía el procedimiento de Estrada Cabrera: siempre tenía un jefe político enemigo del administrador<sup>a</sup> de Rentas, para que el uno le informara sobre el proceder del otro. Y en Guatemala no había delito más grande para un jefe político o para cualquiera otra persona, que el comprar armas, aún cuando estas fueran para su uso personal, porque el tirano quería tener el control de, ellas.

En el acto salió el administrador<sup>a</sup> de Rentas de su oficina<sup>a</sup> y se fue al telégrafo... lo demás... lo adivinaba.

El administrador<sup>a</sup> de Rentas, como todos los principales empleados de la administración<sup>a</sup> de Estrada Cabrera, conocían el manejo del telégrafo, y siempre que había un informe de estos, se

comunicaban directamente con él, que también era hábil telegrafista...

Cuando llegué a la cárcel, Preve fue el que se encargó de dar el grito de: "¡uno más! ¡el compañero Mena Brito!", y todos a una empezaron a preguntarme si sabía los motivos de nuestro cautiverio. No quise comunicarles nada porque tenía seguridad de que la conferencia del administrador<sup>a</sup> con el presidente<sup>a</sup>, decidiría nuestra libertad o la inmediata ejecución.

Les previne, que si en la mañana sacaban a alguno para flagelarlo, se anotinaran los demás, arrebataran las armas a nuestros custodios y pelcáramos hasta morir.

Preve aseguró que los diez que estábamos presos, éramos suficientes para rendir a la población; yo también opiné lo mismo.

Preve agregaba:

—Quien entiendo a este don Clodoveo; ayer me invitó a comer, se emborrachó conmigo; me habló mal de su compadre Otero, de Mena, de don Pablo; me regaló una moneda de oro y me dio un beso. Hoy me fue a detener con un batallón y a cada momento me quería pegar. Creo que aún le dura la embriaguez, pero les juro que tan pronto como salga, le devuelvo el beso, y la moneda.

—Bueno —le contesté— pero mejor será que le des un beso, con la bala de un cincuenton de estos que usan sus soldados, y que vivamos prevenidos estas veinticuatro horas que nos faltan para salir del mal paso.

Todo el día estuvimos dirigiéndonos bromas unos a otros; algunas de muy mal género, como aquella en que Preve y yo, nos pusimos desde nuestra reja a escoger las palmas de coco en que debían ahorcarnos, por lo que el coronel Castilla Pascual nos suplicó que no siguiéramos haciendo chistes, que ponían a todos carne de gallina; ya que era casi seguro que, seríamos ejecutados a la mañana siguiente.

Continuando nuestra observación, a través de las rejas, vimos que el jefe político y el administrador<sup>a</sup> entraban y salían del telégrafo, con mucha frecuencia. Los centinelas de vista estaban sorprendidos de nuestra aparente alegría, descuidando mucho su papel, con lo que ganábamos para nuestro plan de defensa.

A las seis de la mañana del siguiente día, el propio jefe político y el administrador<sup>a</sup>, vinieron a comunicarnos nuestra libertad, por orden del presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>, debiendo salir expulsados con todo y armas hasta el territorio mexicano. Yo era el único que debía tener por cárcel la ciudad. Aquello me olía a fusilata, pero no le daba importancia por creer, que lo más fácil del mundo, era incorporarme después a mis fuerzas, burlando a las autoridades del Petén.

Ya libres, nos mandó suplicar don Manuel Otero que fuéramos a su casa, donde nos encontramos con don Pablo Gámez quien, al vernos, muerto de risa, nos decía:

—Deben darle las gracias a don Manuel Otero porque él nos ha salvado—, y llamándome aparte me dijo con voz muy queda:

—Usted permanecerá aquí y después se va a Guatemala, porque el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> le quiere hablar; así me lo manifestó el administrador de Rentas, para que yo le prevenga; procure estar en contacto con él, para evitar que lo asesine don Clodoveo Berges.

La fuerza que debía conducir a mis compañeros hasta la frontera de México, la embarcó el jefe político en cayucos para que recogieran las armas que habían dejado en la selva y llevarlos a todos hasta su destino. Sólo yo permanecí en la ciudad, bajo la vigilancia de todo el pueblo de Flores que, estaba pendiente de mis actos.

De Guatemala mandaron un juez especial para dorarle la pildora a los ingleses; y en las averiguaciones, yo fui el único que declaré, a mis anchas a pesar del control que tenía el jefe político y el deseo de sacarme culpable.

## **Cómo salí del Petén<sup>b</sup>**

Todas las tardes, recibía la visita del administrador de Rentas, quien nunca hablaba a solas conmigo porque siempre estaba acompañado de gente que me vigilaba.

Un día, don Clodoveo me indicó la necesidad de reunirme a otros compañeros revolucionarios, que habían llegado al departamento<sup>a</sup> y estaban en la población de La Libertad.

Fui a despedirme del administrador de Rentas y le comuniqué la orden del jefe político y mi

decisión de cumplirla. Él me indicó que desobedeciera tal orden, y esperara por lo menos un par de horas mientras se comunicaba con el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>. A pesar de ella, empecé el viaje hacia La Libertad.

Cuando apenas había caminado dos leguas en la selva, me alcanzó una escolta con instrucciones de custodiarme hasta el final de la jornada.

Ya en La Libertad, me designaron una comisión mis propios compañeros, los revolucionarios, que consistía en llevar unos oficios secretos al coronel Domínguez teniendo como compañero al Lic. Agustín Urdapilleta, (hijo).

Por la noche, se nos sirvió un banquete en la casa del español Manuel Otero, para despedirnos; y en él se habló de que íbamos a pelear por la independencia de la península<sup>a</sup> yucateca, incluyendo a Campeche, Tabasco y Chiapas.

Como yo no estaba de acuerdo con tal idea, protesté, haciendo constar que el único yucateco manifestaba con energía su inconformidad con el propósito que significaba la desmembración de México, cosa que no soportaba ningún mexicano con tranquilidad, a menos de ser un traidor.

Me llamó mucho la atención quedar solo en la protesta. Procure enterarme de los detalles con un amigo quien, sin sacarme de dudas, se concretó a decir que eran locuras del gachupín Otero, a las que nadie daba oídos.

A la mañana siguiente se nos despidió, y varios compañeros me fueron a dejar algunas leguas más allá del pueblo.

A los dos días de camino, nos alcanzó un "propio" portador de una comunicación, en la que se me ordenaba que prosiguiera mi viaje, y se devolviera Urdapilleta, porque su padre había hecho gestiones con el presidente<sup>a</sup> Estrada Cabrera, para que lo enviaran a la capital.

Sin ningún tropiezo llegué hasta el campamento de don Pablo Gámez, quien ya se lo había entregado al coronel Domínguez, porque fue reconocido como jefe por los tabasqueños. Mi llegada al campamento provocó alegría.

Al abrir la comunicación que llevaba cerrada, y leerla en voz alta el secretario del coronel Domínguez se supo que en ella se le ordenaba pasarme por las armas, así como a Urdapilleta,

porque no estábamos de acuerdo con lo convenido en Guatemala: la desmembración de México.

Don Luis, son socarronería ranchera, me enseñó el pliego de marras, ordenándome abandonar en el acto el campamento para volver a Guatemala, con el fin de que allí me fusilaran.

Yo, ingenuamente, le conté lo del administrador de Rentas; y él, con clara visión, comprendió y me dijo que el único propósito de Otero y del jefe político, era hacerle cargar con el muertito ante la Revolución y el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> guatemalteca.

Don Luis me entregó quinientos pesos en monedas de oro, indicándome que inmediatamente emprendiera el viaje para la capital de Guatemala, a fin de poner al tanto al presidente<sup>a</sup> de esa república<sup>a</sup>, de los atentados que se querían cometer en mi persona.

Regresé por el mismo camino, causando mi llegada a La Libertad, una verdadera sorpresa, pues todos, conociendo los motivos de mi ausencia, me daban por muerto y muchas almas piadosas, ya habían encargado misas y responsos por la salvación de mi alma.

De La Libertad, empecé la marcha a Flores; y, de acuerdo con mi primo el doctor Boburg, y el administrador<sup>a</sup> de Rentas, puse un telegrama al presidente<sup>a</sup> Estrada Cabrera. Este ordenó al jefe político que me diera todas las seguridades, para que yo llegara sano y salvo hasta la capital con otro compañero: Alfredo Cámara Vales.

Seguimos juntos el viaje hasta el Río Pasión, donde tuvimos que remontar la corriente en canoa, hasta su nacimiento, para luego emprender a pie la marcha hacia el departamento<sup>a</sup> de Cobán.

En la montería de Sayakché, fuimos a ver al administrador<sup>a</sup> para que nos proporcionara elementos a fin de continuar el viaje. Le mostramos las cartas y los telegramas que teníamos del presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> y del jefe político del Petén.

Nos sorprendió que a pesar de las recomendaciones, nos pusiera el administrador<sup>a</sup> muchas dificultades, para retenernos allí toda la mañana.

Por lo tarde, pretendimos llegar hasta un mexicano que cultivaba repollos; pero este, dándonos cuenta de nuestra intención, nos pidió que

evitáramos acercarnos a él, y que afináramos el oído para escuchar.

Como si continuara en su tarea, y nosotros únicamente lo estuviéramos observando de lejos, nos aprestamos a oír sus palabras:

—Procuren salir esta misma tarde de aquí. El administrador de la montería<sup>a</sup>, ha recibido órdenes del jefe político del Petén, para aprehenderlos y amarrados, hacer entrega de ustedes a las autoridades de México, para que los fusilen. Tiene instrucciones de no tronarlos ni hacerles nada en territorio de Guatemala. Así es que, si ustedes quieren salvar el pellejo, deben volverse inmediatamente al Petén.

Cámara Vales y yo, deliberamos un rato sobre el partido a tomar, teniendo en cuenta que aquellos lugares eran de terror y esclavitud. Comprendimos que volver al Petén como “sirvientes prófugos” era más difícil que continuar la marcha; y optamos por dirigimos a la casa principal, en la que encontramos al administrador<sup>a</sup>. Este<sup>b</sup>, con una esplendidez poco acostumbrada en estos lugares, nos invitó a que tomáramos “unas cuantas botellas de cognac”. Sacó una de la tienda y la destapó. Yo le manifesté que queríamos salir inmediatamente, contestándome que no podía ser, porque la lancha tenía el motor descompuesto.

Le interrogué sobre quién era el maquinista de la lancha, y me dijo que un muchacho que había partido el día anterior para El Petén. Volví a la carga preguntando si no había alguna otra persona que pudiera guiar la embarcación.

—¡No! —fue su respuesta.

Entonces, poniéndole el cañón de la pistola en las costillas, le ordené que nos acompañara.

Saltamos al bote y una vez en él, Cámara Vales, que entendía de estas cosas puso en marcha el motor. Yo hice la función de piloto para subir el río, pero, como no sabía dirigir, estuvimos a punto de chocar contra la ribera.

Esto aprovechó el administrador<sup>a</sup> para proponerme manejar él. Accedí a sus deseos advirtiéndole que estábamos dispuestos a que en cualquier percance, él moriría antes que nosotros dos.

Continuamos hasta un varadero cercano a la frontera del departamento<sup>a</sup> de Cobán, en donde se

fugó el administrador<sup>a</sup>. Rescatándolo más tarde, lo obligamos a que nos sirviera de guía.

Le sujetamos las manos con una reata cuyos extremos opuestos se anarró a la cintura Cámara Vales, y con otra le atamos al cuello, asegurándola en una argolla de proa.

Echamos a andar hasta una estación de telégrafos, donde el operador se ofreció a proporcionarnos caballos para continuar el viaje. Allí dejamos al administrador<sup>a</sup>, para que volviera a recoger la embarcación y regresara a su campamento, con buenos recuerdos para don Manuel Otero y al jefe político del Petén.

Otra vez la violencia daba sus resultados salvando nuestras vidas. La región pantanosa se quedaba atrás, sembrando la muerte y estrangulando toda idea de libertad, mientras los exploradores convertían en dinero, toda la vitalidad de la montaña y de los seres explotados.

Al pie de la casa que ocupábamos, se alzaba enhiesto el acantilado de la serranía hasta las cumbres de la montaña, que se perdían en el infinito, como si quisieran indicarnos el difícil camino de nuestras aspiraciones.

Así, la Revolución, más poderosa que la selva, nos incorporaba de nuevo a la civilización.

## Haciendo de médico<sup>b</sup> rural

La estación de telégrafos se componía de dos casitas de paja. Una habitada por el telegrafista con su mujer enferma, y otra por el suegro con dos hijas.

En los corrales, del suegro, había dos caballos, y en el patio del telegrafista, un pollo, seguramente producto de generación espontánea, toda vez que no había rastros de gallinas, ni de gallo, por ninguna parte.

Habíamos estado en ayunas durante dos días, le suplicamos al operador nos vendiera el pollo, pero él no quería deshacerse del animalito.

Me propuse convencerlo, ofreciéndole que con su padre político le enviaría de Cobán, media docena de gallinas y un gallo para que poblara de aves su corral. El hombre no cedía, Cámara Vales y yo, casi asábamos al pollo con la vista.

Sabiendo que la esposa del hombre estaba enferma, empecé a relatar a Cámara Vales, en voz alta, las grandes curaciones que había yo verificado

en el departamento<sup>a</sup> del Petén. Éste<sup>b</sup>, en un principio, lo tomó a guasa; pero comprendiendo la intención, me siguió la corriente. Yo, muy en mi papel, contaba:

—Una vez se me presentó un sujeto pidiéndome que atendiera a su esposa, de parto. Nunca había visto nacer un niño; de suerte que sin la menor noción del asunto, la necesidad me convirtió en partero. Para salir del paso, le dije que iba a buscar mis instrumentos por la urgencia de una operación. La compañía del marido impidió que retardara mi vuelta hasta que la naturaleza hubiera obrado, y para impresionar a éste contra mis procedimientos, tuve que coger mi machete, pasarle el dedo índice por el filo, ver si estaba lista para todo servicio, volviendo al lado de la enferma. Como todavía esta no daba a luz, le ordené hiciera los últimos esfuerzos, porque si no, tendría que cortarle la barriga para sacarle al muchacho. Y le mostraba el arma.

Intrigado el telegrafista, me preguntó si de veras estaba dispuesto a trozarle el vientre.

—No —le contesté— porque antes recurri<sup>a</sup> a mi procedimiento.

—¿Cuál es su procedimiento?

—Saqué mi pistola, disparé<sup>b</sup> un tiro a la enferma procurando no pegarle; y enseguida nació la criatura. Un hermoso varón.

—¿Y después qué hiciste? —me preguntó Cámara Vales.

—Pues dejé que las mujeres del pueblo atendieran al niño y a la madre. También curé a una neurasténica, encaprichada en sentir dolores en todas partes. Siempre pedía que la viera y recetara cuanto doctor visitaba el Petén. Apenas supo de mi llegada, el esposo vino a suplicarme curara a su mujer. Yo, que ya tenía un poco de ojo clínico, diagnosticué neurosis y le apliqué mi tratamiento.

—¿Y cuál era su tratamiento? —me dijo el telegrafista.

—¡Los tiros! —contestó Cámara Vales.

—No hombre, a usted se lo puedo decir —y apunté con los dedos al telegrafista—, porque está solo en esta población y no va a hacer uso de mi secreto. Este consiste en darle un purgante diario a la persona, hasta que ella diga que ya no siente dolores de ninguna especie. Después de esto, se le dejan doce purgas a quien la cuida y el enfermo no vuelve a quejarse de nada... O se muere.

—Pero, ¿y si se queja? —insistió el telegrafista.

—Se le dan otros doce purgantes; y si insiste, es que no es esa la enfermedad, y se cambia el tratamiento. ¡Lo mismo hacen todos los médicos cuando se equivocan!

—Pero, ¿y si se muere?

—Si se muere, le da uno el certificado de defunción y se cobra el doble.

La mujer del telegrafista, a quien iba dedicada mi charla, se levantó de la cama, y vino a incorporarse a nosotros. Aprovechando este momento, le supliqué nos vendiera el pollo; al fin, convino en el precio, y se puso a guisarlo.

Cámara Vales se congestionaba de risa; decía, que aquella señora vendió el pollo, porque tenía una de las dos enfermedades que diagnosticué, y que en esa forma se preparaba por si caía en mis manos.

Muy serio, contesté:

—Yo no estaré conforme, hasta no tratar con mi ciencia tu organismo.

Durante todo el día, Cámara Vales, comió guayabas silvestres; por la noche, cuando se nos sirvió el pollo, estaba lleno hasta la indigestión y ni siquiera lo probó.

Favorecido, así, con la exclusiva, di buena cuenta del ave ganada a costa de tanta elocuencia.

Pasado algún tiempo nos acostamos, y Cámara Vales empezó a quejarse. Le pregunté el motivo, me contestó que aunque enfermo, no permitiría que lo curara, suplicándome al mismo tiempo que no le hiciera reír.

Como cualquier médico, le diagnosticué que tenía un cólico gástrico. Lo de gástrico le causó risa, provocándole más fuertes dolores. A cada instante se iba agravando, hasta que me vi obligado a intervenir con “mis conocimientos”, y muy serio, para sanar al compañero, pregunté al telegrafista si tenía algunos medicamentos, aunque sólo fuera carbonato.

—Únicamente tengo una botella de linimento veneciano para las reumas —fue la respuesta.

Le supliqué me trajera el específico, y leyendo las indicaciones terapéuticas, del “Sáalo todo<sup>aa</sup>”, me encontré con que, casi al final, decía que unas cuarenta gotas eran buenas para un cólico. Como el de mi amigo era de caballo, lo obligué, a tomar sesenta gotas.

Este procedimiento clínico-terapéutico de recetar conforme las indicaciones de la envoltura, lo aprendí de varios doctores notables que estudiaron en Berlín y París; y casi estoy seguro de que es el único en práctica entre los malos médicos y profanos.

A los cinco minutos, ya se le había quitado el cólico a mi camarada, durmiendo a "pierna suelta", y yo adquiría ante los pocos ojos que me vieron actuar, proporciones de taumaturgo.

El telegrafista quedóse estupefacto, y me empezó a consultar sobre varios padecimientos suyos. Yo le ofrecí mandarle medicinas, de Cobán, advirtiéndole que encontraría las indicaciones en los prospectos.

A la mañana siguiente, con mucha pena, el telegrafista nos comunicó que su suegro se había marchado con los dos caballos, porque el administrador<sup>a</sup> de la montería que llevamos amarrado, le relató la forma en que lo asaltamos y constreñimos a que nos acompañara.

Le mostré las órdenes que traía para que se me facilitaran los medios de viajar, y le supliqué se comunicara por telégrafo con el administrador<sup>a</sup> de Rentas del departamento<sup>a</sup> del Petén, pidiendo le informara sobre nuestro caso.

Así lo hizo, y al rato, volvió con un indio diciéndonos que aquel era nuestro guía hasta la ciudad de Cobán.

¿De dónde había sacado al indio? ¿Quién sabe! Nosotros habíamos hecho esfuerzos inútiles, por ver si encontrábamos algún otro habitante en aquel paraje.

Al despedimos del telegrafista, éste se acercó apresuradamente y casi al oído me dijo:

—Envíeme doce purgantes junto con las medicinas.

## **El milagro de la virgen<sup>a</sup>**

Con buen tiempo, emprendimos la marcha en la madrugada, empezando a subir por unos cerros muy empinados, momentos después, caía un aguacero torrencial.

El agua, en cataratas, bajaba tan fuerte por las veredas del cerro, que en muchas ocasiones nos hacía rodar la corriente.

El indio, más ágil y conocedor del terreno que pisaba, nos iba dando instrucciones indicándonos dónde debíamos poner los pies.

Así estuvimos subiendo, hasta las seis de la tarde. A esa hora resolvimos acampar bajo de un árbol.

A la mañana siguiente, quise ponerme en pie y no pude. Otra vez la parálisis palúdica me atacaba.

Supliqué a Cámara Vales continuara su camino y que me enviase de cualquier parte, una persona para que me recogiera. Pero él no quiso escucharme, asegurándome que no se marcharía sin mí, para poder patentar "mi receta".

Entonces fueron los apuros. El guía no hablaba español. Para que nos pudiera entender, necesitábamos proceder como los mudos, indicándole con ayuda de los dedos de las manos, de los pies, muecas de la cara y de un palo, que deseábamos fuera a buscar a dos o cuatro personas que me llevaran cargado hasta Cobán.

Una vez que nos entendió, en la misma forma nos dijo: que cerca del lugar donde estábamos, se encontraba un pueblo. Le preguntamos la distancia, contestándonos que a un grito.

Se puso en marcha hacia el pueblo, regresando a las seis de la tarde con otros dos indios que llevaban bordones. Eran presidentes municipales que hablaban español! ¡El pueblo estaba a un grito, pero dado en radiodifusora!

Estas autoridades, nos hicieron saber que toda la gente del pueblo se hallaba en su trabajo.

Les preguntamos a qué trabajo se dedicaban los hombres de esos lugares, respondiéndonos que seis meses trabajaban para el encomendero alemán, otros tres, en caminos; y los restantes, para ellos: que en aquella época, servían al encomendero por ser la de la siembra.

Por medio de ofrecimientos y amenazas los convencimos de hacer ellos mismos mi traslado. Entramos en tratos sobre el precio. Nos dijeron, muy ceremoniosamente, que, como presidentes municipales que eran, "tenían que ganar más que los simples mortales", y que el precio era de un peso guatemalteco, equivalente a un centavo de dólar.

Cámara Vales preguntó cuánto ganaban los que no eran presidentes municipales.

—Cincuenta centavos —fue la contestación.

Entonces, yo, con cara muy compungida y fingiendo mucha tristeza, le dije a Cámara Vales:

—¿Desearía que mi desco se cumpla?

—¿Cuál es?

—Pues que me lleven los presidentes municipales, cargado, y si en lugar de dos, pueden ser diez, mucho mejor, pues fíjate, hermano, que esta será la única oportunidad que tenga de montar a las autoridades guatemaltecas; y por el precio que piden, ni se regatea.

Cámara Vales, después de reír, les preguntó si podíamos emprender la marcha desde luego. Ellos dijeron que se iban a preparar, y al día siguiente estarían con nosotros; cosa que cumplieron al pie de la letra.

Para iniciar la caminata, me sentaron en una red y me cargaron, espalda con espalda.

La posición era incómoda, y aunque los pies los tenía insensibles, me molestaba llevarlos colgando. La red me rozaba hasta sacarme sangre, y todos los músculos de la espalda del indio me hacían cosquillas al moverse. Pero no había remedio, y teníamos que salir del paso a la mayor brevedad, así es que les suplicarnos hacer la caminata, lo más rápidamente posible, aunque me fuera riendo por todo el camino.

En tales trances estaba, cuando de pronto, víme suspendido en el vacío. Un árbol corpulento, servía de puente para atravesar un precipicio, por el que pasaba casi corriendo el indio que me llevaba a cuestas.

Me causó tal terror, que le supliqué no hiciera equilibrios conmigo; él, por toda respuesta, se agachó cuidadosamente y me sentó a horcajadas en el árbol, casi a la mitad del puente. Apenas si tuve tiempo de agarrarme con las manos, para no precipitarme en el vacío.

Aquel barranco, lo formaba un tajo cuyo fondo apenas alcanzaba a distinguir; calculé que podía tener unos cien metros de profundidad. Abajo pasaba un río, que por el ruido, debía ser muy caudaloso. Como el indio siguió corriendo hasta la orilla opuesta el palo se balanceaba y yo a cada segundo, creía perder el equilibrio hundiéndome en el abismo.

Mi situación era angustiosa. No apartaba la vista del sitio ocupado por Cámara Vales, ni sabía ir adelante ni hacia atrás.

Haciendo un gran esfuerzo, resolví apoyarme con las manos, y seguir de espaldas hasta ganar la orilla.

Como mis piernas no tenían fuerzas para apretar el árbol, éste, cuantas veces hacía algún movimiento se balanceaba sintiendo mi cuerpo semiparalítico, el efecto de los reparos de un caballo bronco. ¡Nunca he visto la muerte más cercana, ni he sentido más pavor que en aquellos momentos, en que el árbol se columpiaba sin tener yo fuerzas para mantener el equilibrio!

Angustiado, jadeante, sudoroso y desesperado, hacía todos los esfuerzos por alcanzar el lado opuesto.

Entre tanto, los dos indios, en cuclillas y muertos de risa, me observaban. A Cámara Vales se le notaba la angustia; en forma imperativa, ordenó al indio me sacara de aquel lugar, apuntándole con la pistola. El indio vino hacia mí, provocando con ello, nuevos balanceos del puente primitivo; me tomó por los hombros, y se puso a arrastrarme.

Mi situación era, más difícil; pero al indio no le importaba esto, y, como la costumbre había hecho de él un gran acróbata, me llevó sin consecuencias hasta la otra orilla.

Después, para probarme que no había corrido ningún riesgo, se paseó dos veces por el palo, y al llegar a la parte central, daba brincos y hacía piruetas.

Yo le tomé su nombre y lugar de residencia, prometiéndole que, tan pronto como triunfara la Revolución de México, iba a organizar un circo en el que él sería la primera figura acrobática.

Cámara Vales reía de mis ocurrencias. Cuando pasó el puente, lo hizo montado y ayudándose con las manos. Su angustia fue tanta, durante la peligrosa travesía, que estuvo rezando un rosario en voz alta.

¡Cámara Vales era casi un hereje!

No pudo ser más triste el cuadro de mi arribo a Cobán; delante, el indio me llevaba cargado: ¡una piltrafa humana, febricitante!; detrás, dos indios; y cerrando la marcha, Cámara Vales quien con las barbas crecidas, más parecía un inquisidor, que un revolucionario.

---

Nos alojamos en una casa de huéspedes regentada por una señorita de la mejor sociedad del lugar. Porque en todas partes hay buena sociedad.

Al día siguiente me abandonó Cámara Vales, le urgía llegar a Guatemala.

Para disipar mi tristeza, me llevaron cargado a fin de que viera a un pintor mexicano, que estaba haciendo retratos en esa ciudad.

Pasé largo rato conversando con el artista; y cuando ya iba a despedirme, se presentó una bellísima muchacha, profesora e hija de un doctor.

Este doctor, se encontraba en esa población con la ciudad por cárcel, desde hacía muchos años; ¡castigo que le impuso el presidente! Estrada Cabrera, por no haberlo felicitado un día de su santo!

Al ver a la muchacha con cara radiante de juventud y de hermosura, se rebeló en mí toda la caballería de mis antepasados; y, haciendo un terrible esfuerzo, me levanté para ofrecerle mi asiento.

¡Otra vez, al contacto del suelo, volví a sentirme sano de la parálisis!

El pintor, la señora de la casa, la servidumbre y algunos vecinos, me rodearon con grandes exclamaciones, porque según ellas, se había efectuado un milagro, y la palabra "milagro", cundió por toda la ciudad.

Al día siguiente, desfiló por la casa de huéspedes toda la población, entre los que se encontraba el padre de la señorita, el cura del pueblo y las "personas más distinguidas". Todos decían que era "El milagro de la virgen"<sup>a</sup> del lugar, llevado a cabo por conducto de aquella muchacha tan bella y buena.

Yo, aunque interiormente contento, no sabía qué hacer en esa situación, y resolví seguir mi camino.

Para despedirme, pedí a la señora de la casa me indicara la forma en que debía dar las gracias al pueblo y a mi salvadora. Consultó la hotelera<sup>b</sup> el caso con el cura, y me dijo que debía llevarle un ramo de flores, que ella iba a conseguir la próxima mañana, pero que tenía por fuerza que ir a pie; convino además en que la señorita me recibiera a las ocho de la mañana.

A la hora fijada, estaba en mi cuarto completamente lleno de personas y de flores. Hasta

el cura del lugar había venido para dirigir la forma en que debía dar mi voto de gracias a la gentil dama.

Sali, seguido de una enorme procesión con velas benditas, cohetes, banderitas y murga, hasta llegar a la casa del doctor, quien me recibió muy amablemente en la puerta, acompañado de su hija.

¡Un revolucionario mexicano, festejando con una procesión católica el milagro de una virgen!

La muchacha, radiante de alegría, recibió las flores y el beso que le di en la boca, aprovechándome lindamente de las circunstancias.

Me invitaron a comer, y se festejó a todos los que fueron conmigo.

Al día siguiente, emprendí la marcha.

Hubo un milagro, sí, y de una virgen: el calor de ese beso casto y santo, que todavía persiste, impidiendo que la parálisis me haga de nuevo su víctima.

---

# Las Ciudades

## Guatemala

Guatemala es una bella ciudad colonial.

Cuando estuve allí en 1914, parecía que veinticuatro horas antes la habían abandonado los conquistadores; dejando toda la autoridad en manos de la inquisición. Ratificaba el cuadro, el terror impuesto por el presidente<sup>a</sup> Manuel Estrada Cabrera.

Sus casas, parques, los empedrados de las calles, fondas, mesones, sus ventas, iglesias, el vestir de su gente humilde, el monótono paso de los indios, siempre caminando de uno en fondo a media calle, en grupos regidos por el cacique al que hoy llaman "presidente municipal"; los mestizos, pintorescos y dicharacheros, y hasta las damas de su alta sociedad enlutadas, saliendo de misa; sugerían con exactitud una estampa de la colonia.

Aquella sociedad, vivía aterrorizada por una cuadrilla de bandidos manejada por un cacique indio, que hacía presión en todos, con una tiranía brutal y absoluta.

Bandidos, pero bandidos de la peor ralea, eran los que se movían en todas direcciones, como policías. Lo mismo estaban en la antesala presidencial, que, en las oficinas de gobierno<sup>a</sup>, en los periódicos, las negociaciones extranjeras, las fábricas, las embajadas, los ministerios, y, ¡hasta en el hogar!

El nauseabundo tirano, consiguió envilecer tanto a su pueblo por medio del terror, que hizo de los padres, espías de sus hijos, y de los hijos, espías de los padres, todos al servicio del gobernante que estaba enterado de lo que ocurría en la república<sup>a</sup>, por ese odioso sistema. No había respeto al padre, ni a la madre, a los hijos, a los hermanos, ni a los amigos, cuando se trataba de cumplir las órdenes de Estrada Cabrera.

Yo, desde que pisé tierra de Guatemala, me consideré "una cosa", propiedad de ese presidente<sup>a</sup>.

En el departamento<sup>a</sup> del Petén, sentía que sintonizaba sus oídos, para escuchar mis palabras;

veía que sus ojos, vigilaban mis pasos; y en donde quiera, adivinaba el amago de su mano de sátrapa.

En la capital, la cosa era mil veces peor; allí el espionaje era una virtud y la delación la más alta manifestación de civismo.

A los descendientes de Justo Rufino Barrios y Morazán, los había reducido a la esclavitud, a la abyección, por medio del terror. Este presidente<sup>a</sup> leguleyo, era mil veces peor que todos los tiranos que ha tenido el continente<sup>a</sup> americano<sup>a</sup>.

El día que llegué a la capital, me fueron a esperar los camaradas a la estación, trayéndome el mensaje del general mexicano Castilla, de que procurará no hablar nada con nadie, enterándome del espionaje acostumbrado con los recién llegados.

Yo, que tenía más antecedentes que ellos, les indiqué que estaba bien preparado contra toda asechanza; y nos dirigimos al Hotel Americano, propiedad de unos estadounidenses, quienes desde el primer momento, me causaron muy mala impresión, y más aún, cuando, por fuerza, pretendieron que ocupara un cuarto donde estaba alojada otra persona.

Pedía que se me llevara a otra parte, y un señor alto, delgado, que daba la impresión de estar forrado en un traje negro, muy obsequioso, se ofreció a conducirme a una habitación decente, donde dijo que estaría muy bien.

Efectivamente, fui alojado en una casa con todas las apariencias de un hogar serio, reposado y feliz, en el cual se vivía con desahogo. Se me dio una habitación dividida por un cancel que no guardaba el secreto del ruido.

Instalado en mi cuarto, me fue presentado el señor de la casa: hombre correctamente vestido; de pelo, bigote y barba entrecana; ojos azules y de mirada penetrante.

La señora, moza aún de modales distinguidos, fue quien hizo los honores de la casa. Poco después me presentaron a la hija, una señorita

aproximadamente de unos dieciséis años, retoño bien logrado de aquella pareja aristocrática, y, más tarde, se me presentó al hijo mayor, joven repugnante por la grosería que ponía en su palabra y ademanes, para manifestar su odio a los mexicanos.

Con habilidad sostuvimos una conversación fluida; y, después de muchos rodeos, me preguntaron dónde había conocido al señor que me llevó a la casa.

Yo, sinceramente, les contesté que era la primera vez que lo veía y que él, dolido de ver mi situación en el hotel<sup>a</sup>, se había prestado a recomendarme.

Volvieron a insistir sobre si sabía quién era, y comprendiendo que aquella pregunta entrañaba una investigación, les respondí que tal vez fuera el inspector<sup>a</sup> general<sup>a</sup> de policía<sup>a</sup>, pero que me era desconocido.

La señora dijo en tono zumbón:

—¿Cómo no va usted a conocer al inspector<sup>a</sup> general<sup>a</sup> de policía<sup>a</sup>, si en Guatemala, antes de ocupar un hotel<sup>a</sup>, hay que ponerse a sus órdenes?

Sin darle mucha importancia a la frase, respondí que yo no había cumplido con ese requisito, porque estaba enfermo y necesitaba reposar aquella noche, para hacerlo a la mañana siguiente.

Después de un cúmulo de preguntas sobre el mismo asunto, quisieron saber qué opinaba de don Manuel Estrada Cabrera, contestando:

—Un extranjero, nunca debe dar opiniones para juzgar a los mandatarios del país en que vive; se debe concretar a respetarlos, porque estos son representantes del pueblo; y todo bien nacido tiene la obligación de ser cortés con los pueblos que visita.

Como tenía muy alta la fiebre, fingí un desmayo y me acosté en la cama, suplicando que apagaran la luz y me dejaran reposar; pero la señora, insistió en que no podía quedarme solo en el estado en que me encontraba.

La hija también quería acompañarme. Entonces, la madre propuso que yo eligiera una de las dos para que pasara la noche conmigo.

No queriendo entender, empecé a contestar incoherencias. Apagaron la luz y se retiraron ambas a la habitación contigua.

Yo, que oía sus pasos y sus cuchicheos, comprendí que se me espiaba y procuré hacer el menor ruido posible, fingiendo dormir.

Pasando un momento, entró sigilosamente la señora, encendió un cerillo, y a la luz de él me examinó; al verme congestionado por la fiebre, los ojos cerrados y el cuerpo presa de convulsiones, creyó que estaba poseído de un sueño febril.

Aprovechando las circunstancias, encendió la luz eléctrica, y tomando mi equipaje que consistía en un pequeño bulto de ropa sucia y par de zapatos, se puso a buscar en las prendas, con tal minuciosidad, que hasta dentro de los botones de metal examinaba, creyendo que podían tener algo escondido.

Se dirigió hacia mi pistola y la examinó cuidadosamente sin atreverse a desarmarla, pues debió parecerle sumamente rara, ya que se trataba de una pistola "parabellum", desconocida por completo en Guatemala en aquel entonces. Vio la funda, los cargadores; lo hizo con un cuidado tal, que me dejó asombrado.

¡Nunca había observado registro tan minucioso! Se me acercó con sigilo, empezando a moverme para que despertara; pero viendo que jadeaba abrasado por la fiebre y con los ojos entreabiertos, se decidió a desvestirme quitándome los zapatos, los calcetines, los pantalones, la camisola, y así continuó hasta que me dejó completamente desnudo. Me envolvió con una sábana; recogió los vestidos y otra vez reinició el registro.

El padre y la hija, cuchicheaban en el cuarto vecino y por momentos hablaban a la señora muy quedo, pero ésta no respondía.

Terminada su tarea, se fue a reunir con su esposo e hija, y oí de nuevo sus voces casi imperceptibles. Deliberaron un buen rato los tres, y antes de que entrara a mi cuarto el jefe de la casa, sostuvieron una conferencia telefónica.

El señor, lo mismo que su mujer, examinó cuidadosamente mis ropas; acercándose, me quitó las sábanas, me vio el cuerpo y yo para evitar el contacto de sus manos, hice un movimiento para voltearme y quedar boca arriba. Cuidadosamente registró los pliegues de la sábana, procurando hacer el menor ruido. No encontrando nada de lo que buscaba, salió de la pieza, regresando al lugar de donde había venido.

Nuevos cuchicheos con su conferencia telefónica y otra vez se abrió la puerta para que entrara el hijo. Este se quedó observándome, hizo un gesto de repugnancia, tomó los zapatos, las polainas, y salió con ellos.

Escuché como se retiraron del cuarto contiguo y vi que apagaron la luz.

Después de un largo rato, abrieron de nuevo la puerta, se encendió la luz y penetró la hija.

Ésta levantó las sábanas y se me quedó viendo con fingida compasión, me besó en la frente por largo rato; y, como poseída, se puso a besarme el cuerpo. Mi estado, aunque no de inconciencia pero si de extrema laxitud, evitó que esta provocación me denunciara.

Frente a mis ojos empezó a desvestirse lentamente, con una coquetería de mujer perversa. Después de estar desnuda, sacudió la cabeza para que sus cabellos sueltos aumentaran más la provocación.

Con los ojos semiabiertos contemplaba aquellas insinuaciones que me indignaban.

Después, se acostó en la cama y recogió la sábana para cubrir nuestros cuerpos.

Si el deseo es un aguijón que mueve a los mayores desacatos, el asco es el mejor antídoto.

Yo sentía en aquel momento repugnancia por lo que aquella familia hacía conmigo, para provocar confesiones íntimas.

La muchacha, se estrujaba como una uva contra mi cuerpo cadavérico y sin miedo a la enfermedad, me besaba fingiendo frenesi y deleite.

Como su tarea resultara inútil, después de haber quemado su cuerpo con mi carne febricitante; sin precipitación, volvió a ponerse las ropas con la misma coquetería; apagó la luz y se deslizó suavemente hacia las habitaciones interiores.

No sé cuántas veces más habrán entrado a mi cuarto porque el delirio y el sueño, hicieron presa de mí hasta que los primeros rayos del sol se filtraron por la ventana. Cuando abrí los ojos, me sorprendió encontrarme vestido, como me había acosado, y mis cosas en el lugar en que las dejé. Hasta el dinero estaba completo.

Por mi debilidad, creí que todo aquello había sido una pesadilla, pero, observador como ellos,

pude notar que mi calzado estaba descosido y vuelto a coser, lo mismo que mis polainas. Este descubrimiento me llevó a la certidumbre de que lo acontecido la noche anterior, no había sido visión de delirio, sino una realidad.

La señora en persona se presentó trayéndome el desayuno y detrás de ella, la hija, alegre y sonriente. Esta me preguntó qué tal había pasado la noche.

Yo le dije que muy mal, porque había sido presa de terribles pesadillas. Ellas, insistieron en que les contara mis sueños, pero haciéndome el desentendido, les conté generalizando, que unos habían sido dulces y otros terribles; que al principio, soñé que me desvestían y después que una mujer muy bella me había visitado; pero que, al despertar, la realidad se habla esfumado porque me encontraba vestido, y mi cuarto no tenía huellas de mujer alguna.

La muchacha, con coquetería, preguntó si la mujer vista en sueños era semejante a alguna real. Contesté que mi enfermedad no me había permitido ver bien las figuras, sino envueltas en bruma y, por eso, no encontraba parecidos.

Indagaron si iba a ver al jefe de la policía<sup>a</sup> y les manifesté que no, en vista del estado en que me encontraba y por las ropas que vestía. Les supliqué que fueran a comprarme ropa interior a mi medida y ordenaran a un sastre traer unas telas para confeccionarme dos trajes de calle.

Mis deseos fueron satisfechos, y antes de una hora ya tenía lo que necesitaba. El sastre llevaba su muestrario; elegí dos cortes, me tomaron medidas y le pregunté cuándo podía terminar los ternos, contestándome que por la noche tendría el primero y al día siguiente el otro.

Su promesa fue cumplida exactamente, habiendo recibido mi traje a las seis de la tarde, así como las camisas y corbatas, que había encargado.

La comida fue muy ceremoniosa, pero a ella no concurrió la patrona. Tampoco a la cena. Terminada ésta<sup>b</sup>, el señor me indicó que debía ir a ver al inspector<sup>a</sup> de policía<sup>a</sup>, ofreciendo acompañarme.

Así lo hice, y no dejé de comprender, desde que entré a la inspección<sup>a</sup> que yo era esperado, pues todos me franquearon las puertas hasta llegar a

donde se encontraba la misma persona que me había recomendado la casa que ocupaba.

Me puse a sus órdenes y le hablé las palabras estrictamente necesarias para decirle que deseaba, por su conducto, hacer presente al presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> mi agradecimiento por haberme salvado varias veces de morir en Ciudad Flores, Petén.

El inspector<sup>a</sup> quiso inquirir sobre estas cosas, pero yo le supliqué que no insistiera, porque eran secretos que no podía revelar si no me autorizaba el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>. Con esto se dio por terminada la visita y regresamos a la pensión.

Todo me era hostil y odioso en aquel hogar, pero no quería abandonarlo para que no entraran en sospechas. Aquella noche, como todas las subsecuentes, a la misma hora, apareció la hija en mi habitación, ejecutando la misma farsa que la primera.

La dueña de la casa había desaparecido. A los tres días se me presentó nuevamente: trayéndome el desayuno, con su hija. Parecía alegre y jovial, pero sus ojeras denunciaban sufrimientos.

Permanecí en mi cuarto y a eso de las diez de la mañana, entró la señora. Con mucho sigilo cerró la puerta, me hizo señas para que yo me sentara en la cama, ella tomó una silla y se colocó frente a mí, después, con voz sumamente baja, me refirió sus cuitas.

Me dijo que era muy infeliz: que en esa república<sup>a</sup> se obligaba tanto a ella como a sus hijos a servir de espías, pero que no eran los únicos, pues hasta las familias más encumbradas desempeñaban igual papel; que se había envilecido tanto a sus hijos, que ella tenía más miedo a sus denuncias y a las de su propio esposo, que a la de los más perversos esbirros; debido a que fue ella la primera en entrar a mi cuarto y registrar mis ropas, se creyó que había guardado algunos papeles que indudablemente debía yo tener; y que su hija y su marido la acusaron como cómplice, en caso de que se descubriera algún documento comprometedor. Y por esa denuncia, la habían sujetado a tormento, flagelándola.

Como sonreí incrédulo e irónico, ella, sin pudor, se quitó el vestido y me enseñó las espaldas que estaban marcadas con latigazos, al mismo tiempo que con desesperación me decía:

—Vea usted a la vergüenza a que hemos llegado en este país. Somos gentes ricas, de buena familia; nuestros antepasados fueron héroes de la patria y aquí tiene usted el estado de perversidad, de servilismo y de relajamiento al que nos han reducido.

Sin tener confianza en sus palabras, pero con el fin de desenredar de una vez por todas la madeja, le conté la comedia que su hija representaba todas las noches.

Pensé que la madre se iba a indignar, pero no fue así, tranquilamente, se puso a contarme que aquella niña tan pequeña, llevaba cuatro años de hacer vida marital con el inspector<sup>a</sup> de policía<sup>a</sup>; y que, en esa forma, el presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> y todos los empleados de alguna confianza prostituían a las niñas para quienes no tenían ningún miramiento ni respeto.

—¡Ya verá! —me decía—. ¡yo he de presentarle niñas de doce a trece años, a quienes ha corrompido ya la brutalidad de estas bestias! En mis tiempos, todos los presidentes y las autoridades procuraban conservar el respeto, la moral y la dignidad de la familia; pero este señor todo lo ha relajado. Hoy se considera un motivo de orgullo ser la querida de un personaje.

Aproveché la oportunidad para decirle que mi situación era difícil en aquella casa y que deseaba abandonarla. Con desesperación me contestó que en cualquier lugar donde estuviera sucedería lo mismo y que cuando menos en su casa contaba con una amiga, que era ella.

Si usted se va, dirán que yo le he puesto en antecedentes y me matarán atormentándome. ¡No, no se vaya! ¡no se vaya, por piedad! —imploraba la pobre señora.

—No, no me iré —dije— pero le suplico evite las entradas de su hija en mi cuarto.

—No puedo, ella sigue un plan de seducción indicado por el mismo presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>.

—Muy bien, pero hoy será la última noche que la soporte.

—¿Por qué?, ¿piensa irse? —volvió a inquirir la mujer.

—Yo me la quitaré de encima para siempre. —Fue mi respuesta.

Por la tarde, compré en una talabartería, una buena cuarta para arrear mulas. Sigilosamente la puse debajo de la almohada y a la hora en que apareció el fantasma, como incorporándome del sueño, tomé la cuarta y me puse a fustigarla, exclamando:

—¡Fantasma vil, retírate de mí!

Tomé la pistola y la hice funcionar dos veces, pero con sorpresa mía, no tronaron los cartuchos. Los tomé para examinarlos, les quité las balas y vi que no tenían pólvora; ya se la habían sacado.

La muchacha todavía permaneció allí y con mucha coquetería, me abrazó y me pedía perdón, pero yo insistí en que se retirara el fantasma.

Ni el padre, la madre, el hermano, se daban por enterados de aquel escándalo, hasta que, desesperado, abrí la ventana; levanté en peso a la muchacha, quien al ver mi intención de arrojarla por allí, muerta de miedo se deshizo de mis brazos, recogió sus ropas y salió precipitadamente de la habitación.

A la mañana siguiente, la misma pantomima<sup>b</sup>: la madre y la hija llevándose el desayuno, y yo, a mi vez, con el cuento del fantasma, sólo que en esta ocasión, me quedé viendo los brazos de la muchacha, pudiendo notar que tenían la marca de mis latigazos.

Después de aquella noche, ya no volvió a presentarse en mi cuarto.

Días más tarde, fui a ver al inspector<sup>c</sup> de policía<sup>a</sup> y le supliqué me consiguiera otra casa, porque en aquella no me sentía contento. Muy obsequioso, me llevó a otra en la que había una señora con cuatro bellísimas hijas.

Las escenas del registro, las interrogaciones y el espionaje, se repitieron, y aquellas cuatro belldades se constituyeron en el mayor de mis tormentos.

El respeto al pueblo guatemalteco, y mi comprensión por su desgracia, me impiden reproducir aquí escenas de las más bochornosas. Sólo diré que en aquella casa me harté de manzanas ofreciendo revelar mis secretos a cada manzana; y fueron tantas las que probé que a los seis días, me sentí tan débil, que tomé la resolución de alojarme en el Gran Hotel, donde sólo tuve la vigilancia de los administradores y criados, pero estaba a salvo de seducciones presidenciales y burocráticas.

## Desmembrando la patria<sup>a</sup>

En un salón del Hotel Americano, nos reunimos los revolucionarios de México emigrados a Guatemala, para concurrir a la junta de guerra que había convocado el general Castilla Brito.

Todos nos sentamos en círculo. Nuestros ojos estaban pendientes del menor movimiento del general, quien retorciéndose el bigote y con voz un poco engolada, abordó el tema en la siguiente forma:

—El gobierno<sup>a</sup> de Guatemala, me ha proporcionado toda clase de elementos de guerra para introducirlos a territorio mexicano; espero salir de aquí dentro de dos días para el estado<sup>a</sup> de Chiapas. Todos los que me acompañan, pueden disponer de cincuenta dólares por cabeza para que compren su equipo de campaña.

Aplaudieron las últimas palabras del general; y sólo yo pedí la venia para hablar.

—Señores —les dije—, es necesario me sea aclarada la noticia que obtuve en el departamento<sup>a</sup> del Petén; y es la de que el gobierno<sup>a</sup> de Guatemala, nos proporciona todos estos elementos con el fin de invadir Chiapas para devolver este estado<sup>a</sup> a los guatemaltecos y proclamar la República Peninsular, con los estados<sup>a</sup> de Tabasco, Campeche, Yucatán y el territorio<sup>a</sup> de Quintana Roo.

—No —contestó Castilla—. Nosotros vamos a hacer la campaña en Chiapas para reponer al gobernador<sup>a</sup> Guillén, íntimo amigo del presidente<sup>a</sup> de Guatemala; pero nuestro grito de guerra será ¡Viva la República Peninsular! No es justo que sigamos siendo tratados con ese olímpico desprecio que nos tienen los hombres del norte<sup>a</sup>, y sobre todo, ese viejo testarudo de Venustiano Carranza.

—No estoy conforme con esa determinación, —contesté— y pondré todos los medios para evitar que se consumen esos actos que constituyen una traición a la patria<sup>a</sup>.

El general llevó la mano a su automática pero yo, más ágil, requerí el arma y le apunté. Levantándome de la silla, la puse delante retrocediendo a la pared y amenazando con pegarle un tiro al primero que hiciera además de tomar su pistola. Un judío americano de apellido Conrad, quiso colocarse a mi derecha desenfundando sigilosamente su revólver, pero como yo conocía bien a todos, sabiendo de lo que eran capaces, hice

fuego atravesándole la mano y giré inmediatamente el cañón de mi pistola en dirección del general, que ya estaba muy cerca de mí.

Castilla era un hombre impulsivo, y valiente. Meses antes había matado a dos oficiales exfederales que lo quisieron intimidar a rendirse. Todos los que lo acompañaban eran hombres resueltos, a quienes se les debía temer, pero confiaba en el patriotismo de los mexicanos subordinados a Castilla.

Al ver el general la actitud expectante<sup>b</sup> de sus oficiales, no se atrevió a sacar su arma, y haciendo un gesto de perdonavidas, suplicó a todos tuvieran calma porque no valía la pena matar a un moribundo; y que volvieran a ocupar sus asientos.

Después de una pausa, y en medio de un silencio preñado de incertidumbre, volvió a tomar la palabra dirigiéndose a mí:

—Usted va a comprometer esta expedición: los yucatecos Cámara Vales, Patrón Correa y Agustín Urdapilleta hicieron lo mismo la primera vez; pero gracias a que el gobierno<sup>2</sup> americano ha hecho desembarcar tropas en Veracruz, las cosas han cambiado y hoy podemos volver a nuestra tierra con elementos de guerra.

—Yo sólo<sup>b</sup> acepto esos elementos sin comprometer la dignidad nacional, desmembrar el territorio de la patria, ni servir a los invasores de México, —contesté.

—Todo eso lo arreglaremos allá; usted no está en antecedentes de las cosas y no sabe lo que nos conviene hacer aquí y lo que debemos hacer en México. Eso corre por mi cuenta.

—Muy bien; pero mientras yo no tenga la seguridad, aquí en Guatemala, de que ese parque y esas armas no van a ser usadas para los fines que usted pretende no puedo prestar mi nombre ni dar mi apoyo a una expedición de esta índole. Mi deber como mexicano, es oponerme a ello. Sé lo que hacen casi todos los emigrados. Fuera de la patria, por la desesperación y el hambre, cometen indignidades aunque en el fondo no estén de acuerdo con ellas. Pero a mí no me arrastra la necesidad, y mis sentimientos están muy encima de las penalidades. Quien ama a su patria<sup>3</sup>, quien quiere a los suyos, es incapaz de proceder en la forma que usted indica, en vista de todo ello me retiro,

pudiendo ustedes considerarme, desde este momento, como el peor de sus enemigos.

—No me juzgue tan a la ligera; es necesario que me vea obrar antes de lanzarme una acusación como ésta —dijo el general.

—No soy yo quien le acusa; es usted el que declara su culpa, y también el que se sentencia. Por eso, después de lo hablado, no puede haber ningún entendimiento entre nosotros dos.

Haciendo a un lado la silla, pasé por detrás de los camaradas, dando siempre la cara al general, hasta llegar a la puerta, y salir a la calle.

No había pasado una hora, cuando el jefe<sup>a</sup> de la policía<sup>a</sup> y una docena de esbirros me detenían frente a la catedral de Guatemala; me introdujeron en un coche llevándome luego a la prisión.

Me encerraron en una celda en la que, por estar debajo de una escalera, no se podía estar en pie, sino sentado; se necesitaba forzosamente tener inclinada la cabeza. Descubrí que podía estar más o menos bien, acostándome con las rodillas dobladas, y cuando me cansaba volvía a sentarme.

A la hora de comer, me arrojaron unas tortillas, y en un pozuelo, se me sirvió un poco de café. Todo el día y durante la noche, la escalera era usada por gran cantidad de personas; de suerte que un ruido constante lastimaba mis nervios, deshechos por el paludismo.

Había oído hablar de los tormentos de las viejas cárceles españolas, pero nunca creí que pudiera encontrarme en una de ellas en calidad de preso.

El olor de las tortillas atrajo a unas ratas enormes que salían en procesión por los agujeros. Familiarizadas con las personas, se dejaban acariciar el lomo. Las primeras, me proporcionaron alegría; pero cuando vi que eran muchas, me horrorizaron y comencé a pegar fuertes gritos para que me sacaran de aquel lugar y me pusieran en otro menos torturante.

Nadie me hizo caso. Entonces, con mucho cuidado, me di a la tarea de coger las ratas, arrojándolas fuera por el agujero donde me habían tirado la comida. La noche fue atroz; se acercaban a mí buscando el calor del cuerpo. Creía que de un momento a otro me arrancarían pedazos de carne.

Por la mañana se abrió el calabozo dejándome salir al corredor. Mientras me paseaba, con un centinela de vista, barrieron y regaron el calabozo. Supliqué que no lo hicieran porque no podría acostarme, pero los dedicados a este trabajo, continuaron; porque precisamente perseguían el objeto de torturarme.

En la tarde escuché múltiples pasos que se acercaban a mi celda, y una voz que ordenaba se abriera la puerta. Como al salir, la luz hiriera mis ojos, me los cubrí con las manos por largo rato. Al abrirlos, principié a ver las figuras un poco borrosas; pero poco a poco se me fueron aclarando los objetos, a medida que me acostumbraba a la claridad.

Nadie decía una sola palabra. Delante, estaba un señor triguño, de bigote entrecano, vestido como cualquier truhán de Guatemala, con un pañuelo colorado en el cuello; pero a primera vista se notaba que era un gran personaje disfrazado, porque todos estaban pendientes de su menor movimiento.

Al despojarse por completo mi vista, pude distinguir que aquel señor se parecía mucho a los retratos de don Manuel Estrada Cabrera; y juzgando mi situación, resolví hablarle en esta forma:

—Señor presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup> de Guatemala: espero de usted justicia y que me libre de las garras de los enemigos que desde el Petén, han pretendido asesinarme; cosa que no han conseguido, gracias a la siempre oportuna intervención de usted.

—¿Cómo sabe usted que yo soy el presidente<sup>a</sup> de Guatemala? —preguntó el del bigote entrecano.

—Señor, desde que crucé la frontera, estoy viendo su retrato en distintas posiciones y esto me ha familiarizado mucho con su figura. Además, sé que cuando usted se interesa por una persona, no la abandona nunca en los trances más difíciles; y hoy, usted se presenta nuevamente como mi salvador.

—Bueno, —¿Qué le pasa?

—Que mis compañeros conociendo mis ideas, me han dicho que quieren cruzar el territorio mexicano con el fin de desmembrar a mi patria<sup>a</sup>, y yo me he opuesto a ello, como me opondría a que lo hicieran con Guatemala, si fuera guatemalteco; ellos, valiéndose de artimañas han logrado que me tengan preso aquí.

—¿Eso es todo?

—Sí señor.

—Pero dicen que usted hirió a un americano.

—Sí, es cierto. Es un judío nacionalizado americano: soldado de fortuna que quiso “madrugarme”; pero yo me le adelanté.

—¿Y no sabe que estos delitos siempre son perseguidos de oficio?

—Sí, señor presidente<sup>a</sup>; pero también sé que tengo un protector que me puede salvar.

—¿Quién es?

—¡Usted!

—¿Y por eso lo hizo?

—Sí, yo siempre juzgo a los hombres por mí; y creo que un patriota siempre defiende a otro, aunque sea su enemigo; siendo amigo, con más razón.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? preguntó el presidente<sup>a</sup>.

—Primero que nada, ordenar que no me tengan más en este cuarto de tormento, y, después, que me embarque para los Estados Unidos en donde podrán juzgarme si es que se interesan tanto por ese judío.

—¡Muy bien! ¿Y está usted dispuesto a salir en el primer vapor?

—¡Inmediatamente! —le contesté sin ocultar mi júbilo.

—Pasado mañana sale un barco de la “United Fruit” y para alcanzarlo, deberá usted embarcarse hoy por la noche.

—Señor presidente<sup>a</sup>, como mis recursos son escasos, —dije—, espero que usted podrá prestarme un poco de dinero para llegar hasta el Puerto de New Orleans.

—Yo le proporcionaré los gastos y treinta dólares más, para que pueda entrar a los Estados Unidos. ¿Está usted satisfecho?

—Casi le estoy agradecido, pero deseo saber si adquiere algún compromiso por este nuevo favor.

—¡Ninguno! Manuel Estrada Cabrera, cuando tiende la mano, la tiende lealmente, y usted es mi amigo desde hace mucho tiempo.

No quise complicar mi situación como cuando hablé por primera vez con el jefe político del Petén; pero me dieron ganas de contestarle algo desagradable; y, al no dejarme llevar del primer impulso, comprendí la mucha prudencia que había adquirido en tan poco tiempo.

Para despedirse, me dio la mano, diciéndole al jefe<sup>a</sup> de la policía, que bajo su responsabilidad debía

acompañarme y entregarme sano y salvo al capitán del vapor<sup>a</sup> en que me iba a embarcar. Después se dirigió a mí.

—Le deseo un buen viaje y mis saludos afectuosos al señor Carranza y al general Villa.

—Se los daré si llego hasta ellos, —le contesté.

Desde aquel momento hice mis preparativos acompañado del jefe<sup>a</sup> de la policía. Me despedí de las dueñas de las casas en las que viví con anterioridad, liquidé mis cuentas y empecé el viaje para Puerto Barrios, donde un vapor de la "United Fruit" me condujo hasta New Orleans.

## Nueva Orleans

El buque de "La Flota Blanca", disminuye su marcha y hace los preparativos para entrar en el río Mississippi; iza las banderas de práctico, sanidad, matrícula y nacionalidad.

Una docena de vapores de distintos países se encuentran a poca distancia. En la costa, se empieza a notar tenue neblina que simula una tela de gasa descansando en la superficie del agua. La marinería denota contrariedad; inquiero el motivo y se me anuncia que la pequeña nube tan baja, nos cubrirá en breve pues la empuja un fuerte viento.

Antes de que se presenten los prácticos, nos envuelve la semioscuridad<sup>b</sup>. Se encienden los reflectores, las sirenas lanzan sus rugidos intermitentes y una campana, constantemente se agita para señalar, con su tañido, el lugar donde se encuentra el buque. Todas estas maniobras denuncian los peligros que entraña la neblina.

A la mañana siguiente, entre diez y once, se levanta la niebla dejando lugar a un sol esplendoroso.

Una lancha del puerto atraca al costado del barco; toma el mando del vapor el práctico, y hace que se deslice entre una hilera de boyas que van marcando la ruta que se debe seguir.

La línea oscura<sup>b</sup> que separa el agua azul del mar, de las sucias del río, en términos marinos se llama "barra"; la marejada es fuerte antes y después de cruzarla.

Todo el buque se bambolea. Los pasajeros que durante la travesía no se han mareado, son presas al fin del "mal de mar", mientras los marinos se mueven de un lado a otro, muchos de ellos mareados.

Desde la borda, contemplo la línea verde de las imágenes del río; y por primera vez, veo tierra de Estados Unidos.

No sé que suerte me depara detrás de esa línea. Todos los cuentos de sus enormes riquezas, sus poblaciones maravillosas y sus millones de dólares no aparecen a mi vista.

La vegetación es chaparra. Un río inmenso que inunda las riberas fangosas; un cielo intensamente azul y el agua sucia del río, en derredor del buque: igual panorama que en todos los lugares desiertos de la tierra. ¿Pero en el interior?: el misterio...

El vapor ha entrado en aguas del río, y continuamos la marcha pero otra vez la neblina nos envuelve y nos detiene, al igual que a una hilera de barcos que penetran al mismo tiempo que nosotros.

Todos ocupamos distancias y posiciones convenientes. De nuevo, los reflectores y las campanas empiezan a funcionar; hay señales de luz en las boyas que anuncian el peligro de la ribera.

Aquel río, congestionado de naves que no pueden continuar su ruta, parece más bien una senda de rebaños de bueyes invisibles, cencerro al cuello.

Así pasamos dos días más sin poder movernos del lugar donde estábamos anclados. La niebla es tan densa, que desde la borda del buque no se ve el agua que corre por las bandas; hay ocasiones en que a cinco pasos, no se distinguen los pasajeros. Algunos usamos linternas de batería para poder caminar, el ambiente es húmedo y hay un bochorno que nos hace sudar a mares.

Cuando se despeja el río, continuamos la marcha hasta llegar a los muelles de la Compañía New Orleans, donde se nos pasa a la inspección sanitaria.

Antes de bajar los pasajeros, han empezado a funcionar las grúas y los rodillos para desembarcar el plátano que trae el buque.

Entre la multitud que espera al pasaje, distingo con sorpresa a algunas compañeros de las fuerzas del general Castilla que estaban en Guatemala y que han tomado la delantera, ni siquiera sospechaba encontrarlos allí.

¡También han sido expulsados, como yo, por Estrada Cabrera!

Uno de ellos, me lleva a un "bording house", donde contrato cuarto y alimentación por siete dólares semanarios.

Al día siguiente, me preocupo por encontrar trabajo para hacer un poco de dinero que me permita continuar el viaje, hasta la frontera de México.

Un cubano, huésped de la misma<sup>b</sup> casa, se brinda a conseguírmelo en una fábrica de barriles, y a la mañana siguiente, parto con él a la factoría; donde se me da mi "tiket" y entro sin que nadie me pregunte quién soy, de dónde vengo, qué sé hacer, ni si hablo inglés o no.

El cubano se encarga de darme las indicaciones más elementales hasta que me deja en un departamento en el que dos anchas bandas de lona que giran sobre rodillos, van trayendo los barriles completamente terminados.

Mi única misión es tomarlos por una orilla y empujarlos a la otra banda, para que por su mismo impulso tomen otra dirección.

El trabajo me pareció sumamente fácil, y principió la tarea pasando barriles de un lugar a otro, cada diez segundos.

Y así, uno, dos, diez, veinte, cincuenta, cien: hasta que se me hace pesada aquella operación tan regular. Si no tomaba el barril en el momento preciso, éste caía al suelo, de donde era recogido por otros obreros y llevado en unas carretillas.

Después de pasar los primeros cincuenta barriles, comenzaron a caer. Aquel trabajo monótono, que me parecía tan fácil y descansado al principio, me llegó a aturdir. La imaginación no podía salir del cerebro, porque tan pronto como volaba, caía un barril, y, como un tormento, había que volver a fijar la atención en el trabajo, ocasionando un desgaste mental de increíbles consecuencias.

Empecé a sentir sed, luego, la necesidad de desalojar residuos corporales y después, náuseas; pero lo peor era que cada diez segundos venía un barril.

Mis ojos, empezaron a ver pasar los barriles más rápido; el estómago, a desalojar el desayuno, los nervios, no permitían que las manos los tomaran, y éstos caían haciéndose montones por el lado opuesto al que yo estaba. Un inspector, al darse cuenta, pitó un silbato, y su estridencia fue

suficiente para que yo viera, líneas de barriles, uno detrás de otro, por todas partes, hasta en el techo. Era una visión cubista que tenía como centro cada uno de mis ojos, hasta que todo me dio vueltas, cayendo sin sentido.

Al reponerme del síncope, me encontraba en el "bording", junto a un doctor que el cubano había llevado. Este, al ver la cara de asombro que puse cuando vi al médico, me dijo que no tuviera cuidado, porque la compañía iba a pagar sus servicios y mi sueldo de la semana, aunque no hubiera trabajado más que unas horas.

Como yo protestara, insistió en que no debía oponerme a la percepción, porque era un trabajo tan rudo, que pagaba en esa forma la compañía a los que no lo soportaban; esta ocupación no era para los principiantes. El director de la fábrica, al ver mi estado, había reprendido al encargado por darme ese trabajo tan fuerte a pesar del aspecto enfermizo que tenía.

El médico recetó reposo, ordenando la alimentación que se me debía proporcionar. Durante los primeros días, cuantas veces dejaba de hacer esfuerzos para tener sujeta la imaginación, veía hileras de barriles por el techo y por los lados de mi cama.

Creí que nunca se iba a borrar de la mente esta fantasía atroz, pero tan pronto como me hicieron dormir artificialmente, volvió la tranquilidad. Tres días después, estaba perfectamente bien.

(A pesar de los años, siempre, cualquier trabajo monótono me trae inmediatamente el recuerdo de los barriles.)

La empresa con toda cortesía, me envió mi salario de la semana; que no acepté, y por conducto del cubano, les manifesté mi agradecimiento diciéndoles a la vez que me consideraba pagado, con sus atenciones, y que no podía continuar el trabajo por mi estado de salud.

El director me hizo una visita, y quería pagar tres semanas más, que tampoco quise aceptar. El cubano también vino el mismo día sumamente satisfecho, porque el director de la fábrica estaba contento con la persona que había recomendado, y porque le decía que jamás nadie había rechazado una gratificación antes que yo.

Días después fui a los muelles y observé que se formaba una cola de hombres que pedían un "tiket",

continuando siempre en hilera hasta donde estaban los barcos atracados; allí les entregaban racimos de plátanos que ellos recibían en los hombros siguiendo su marcha paso a paso, siempre en hilera, hasta un costado de la línea férrea en donde se encontraban seis larguísimos trenes con sus furgones refrigeradores.

Al pasar por los vagones, varios empleados especiales tomaban los racimos, colocándolos en el convoy según su madurez y tamaño.

La hilera humana continuaba así hasta el último furgón, dando la vuelta para volver al barco a repetir la misma operación. Todo se ejecutaba sin prisas, y como si se estuviera haciendo una cola para comprar el boleto en algún espectáculo.

Quise inquirir sobre la hora en que se recibía a los trabajadores, pero nadie me pudo entender, pues aunque la mayoría de los alijadores eran italianos, éstos, al hablar su idioma, lo hacían rápidamente, que por parecido que sea al español, no les entendía una sola palabra.

Estuve observando todo un día, hasta que terminó el desembarque.

El buque era pequeño, y doce horas de labor fueron suficientes para desalojar la carga.

Al día siguiente volví al muelle y me formé en la cola, principiando el trabajo de descargar plátano; la jornada duró quince horas y entró otro turno, porque el barco era mucho más grande. Fui a la caseta y se me liquidó a razón de cuarenta centavos hora. ¡Era feliz! Ya había encontrado un trabajo bien remunerado, menos duro, y en el que no se necesitaba saber inglés, ni tener talento.

Así continué trabajando sin interrupción.

Un español que vivía en la misma casa que yo, al notar que salía temprano y no volvía hasta la noche, sin comer en el "bording" donde tenía adelantada la paga de mis alimentos, se dio a la tarea de preguntarme constantemente qué hacía. Se encontraba sin trabajo desde varias semanas, y estaba desesperado.

Un día lo invité a que me acompañara en la mañana muy temprano a trabajar en los muelles. Él<sup>b</sup> no podía creer que yo hiciera un trabajo de esa naturaleza, y suponía que se trataba de una broma; pero me vio formar y cuando tomé mi "tiket", formó también.

Los italianos que hacían en ese tiempo el trabajo, sacaron al español de las filas; él tuvo una discusión con ellos e intervino un policía: quien le dijo que la compañía era italiana y que solamente se admitían americanos e italianos.

Yo estaba cargando mi racimo de plátano, cuando se me acercaron el policía y el español, haciéndome salir también de la fila.

Los italianos que estaban junto a mí, protestaron dejando el trabajo, formándose un escándalo fenomenal. ¡No sabía lo que pasaba! Del grupo se desprendió un italiano que hablaba español y me preguntó si era verdad que yo era de España. Le contesté que no: que era mexicano.

A tal respuesta, me dijo entonces:

—Usted puede trabajar con nosotros, porque en México se permite trabajar a los italianos y son muy estimados. Conozco México y sé lo que digo. Usted debe decir que es hijo de italiano. Pero a ese gallego no lo dejaremos descargar plátanos, porque en España no se permite trabajar a los extranjeros.

El español que estaba cerca de mí, le tradujo al policía lo que me estaba diciendo el italiano, y entonces él insistió en sacarme. Los italianos me defendían diciendo al policía que si era mexicano; pero hijo de padres italianos y que por eso no se me debía sacar.

Las autoridades se impusieron al grupo y me expulsaron del trabajo. Al salir del muelle los italianos me saludaron quitándose el sombrero.

Volví a la casa, triste y decepcionado por el incidente ocurrido, pero a nadie quería confesarle mi situación.

Cuando llegó el cubano, le conté lo sucedido quejándome<sup>b</sup> de no poder asistir a un lugar en que ganaba tanto, y donde sólo quería trabajar unas cuantas semanas para reunir dinero con qué poder llegar a la frontera de México, e incorporarme a la Revolución.

El cubano se puso serio, y un cubano serio es algo trágico. Sin pronunciar una sola<sup>b</sup> palabra, tomó su sombrero y se fue a la calle. Dos horas después llegó con el director de la Compañía de Barriles, que traía mi pasaje hasta Laredo, para resellarlo a la hora que quisiera hacer uso de él.

El cubano, además, se puso de acuerdo con los pensionistas para expulsar al gallego, cosa que se consiguió sin gran esfuerzo.

Echando pestes, bajó el español por las escaleras entre una lluvia de golpes e insultos, de los pupilos del "bording".

Preparé mis maletas y dos días después, tomaba el vagón que me dejaría en Laredo. El cubano me fue a despedir con los pensionistas del "bording", y al salir el tren me gritó:

—¡Mexicano: no dejes gallego con cabeza!  
¡Viva Pancho Villa!

En el mismo carro iban Cámara Vales y Joaquín Torres Chanquín.

Llegamos al anochecer a Laredo pretendiendo cruzar inmediatamente el puente<sup>a</sup> internacional; pero no pudo ser porque ya estaba cerrado. Dormimos esa noche en la ciudad americana y por la mañana atravesamos el puente. Durante todo el camino, mi preocupación más grande era sobre la forma en que me iba a presentar a los revolucionarios.

Pregunté a Cámara Vales por los amigos, y, éste, me contestó no saber quién podría estar en la frontera.

Al cruzar la línea divisoria, resolví abrimme paso por mi propio esfuerzo. Pregunté a un soldado quién era el jefe de las Armas de aquella población; la pregunta fue contestada en el acto:

—El teniente coronel Alfredo Ricaut.

Me dirigí a sus oficinas en el edificio de la aduana<sup>a</sup>, teniendo la suerte de que me recibiera casi inmediatamente. Le dije quién era y mi situación.

El teniente coronel Ricaut, me suplicó entonces que lo esperara un momento; se comunicó por telégrafo con el señor Carranza, quien se encontraba en la capital de Nuevo León, y volvió preguntándome: lo que quería. Le contesté que deseaba continuar hasta Monterrey para ponerme a las órdenes del Primer Jefe. Acto continuo, ordenó

que se me expidieran los pasajes y se me entregaran tres mil pesos. Me quedé asombrado, pues no me imaginaba, que se dispusiera de una cantidad de esa naturaleza para un recién llegado a quien no se conocía.

Como fui interrogado sobre cuántos pases necesitaba aproveché la ocasión y pedí para dos personas más.

Al volver al hotel me esperaban Cámara Vales y Torres Chanquín, a quienes les comuniqué la noticia de que todos los gastos de ellos corrían por mi cuenta. Perplejos me preguntaban a quién había asaltado. Bromeando les conté que estaba en México, que era revolucionario y que por tal motivo tenía derecho a participar de los "avances" de la Revolución. Creció más su asombro cuando saqué tres fajos de billetes de a diez pesos.

Nos fuimos a comer, y en el interin les conté la forma en que había adquirirlo el dinero. Torres Chanquín no esperó a que yo terminara, sino que se levantó violentamente para conseguir lo mismo que yo. Cámara Vales se despidió después de la comida e hizo lo mismo; pero ninguno tuvo suerte, pues el Primer Jefe solamente ordenó que se les dieran pases; de manera que tuvieron que aceptar mi protección. ¡Volvía a ser jefe!

En Monterrey fui a ver a Salvador Martínez Alomía, que era director del periódico oficial, a fin de que me orientara. Él<sup>b</sup>, personalmente, me llevó con Adolfo de la Huerta, oficial<sup>a</sup> mayor<sup>a</sup> encargado de la Secretaría de Gobernación. Aprovechando que en el despacho estaba Daniel Mariñalerena, jefe<sup>a</sup> del Cuerpo de Dinamiteros le pidió que me tuviera bajo sus órdenes.

Días después llegó el general Green, y de la Huerta consiguió del Primer Jefe, que se me incorporara a la expedición que iba a salir rumbo al estado<sup>a</sup> de Tabasco.

¡Regresaba a Tabasco sin ver al jefe<sup>a</sup> de la Revolución!

---

# La costa

## En la barra de Santa Ana

Nuevamente tenía que emprender el camino hacia Tabasco. Estaba predestinado a vivir allí la primera etapa de la Revolución.

El general Green, recibió del Primer Jefe, trescientos mil pesos y cartas para que nos proporcionaran elementos de guerra, los generales Caballero y Aguilar. Con estas órdenes, nos dirigimos a Tampico, donde el primero nos entregó cien rifles y cincuenta mil cartuchos.

El día que terminamos de recoger parque y armas llegó al puerto el Primer Jefe, y, al siguiente, fui a su casa con intenciones de saludarlo y conocerlo.

El general Treviño, jefe<sup>a</sup> del Estado Mayor, fue quien me anunció. Tras largas horas de antesala, fui recibido. Le relaté mi odisea, al señor Carranza, que me escuchó sin interrupción, ordenándome al final que lo volviera a ver al día siguiente. Le participé que habiéndome incorporado al general Green, debía salir para Tabasco. Con su sequedad acostumbrada, Carranza me repitió la orden de que lo viera al día siguiente, porque me necesitaba para Yucatán.

En el Hotel donde nos alojamos, los compañeros me preguntaron dónde había pasado la mañana y no tuve inconveniente en decirles que había tenido una entrevista con el señor Carranza.

Capa-Rosa, un compañero que espiaba mis actos, le habló al general sobre dicha entrevista, y este me comunicó que no podía regresar al día siguiente a ver al Primer Jefe, porque esa misma noche salíamos para Tabasco. Argüí que eran órdenes de la Primera Jefatura, pero él insistió y violentó el viaje.

Fue así como no pude concurrir a la cita de don Venustiano.

Repetidas veces me he preguntado: ¿me habrían mandado como gobernador<sup>a</sup> a Yucatán? Llevaba un antecedente en la bolsa: en el que se me reconoció como tal, en la selva. Posiblemente. Al mayor Joaquín Mucel, tan joven como yo, y de la misma

graduación, lo hizo gobernador<sup>a</sup> de Campeche; en esos días, a pesar de tener en su comitiva personajes de más alta representación como Zubaran, Martínez Alomia, Maldonado...

De allí, casi secuestrado, me embarcaron en un remolcador para Tuxpan, donde el general Aguilar nos entregó trescientas armas y cincuenta mil cartuchos. Todo el cargamento fue puesto en la canoa "Elena", y el remolcador se encargó de conducirla.

La travesía se llevó a cabo sin ninguna novedad hasta unos arrecifes frente a Veracruz, donde se embarcó en la "Elena", a los pasajeros del remolcador, exceptuando al general Green y el coronel Genestas, que continuaron rumbo al puerto.

Todos nuestros movimientos eran observados por los barcos de guerra norteamericanos que estaban fuera de la bahía, se nos acercaron tres destroyers colocándose a los costados; y sus botes exploradores se dedicaron a dar vueltas alrededor de nuestra canoa.

Por la tarde regresó el general Green, y continuamos el viaje hasta la Barra de Santa Ana, puerto que tocamos al día siguiente, como a la media noche.

Debido a la oscuridad<sup>b</sup>, el coronel Genestas no se aventuró a cruzar la barra<sup>a</sup> para entrar a la laguna de La Machona. Descansamos el resto de la noche. Por la madrugada, oímos el ruido de un vapor que salía.

Como cualquier embarcación por esos lugares era sospechosa, el coronel Genestas ordenó silencio absoluto. Tan pronto empezó a clarear, se inició la maniobra de entrada a la laguna de La Machona, consiguiendo ejecutar con tal precisión los movimientos de franquear la barra —que con esta maniobra— el viejo marino campechano, confirmó a la tripulación ser descendiente de una rama de navegantes americanos, cuyos ancestros fueron compañeros del guardia marino campechano Pedro Sáenz de Baranda, en el combate de Trafalgar.

Los escasos habitantes de la población aún no despertaban y les causó gran sorpresa vernos dentro de la laguna<sup>a</sup> antes de que ellos se percataran. Desembarcamos con facilidad increíble. De ser enemigos hubiésemos cogido a las seis o siete personas que dormían en ese lugar, sin meter las manos.

Repetidas veces escuché por boca del general Green y de sus compañeros que tenía cinco mil hombres sobre las armas. Desconfiaba de esta afirmación porque conocía bien lo exagerados que son los hombres del trópico; y aún más: que en Tabasco se daban verdaderos fenómenos de fantasía.

Cuando le pregunté a Green por su gente, me dijo que allí había "una poca" y que el resto estaba en el interior del estado<sup>a</sup>.

Procuré conversar con algunos de los habitantes de la insignificante ranchería, y estos me informaron que el jefe de las fuerzas radicadas en ese lugar era el capitán Fernando Segovia y que Carlos Green tenía en su finca San Pedro, algunos hombres que no llegaban a la docena, siendo en su mayoría sirvientes de la hacienda<sup>a</sup>.

Al inquirir sobre quiénes contaban con mayores contingentes, me manifestaron que el general Sosa Torres, el coronel Jiménez, el teniente coronel Gil Morales, el coronel Pedro Colorado y el capitán Ramón Ramos.

Noté que hacían muchos gestos cuando les hablaba del general Green. Alguno de ellos me preguntó.

—¿Por qué le llama usted general a Carlos?

—Pues porque lo es. El Primer Jefe de la Revolución le ha otorgado su despacho.

—Pero si él nunca ha sido general; le decimos mayor, porque ya cumplió los veintinueve años, pero es muy discutido eso de mayor del ejército; aquí el general lo es Ramón Sosa Torres.

A la hora de comer, la misma persona que me interrogó respecto del general Green, en estado de ebriedad interpelló a éste sobre sus ascensos. Green eludió las contestaciones: pero el hombre le conminó en tal forma, que Green no tuvo más remedio que confesar que el Primer Jefe lo había hecho general, "contra su voluntad"; cosa completamente inexacta, pues me consta que él hizo

todos los esfuerzos posibles para que se le confirmara el grado, que dijo le reconocían en Tabasco.

Aquel, que solamente ostentaba, el grado de capitán, lo injurió y le dijo que se había aprovechado de las circunstancias, pero que ninguno de los revolucionarios lo reconocían como general. También le echó en cara el haber mentido al decir que tenía cinco mil hombres sobre las armas. Green, en tono afable, le explicó a su manera que no había dicho tener cinco mil hombres, sino que era tal el número de los revolucionarios que había en el estado<sup>a</sup>.

El capitán, repuso:

—Usted se ha ido a poner bien con el jefe<sup>a</sup>, y de seguro no le ha dicho, que nunca ha querido salir con nosotros a batir al enemigo; ni que después del combate de Cárdenas, usted se metió a su finca a engordar cerdos. Pero nosotros lo pondremos al tanto.

Capa-Rosa y Genestas se levantaron y me hicieron señas para que los acompañara. Hice como que no comprendía sus indicaciones a fin de quedarme más tiempo, hasta que Capa-Rosa se me aproximó suplicándome que lo acompañara a la canoa. Allí, a media laguna, pasamos las horas de la siesta, y por la tarde volvimos a desembarcar.

Ya en la playa, lo primero que vimos, fue el cadáver del infortunado capitán que horas antes maltrató en la mesa, al general Green. Las personas que lo rodeaban nos informaron que se había suicidado.

Nadie creyó en la fábula del suicidio...

Los veinte o veinticinco hombres que habían llegado a la ranchería en la mañana, comenzaron a retirarse para sus guaridas antes del ocaso. Cada quien tenía su "champa", en la selva, para dormir, a no menos de dos leguas de la misera ranchería.

¡Estos sinvergüenzas eran precisamente los soldados que cuidaban el lugar!...

Espléndida tarde de agosto de 1914: el cielo limpio e intensamente azul; el mar embravecido; la laguna<sup>a</sup> tranquila y la brisa silbando entre las palmeras dejaba su olor salobre; para adornar el paisaje, cientos de miles de aves marinas retornando a sus refugios ubicados en unas isletas que se alzaban en el centro de la laguna<sup>a</sup>.

Música, ambiente, color y vida, daban al paisaje los pocos hombres que abandonaban sus trabajos cantando la oración de la tarde. Y, para que no faltara el humano dolor, los enfermos se retiraban silenciosos y tristes huyendo del "sereno", mientras otros recogían el cadáver del infortunado capitán.

Yo procuraré extasiarme hasta la inconsciencia, para desleír mi espíritu en el ambiente, mientras la fiebre palúdica bajaba liberando a mi organismo por algunas horas. Con el sol, se hundió mi oración a la naturaleza<sup>3</sup>.

## **Asesinato frustrado**

En la Barra de Santa Ana, me dieron una casa que sólo tenía capacet de palma, con ausencia total de "bajareque".

Este hecho, y el recuerdo del suicidio del capitán, sembraron en mí<sup>4</sup> ciertas sospechas, por lo que ordené a mi asistente y al ayudante, que amarraran las hamacas lo más alto posible, casi pegadas a donde principiaban los aleros. Mandé hacer una escalera para subir a ellas.

Los soldados que se iban retirando, pasaban a verme inquiriendo por qué amarraba tan alto mi hamaca.

—Por miedo a las víboras —les respondía.

Hasta Green, en tono de burla, me preguntó si era cierto que tenía miedo a las culebras.

Le contesté que sí; y después de cambiar cuatro o cinco palabras se retiró a dormir en el escondite que tenía en la selva.

Capa-Rosa y Genestas fueron a pernoctar a la canoa "Elena", que estaba a media laguna.

El remolcador salió esa misma tarde para Tampico.

Al anochecer, descubrí luz en una casa del pueblo. Me encaminé hacia ella para ver si podía comprar un poco de café. Solamente estaban tres mujeres haciendo tortillas, y les pedí me vendieran de cenar.

En forma acogedora, respondieron que tenían comida suficiente para mí y diez personas más, agregando:

—Tenemos carne, robalo y camarones, además hay plátano frito, yuca y otras cositas...

Aquel tratamiento tan bondadoso me agradó, proponiéndoles prepararan comida para tres personas.

Hay un refrán en Tabasco que dice: "No hay guatemalteco fiel, ni tabasqueño discreto..." y como los refranes resultan exactos en muchos casos, este no tenía por qué fallar.

Mientras las mujeres servían la comida, se pusieron a conversar con nosotros, provocando nuestra curiosidad. Cuando les preguntamos sobre la gente que<sup>5</sup> se quedaba a dormir en ese paraje, su contestación fue retunda:

—Sólo nosotras. Aquí todos tienen mucho miedo desde que los federales nos sorprendieron una noche.

—Y ustedes —pregunté— ¿por qué no se fueron a dormir al monte?

—Porque estamos velando dos muertitos.

Y nos mostraron en una casa vecina, el cadáver del capitán asesinado y el de un niño. Prometimos acompañarlas.

Por la conversación de esa velada, supimos que el vapor, cuyo ruido habíamos oído en la madrugada de nuestro arribo, era el "Bravo", buque de guerra nacional que había estado ocho días esperándonos en la boca de la barra. Que tres días antes que nosotros había llegado el coronel Jiménez en una embarcación pequeña que fue hecha pedazos por el "Bravo", al hacerle certeros disparos cuando se hallaba embarrancada en la arena; que los que la ocupaban, se habían tirado al agua ganando la orilla a nado.

También supimos que estaban muy descontentos todos los revolucionarios, porque Green se había ascendido a general, postergando a verdaderos soldados como Sosa Torres, Colorado, Jiménez, Gil Morales y otros.

Una de las vivanderas después de algunos tragos de aguardiente de caña, se sentó junto a mí y en tono confidencial, procurando que nadie la escuchara, me advirtió que tuviera cuidado y no me fiara de Green, porque éste me tenía como un "soplón" del Primer Jefe, y desconfiaba temeroso de que yo le fuera a comunicar lo que estaba pasando.

Fingiéndolo no dar importancia a esto, lanzaba carcajadas para desorientar a las soldaderas; pero

confirmé con esta conversación mis sospechas anteriores.

A la una de la mañana, me despedí de las mujeres quienes me dieron, por si quería tomar algo durante el resto de la noche, una olla de café, plátanos fritos, camote asado y "macal" (papa silvestre).

Todo lo que hacía falta en otras regiones, abundaba en estos lugares.

Cuando llegamos a la casa, ordené que nadie durmiera en las hamacas, sino que se tendieran sobre las mantas de hule en el suelo.

Serían a lo sumo las dos de la mañana, cuando escuché una descarga cerrada, sobre el capacete de la casa donde estábamos. Sugerí a mis compañeros que no hicieran ruido hasta que yo les avisara, pues buscaba localizar el lugar de donde procedían los disparos.

Las descargas continuaron hasta que, viendo los atacantes que no contestábamos y creyendonos muertos, se acercaron unos seis hombres. Fue el momento en que di la orden e hicimos fuego, con tal sorpresa para los atacantes, que emprendieron la fuga sin volver a dar señales de actividad.

Recomendé a mis acompañantes silencio sobre lo acontecido, y les insinué que si les preguntaban, dijeran haber oído los tiros, pero sin darle importancia, por estar acostumbrados a que en todas las ciudades donde había revolucionarios, se hicieran disparos constantes durante la noche.

Desde las seis de la mañana, empezaron a regresar a la rancharía, los que fueron a dormir al monte, la noche anterior.

Todos preguntaban si no había escuchado la balacera. Mi respuesta era siempre la misma.

—Oí unos tiros, que supongo fueron disparados por algunos borrachos.

Como a las seis y media, llegó el general Green de su escondite y me preguntó qué tal habíamos pasado la noche.

—Bien, general; —fue mi respuesta— y sobre todo, no sé de otro lugar en el mundo donde se coma mejor que en La Barra.

Estuvo platicando largo rato conmigo, hasta que por fin se resolvió a preguntarme sobre los balazos. Contesté lo mismo que a los demás. Entonces él, me

confesó que había un muerto cerca de la casa y otro más lejos.

—¿Sí? —le contesté— pues no creí que esos borrachos fueran capaces de matarse. Lo mejor para nuestra propia seguridad sería que se fuera infundiéndole la disciplina, y que dispusiera que todos se quedaran de guarnición en el pueblo, durante la noche, dando usted el ejemplo.

El general convino en mi sugestión y al retirarse, dibujó entre sus labios una sonrisa maligna, como diciendo: "ya sé con quién me las tengo que ver."

## La laguna de La Machona

Junto a las costas de Tabasco, el mar es muy rico: en pescado y mariscos; y la tierra, en carnes, frutas, tubérculos, legumbres y demás plantas alimenticias.

La laguna de La Machona se extiende cuarenta leguas a la orilla de la costa, y tiene una agua salobre en la que millones de peces, camarones, cangrejos y jaibas, entran en tiempo de veda, para procrear.

El fondo es una costra de ostiones y ostras.

Los lugares más estrechos, tienen aproximadamente, cuatro kilómetros de ancho; y en sus orillas, crecen toda clase de palmeras: coco, corozo, coyoljaguate, guano, etc., frutas: mango, mamey, plátano, zapote, piña; tubérculos: camote, papa, macal, yuca, sagú; lo mismo que legumbres y plantas alimenticias. Todo ello se da silvestre y se cosecha en forma comunal.

El camarón: más hermoso que he visto, es el de esta laguna<sup>a</sup>; y su cantidad es tal, que llena totalmente los huecos que deja el pescado.

Para cobrar el camarón, se espanta el pescado, y se meten en el agua unos aros con redes, pero se tiene el cuidado de no hundirlas demasiado a fin de poder sostener y elevar el contenido. Llenar una embarcación de camarón, es cosa de media hora.

Los ostiones se cogen, entrándose el pescador a la laguna<sup>a</sup> con una barreta; y, en unos cuantos minutos, saca la cantidad que desea. El ostión de la laguna<sup>a</sup> es grande, gordísimo y de un sabor exquisito. La gente del lugar lo come poco, porque solamente lo sabe tomar crudo, en su concha, con limón; pero lo extrae en cantidades fantásticas, para hacer cal.

La cal del ostión, se produce arrancando millones de ostras, las que se dejan al sol hasta que muera el molusco. Después, las conchas son colocadas sobre piras de leña, en forma circular, prendiéndole fuego. Cuando están ardiendo, despiden un olor a carne quemada, muy desagradable, pero la cal así obtenida es blanca y de las mejores.

En Tabasco, donde todo el territorio es de tierra vegetal y no se encuentra una sola piedra, la industria de la cal es un buen negocio. Por eso, los habitantes de la Barra de Santa Ana, trabajando poco tiempo obtienen pingües utilidades.

Para los santaneros, no es negocio la hueva (caviar) ni la saladura del robalo, esmedregal o lisa, porque emplean más tiempo en el trabajo, y tienen que utilizar sal, que allí se vende cara.

El modo de pescar, es el más original que he visto: abordan un cayuco armados de palos como macanas, y van escogiendo el pez, al cual dan un garrotazo en la cabeza, para cobrarlo cuando alore.

La laguna<sup>2</sup> se tiupe de peces gordos en la época de veda, al grado de que el tiburón no puede entrar a hacer de las suyas, pues los turbios forman una cortina que le impide pasar. Las embarcaciones, en esta temporada se varan entre el peje.

Esta laguna prodigiosa, se puede atravesar, en algunos lugares, a pie, pisando las costras de ostiones, sin mojarse más arriba de cincuenta centímetros de las extremidades inferiores. ¡Yo hice esa travesía!

Las gentes del lugar, acostumbran tomar café a las seis de la mañana; a las ocho, almuerzan: café, huevos, camarones, pescado asado o frito, plátanos fritos, camotes, "macal", y frutas tropicales; a las diez, toman algunos ostiones rociados con aguardiente de caña; a las doce hacen por lo regular la comida, en la que figura: sopa de pescado, huevos fritos, camarón guisado, pescado guisado en todas las formas imaginables; carnes: de venado, cerdo, jabalí, de pavo silvestre, faisán, codorniz, "jaleb", cojolito, y los imprescindibles frijoles; a las tres de la tarde, se bebe el riquísimo chorote con panela. El chorote se hace de maíz recocido y molido con cacao silvestre, disuelto en agua fría. Los que no están acostumbrados a él, le agregan panela, pero los del lugar, lo toman amargo. Después del chorote, se masca caña, o se comen mangos,

mameyes, plátanos, o cualquiera otra fruta tropical, que en esas lugares es abundante; a las seis de la tarde, la cena es casi igual al almuerzo; y todavía, en la noche, entretienen la indigestión con cacahuates tostados, y, además, reservan algo para la madrugada, ¡por si el hambre...!

¡Qué contraste, entre la escasez de la selva y la prodigalidad de estas regiones de la costa, en la que la gente vive enferma de abundancia!

La vegetación es chaparra alrededor de la laguna<sup>3</sup>, con la misma vida salobre, enfermiza y fétida de las marismas del Pacífico. Los charcos del contorno son semilleros donde se cultivan las amibas y todos los parásitos intestinales, los microbios de la malaria, la perniciosa, la tifoidea y el vómito prieto. Muy cerca de estos charcos, se encuentran los cangrejos con sus millones de agujeros de todos tamaños; de donde salen a la hora del crepúsculo, hileras de cangrejos dubitativos que por los movimientos de las manos, parecen orar o recoger la última luz de la tarde para alimentarse. Por la noche, si se alumbrá el cangrejal con un reflector, se observa una lucha feroz entre los cangrejos habitantes, precedida de su danza macabra.

Un americano me hizo este comentario cuando le enseñé el maravilloso espectáculo de los cangrejos:

—Lindo lugar para una empacadora. ¡Materia prima sin costo! Carne inagotable de cangrejos, diez veces más grandes que los del Japón.

A lo que respondí:

—Y también muchos moscos con microbios de paludismo y fiebre amarilla...

En ciertos lugares, el terreno es salitroso, y en ellos crece una vegetación enana, espinosa y tupida, en la que es difícil abrir brecha porque todo el zarzal que va quedando en el suelo, se enreda en los pies, sus espinas desgarran la ropa y las carnes.

Este trabajo de abrir brecha, lo hacen hombres experimentados y solamente en determinadas épocas del año, esperando varios meses después del desmonte, para prenderle fuego, acabando en esta forma con todas las ramas espinosas que han quedado.

Sin embargo, dura poco la brecha porque en la primera estación de lluvias, crece otra vez el zarzal, tan grande como el que se cortó y quemó.

En cada crepúsculo se diluye una inmensa tristeza, sobre las aguas salobres de esta laguna enfermiza y pródiga, dejando en el espíritu una mortal impresión de soledad...

## El campamento del general Green

Estando en la Barra de Santa Ana, ancló el balandro "El Majorcín" que venía de New Orleans con armas compradas por el cónsul<sup>1</sup> Juan Zubaran, en Cuba, y enviadas por Antonio Hernández de New Orleans. (Una de tantas charadas de la Revolución).

La nave, llegó conducida por estadounidenses quienes tan pronto como fondearon la embarcación, continuaron el viaje a pie hasta el puerto de Frontera. Nos habían traído ochocientas armas de calibre seis y medio milímetros, trescientos mil cartuchos y cuarenta cajas de dinamita.

El general Green, convocó a todos los revolucionarios a su finca de San Pedro, con el fin de que vinieran a recoger las armas. A los pocos días, llegaban estos trayendo patachos de mulas para conducir la carga. Se les dieron órdenes escritas para recogerlas en la Barra de Santa Ana.

En la hacienda<sup>2</sup> del general había unos quince o veinte hombres, quienes, más que soldados, eran peones de la finca. Su ocupación, era cuidar una cantidad increíble de cerdos, que tenía constantemente en engorda el jefe revolucionario.

La hacienda<sup>3</sup> de San Pedro, es un bosque de corozo, callaco o coco de aceite; y en él había soltado libremente, el general, unos cuantos porcinos de raza "poland chine" blanca, que se reproducían a todo pasto.

El bíblico "creced y multiplicaos" había sido tomado tan en serio por los animalitos, que formaban feroces y salvajes, manadas con millares de cerdos, pastando debajo de los corozos y alimentándose con los frutos de este árbol.

Los cerdos que se alimentan de corozo, están perpetuamente gordos. Antes de venderlos, el general los metía en unas zahurdas para amansarlos, alimentándolos con grano por espacio de un mes, a fin de amacizarles la gordura.

Otros de sus hombres, se dedicaban a recoger la pepita del corozo que defecaban los cerdos, las que, ya limpias, quedaban listas para colocarlas en grandes trojes o enviarlas al extranjero.

El negocio era productivo. Sin peligro, ni trabajos mayores, la misma Laguna de la Machona era el conducto para llevar a los clientes hasta el rancho, vendiendo en él la mercancía a buen precio. De suerte que el general no había hecho, durante la "bola" más que engordar sus puercos para hacer negocio y guardar bien su finca, sin pagar contribuciones ni empleados.

Sin embargo, las armas que llevó, hicieron de su finca el centro de las operaciones militares. En unión de Sosa Torres, Jiménez y Gil Morales, se acordó el ataque al pueblo de Paraíso.

El día en que debíamos reconcentrarnos al campamento de Sosa Torres, el general Green amaneció enfermo, lo que dio oportunidad a su hermano para negarse a salir con nosotros... ¡Tenía que cuidar la salud del general!

No éramos arriba de dos docenas de soldados: una que había venido de Santa Ana y la otra escogida entre los sirvientes que cuidaban la hacienda<sup>4</sup>.

El mando de estos soldados, fue puesto a las órdenes de Fernando Segovia; y a mi, se me comisionó con él; pero antes, se hizo saltar a Segovia de capitán a teniente coronel.

Llegamos al campamento de Sosa Torres; al preguntar este, por el general Green, le respondí (como cosa muy natural), que estaba enfermo y que había estado "volviendo" toda la noche.

El general Sosa Torres y todos sus lugartenientes lanzaron una carcajada en coro. Noté que Segovia, avergonzado, bajaba la vista.

Les supliqué me dijeran si había dicho una tontería; pero me contestaron que no; que lo dicho, era una verdad a la que ya estaban acostumbrados, pues el general Green, después del combate de Cárdenas, donde resultó herido, siempre que se trataba de realizar una operación de guerra, se enfermaba de vómitos, por lo que le habían puesto el apodo de "la embarazada".

—Y a sus fuerzas, ¿cómo les llaman?...  
—pregunté.

—Ya lo sabe... las criaturas.

Comprendí por qué se había llenado de rubor y bajado la cabeza Segovia.

Estuvimos todo el día con Sosa Torres, y al siguiente, emprendimos la marcha, dejando en el campamento, a las mujeres y a dos prisioneros; uno de ellos, era el jefe político de Paraíso, capturado anteriormente por las fuerzas de Sosa Torres. Sin que se le hubiese causado ningún daño.

Cuando íbamos a unos quinientos metros del cuartel general, escuchamos unas descargas. Violentamente y alarmado regresó Sosa Torres a su campamento. Con sorpresa e indignación, se enteró de que inmediatamente después de nuestra salida, había llegado sigilosamente el general Green "ya curado de espanto" fusilando al jefe político y al otro prisionero, volviéndose a internar al monte con destino a su finca.

El general Sosa Torres estaba dispuesto a ir con su escolta a aprehenderlo y fusilarlo. Tuve que intervenir y suplicarle, en nombre del Primer Jefe, que no ejecutara tal cosa, hasta que logré hacerle desistir de su intento. Y emprendimos la marcha hacia el campamento del coronel José María Jiménez.

Fuimos recibidos por un numeroso grupo, con verdaderas muestras de simpatía; pero al enterarse Jiménez de lo hecho por Green insistió en que se le debía ir a buscar para fusilarlo. Otra vez tuve que intervenir, y lo hice con éxito.

Al día siguiente, seguimos para el campamento de Gil Morales. Este<sup>b</sup>, lo mismo que Jiménez, indignado, quería que antes de emprender el ataque sobre Paraíso, castigáramos a Green; mi tarea para convencerlos de lo contrario, fue menos dura que las anteriores.

Una vez reunidos ya los tres jefes, dieron sus órdenes y emprendimos la marcha, con más de novecientos hombres que salieron de todas partes, rumbo al pueblo de Paraíso.

Conforme se realizaba la marcha, se nos incorporaron nuevos contingentes que eran armados con las reservas de pertrechos que llevábamos.

## El combate de Paraíso

El general Sosa Torres, al mando de las fuerzas, acampó a las seis de la mañana en una finca, a cosa de cuatro kilómetros del pueblo de Paraíso donde se desviaba nuestra ruta en dos caminos.

Nos habíamos retrasado, debido a la magnitud de la columna, compuesta ya por más de mil hombres.

La ninguna experiencia del general para movilizar un contingente superior a los doscientos hombres a que estaba acostumbrado, era la causa del retardo.

Durante el viaje, el frío de la mañana hizo castañetear los dientes a todos; tal parecía que el miedo, para ser disimulado, se valía de este ardor.

Las fuerzas fueron distribuidas en distintos sectores para atacar la población. Se me ordenó avanzar sobre la carretera hasta un pequeño puente que hay sobre el Río Seco de Paraíso, que va directamente a la plaza principal.

Preparando las bombas de mano, tuve que ocupar algún tiempo; impacientes los jefes y oficiales que debían acompañarme, me conminaban para que saliera con ellos. Envié, con las primeras bombas, a mi ayudante el yucateco Manuel Solís Carrillo, continuando yo la fabricación de otras más.

Las bombas no estaban preparadas, por el primitivismo que usábamos en su elaboración, se hacían desenrollando los cartuchos de dinamita, se les desmoronaba; después, colocábase la sustancia<sup>b</sup> en el fondo de una lata de ocho onzas llenado hasta la mitad, se le agregaba cortadillo de fierro colado y se le ponía una cantidad muy pequeña de fulminato de plata; después, se agregaba otra poca de dinamita apretándola con mucho cuidado. La boca era cerrada con un pedazo de hoja de lata o de cartón y se amarraba en cruz con un hilo. Estas bombas eran de mano, y había que llegar hasta muy cerca del reducto donde estaba el enemigo, para arrojarlas.

Las otras, eran unos cartuchos de hoja de lata que se llenaban en la misma forma poniéndolos en la punta de unos cohetes de grandes dimensiones, para ser lanzadas a distancia. Estas fueron las precursoras de la actual "bazooka".

La impaciencia de los jefes y oficiales continuaba. Comprendiendo que mi retardo lo atribuían al miedo, tomé las pocas bombas terminadas; dejé a varias personas que habían aprendido el procedimiento, encargados de continuar el trabajo, e inicié el avance.

No había caminado cien metros sobre la carretera, cuando vi que ya traían a mi ayudante con la pierna destrozada por la explosión de una bomba.

A pocos pasos, nos encontramos con el primer muerto, y al notar que en la carretera éramos blanqueados, resolví cortar la alambrada de unos potreros para cruzar por ellos.

Hice entrar a toda la gente, para protegerla de la puntería de los tiradores enemigos, con la arboleda de la cerca, continuando el avance. Ya a menos distancia del pueblo, nos empezaron a hacer descargas muy cerradas, y tan certeras, que mataron a tres o cuatro de mis guerrilleros. Esto sembró el pánico en las filas, al grado de que los soldados quisieron dar media vuelta.

Ordené a los oficiales que por la fuerza obligaran a la gente a ocupar posiciones más avanzadas. Estas se resistían a obedecer y ellos demostraban pocos deseos de hacerse respetar, por lo que tuve necesidad de intervenir pistola en mano, disparando a diestra y siniestra hasta que obligué a la gente a seguir. Como el caso no era para guardar consideraciones, lo mismo obligué a jefes, oficiales; que a soldados.

Mientras más nos acercábamos al pueblo, los federales hacían mejores blancos en los nuestros y así, diezmadas las filas, llegamos hasta la orilla del río.

El enemigo, por unas claraboyas que había hecho en los muros de las casas de la ribera opuesta, nos cazaba certeramente. Entonces tuve que ordenar a la primera fila a vadear el río; pero pronto me di cuenta que no se podía cruzar por esos lugares, ya que se trataba de un sumidero muy difícil, y los que por él se aventuraban eran cazados aprovechando la lentitud de sus movimientos. Todos los que bajaron fueron muertos.

En el puente había una ametralladora a la que no podía acercarse nadie, ya que estaba bien protegida por un fortincito provisional de sacos de arena. Allí estuvimos peleando más de media hora sin éxito. Levanté a mi gente, y, defendiéndola con una ráfaga de bombas lanzadas con cohetes, la obligué a tomar el camino del puente para forzarlo.

Los soldados federales de la orilla opuesta, estaban bien parapetados, y eran tan certeros sus tiros, que fui el único que llegué hasta la cabeza del puente.

El mayor Francisco Cano, que iba junto a mí, fue el último a quien hirieron atravesándole las dos piernas.

Al verme sin gente después de lanzar mi última granada y acosado por la ametralladora, retrocedí protegido por el borde de la ribera, llevando auestas al mayor Cano.

Volví al cuartel general por más contingentes y emprendí otro ataque con el mismo resultado; pero esta vez observé, que dentro de la plaza, había ya fuerzas nuestras que supe estaban al mando del capitán Ceballos. Al regresar por segunda vez al cuartel general en busca de mayores elementos, solicité del general en jefe ordenara a los que se encontraban dentro de la plaza, que batieran a los enemigos del puente por la retaguardia.

Me parapeté en un bordo que tenía el río, esperando que iniciaran el ataque los que se encontraban dentro. Pocas horas después escuchaba el fuego y quise avanzar nuevamente, pero me fue imposible; el puente era muy estrecho y largo, con lo que quedaba perfecta y totalmente protegido con la ametralladora así como por los rifles que eran magníficos tiradores.

En lucha tan sangrienta llegó la noche y quise aprovecharla improvisando unas trincheras movibles, con unas carretas llenas de sacos de tierra, para conducir las hasta el puente y avanzar cubiertos por ellas. Cuando quisimos ponerlas en marcha, nos encontramos con que los federales ya habían atravesado el puente y estaban haciendo sus excavaciones y trincheras. Al percatarse de nuestros movimientos, empezaron a tirotearnos por los costados.

Exploré bien sus posiciones por el fogonazo de sus rifles, fijándome que podía batirlos con más éxito. Dividí entonces a mis fuerzas para atacar a los que habían invadido nuestro terreno, por dos flancos. El plan se llevó a cabo con tan buen éxito, que los federales, al sentirse atacados por la retaguardia, abandonaron el nuevo reducto, pero volvieron a su posición primitiva al otro lado del puente, y nos fue materialmente imposible hacer la entrada al pueblo por ese lugar.

En vista del fracaso, ordené una tregua de descanso. Los compañeros que estaban dentro del pueblo, llevaron un ataque en la madrugada sobre las posiciones que tenía el enemigo en el puente, en combinación con nosotros, pero tampoco logramos desalojarlos.

Todo el día siguiente, peleamos en combinación con los nuestros que estaban en la plaza, hasta que supliqué al general se me permitiera vadear el río por donde habían entrado las otras fuerzas, pero no accedieron a mi petición.

Al cerrar la noche de la tercera jornada, ya el enemigo había hecho, sólo a mí, más de cuatrocientas bajas.

A las ocho de la noche de ese mismo día, escuchamos un tiroteo por la retaguardia, y pensé que algunas tropas enemigas de refuerzo, habían atacado al cuartel general.

Estábamos haciendo comentarios sobre el tiroteo y tomando dispositivos, cuando llegó un oficial del Estado Mayor a comunicarnos que debíamos reconcentrarnos en el cuartel general, porque contingentes federales avanzaban por el camino que ocupábamos nosotros. No quise levantar a mi tropa, sino que tendí varias emboscadas a todo lo largo del camino, para el caso de que efectivamente avanzara el enemigo; y sólo después de esto, me encaminé al cuartel general.

Cuando llegué, puso en mi conocimiento el general, que el refuerzo del gobierno<sup>a</sup> enviado a los federales que estaban en la plaza y que avanzó sobre la carretera, había sido atacado en emboscada por una patrulla nuestra.

Momentos después, todos los jefes y oficiales llegaban con sus fuerzas al cuartel general, y se discutía sobre la conveniencia de abandonar o no el ataque. Todos, menos yo, opinaron que en vista de lo infructuoso de los combates ya tenidos, debíamos iniciar la retirada.

Conocedor de lo que eran esas retiradas de las montoneras, me opuse alegando que, si las fuerzas daban media vuelta, después no íbamos a contar ni con el diez por ciento de ellas, pues seguramente se dispersarían al sentirse derrotadas y perseguidas.

Hice tal presión en el ánimo de los compañeros, que creí francamente se tomarían en cuenta mis indicaciones; cuando el general interrumpió el debate diciendo:

Para evitar discusiones tontas, vamos a rifar con esta moneda lo que debemos hacer: ¡Águila o sol!

Salió sol y ganaron los que ya sostenían mis opiniones, por lo que el general ordenó

movilizarnos a otra finca que estaba más distante de la carretera y ocupar las salidas de la población.

Aquella actitud, que dependió de una moneda lanzada al aire, fue lo que le dio fama de estratega a nuestro general.

Fui a levantar a la gente, obediendo órdenes superiores, dejando por mi cuenta y riesgo algunas emboscadas en la carretera, para evitar que salieran por ese lugar las fuerzas que estaban en la plaza.

Pasamos la noche sin novedad; y en la madrugada, hubo otra junta de jefes y oficiales; y como en la vez anterior, una moneda arrojada al aire decidió que debíamos batir al enemigo durante todo el día. Yo me comprometí, en esa junta, a tomar la plaza siempre y cuando se me dieran facilidades para llegar a ella por el mismo lugar por donde habían entrado las primeras fuerzas. El general tiró otra vez la moneda y accedió.

Me di a la tarea de preparar las bombas de dinamita para mi avance, pero habiéndose agotado el cortadillo de fierro colado, empecé a utilizar el que se hacía con botellas de vidrio, por cierto sumamente explosivos, debido a que el vidrio, con el menor movimiento, friccionaba el fulminante produciendo la explosión. Sin embargo, una vez hecha la bomba, ya no había el menor peligro.

Agotadas a su vez los botes de lata, tuve que empezar a hacer bombas con cucuruchos de papel, de manejo delicado en todo momento. Ya con más de cuatrocientas bombas, marché sobre el enemigo, protegiéndome bien entre bardas y casas, barriéndolos; sacándolos de sus parapetos y trincheras, ocupándolas una a una, hasta llegar frente a la iglesia y el palacio municipal, donde tenían su cuartel general los federales.

Una vez colocadas allí las fuerzas que llevaba y otras que se me agregaron en el camino, atacué a los del puente por el interior de las casas para defenderme de sus tiradores que, envalentonados, quisieron hacer la misma resistencia de los días anteriores sin tener sus flancos cubiertos. Una vez reconcentrados en los recintos que ocupaban, me fue muy fácil acercarme hasta sus muros y volarlos con cuatro cajas de dinamita.

A pesar de esta hecatombe, los que quedaron con vida se defendieron hasta que murió el último. Después volví a mi cuartel de aprovisionamiento de

bombas, para traer mayor cantidad e iniciar el ataque general sobre la iglesia<sup>a</sup> y el palacio<sup>a</sup> municipal<sup>a</sup>.

Llegué al lugar donde había dejado a los hombres fabricando las bombas, y me encontré con que estos ya ocupaban una casa recién construida dándose a la tarea sin ninguna precaución. Inmediatamente mandé suspender todos los trabajos y que en el acto, se llevaran todas las bombas ya terminadas, hacia la línea de fuego; ordené salir a los fabricantes, para que en caso de que hubiera algún accidente, no fueran todos víctimas de la imprudencia.

Di media vuelta a mi caballo y no había caminado cincuenta metros, cuando escuché una explosión mientras una nube de tierra y fragmentos de palos caía sobre mí.

El primer movimiento que hice, fue levantarme la camisa a fin de ver si había sido herido en el vientre; al cerciorarme de que estaba ileso, quise mover mi caballo pero éste se desplomó. Volví por mi pie a lo que fue la casa que era ya un montón de ruinas y todos los que se dedicaban a la fabricación de bombas, (eran más de cincuenta), habían volado con la explosión.

Aquel terrible, accidente había acabado con la dinamita. Fui a donde se hallaba el coronel Jiménez que era el jefe de mayor graduación más próximo, y le comuniqué la catástrofe. Él<sup>b</sup> me hizo observar que estaba escurriendo sangre, y sólo entonces me percaté de que en el brazo derecho, tenía una esquirla de granada; pero la herida no era importante.

Indiqué al coronel Jiménez que regresaba a la población peca forzar el sitio y tomar el último reducto de los enemigos. Éste<sup>b</sup> me dio su caballo, pero en lugar de dirigirme al antiguo camino, seguí por una calle desde la que dominaba perfectamente las torres de la iglesia. Sin poder cubrirme, tuve que sortear una cacería corriendo en zig-zag. Una bala rozó al caballo y éste, al sentirse herido, se desbocó dirigiéndome a las trincheras de los federales, que ocupaban todo lo ancho de la calle por donde yo avanzaba.

El animal no obedecía el freno; y, comprendiendo que me iba a entregar al enemigo, le tomé de un lado la rienda y tiré con todas mis fuerzas para obligarlo a estrellarse o a dar media

vuelta. Con el pescuezo torcido, continuaba en su carrera hasta que se estrelló contra un poste, rompió el freno, y me lanzó contra la pared.

El coronel Jiménez, que desde lejos me estaba observando, creyó que me había herido y avanzó a paso veloz para protegerme.

Mi caballo, libre del freno y sin jinete continuó su marcha; los federales, en lugar de avanzar hacia donde yo estaba, se entretuvieron en recoger al animal.

Caído y sin conocimiento permanecí unos segundos, y después, vi que se acercaba el coronel Jiménez. Una vez cerca de mí, me preguntó si estaba herido. Al contestarle que no, se puso contento y me dio un abrazo.

Aprovechando las fuerzas de su escolta, entre las que venía un dinamitero con una caja de bombas, ordené me acompañara para desalojar a aquellos que se habían parapetado a media calle. Rompiendo cercas, llegué hasta donde ellos estaban.

Con la escolta de Jiménez, los sorprendí en tal forma, que logré colocar dos bombas de mano en las trincheras que habían improvisado, haciéndoles un muerto y dos heridos.

Continué mi avance, pero, como ni yo ni los que iban conmigo conocíamos la población, al abrir unas cercas, nos encontramos con que éstas daban a la parte posterior de la iglesia en donde se había reconcentrado el enemigo.

Sin reflexionar, me fui sobre una claraboya donde un soldado estaba de vigilancia con medio rifle hacia fuera. Me colgué del rifle y el soldado se puso a disparar para calentarlo hasta el rojo. Una vez terminada toda la carga metí por la misma claraboya mi pistola, y sin darle tiempo a cargar su rifle, comencé a disparar moviendo el cañón en todas direcciones.

Mi actitud sembró el pánico. Los intimé para que se rindieran, diciéndoles que en caso contrario, iba a volar la iglesia con todos ellos. Los soldados imploraban y me pedían que no lo hiciera, porque allí se encontraban sus mujeres e hijos, y que no se rendían, porque los oficiales y jefes estaban dispuestos a defenderse hasta lo último.

En voz alta, para que todos lo oyeran, les ordené que mataran a los jefes y oficiales si estos no se rendían inmediatamente. Como los minutos transcurrían y no se tomaba ninguna resolución,

procedí a meter una bomba por la claraboya, previendo la posibilidad de que pudiera explotar en el momento de introducirla, ordené a los compañeros se fueran al otro lado de la iglesia, en tanto que yo realizaba la maniobra. La bomba explotó. Después, me uní a ellos encontrándome conque ya el capitán Noverola tenía prisionero al teniente coronel, jefe de las fuerzas federales, y a su segundo, un mayor.

Sin pérdida de tiempo, entré al cuartel y me puse a lanzar vivas a la Revolución y a Carranza, obligando a los soldados a dejar los rifles en el suelo. Algunos pretendieron oponerse y tuve que hacer uso de la pistola para obligarlos a obedecerme.

Uno de los camaradas, se había trepado a una trinchera con un pañuelo blanco, llamando a gritos a los compañeros y anunciándoles nuestra victoria. Locos de entusiasmo acudieron a las puertas de la iglesia para hacerse cargo de los prisioneros, conforme iban saliendo. Una vez todos fuera, obligué al mayor federal a entrar conmigo al palacio<sup>a</sup> del municipio<sup>a</sup> que le servía de cuartel general, para que se rindieran las demás fuerzas, comprometiéndome a que se respetarían sus vidas.

Dispuse que se tocaran las campanas para que nuestro cuartel general, se diera cuenta de que habíamos tomado la plaza. Formé a los prisioneros y nos dirigimos todos hacia donde estaban nuestros superiores.

En el camino me encontré con que ya venía el general Sosa Torres con fuerzas que le acompañaban. Al entregarle los prisioneros, le hice saber que se habían rendido y que yo me había comprometido con ellos a que se les respetaría la vida, esperando que él ratificara mi promesa.

El general confirmó mi ofrecimiento, diciéndoles que podían estar seguros de que serían respetados. Saqué mi reloj para ver la hora en que rendía la parte: eran las once y treinta minutos.

Aquellos pobres soldados, que hacía un rato peleaban con tanto ardor, ahora sumisos, se pusieron a dar vivas a la Revolución y al jefe de nuestras fuerzas, por su magnanimidad.

La fiebre palúdica que durante los tres días del ataque a la plaza me había abandonado, se me presentó en el acto. Al verme en este estado, el general Sosa Torres ordenó que se me diera

alojamiento en la mejor casa, y se me pusiera una escolta.

## Las prisioneras

Las horas transcurrieron veloces. Como a las cinco de la tarde, empecé a sentir una angustia incomprensible; los tres días de tensión nerviosa hacían su efecto, corroborados por la fiebre. La desesperación se apoderaba de mí, como de una mujer histérica; me puse a llorar desesperadamente.

Algunos soldados de los que escoltaban la casa, me trajeron cocimiento de hojas, porque suponían que se trataba de algún dolor del vientre. ¡No podían imaginarse que el hombre que había sido capaz de todas las atrocidades, llorara en aquellos momentos como un niño, si no era debido a fuertes dolores!

La tarde, que siempre ha sembrado angustias en mi ánimo, hacía más agudo el dolor; pero era un dolor moral más intenso que el físico. No comprendía cómo un hombre educado en los principios cristianos, se olvidaba tan pronto del quinto mandamiento. No matarás<sup>a,b</sup>. Recordaba todos los esfuerzos de mi madre, queriendo hacer de mí un hombre digno y bueno.

¡Era un hombre perdido!: la Revolución, me arrastraba hacia el mal, sin tener en el momento preciso, la fuerza necesaria que imponía mi civilización cristiana. ¡Era el naufragio completo de toda la moral y de todos los sentimientos!

Las dulces reprensiones de mi madre, sus buenos consejos, el esfuerzo por hacer de mí un hombre de bien y digno de una sociedad culta, fracasaban; mis manos no podrían ya posarse sobre sus cabellos, porque estaban manchadas con la sangre de muchos semejantes; mis hermanos educados como yo, sentirían vergüenza de mis hazañas; en cambio, en aquel campamento, mi nombre sonaba de boca en boca como un ejemplo de valor, sin saber que yo me revolcaba en una hamaca, con desesperación, vergüenza y arrepentimiento por los horrores cometidos durante aquellos tres días. Me repugnaba ser héroe de... mis compañeros.

El “¡No matarás!”, hería constantemente mis oídos; y cuando esta idea se despejaba, entonces daba lugar a la voz clara y solemne de mi madre diciendo:

—Hijo mío: Cristo ha dicho: “amaos los unos a los otros”.

¡Si alguno ha confesado con arrepentimiento sus culpas, no lo hizo con más fe que yo!

Las hojas de naranjo, la valeriana, el linimento veneciano y todas las pócimas que me dieron, probablemente calmaron un poco mis nervios, pero mi organismo no dejaba de conmoverse con raras convulsiones palúdicas.

Como a las ocho de la noche, vino un soldado trayéndome, de parte del general Sosa Torres, cuatro mujeres que eran las que me correspondían del reparto. Casi iba a estallar en injurias, cuando el soldado, en forma impertinente y cínica me dijo:

—Si son muchas para su mercé que está enfermo, déjenoslas a nosotros, porque no nos tocaron “guachas”, éstas son las mejorcitas; es decir, las mejores las cogió el general.

Aquellas pobres mujeres llevaban la angustia reflejada en el rostro. Si alguna mujer ha sufrido, creo que no ha sido tanto como lo que sufrían ellas. Sus ojos no tenían lágrimas; pero era tal el rictus en sus caras, que sus orejas se alargaban, sus bocas dibujaban una mueca de dolor tan hondo, que en cada una de ellas veía la imagen de una maravillosa virgen<sup>a</sup> de los Dolores que existe en la catedral<sup>a</sup> de Guatemala.

Entonces tuve que hacer un nuevo esfuerzo y poner el ceño fiero de los combates para, a gritos, decir al soldado:

—Soy hombre para veinte mujeres, y las que me correspondan, no se las dejo a mentecatos capaces de venirme a disputar lo que es mío; ¡salga de aquí inmediatamente!

Como tardara en obedecer, lo tomé de los hombros y le pequé un puntapié tan fuerte, que fue a estrellarse contra el pavimento. ¡También los esqueletos tienen fuerza!

El soldado dejó la casa y, ya en la calle, musitó.

—Está bravo el dinamitero, ¡pero se las ha ganado porque es muy macho!

Aquellas mujeres, sin protestas ni lloriqueos, me miraban con angustia. No comprendían que mi soberbia, mi falta de consideración y mi lenguaje era para salvarlas. Apenas si reflejaban la repugnancia que les causaba mi físico, que era más bien el de un cadáver.

Quería explicarles mi proceder, unir mi pena a su angustia, pero se ahogaban en mi garganta las palabras; dos gruesas lágrimas salieron de mis ojos; seguramente brillaron a la débil luz de una lámpara de petróleo, pues vi cómo clavaron las miradas en aquellas gotas.

Me las limpié violentamente.

Una de ellas preguntó:

—¿Tiene usted hijas?

Puso en esta pregunta tal intención y ternura que con trabajos pude balbucear:

—No tengo hijas, ¡pero soy hijo de mujer y tengo madre! Y otra vez me invadió la desesperación y el llanto, respondiendo:

—Todas las mujeres para mí son iguales, y las coloco en el mismo plano.

En aquel momento, se me figuró ver a mi madre que las encabezaba, pidiendo el respeto que me había enseñado cuando niño.

Aquellos infelices, estaban como clavadas en el suelo, no sabían qué era lo que pasaba en mí, y mucho menos, podían adivinar el proceso que se estaba llevando a cabo en mi espíritu; solamente vislumbraban las manifestaciones exteriores, mientras yo me debatía en angustia.

Así pasó mucho tiempo hasta que abrí los ojos y las contemplé inmóviles y silenciosas. Les pedí amablemente que se fueran a sus casas. Entonces sí se pintó mayor sorpresa en sus ojos.

—Señor: —me dijo una de ellas—, no nos abandone; la soldadesca está cometiendo atropellos en toda la población y vamos a ser pasto de los soldados; alójenos, por favor, en su casa; no nos saque de ella; ténganos usted aquí, que le obedeceremos ciegamente en todo lo que nos mande.

Yo no podía gritarles: “los que las toquen son unos canallas”, porque eran mis compañeros encanallecidos como yo por la guerra; pero sí les dije:

—Pueden quedarse y estar todo el tiempo que gusten.

Salieron de mi cuarto y se fueron al contiguo. Poco después oí unas voces que decían:

—Retírese: si no, ¡se lo voy a decir al jefe!

Salí hacia el lugar que ocupaban, y encontré que cuatro fornidos soldados luchaban con ellas para tirarlas al suelo. Hice funcionar mi pistola, sin

puntería. Al verme los soldados, retrocedieron espantados; uno de ellos al salir me elijo:

—Aunque sean las sobras, jefecito.

Mi respuesta fue un tiro que le rozó la pierna. Hice que las mujeres volvieran a mi cuarto: allí, en un rincón, las cuatro se hicieron racimo.

La presencia de aquellas mujeres, contenía mis lágrimas; pero ¡cómo hubiera llorado esa noche de no estar en el mismo cuarto! Sin embargo, a veces sollozaba.

Ellas, cada vez que oían mis quejas, me proponían hacerme cualquier remedio, hasta que vino la mañana clara, brillante, y el sol alegrando los árboles que despedían sus aromas. Parecía que aquella noche de angustia, había hecho más bella la naturaleza.

Envié por mi desayuno al cuartel, y el general Sosa Torres mandó como para veinte personas. Las mujeres, no sé cómo, se hicieron de masa para las tortillas, consiguieron pollos y demás cosas; me dijeron que el almuerzo lo harían ellas. Cuando les di dinero para comprar víveres, me manifestaron que no lo necesitaban; que en el pueblo, habían sido saqueadas todas las tiendas y que por tanto, el dinero no tenía ningún valor; pero que a ellas les habían llevado víveres de sus casas.

¡Dura lección que no olvidaré!

Hablé al sargento que estaba a cargo de la escolta y le notifiqué, que con la vida, me respondía de cualquier abuso de que se hiciera víctimas a aquellas mujeres; que desde esa noche, las consideraba como de mi familia, y que no permitiera ni al propio general, entrar sin mi consentimiento, a la casa.

La belleza de la mañana, había contagiado la juventud de las mujeres, quienes contentas, derramaban en la casa su alegría, sin acordarse de la noche anterior. Yo, sin embargo, no me reconciliaba conmigo mismo; no podía perdonarme que la guerra me hubiera relajado tanto: comía mono, mataba gente, aceptaba doncellas, volaba casas, en fin, era capaz de todas las monstruosidades por ella, por mi único amor: la Revolución.

A las doce, cuando todos los cuarteles anunciaban la hora, se me presentó el general Sosa Torres a quien acompañaba su Estado Mayor, con un mundo de botellas y cajas de cerveza. Me hizo

saber que todo aquella me correspondía, y que me iba a visitar y a pedir que le diera una copa.

Las mujeres vinieron presurosas con unos vasos en la mano y empezaron a servir, alegres y con cierta coquetería, a todos los oficiales y al general.

Ya que se retiraban, éste me dijo:

—¿Cómo hace usted para que lo quieran tan pronto? ¡Ninguno hemos conseguido eso! Todas las de los demás, están llorando y tristes, pero las suyas están contentas como si no les hubiera pasado nada. Ya me dijo un soldado que es usted muy macho, y que no se las quiso dejar ni siquiera para que las jugaran, sino que las trajo a su cuarto de nuevo.

Moví la cabeza negativamente.

—¿Y sabe también a qué vine?, —continuó el general: —pues a decirle que ya acabamos con todos los federales; ahora estamos viniendo de la fiesta del fusilamiento de todos; ¡ciento ochenta y dos nomás. ¡Tuve que completar esa cantidad con unos de Green y tres españoles que ayudaron a los federales! A mí me gusta mucho ese número porque con él me he sacado dos rifas.

—Pero general, ¿usted es capaz de no cumplir su palabra? —objeté—. Recuerde que tanto usted, como yo, ¡prometimos respetar las vidas!

—Bueno, ya está, no se las perdonamos; ¡y qué más da! usted no lo sabía; y yo soy el único responsable, sobre todo, no nos vamos a doler de unos cuantos pelones.

—¿Y la palabra de honor, general?

—¿Cuándo la han tenido nuestros enemigos? Ellos ofrecieron garantías a mi hermano para hablar con él, y lo asesinaron. Pregunte usted aquí a mi compadre lo que le sucedió.

El compadre era un hombre oscuro<sup>b</sup> de piel, casi cetrino, mirada ambigua, sumamente delgado.

—Pues verá compita, —comenzó el compadre—; allá en la ribera de Pueblo Nuevo, tenía una casita donde vivía con mi padre, mi esposa y mis niñas. Un día, mientras estaba en mi jonuco, se presentaron los federales y dieron tormento a mi padre para que les dijera dónde estaba yo, mi padre les decía la verdad, que estaba en la milpa, pero no lo creyeron. Por esa incredulidad, se repartieron a mi mujer y a mis hijas que eran muy niñas, la mayor apenas contaba catorce años; las violaron, y después las metieron junto con mi padre en la casa, las

amarraron con alambre y las quemaron vivas. Por esa yo he pedido que los "afusilen" a todos.

—Ya ve —me dijo el general, agregando—: usted mismo ayudó a descollar a varias personas a quienes se les había ahorcado; poniendo un alambre de telégrafo al fuego hasta que estaba rojo, se les atravesaba debajo de las orejas y se les colgaba.

—Bueno ¿y qué más? ¡porque estas no son razones para no cumplir con la palabra empeñada!

—Así como este hombre que acaba de hablar, están de resentidos, los de la tropa que viene conmigo y a quienes le han asesinado a sus padres, a sus madres, o les han violado a las hijas y a las esposas... ¡no han tenido misericordia para nadie!

Capa-Rosa intervino:

—Hay grandes conceptos de justicia, principios de moral, fuerzas irresistibles...

—¡Cállese, compadrito! —le ordenó el general—, aquí no hay más que esto: el gobierno es el único llamado a respetar las leyes y él nunca las ha respetado. Cuando se trata de pobres, siempre la ley es violada en su contra. En cambio con los ricos, la violan para servirlos. Ellos son los que están obligados a saber y conocer las leyes, nosotros no tenemos conocimiento de ellas, porque nunca nos las han enseñado; de suerte es que ahora procedemos como mejor nos conviene y por eso estamos dispuestos a matar a todos los enemigos que encontramos a nuestro paso, para que así sean menos el día de mañana, si es que nos quieren volver a atacar.

—¿Y nuestra palabra de honor?...

—Nuestra palabra de honor, es igual a la de ellos. ¿Nos han enseñado a tenerla? Nosotros no pediremos compasión cuando caiganos en sus manos. Nos han llevado a la guerra, y está es una guerra sin cuartel, sin piedad, sin misericordia, sin ley y sin justicia; mientras menos enemigos dejemos, ¡mejor para nosotros!

Se puso el cigarro en la boca y muy satisfecho continuó:

—¿Qué<sup>b</sup> le parece, dinamitero?

En otra ocasión, pude haber argumentado y hablar defendiendo mis puntos de vista; pero sinceramente el ambiente, los hechos consumados, la fuerza de los acontecimientos, el giro que había tomado la discusión, me hicieron responder cobardemente:

¡Qué traigan otra tanda de cervezas!

## Un abogado del mundo

Cunduacán es un bello y soleado pueblecito de la Chontalpa. En él, se concentraron todas las fuerzas revolucionarias de la región, con el objeto de resolver su situación, al triunfo de la causa.

El señor Carranza, que era reconocido como Primer Jefe del movimiento, ocupaba ya la capital de la República; y el estado<sup>a</sup> de Tabasco, hasta San Juan Bautista, estaba ya en poder del general Luis Felipe Domínguez, a quien los rebeldes de la Chontalpa hacían el cargo de haberse aliado a los enemigos.

Rudos campesinos, presos escapados de las cárceles y criminales que aún no habían llegado a ellas; individuos de escasa cultura, pero en la Revolución formaban la élite de la intriga; y hasta grandes estancieros como los Green, formaban el ejército revolucionario de la región, que debía decidir su suerte en aquella ciudad.

Un fuerte núcleo sostenía en las discusiones, que no se avanzara sobre San Juan Bautista, porque allí serían desarmados, como se hizo al triunfo de los maderistas, cuando muchos de los revolucionarios fueron devueltos a las cárceles, la mayor parte retornados a las fincas de sus antiguos amos para continuar siendo esclavos; y otros, enrolados de leva en el ejército de línea, bajo las órdenes de los mismos oficiales a quienes habían combatido y derrotado en los campos de batalla.

Otro grupo, el minoritario, dirigido por los politiquillos, proponía la división del mando de la región entre los jefes de partida quienes, según sus categorías y ambiciones, demandaban las ciudades, villas y rancherías que debían quedar bajo su control. Este era el plan que con más tesón se defendía, y el que logró prevalecer, pues estaba sostenido por la ambición, fuerza que arrastra al hombre y le hace negar los ideales por altos que ellos sean.

Se discutían estas cosas con tanta ingenuidad y en forma tan primitiva, que hubo individuo, que solo<sup>b</sup> pidió se le permitiera mandar sobre una pacífica familia de trabajadores que morara... ¡en la ribera de cualquier arroyo!

Aquí prevaleció la mentalidad del capataz, del policía, del juez pueblerino, del comisario, y de

todos aquellos pequeños caciques que hasta la fecha extorsionan pueblos y rancherías indefensas, huérfanos de justicia.

Puntualizando, hubo jefe que se negó a aceptar el dominio de una región populosa, porque... los habitantes de ella eran demasiado levantiscos y "arreglaban las cosas a machetazos". Prefería algo menos, pero con gente que estuvieran más hechas al trabajo que a la guerra, a la servidumbre que a la libertad.

Alguien se acordó de mí, tomándose la determinación de enviarme al norte para que don Venustiano me diera algo, porque allí en la Chontalpa, lo que se repartía era poco para los tabasqueños.

El cónclave de los jefes chontales estaba por concluir el reparto de la región, cuando apareció un señor Hernández Ferrer, ejemplar humano que más parecía a primera vista un queso de bola, por la estatura y prodigalidad de curvas, con que la naturaleza lo había dotado.

Tipo del político provinciano, que conoce todas las debilidades humanas. Explotándolas, llevaba la misión de convencer a estas fuerzas, "de la necesidad de ocupar militarmente San Juan Bautista".

Hablaba, naturalmente, en nombre de los altos ideales revolucionarios, de las clases oprimidas, de las necesidades populares, de la urgencia de transformar la sociedad, del equilibrio político del Estado, y de la biológica necesidad de que el soldado que había triunfado en los campos de batalla revolucionarios pusiera su espada al servicio de los huérfanos y de las viudas... de aquellos que cayeron con una infinita sed de justicia en sus mentes... ¡La eterna canción!... con música de "La cucaracha".

La entrada de Antonio Hernández Ferrer, en Cunduacán, fue legendaria.

La primera persona a quien encontró, fue al profesor Capa-Rosa quien, en honor de la verdad, era el más inteligente e ilustrado de todos los revolucionarios tabasqueños. Capa-Rosa recibió este saludo:

—¡Cómo le va, señor director<sup>a</sup> general de Educación Pública! ¿Ya está usted preparando su programa educacional? Porque en San Juan, hemos

acordado los directores intelectuales, científicos de la Revolución, que ese puesto sea para usted. ¡Nadie con más merecimiento para ocuparlo!

La segunda persona, fue otro Capa-Rosa a quien saludó en los términos siguientes:

—¡Hola! ¿Qué dice el vengador de Macuspana!...

Esta frase, acuñada por Hernández Ferrer, costó a ese infeliz pueblo una hecatombe, pues de sus treinta y tres habitantes, Capa-Rosa ahorcó, fusiló o degolló a treinta y dos. ¡Y el último, no lo "ultimó"... porque era él mismo! ¡Y era un revolucionario!... Los demás, ¡puros reaccionarios!

Diffícil la situación en que se encontró al hallarse junto a otro maestro de escuela. Habiendo concedido ya el puesto más alto en el estado<sup>a</sup> a Capa-Rosa, tuvo que echar mano de los puestos de otros estados<sup>a</sup> para satisfacerlo, y lo hizo director<sup>a</sup> de Educación del estado<sup>a</sup> de Veracruz.

Así continuó en su reparto hasta que llegó a hacer gobernador<sup>a</sup> a Carlos Green y jefe<sup>a</sup> de las operaciones<sup>a</sup> militares<sup>a</sup> de Sosa Torres.

Todo esto, que pudiera hacer suponer al lector que Ferrer era discípulo de Mazarino, era única y exclusivamente un papel aprendido a fuerza de memoria en la ciudad de San Juan, y elaborado a través de grandes esfuerzos mentales por el grupo de los llamados revolucionarios científicos, que el general Luis Felipe Domínguez había excluido del "mangoneo", al hacerse cargo de la situación política del estado<sup>a</sup>.

Don Antonio, como era natural, tenía su ambición: la de ser secretario general de gobierno<sup>a</sup>, puesto que no ofreció a nadie. Aprovechando un momento de silencio, como quien obra por un impulso natural, preguntó al general Green con voz baja y melosa:

—¿A quién piensa usted poner como secretario general de gobierno<sup>a</sup>?

El profesor Capa-Rosa, comprendiendo la intención, y queriendo aprovechar el puesto para su familia, salió rápidamente al quite, proponiendo al Lic. Santamaría, quien fue aceptado.

Perdida esta oportunidad para Ferrer, y no habiendo puesto de relieve que repartir, en actitud mansa y con mirada baja, se acercó al general para hacer su petición.

—Para mí, lo único que pido, es que se me haga abogado.

Nadie se opuso, y se le expidió su nombramiento de licenciado en Derecho, por el futuro gobernador<sup>a</sup>.

Capa-Rosa, fue el que formuló el título en un papel de estraza:

“En nombre de las facultades de que me hallo investido, y en atención a los méritos, servicios y virtudes del C. Antonio Hernández Ferrer, le confiero autorización para que ejerza la carrera de abogado... en el estado<sup>a</sup> de Tabasco.”

El señor Ferrer, suplicó que se cambiara la frase de “en el estado<sup>a</sup> de Tabasco”, por la de: “en toda la república<sup>a</sup>”; pero yo objeté maliciosamente que mejor sería poner: “para ejercer en todo el mundo<sup>a</sup>”, habiendo sido aceptada mi proposición y... ¡se le hizo abogado del mundo!<sup>a</sup>

Don Antonio, muy ceremonioso y conmovido, me dio las gracias y yo, para corresponderle, propuse que se le dieran unas clases en la Escuela de Derecho en Tabasco; pero alguien aclaró que no había Escuela de Derecho en el estado<sup>a</sup>, a lo que contesté que de lo que se trataba, era de que Ferrer disfrutara de un sueldo como primer abogado “fabricado” y que para evitar discusiones, proponía que se creara la clase<sup>a</sup> de “Derecho sobre la vida<sup>a</sup>”, y se le diera al licenciado Ferrer.

Este proceder fue tan socorrido, que no hubo después gobernador<sup>a</sup> que no hiciera abogados, ingenieros, doctores y sabios, por decreto y creado cátedras, hasta de Derecho Estelar. José Vasconcelos “El maestro de América” es otro ejemplo.

La intriga de San Juan estaba bien dirigida, y el ejecutor, no podía ser otro que Ferrer... aunque su última y personal intención hubiera sido un fracaso.

Este sostenía ante aquella monotonía harapienta y fátelica, la necesidad de que “el ejército revolucionario, entrara a la capital, luciendo los trofeos conquistados en los campos sangrientos de batalla, en donde el pueblo soberano los pasearía en triunfo por las calles”. Y emocionado, en tono patético, para ser mejor entendido por aquellas sencillas gentes, se puso a recitar los versos de Darío:

“Ya viene el cortejo!

Ya se oyen los claros clarines.

La espada<sup>a</sup> se anuncia con vivo reflejo:

Ya viene, oro<sup>a</sup> y hierro<sup>a</sup>, el cortejo de los paladines...”

Menos que eso se necesitaba para decidir a aquella gente soñadora; y así se acordó el avance sobre San Juan Bautista, donde el reparto iniciado crecía en proporciones. Y cada revolucionario, no sería el comisario<sup>a</sup> municipal<sup>a</sup> ni el maestro de escuela, sino el jefe<sup>a</sup> político<sup>a</sup> del departamento<sup>a</sup>, el director<sup>a</sup> de Educación Pública, el agente<sup>a</sup> de Rentas, o el comandante<sup>a</sup> militar<sup>a</sup>... y sobre todo: oro, hierro y cortejo..., de los paladines.

Por cierto que las imaginaciones tropicales, desde aquel momento, veían ya, con los ojos abiertos, sus puestos públicos en el flamear de sus machetes bajo el sol tabasqueño... y cada quien se dedicó con el mayor ahínco, a conseguir una espada. ¡No quedaron en su lugar ni la espada de San Miguel Arcángel, ni los siete puñales de la Dolorosa en el templo de Cunduacán!

¡El que no alcanzó espada, se conformó con su democrático machete, al que se le dio más brillo que un espejo de reflector!

¡El poema de Darío se escenificaba como en Nicaragua, en todo su esplendor en México!...

El Ejército de la Chontalpa, emprendió la marcha hacia la capital del estado<sup>a</sup>.

Era aquel un abigarramiento extraño y fantástico. Cada jefe se dedicó a buscar la mejor vestimenta que pudo, en iglesias, sastrerías y teatros, lo que nos hacía parecer un coro de ópera después de saquear el vestuario.

Tres mil hombres marchaban a través de la selva tabasqueña rumbo a la glorificación que los esperaba en San Juan.

En todo el camino, nuevos contingentes se nos iban uniendo. Grupos de revolucionarios, reforzaban a cada paso la columna que crecía en número y algazara. La miseria, hambres, marchas forzadas, derrotas, se esfumaban en la noche del olvido. Sólo el triunfo vivía en las mentes. La tragedia quedaba atrás.

Los rumores de las voces, los cantos de algunos grupos, hacían olvidar las fatigas de una campaña

que recorrió toda la gama de los horrores humanos, y, realizó también, todos los actos heroicos.

Era el triunfo; la paz conquistada con el esfuerzo y el valor de los hombres, que un día se decidieron a ser libres y a vivir como seres humanos, sin encomenderos, y con escuelas y tierras para sus hijos.

Con la noche y bajo un aguacero torrencial, de esos en que parece que van a caer sobre la tierra toda el agua de los mares, llegamos a Atasta, pueblecillo pintoresco que dista no más de cinco kilómetros de la capital.

Allí se nos detuvo, porque no debía deslucirse nuestra entrada triunfal a San Juan Bautista.

Dispersados por Atasta, los hombres de la columna se dispusieron a pasar la noche.

Para el general Sosa Torres, se destinó la mejor casa del pueblo.

En medio de sus oficiales, comentaba los accidentes de la marcha, cuando llegó de San Juan Bautista un grupo de revolucionarios "técnicos", "intelectuales" y "científicos", a visitarlo. Las felicitaciones cálidas, y las comparaciones con Napoleón y Alejandro, salían de todas las bocas. En el momento propicio, los visitantes iniciaron los consejos: "Era necesario que se ejercitaran actos de energía, para que las fuerzas de Domínguez, que se encontraban en San Juan, y los 'reaccionarios', se dieran cuenta de que con los de la Chontalpa no se podía jugar, ni tampoco ser débil. Ellos, en San Juan, echarían a rodar la bola de nieve, para que, lo que solamente era temor, se convirtiera en terror."

¡Era la intriga, que se desarrollaba en otro de sus actos!

Sosa Torres, hombre rudo, "pero que había leído y tenía buena letra", era el poeta de Cárdenas. Sus meses de campaña, habían realizado en él una regresión espiritual. La energía<sup>2</sup>, como acción única en los campamentos guerreros, era la muerte. No tenía otro significado.

Y en aquellos momentos, se le presentaba la oportunidad de ser enérgico.

Don Manuel Briseño, viejo empleado porfirista, estaba en esos precisos momentos en Atasta.

Briseño, que por muchos años fuera jefe de la Oficina Federal de Hacienda, tenía una cuenta pendiente con él.

Hacía veinte años —¡buena memoria la del general Sosa Torres!— éste entró un día, a caballo, a la plaza de toros de Cárdenas; llevaba un fute que, al decir de Briseño, le había sido robado. Un pequeño altercado, unas palabras de reconvención de la autoridad, y Sosa Torres se quedó sin fute. Esta era la deuda pendiente, ¡y el general se la cobraría bien!

Una escolta fue hasta la casa del ex-jefe de Hacienda. Golpes, culatazos, estrépito de maderas que se rompían, y la escolta que sale nuevamente de la casa, llevando entre sus filas al prisionero.

El cementerio bajo la lluvia, es más trágico que de costumbre. A una de sus paredes, entre injurias y palabras soces, se arrima a un hombre que tiene enfrente, un grupo de soldados. Las voces, secas, cortan el silencio nocturno.

—Preparen... Apúnten... ¡Fuego!

Un cuerpo dobla sobre las rodillas, en tanto que el oficial que mandó la ejecución, se acerca para darle el tiro de gracia. Buscando la sien, el farol que lleva el oficial ha enviado sus luces sobre una mano que se flexiona hacia la cabeza. En ella, brilla algo: es un brillante de cinco quilates que en el anular del muerto, fija un anillo de oro. Y esto es más importante, que darle el tiro de gracia.

Hace un esfuerzo el oficial por sacarle la sortija del dedo que se contrae en los estertores de la muerte. Ésta<sup>3</sup>, aumentaba más la contracción. En un arranque de violencia, el cuchillo del oficial cercena la mano y luego el dedo. Por fin, es dueño de la alhaja.

—¡Ah!, se me olvidaba...

Y cuando está para mandar a sus soldados: "De frente, mar..." recuerda en que se iba ya sin darle el tiro de gracia a don Manuel Briseño. Se vuelve, tranquilamente; apoya el cañón de la pistola sobre la cabeza, y suena el disparo.

—¡Vámonos, muchachos!

Las voces se alejan en la noche, en tanto que la lluvia, pertinaz y fría, sigue cayendo.

Amaneció el día fúlgido. Cerca de las bardas del cementerio, sobre un charco de lodo sanguinolento, flotaba el cadáver.

La justicia del general Sosa Torres se había cumplido, en un hombre que, veinte años antes

—veinte años! — le había quitado, por equivocación, un fute que decía ser suyo.

Así son la pasión y la justicia en el trópico.

## La noche de San Juan

A pesar de nuestro triunfo, el proletariado tabasqueño había permanecido quieto, sumiso a sus antiguos amos, volviendo a colocarse de nuevo las cadenas de la esclavitud en los centros de trabajo. La reiterada experiencia de revoluciones anteriores, en las que habían prodigado su sangre, para ser, después del triunfo, otra vez piltrafa que el amo explotaba, les había hecho cautos. En sus ensoñaciones de libertad, se conformaban con gozar de ella en los días, semanas y meses, en que con el rifle en la mano, imponían su razón y sus pasiones. ¡Ya sabían que el triunfo significaba el retorno al yugo del capataz, en contubernio con las autoridades!

¿Los jefes? ¡Ya los conocían! Cada uno se colocaba el “águila” o las “estrellas” en el tejano, se instalaba en las ciudades, y comenzaba a servir a los poderosos del dinero que por siglos de siglos habían esclavizado al pueblo, de abuelos a padres, de padres a hijos, de hijos a nietos; ¡y así por décadas y centurias...!

Pero... ¿Por qué en esta ocasión no había de ser distinto? Una nueva luz y una nueva esperanza habían prendido en los cerebros de aquellos hombres, que fabricaban la riqueza de los amos de Tabasco: en la selva, los pantanos, los ríos, las ciudades y en las “playas” (praderas) de ganado.

Hombres salidos de las entrañas proletarias, habían logrado altas graduaciones en el Ejército Revolucionario... y ellos no se olvidarían de sus hermanos.

Allí estaban Sosa Torres, José María Jiménez, Gil Morales y algunos otros, que también salieron de la gleba, que habían sufrido azotes, persecuciones, miserias y hambres; habían perdido a los suyos, o que vieron de cerca la muerte. En ellos sí podían tener confianza. No serían como los otros “catrines” que en épocas anteriores... y aún en éstas, se proclamaron jefes de la Revolución.

De ahí, que, al extenderse por la zona de Cunduacán la noticia de que aquellos habían salido con destino a San Juan Bautista, al frente de sus

tropas, se fueron despoblando los campos, las rancherías, haciendas, villas y las ciudades. Grupos, pequeños unos, numerosos otros, se desprendían de todos los poblados, para unirse, al paso del ejército victorioso, en su marcha hacia la capital.

¡Por fin, era la libertad!

Las masas tienen un instinto y una perspicacia mayores, que la del más sagaz político.

No tenían confianza en el general Domínguez, porque sabían que había sido capataz y dueño de monterías; ni en Colorado, porque pertenecía a una de las familias acomodadas de Huimanguillo, aunque era el más sincero de todos; ni en Green, que era terrateniente; ni en aquel ni en este, ni en el de más allá, porque sabían que todos eran criollos de la clase media que siempre estuvieron en contacto, o al servicio de las clases privilegiadas.

Pero Sosa Torres, Gil Morales y Jiménez, eran parias, rebeldes de su clase, gentes capaces de hacer justicia, como ellos la entendían; por eso los sirvientes abandonaron las fincas, para unírseles. Los antiguos esclavos de las rancherías, pueblos y ciudades, en masa compacta, formaban la caravana interminable que blanqueaba en los caminos, cargando con hijos raquíticos, sus míseros enseres, y famélicos animales domésticos, como si fueran a la nueva tierra de promisión.

¡Era el éxodo de la prometida patria con justicia y libertad!...

En Atasta, se nos comenzaron a unir estos contingentes, y arremolinándose en derredor de nuestras fuerzas emprendieron la marcha a San Juan Bautista, donde serían glorificados, según el decir de los políticos.

En la capital, se habían levantado arcos de triunfo con palmas de coco, ramas de laurel de Indias, banderitas de papel tricolor y retratos de héroes.

El ejército de la montonera mezclado y confundido con el proletariado rural y ciudadano, se había convertido en una muchedumbre desordenada que hacía irrupción por las calles de San Juan Bautista, en forma tumultuosa.

Espesa, clamorosa, victoreante, sudorosa y frenéticamente alegre en largos tramos, se apretaba en estrechas filas, al acercarse a cada uno de los

---

arcos triunfales, para pasar precisamente por debajo de ellos, jendeblo símbolo de triunfo!

Había que ver los esfuerzos de los soldados por llevar un aire marcial y digno, cuando pasaban bajo cada uno de dichos arcos, se echaban el arma en bandolera, para con la diestra sacar el machete, y saludar en alto, hacia el retrato de Madero o de Carranza, que coronaban la cúspide de cada arco.

Aquellas reverencias tan espontáneas<sup>b</sup>, tan ingenuas<sup>b</sup>, a través del tiempo, parecen ridículas, pero en aquellos momentos eran conmovedoras. Yo mismo, al pasar por debajo de un arco, todo apretujado por una muchedumbre de infantes, por mandato del contagio, saqué el machete; pero al reaccionar, no sabiendo qué hacer con él, lo azote en las ancas de mi bruto que continuó inmóvil por el apretujamiento.

Bajo el sol flameante, la multitud sudorosa y enronquecida, llegó a la plaza principal. Este era el lugar destinado a la apoteosis. Allí escucharíamos a los oradores que cantarían nuestras acciones heroicas.

Comenzaba la labor de los políticos.

El primero, Santamaría, atildado, fino, sutil, castizo, al grado de intercalar periodos completos del Quijote en su peroración.

Martínez de Escobar, vibrante, fogoso, entusiasta y vivaz, con su manía de citar episodios de la Revolución Francesa.

Ramírez Garrido, con ese “no sé qué” del orador popular que electriza, sacude y hace estallar en gritos a las multitudes. Era el más radical, el más fogoso y el más anticlerical.

Antonio Hernández Ferrer, como conferencista eclesiástico, opaco pero de gran intención. Su palabra no arrancaba el aplauso, pero sí hacía mover la cabeza, no provocaba gritos de rabia, pero sí contracciones de los músculos faciales en muecas de dolor y de disgusto.

Los oradores que habían hablado mucho y largo, de destrucción, de venganza, de justicia popular, de reivindicación de derechos; exaltaron a las multitudes en grado máximo, despertando odios dormidos para azuzar deseos frenados largamente. Cálido, al rojo blanco el ambiente, las manos nerviosas y agitadas los espíritus bajo aquella tempestad desencadenada, vino lo que era

irremediable que sucediera: el saqueo, la destrucción, la matanza, el desbordamiento de las pasiones y de los odios, sembrados y cultivados por años de explotación, de injusticia y de horror por los poderosos...

Y allí estaban ellos; sus mansiones, sus hembras; sus tesoros, sus hijos que heredarían, después, todo el poder que había de continuar exprimiendo la miseria popular...

Y así se desencadenó la tormenta... Primero fue una casa, luego otra y otra...

Mientras las horas pasaban, el tumulto crecía más y más, hasta hacerse incontenible, los mismos que lo habían provocado, tenían miedo de él. Del saqueo no había más que un paso al incendio y al asesinato. Una mirada rencorosa, una palabra mal interpretada, eran suficientes para que la pistola o el “30-30” dejaran oír su estampido, o el machete rubricara con un relámpago de luz el aire, haciendo brotar en chorro cálido y rojo la sangre enemiga.

El tumulto cobró proporciones. En las calles, los grupos encendidos de odio, embriagados por el aroma bárbaro de la pólvora, asfixiados por el humo de los incendios, las manos y las ropas salpicadas de sangre, vengaban viejos agravios en los amos esclavistas, bárbaros, perversos, asesinos y ladrones.

La memoria recordaba; volvían de nuevo aquellos hombres a vivir los días y las noches, en que sufrieron azotes, o en que fueron martirizados en las cárceles; en que vieron a sus hermanas y a sus mujeres arrancadas de los hogares para saciar la sensualidad de los amos y cada quien, acompañado del grupo de sus amigos, se dedicó a buscar al que un día lo agravio. No se perdonaba a nadie, ni por el tiempo transcurrido, ni por la pena pagada.

Algunos falsos revolucionarios, que al principio fueron respetados, ya entrada la noche, pasaron a ocupar su lugar de víctimas, los que habían engañado a las multitudes en anteriores ocasiones, fueron también perseguidos en las sombras nocturnas y acribillados a tiros. No se salvaba ningún explotador o perverso, por haber entrado con los triunfadores. Todo el que tuvo una deuda —la más pequeña— la pagó. El proletariado saciaba su sed de venganza, sin miramientos humanos.

Quien ha pasado por estas crisis, sabe de las injusticias que comete la ira popular cuando se desborda, y el pavor que infunde la anarquía en la

---

misma masa, que se entrega como un cordero a la primera fuerza organizada que trata de imponer el orden.

La velada que debía efectuarse en el teatro<sup>a</sup>, tuvo que suspenderse porque nadie concurrió a ella. El miedo había alcanzado las angustias del pánico, y el que tuvo una casa en donde resguardarse, no la abandonó.

Serían las diez de aquella noche trágica. Envuelta en el humo espeso de los incendios, resonante de disparos e imprecaciones, la ciudad, continuaba viviendo una pesadilla horrible.

En la casa del coronel Jiménez charlaba con él, cuando se le presentó un ayudante del general Green. Venía a suplicarle, en nombre de su jefe, que le devolviera a la mujer y a las dos hijas de un su amigo, que acompañaba al oficial.

La sorpresa que nos invadió, no tuvo límites, pues el coronel Jiménez no se había movido de la casa, desde que entró en ella después de los discursos, ni había ordenado tal acto.

Después de haberse hecho repetir la orden por dos veces, Jiménez montó en cólera. La ira congestionaba su rostro. Apenas podía creer que alguien tomara su nombre para cometer un atentado de esa naturaleza. Sacando la espada pretendió flagelar a los recién llegados, pero yo intervine calmándolo, al asegurarle que era mejor demostrar con hechos que se trataba de una infamia. Los invité a todos a que pasaran al interior de la casa, para que se convencieran y me convenciera yo mismo, de que no estaban allí las personas a quienes buscaban.

Cuando se despedían, otro correo del general Green, se presentó trayendo la orden, nuevamente, de que Jiménez devolviera a la madre, y a las dos hermanas del mismo personaje.

Ante aquella pretensión que envolvía nueva injusticia propuse a Jiménez salir con una escolta a fin de esclarecer la verdad, e investigar quienes eran los que estaban tomando su nombre para sacar de las casas mujeres que les gustaban; pues ya el populacho no se conformaba con saquear, destruir y matar a quienes consideró enemigos, sino que había inventado el nuevo sistema de venganza, atropellando a las familias donde hubiera una mujer bonita.

Los soldados, en su mayoría, cansados de las últimas jornadas, se encontraban en un estado tal de ánimo poco propicio para estas fechorías; pero el populacho no. Frenético había saciado su codicia, la sed de sangre; pero le faltaba saciar su lascivia.

El trópico volcaba sus odios. En una hora, quisieron vengar todos los agravios recibidos de los hombres, de la naturaleza, y de ese Dios justiciero que se había olvidado de ellos. Y esa venganza la llevaban a cabo con toda la pasión que habían puesto en su sangre, el sol ecuatorial tabasqueño, la lujuriosa vegetación, los pantanos, la malaria, la esclavitud y la injusticia que se hiperestesia<sup>b</sup> en el trópico.

Recomendé al coronel Jiménez ser implacable con los que así estaban procediendo, por el poco conocimiento que tenía de la psicología humana.

Nuestro paso por las calles de San Juan, fue marcado por una hilera interminable de muertos y una liberación de mujeres de todas edades y categorías sociales, pero no lográbamos encontrar a las personas que buscábamos.

Por todas partes, escuchaban el grito:

—“¡Ahí viene Jiménez matando...”!” a cuyo enunciado cada quien soltaba su presa para correr desolados por las calles, en donde eran cazados sin piedad.

¿Justos? ¿Pecadores?

¡Sabe Dios!

Las balas se repartían por igual; y a Dios se dejaba la tarea de escoger a los muertos.

Dábamos vuelta por una esquina, cuando oímos, estruendosas carcajadas. Nos acercamos al grupo, y nadie corrió. Dos mujeres jóvenes, reían nerviosamente. Nuestro acompañante las reconoció como sus hijas. Su mujer, las acompañaba llorando. Los hombres que habían ultrajado a estas inocentes, permanecían inmóviles. Con arrogancia y valor, se enfrentaron a nosotros, y preguntaron por el coronel Jiménez. Al contestarle, él en persona, a gritos y entre carcajadas, le dijeron que habían tomado su nombre para vengarse de aquella familia que, valiéndose del general Green, había matado a un hermano suyo, porque éste años antes, había raptado a una de las doncellas; que ellos habían cumplido con su deber vengando esa muerte; y, por último, que no les importaba morir, porque después habría quien a su vez los vengara.

A culatazos fueron arrimados a la pared. Se les formó el cuadro, rápidamente; y el esposo y padre agraviados pidieron mandar el pelotón que debía ejecutarlos.

Y aquellos tres hombres cayeron pesadamente al suelo, sin un asomo de arrepentimiento o de dolor mientras las dos jóvenes histéricas continuaban riendo y la madre lloraba la deshonra y desventura de sus hijas.

Más adelante, nos encontramos con otro grupo que se llevaba a la madre y a la hermana del mismo personaje. Los responsables eran dos individuos que no hablaron; espontáneos, se pusieron de espaldas a la pared, y esperaron serenamente la muerte que llegó instantánea con el tronar de los "30-30" de nuestra escolta.

Entre el grupo de mujeres rescatadas, se encontraba una española, por cuya boca, salían las obscenidades más grandes. Antes de ejecutar a los raptos, esta mujer nos pidió permiso para acercarse a sus verdugos, y los abofeteó, los pateó y los injurió, hasta que fue retirada del lugar.

Volvieron a sonar los fusiles.

Tendidas las víctimas en el pavimento, y cuando el oficial que debía darles el tiro de gracia amartillaba la pistola para cumplir ese deber, la española se acercó a uno de los cadáveres, se arremangó las enaguas, y le orinó la cara. Un soldado, con una linterna que daba una tenue luz, alumbraba la escena, entre sonriente y trágico.

El moribundo, en su último estertor, movió la cabeza, rozando con su nariz a la señora. Ésta<sup>b</sup>, con un marcado tono españolísimo, prorrumpió en un:

—¡Rediez!; ¡el muerto me ha mordido!...

Quiso correr, pero le faltaron las fuerzas y se desplomó.

Se dio el tiro de gracia a los fusilados, pringando con su masa encefálica a la señora. Al pretender atenderla, se vio que estaba muerta. Allí se quedó haciendo compañía a sus violadores.

Otra mujer secuestrada también dijo: muy quedo:

—La blasfema ha muerto. Dios mío, ten piedad de ella—. Y se hincó a rezar.

Como nuestra misión había terminado, nos dirigimos al cuartel más cercano, que era el de José

Preve, y le ordenamos que mandara escoltas para recoger a los muertos y tirarlos al río.

La lluvia, que en aquellos momentos caía torrencialmente, se encargara de borrar los últimos vestigios de los crímenes que cometimos aquella noche.

Preve, altanero como todos los federales, pretendió oponerse a la orden, pero el cañón de la pistola de Jiménez, lo convenció fácilmente de la necesidad de ser dócil con los superiores.

Tras de la patrulla, salimos del cuartel, convenciéndonos de que el río, arrastraba en su curso, indiferente, grupos de cadáveres que se arremolinaban en los manglares de las orillas.

Inmediatamente nos encaminamos al cuartel de Jiménez, y ya me despedía de él, cuando me dijo:

—Oiga dinamitero: vamos a repartirnos nuestro botín.

Pero yo no sabía, ni alcanzaba a comprender de qué botín se trataba, y fue grande mi sorpresa al penetrar con él a una espaciosa sala, donde me encontré con que un gran número de las mujeres aparentemente libertadas, se encontraban a su disposición.

¿Cómo lo había hecho? Quién sabe; yo no me había dado cuenta de la maniobra.

La experiencia de Paraíso, me hizo comprender que mejor era pedir mi parte en especie, que oponerme, y exigí la mitad.

Sin regateos, fuimos escogiendo: primero él, una; después yo, otra, y así sucesivamente hasta que salí con mi escolta de mujeres.

Jiménez, bromeando, me decía:

—¡Haga su testamento de una buena vez!...

—¡Usted será mi heredero universal! —fue mi respuesta.

A dos cuadras de mi cuartel, reuní a "mis" mujeres y les dije que podían marcharse a sus casas. Algunas que vivían cerca, me suplicaron acompañarlas a su domicilio y así lo hice. Las demás, se fueron solas, y únicamente una no quiso desprenderse de mí. Al preguntarle la causa, me respondió que ella me explicaría en mi casa las razones que tenía para hacerlo.

No tuve inconveniente, y así caminamos calle abajo.

A punto de llegar, dos hombres forcejeaban con una bellísima mujer, a la que habían sacado de una casa cercana. Mi ayudante, al verlos, lanzó el grito.

—¡Ahí viene Jiménez!...

A su voz emprendieron la fuga.

La mujer rescatada, era una de esas bellezas tropicales de pálido semblante y ojos perturbadores. Al darme las gracias por el rescate, descubrí en su voz cadencias tan armoniosas, que me subyugaron, y la acompañé hasta la casa de sus padres, quienes calurosamente agradecieron mi intervención.

Me había olvidado de mi compañera, pero al regresar sobre mis pasos, la encontré esperándome y juntos llegamos a la casa.

Una vez dentro, me puse a sus órdenes; y ella comenzó su relato largo y apasionado, con marcado acento asturiano.

—Un pariente mío, de los más ricos de San Juan, se casó conmigo en España sin saber yo que estaba enfermo. Hicimos el viaje de bodas a Francia, y de allí nos venimos a Tabasco, donde he sido una mártir de ese hombre, y de mi temperamento. El triunfo de la Revolución nos sorprendió aquí y a pesar de mis temores, el hombre no quiso abandonar sus negocios, para ponerme a salvo. Llegó esta noche, y como soy joven y esposa de uno de los explotadores de este pueblo, se me arrancó a viva fuerza de la casa, sin ser defendida por mi marido. La intervención de usted fue providencial, pero no tanto, porque yo creía que había llegado el momento de que... yo hubiera podido ser mujer. Sepa usted que soy tan virgen como cuando salí de la casa de mis padres, y no estoy resuelta a volver a mi casa en el mismo estado.

El caso era grave para la conciencia de un puritano. Pero yo era un hombre descarriado; mis escrúpulos no podían llegar hasta ese extremo. Me creí, como revolucionario, obligado a satisfacer a aquella mujer consumida por su propio temperamento.

En septiembre de 1939 moría en Iríu (España) a los 21 años de edad, el único hijo de esta dama, peleando, hasta el último reducto de la república española, por la libertad y la democracia.

Este incidente, trajo otro aparcjado.

La última señorita a la que salvé del oprobio, era tan bella, que al verla de nuevo el día siguiente a la luz del sol, sentí que su hermosura cobraba relieves insospechados, que me hacían amarla. Comprendí que mi estado de salud no podía inspirar cariño, pero yo procuré desde ese día estar cerca de ella.

Notando las ansias que tenía de decirme algo, un día que nos dejaron solos, la interrogué; ella precipitadamente, como temiendo no acabar de decirme lo que deseaba, me preguntó a su vez:

—La señora que venía con usted, ¿era la española doña fulana de tal?

—Señorita, conmigo no venía nadie; pero si así hubiera sido, no es de caballeros revelar los nombres de las damas que con ellos andan...

—No es curiosidad —me respondió. Mi situación es muy difícil. Yo vi que ella era la persona que le digo. Como aquí hasta las paredes oyen, saben bien todo lo que usted hizo y lo que pasó esa noche, pero suponen que hubo otra víctima que sospechan fui yo.

Bueno, si yo he sido el culpable de una mala inteligencia, estoy dispuesto a reparar mi falta.

—¿En qué forma?

—¡Casándome con usted!...

—¿Y usted cree que así se reparará?

—¿Por qué no?...

—¿Pero usted piensa que yo voy a admitir un casamiento por reparación?... voy a atormentar mi vida con la falta de amor...

—¡Lo hay y lo habrá!...

—¡No! ¡No puede haberlo!...

Entonces, como en un espejo, vi mi cara cadavérica, mi cuerpo hecho un esqueleto viviente, y una enfermedad que me roía interiormente...

Cortés, me despedí, y vi por última vez aquellos ojos dulces que me miraban con asombro y compasión.

## Una velada diurna

La velada literario-musical suspendida la noche trágica del saqueo, se llevó a cabo a la mañana del siguiente día.

En el teatro, nos dimos cita todos los revolucionarios, a escuchar trozos de música selecta, discursos políticos y recitaciones por niños de las escuelas municipales.

¡Una velada pueblerina clásica, en todos los órdenes!

Exceptuando la música, de todos los demás números manaba a raudales el odio y la venganza. La multitud rugía en las galerías y pasillos.

Conforme entraban los generales, eran recibidos con dianas y vítores contestados únicamente por sus oficiales y amigos. Cada uno llegaba rodeado de su numeroso Estado Mayor, que vestía los más estrafalarios uniformes. Por lo común, éste consistía en zapatos de color, polainas negras, pantalón de montar, blanco o de color, chamarra de seda de detonante colorido, sombrero de quesadilla con las insignias al frente, canana cruzada sobre el pecho, cinturón repleto de balas rodeando la cintura, y, pendiente de él, dos pistolas y una espada; entre la bota y el pantalón, un puñal, y el "30-30" en bandolera.

Pero no eran ellos los únicos armados. Los espectadores portaban rifles y machetes. Su gritería atronaba la sala del teatro<sup>a</sup> y calentaba el local donde en breve se comenzó a sentir un calor sofocante que obligaba a desabrocharse la camisa.

Los refrescos y los dulces, circulaban de mano en mano en todas las localidades, y voces que se cruzaban en todas direcciones, pedían que les trajeran una limonada, que se llevaran una botella vacía, o que no se quedaran con el vuelto.

Abigarrada y parlante, aquella multitud hacía fiesta de todo, y más le interesaba lo que ocurría en la sala, que los números del programa.

Tal vez, debido a esto<sup>b</sup>, todo parecía deslizarse tranquilo y encauzado, pero la tragedia acechaba detrás de aquella pacífica "nota de arte" como dicen los reporteros provincianos.

Una señorita apareció en el foro y su belleza conquistó el aplauso de la concurrencia. Cantaba una romanza titulada "Non m'ama piu", por lo que nos desencantó un poco. A mitad del número, el general Sosa Torres, en voz baja, me pregunta:

—¿Qué canta esa chamaca?

—¡A lo mejor se está acordando de la familia en italiano!... —respondí en tono de broma.

—Con razón me estaba sonando en el "regorgollín" de los intestinos, eso de "Non m'ama piu". Ya verá la... la torcida que le vamos a dar.

Haciendo un guiño con los ojos, ordenó a un oficial. Éste<sup>b</sup>, cogió inmediatamente cuatro

soldados, y pasando por entre las butacas, subió al escenario, comenzando un forcejeo con la infeliz diva, quien, sin dejar de cantar, se defendía, de lo que se imaginaba un rapto.

El público, regocijado, aplaudía frenético "la pantomima". ¡Aquella sí tenía teatralidad, sabor!

En este momento, hace su aparición en el escenario Ramírez Garrido, quien interpela al oficial. Este contesta en voz alta, y el público se da cuenta, de que la van a fusilar... ¡porque nos estaba insultando...!

Entre los aplausos de la multitud que creía estar frente a la representación de un sainete, continúa interrogando Ramírez Garrido, a quien el oficial responde:

—Es orden del dinamitero, que sabe más que usted!

Entre tanto, el forcejeo continúa, con acompañamiento de romanza, y Ramírez Garrido opta por acercarse a mí y preguntarme si no conocía la romanza que se cantaba.

Los genizaros, entre tanto, consiguen arrastrar a la cantante, quien con la cabeza echada para atrás, y haciendo resistencia con manos y pies, continuaba cantando en los pasillos del teatro, como en un "mutis" célebre.

Las bromas con los generales de Tabasco, eran difíciles, porque podían interpretarse como tomadura de pelo, decidiendo de la vida del más pintado. Por eso, tuve que usar de cierta estrategia para no herir la susceptibilidad del general Sosa Torres. En voz alta, manifesté a Ramírez Garrido, que solamente se trataba de una broma que el general había querido dar a la muchacha, para ver la cara que ponían los demás generales.

—¡Ya está bien de broma, mi general. Mire la cara de susto que tienen los catrines!

Entre tanto, los pretorianos seguían arrastrando a la infeliz dama, y ella continuaba cantando. La música la seguía acompañando, y la pobre, en sus esfuerzos incomparables, por no perder ni una nota, se retorció pretendiendo escapar de sus custodios.

Sosa Torres ordenó que la dejaran en libertad, y la víctima de este tonto incidente, regresó al escenario, pálida y desencajada, en donde la multitud, rugiente de entusiasmo, le pidió que cantara "la Cucaracha". Ella, llena de terror, cantó

nuestros sonos guerreros de manera pésima pero estas notas tenían la virtud de entusiasmar a las multitudes revolucionarias; y aquella, que no era distinta de las demás, coreaba a la cantante y aplaudía a rabiar.

Así, salió del paso.

Intensamente contrariado por el incidente, Ramírez Garrido subió a cumplir con su número del programa.

Fue cuando pronunció su célebre “discurso griego”. Le llamamos el “discurso griego”, porque, aunque él no habló más que metafóricamente del sentimiento de lo bello en Grecia, aquello trajo consecuencias trágicas.

En uno de sus períodos, entusiasmado, aseguró que los griegos tenían tan alto concepto de la estética, que en su seno nunca admitieron hombres contrahechos o defectuosos; admiraban la belleza, y ésta no se manifiesta en los cojos, tuertos, mancos, jorobados o ciegos. A éstos, los mataban, para que no reprodujeran sus defectos físicos, en los hijos que habían de dar a la patria<sup>a</sup> helénica.

—¡Tenían esta sabia costumbre! —afirmaba con calor—. Y si esto hacían con los defectuosos físicos, nosotros debemos imitarlos con los que tienen defectos espirituales, que son peores que los primeros, debemos hacer lo mismo con los reaccionarios, que son defectuosos morales, procurando no dejar ni la semilla, para que mañana no den hijos en los que hayan reproducido sus lacras mentales...

Esto fue lo que dijo, y si no lo dijo así, lo entendieron muchos de este modo.

Los aplausos acallaban a cada momento al orador que enardecía a las multitudes en aquellos días, con verbo cálido y sincero.

Continuaron otros oradores, y al fin terminó aquella “velada diurna”.

Comentábamos regocijados los incidentes de ella, camino de la casa del general, cuando, de repente se acercó al grupo un jorobado, pidiendo una limosna. Se detuvo el general, y nosotros con él. Tomando la pose del orador, exclamó:

—Como los griegos que tenían un alto concepto de la belleza, y no podían soportar la presencia de hombres contrahechos, mataban a los mancos, a los

cojos y jorobados, así nosotros debemos dar muerte a este “tal por cual” para que no nos deje su herencia maldita... —Y sacando la pistola, le hizo un disparo, dejándolo tendido en el suelo.

Festearon lo hecho los oficiales y soldados que iban con nosotros, y se dispersaron por la ciudad para acabar con los contrahechos... como hacían los griegos; pero tuvieron buen cuidado de no mirarse al espejo para no tener que suicidarse después.

Minutos más tarde, me encontraba a Ramírez Garrido entre un numeroso grupo de personas; y en tono amigable, quiso reprocharme la broma de tan mal gusto que había dado en el teatro al general Sosa Torres y a la diva del “Non m’ama piu”; pero como estas cosas podían trascender dándoselas una interpretación que me habría creado una situación difícil, corté la ruta de la conversación que ya se hacía insidiosa, echándome toda la culpa de lo sucedido y declarando que me hallaba arrepentido de mi proceder; pero aprovechando la oportunidad para devolver el golpe lo recriminaba, también en tono amistoso, de que su discurso hubiera sido culpable de que todos los contrahechos de San Juan Bautista, fueran ya cadáveres a esas horas.

—¡Imposible! —decía Ramírez Garrido—. ¿Estos bárbaros son capaces de eso? ¡No, no puedo creerlo!...

—En la esquina hay uno... puedes verlo...

—Pero si yo no he dicho eso...

—Bueno. Tú no lo dijiste, sino los griegos, pero ya tu capital no contará con más contrahechos...

—¡Qué bárbaro... qué bárbaro!... —repetía sin cesar.

—No hagas alardes de que se alarma tu conciencia. En esta forma se entienden los discursos de los políticos; y son culpables quienes, sabiéndolo, explotan y estimulan el primitivismo de las gentes sencillas; las que al interpretar las palabras se llenan de oprobio y de sangre... Afortunadamente para tu conciencia, no es el caso tuyo, que hablaste usando de una parábola, que no entendieron en su significación revolucionaria... porque si la entienden, en esta ciudad, no hubiesen dejado títere con cabeza al querer sanearla de los defectuosos morales.

Una broma, un discurso, un incidente, bastaba para provocar una o muchas muertes en aquellos días. Se vivía en una era de terror, y teníamos que

ser lo suficientemente fuertes para soportarla, aunque a momentos se obraba con la inconsciencia de un demente.

Cuentan que desde aquel día, Ramírez Garrido no puede ver a un individuo impedido sin darle una limosna; y la costumbre está tan arraigada en él, que forma hábito. Un día que fue a pedir órdenes al ministro<sup>a</sup> de la Guerra, que lo era el general Obregón, notando que le faltaba un brazo, saca una moneda de cobre y se la puso en la única mano, que le tendía para saludarlo...

El ministro<sup>a</sup>, con ese gracejo pronto que lo caracterizaba, al tomar la moneda, la miró, y al guardársela le dijo:

— Es poco para conseguir un favor... pero como amuleto no tiene precio.

...Y cuando fue presidente<sup>a</sup> de la república<sup>a</sup>, lo hizo director<sup>a</sup> del Colegio Militar, y general.

También se ha convertido en partidario, amigo, defensor y guía, de los fenómenos amorales que atropella en su camino de político... ¿Piedad o remordimiento?...

## El banquete

La mesa estaba servida en un amplio salón, y cada quien tomó asiento en donde le vino en gana.

En los manteles, flores sobre hojas mustias de higuera, que daban una impresión desoladora. Copas servidas con aguardiente, botellas de vinos rojos, blancos y de cerveza, distribuidas frente a los asientos, pretendían impresionar en el sentido de que aquello era la mesa de un banquete.

La comida comenzó, por su orden natural.

Eran pocos los que sabían conducirse con los cubiertos, pero no había uno sólo que no lo intentara. Las cucharas fueron las primeras en hacerse a un lado. El caldo, era bebido en los bordes del plato, que tomaban con las manos. La sopa usó del vehículo de los dedos para llegar a la boca.

En cualquier mesa medianamente decorosa, esto hubiera causado asco; pero ya nosotros estábamos acostumbrados al espectáculo. Hombres que habían pasado meses bebiendo lodo con agua y usando la de los pantanos para confeccionar las comidas; que comían carne con gusanos o cola de lagarto; tortillas elaboradas por mujeres enfermas de tuberculosis, sífilis, o del horroroso mal del pinto... Tenían el

estómago demasiado fuerte para soportar todo y realizar las mayores porquerías imaginables.

Las aves, eran tomadas por las patas, las alas y el cuello: y al grito de: ¡uno... dos ... tres! cada quién desprendía el miembro que tenía cogido, dependiendo de la habilidad de tirar de él, el que la pieza fuera con la mayor cantidad de carne.

La salsa era vaciada directamente del platón de servicio al plato del comensal, quien recogía con el dedo índice las gotas que quedaban pendientes, introduciéndoselo luego a la boca, para chupárselo con fruición.

La cuchara era el instrumento de menos uso entre los concurrentes.

La carne, todavía sin cocer, durísima, empezó a servir de proyectil entre los oficiales de menor graduación. Pero, a poco no quedó coronel y hasta algún general, que no hiciera lo mismo, entablándose un tiroteo coreado por los gritos y carcajadas de comensales y espectadores.

El vino y la cerveza, indistintamente, eran bebidos a "pico de botella" pasándolas luego a los vecinos "por cordillera".

Los politicastos de San Juan, desacostumbrados a estas escenas, comenzaron a cuchichear, hasta que se le ocurrió a uno de ellos que debería terminarse el espectáculo con los brindis. Alguien se acercó al general Green, para pedirle la designación de quién debería tomar la palabra y ofrecer el banquete. Inmediatamente, fue nombrado el que procuró sentarse a su derecha, que es considerado en esos lugares como el de más confianza.

El hombre se puso en pic, hinchó el pecho, paseó una mirada desafiante a lo largo de la mesa, pidiendo silencio, sonaron los cuchillos y tenedores sobre las botellas y vasos, y aquel hombre, poseído del genio tropical de la oratoria, comenzó una peroración, en el más solemne tono de oficiante máximo.

—Ciudadanos armados: Cábe me la alta e innecesaria satisfacción, de ser el portavoz del pueblo revolucionario de México, que quiere rendir pleitesía en esta ocasión, a los excelsos méritos, a las virtudes cívicas del pueblo tabasqueño, cuyos más genuinos representativos se encuentran reunidos en este momento, para celebrar el triunfo de las gloriosas tropas que derramaron su sangre en

los campos de batalla para fecundar la simiente del ideal revolucionario...

Por ahí continuó el orador, arrojando las palabras más ditirámicas a los hombres de su capilla política, y haciendo comparaciones poco felices que motivaron siseos.

Todavía no se sentaba el primero, cuando se levantó otro que no se había podido sentar a la derecha para repetir el ofrecimiento. Ahora, en nombre del proletariado universal. Habló de todos los héroes de la patria<sup>a</sup>, desde Miguel Hidalgo hasta Lerdo de Tejada, sin despreñar a Morelos... ni a Narciso Mendoza, "el niño artillero"... Cada uno de ellos, tuvo su paralelo con los generales y políticos presentes.

El tercero, otro rezagado, ofreció el banquete en nombre del universo. Tomando proporciones estelares en su oratoria, aseguró "que así como alrededor del sol giran: Mercurio, Venus, Saturno, Neptuno, Urano, la Tierra, así en torno del general don fulano de tal, giraban los astros de primera magnitud que habían luchado con heroicidad nunca vista por las estrellas, en los milenios que llevaban encendidas en las negras sombras de las noches tropicales. Que la Vía Láctea, asombrada, contemplaba a este puñado de valientes...

El siguiente, no podía quedarse atrás en esta justa de ignominia, y arrastrando por los cabellos a Gengis Kan, a Alejandro, a Nabucodonosor y a Filipo de Macedonia terminó con Napoleón Bonaparte, para llevar al ánimo de los oyentes, la sensación de que estaban sentados a la vera de los Dioses del Olimpo, en aquella ocasión.

Los que hacían de "Hebes", escanciaban a todo pasto el habanero..., mientras él continuaba:

—Los grandes capitanes, muertos para su desgracia deben estar presentes en esta hora solemne y magnífica, escoltando a nuestros generales, de quienes Marte —el dios<sup>a</sup> de la guerra de los antiguos romanos—, no desdeñaría venir a tomar lecciones de valentía... para retornar al Olimpo a enseñar a sus legiones cómo se combate en Tabasco...

Una voz adulatoria, se alzó al otro extremo de la mesa, pidiendo que hablara el general Green. Éste<sup>b</sup>, modesto, designó a un amigo suyo para que lo hiciera en su nombre.

El hombre, posesionado de la importancia de su papel, habló, "en nombre del gran soldado que pasó por las llanuras tabasqueñas, como un rayo de la guerra: valiente entre los valientes, y que, en lo sucesivo, tomaría las riendas del gobierno<sup>a</sup>, para enseñar al mundo cómo se hace la felicidad de un pueblo"; y terminó dando las gracias en nombre de su poderante.

¡Ya creía haber ganado la Secretaría General de Gobierno!

Si los oídos estaban pendientes del orador, los ojos naturalmente, no se despegaban del general Green, quien, hinchado con tantos atributos, se movía lentamente en todas direcciones, subrayando con sus ojos, las afirmaciones del orador como diciendo:

—¡Ese soy yo!

Después, el público pidió que hablara otro general, quien también delegó sus facultades en otro de los que habían hablado. Este no dejó adjetivo encomiástico que no usara para hablar de aquel que lo había autorizado únicamente para que diera las gracias.

El hijo de Marte, avaramente, recogía con la mirada los aplausos que se le prodigaban, después de cada período, y parecía colgárselos en el pecho, pavoneándose con orgullo.

Continuó aquella tempestad tropical de discursos. Un nuevo general fue invitado a hablar y siguiendo el precedente, designó a un representante suyo que lo hiciera. Éste<sup>b</sup> bajó a todos los santos del cielo, y los comparó con su hombre, terminando:

—"...la tierra debe sentirse orgullosa de ser pisada por este hombre; las florestas deben enviar a su paso las brisas más perfumadas; y sólo es digna de sus oídos, la sinfonía multiforme de los océanos, que lamen sus plantas como lebreles acobardados."

Llegó en su turno, la petición de que hablara el general Sosa Torres, quien volviéndose a mí, que estaba a su derecha, me invitó a hacerlo en esta forma:

—Dígales algo calentito.

Comencé suplicando a los comensales, que me perdonaran no continuar por el sendero trazado por mis predecesores, porque creía que ellos, politiqueros al fin, se estaban burlando de la

ignorancia de los revolucionarios, al hacer comparaciones que avergonzarían a cualquier hombre sensato que supiera con quiénes se le comparaba. Que todos nosotros, éramos únicamente unos soldados improvisados, en la monotonía, empujados a tomar el mauser por lo ignominia del régimen huertista. Que no habíamos podido obtener batallas decisivas, de las que hacen una fama nacional. Ni siquiera organizar fuerzas en número suficiente como lo habían hecho muchos revolucionarios, en otros estados<sup>4</sup> de la república<sup>5</sup>. Por lo tanto, que era un escarnio, una vejación ignominiosa, ser comparados con César, Alejandro, Aníbal, quienes habían formado ejércitos, transformando el arte de la guerra, dando batallas, organizando pueblos y legislado sobre la humanidad. Que, entre todos los presentes, no había uno sólo a quien se pudiera aplicar el adjetivo de "bueno", "bondadoso", "humilde", porque la Revolución era arrogante, cruel, sangrienta, y nosotros la representábamos. Que entre todos los presentes, no había nadie que pudiera ser comparado con el santo más malo, ni con Santiago Apóstol, que fuera olvidado por el orador que me precediera en el uso de la palabra. Que era una burla sangrienta comparar a los mejores de los revolucionarios, con el buen Francisco de Asís. Que, si quienes habían hecho uso de la palabra querían burlarse de nosotros, debían tener más cuidado con sus expresiones para que no se repitieran escenas sangrientas, bien conocidas de todos. Que el revolucionario, dentro de la maldad que imponía la guerra, dentro de la crueldad de otros muchos, y de la ignominia de todos, tenía rutas muy altas que seguir, en las que la adulación y el servilismo, podían fijar encrucijadas que le hicieran torcer esos caminos, deformando la verdad. Que la Revolución, debía entenderse que había sido hecha para el mejoramiento social, y no para la formación de castas, que lo mismo podían llamarse de señores feudales, de príncipes de la iglesia, de caciques políticos o de generales de la Revolución. Que la Revolución no había sido hecha para endiosar hombres, por muy valientes y mejor orientados que se les supusiera, en banquetes en los que se derramaban los licores, se tiraba la carne y se pisoteaban los dulces, en tanto que se burlaba el ansia de justicia de los que en las calles, no tenían

un pedazo de pan que llevarse a la boca, una ropa que vestir, una medicina para curar sus males, ni un libro con qué enseñar a sus hijos y enseñarse ellos mismos, en tanto que los generales se daban banquetes en los que el esfuerzo de la digestión y el calor de los vinos, los hacía sudar a mares. Que si los jefes de esta Revolución, caían en manos de los serviles y de los aduladores como había ocurrido en épocas pasadas, esto los haría convertirse en nuevos azotes de las clases humildes, poniéndose, al final, al servicio de los explotadores, de las clases privilegiadas. Que todas las revoluciones en México, principiaban con hambre y privaciones en el campo, se desvirtuaban en los banquetes, y terminaban un día antes de ascender el caudillo al poder.

Para terminar, aseguré que aquellas palabras no eran expresión de las ideas del general Sosa Torres, sino genuinamente mías, y, por lo tanto, asumía la responsabilidad de ellas, cualquiera que fuese...

Entre un vasto silencio terminé mi peroración. En tanto, los grupos hablaban o cuchicheaban en torno a los generales y jefes, que se sentían ofendidos por esta rociada de agua fría, después de haber sido comparados con genios, santos y astros, anteriormente.

Esto, como era natural, no podían permitírmelo. Todos los que se sintieron ofendidos, quisieron hablar al mismo tiempo. Se entabló una discusión a gritos, que los politiqueros con su malicia y habilidad desviaron, haciendo que la música tocara "La Cucaracha".

A los primeros acordes del son de guerra revolucionario, siguieron los vivas y los alaridos. Las pistolas salieron de sus fundas, y comenzaron a escupir plomo a los techos, que al descascararse, dejaban caer sobre los comensales una lluvia de caliche.

Desde aquel momento, la división entre los hombres de las dos tendencias, se produjo de manera inevitable, poniéndose, francamente, una frente a la otra. La intriga, la traición y la bellaquería de un lado. La lealtad, la franqueza, la rectitud y el amor de los humildes del otro. Y así, por lealtad a la Revolución y al presidente<sup>6</sup> Carranza, murieron Colorado, Jiménez, Sosa Torres, Gil Morales y casi todos sus amigos.

Los humildes, los parias de Tabasco los eternamente ilusionados de un mundo mejor, no olvidan a sus representativos... y aún esperan quien los sustituya en la lucha.

Al salir del comedor rumbo a la calle, me encontré grupos de los que habían venido de sus lugares acompañando al ejército Revolucionario hasta la capital, que se regresaban a sus casas.

Me acerqué a uno de los grupos para preguntarle por qué abandonaban la ciudad. Con verdadera ingenuidad, me respondieron.

—Señor, porque la Revolución ya se está volviendo gobierno<sup>a</sup> y no hay gobierno bueno para los pobres. Ustedes en sus discursos, nos dijeron que cogiéramos lo que tenían los ricos, que vengáramos nuestros agravios; y cuando apenas empezamos, nos matan. Ya ve, están ustedes saliendo de un banquete, y nosotros, hasta esta hora, que son las cinco de la tarde, no hemos podido conseguir tortillas para comer. Por eso volvemos a nuestros terrenos. Ya la libertad se acaba, desde que nombraron gobernador<sup>a</sup> y se repartieron los puestos. Nosotros, seguiremos lo mismo de siempre. Seremos esclavos buenos y sumisos, porque el que no lo es, ya sabe: la cárcel, el látigo o la muerte lo esperan...

Toda aquella avalancha de verdades, iba hiriéndome en lo más profundo. Sentía hervir mi sangre de coraje, pero la impotencia me maniató. Las lágrimas pugnaban por salirse de los ojos. Quise dejarlas escapar, pero: ¿se darían cuenta de por qué lloraba?...

Y otra vez, aquella caravana doliente, desandando los caminos, se metió a los ranchos a ponerse nuevamente las cadenas de la esclavitud.

¡Crítica hora para los revolucionarios! El pueblo había perdido la confianza, y si a esto se unía la "leva" que casi todos los generales llevaban a cabo para aumentar sus contingentes, se comprenderá todo el dolor que resumía el cuadro.

¡México con sus eternas ansias de renovación, y entregándose siempre al primer audaz que se presentaba, tenía que renovar cada década, heroicamente, la lucha por sus libertades y por un poco de bienestar material para sus hijos!

Y pensar que los incultos, los bárbaros, éramos los depositarios de los designios de México. Dura comparación: entre nosotros y lo que valían los hombres de la clase media, y la civilizada del país, no sabía la patria<sup>a</sup> a dónde tomar partido. Su razón se volvía loca como una brújula inservible.

El dinero, la burocracia y la sabiduría, se habían saciado, apurado hasta las heces, succionando todas las energías de las clases bajas. Así, en casa de sus representantes, podía verse a millonarios con sirvientes que no ganaban para comer; burócratas con cinco empleos que desempeñaba algún infeliz, cuyos hijos no iban a la escuela por falta de zapatos; sabios insatisfechos, con sirvientes analfabetos; y, en fin, una clase que se lo roba todo para su personal satisfacción.

El destino de un país entregado al desorden; porque quienes tenían obligación de organizarlo, no supieron cumplir con su deber... Otra vez la rueda dolorosa dando vueltas, para dejar en su sitio a los de arriba: los egoístas, desleales, hipócritas, acomodaticios, ladrones, homosexuales y bandidos.

Sólo había una esperanza, y esta la encarnaba un hombre: ¡Siempre los destinos de México en manos de un<sup>a</sup> hombre<sup>a</sup>!

Hacia él fue mi imaginación, y muy quedo, para que nadie me escuchara, mientras caminaba, iba repitiendo:

—Carranza... Carranza... Carranza...

Junto a mí, de pronto, se detuvo una escolta. De ella se desprendió un oficial que se acababa de incorporar a la Revolución en San Juan y quien pistola en mano me intimó:

—Jale p' delante... Lo vamos a fusilar por reaccionario, hablador, disoluto, y por revolucionario de última hora... ándele.

—Óigame<sup>b</sup> catrincito: ¿por qué no fusilan a don Venustiano Carranza<sup>a</sup> por carrancista de última hora?...

—Ya le tocará su turno... ¡no se desespere! ¡jale<sup>b</sup> p' delante...

—Que desarmen a este títere impertinente —dije— y lo lleven al cuartel a cintarazos. ¡En la madrugada lo fusilan!

Los soldados cumplieron mis órdenes al pie de la letra, y yo, continué ambulando por aquellas calles lodosas y desiertas, acariciado por el viento

---

tibio de la tarde que traía perfumes del campo y miasmas de zahurda.

Casi toda la noche me estuve repitiendo mentalmente:

—Hay que comenzar de nuevo. Hay que limpiar a la Revolución. Hay que llevar la Revolución al gobierno<sup>a</sup> de la Revolución. Hay que declarar la Revolución permanente, y hacer una escuela, para los que nos substituyan, enseñándoles, que deben obrar como materialistas. pensar como espiritualistas y vivir como cristianos.

—Hay que legislar, en forma social, sobre el desarrollo de la industria, la agricultura y la minería, para bien de los de abajo. Sobre una justicia universal que coloque efectivamente a todos los hombres en condición de igualdad, para aspirar a planos superiores. Sobre la forma de extirpar definitivamente los males incurables que producen las castas sociales, principalmente los efectos de la burocracia, la aristocracia, el militarismo y el liderismo, así como todo germen de parasitismo social. Sobre la forma especial para el desarrollo de la riqueza proletaria por medio de la socialización: de irrigación, transporte, comercio y electricidad.

—Hay que redimir al hombre de la esclavitud, por medio de la máquina, estableciendo la política maquinista del proletariado.

—Hay que orientar a los hombres de buena voluntad y señalarles las rutas por donde debe llegarse hasta Dios.

—Hay que hacer un nuevo faro para los que sufren. Hay que terminar con el<sup>b</sup> tumulto y principiar a luchar por la Revolución. Hay que conseguir la universalidad de nuestras ideas.

Estaba atormentado por esta obsesión, en esa apartada población de la república que se llamo San Juan Bautista, cuando recibí un telegrama que me llenó de luz el espíritu.

“México 8 de septiembre de 1914”.

“Sírvasc incorporarse inmediatamente a la matriz de su cuerpo, pues los dinamiteros han sido honrados, formando parte de las fuerzas que escolten a los poderes directrices de la Revolución”.

“El jefe” del C. de Dinamiteros”.

*D. Mariñalarena”.*

---

# Epílogo

[Primavera de 1939]

## El último\* ataque de malaria

El calosfrío palúdico ha terminado. El fuego de la calentura se empieza a sentir. El dolor de cabeza, va cediendo. El hígado y el bazo molestan menos. Deseo sentir la sensación del agua en la boca.

Mis ojos ven con más claridad. Parece que la luz ha aumentado de intensidad. Siento un bienestar sedante.

Sólo queda el zumbido que produce la fiebre. A pesar de sentirlo en los oídos, parece conectado con el cerebro y la vista.

Un ruido en el cráneo va aumentando su intensidad, y voy perdiendo otra vez la vista y el sentido. Vibra todo mi organismo como si fuera a desintegrarme.

En un momento, siento como una explosión de todo mi ser y que éste, en átomos insignificantes, se convierte en parte del vacío, profundamente oscuro<sup>b</sup>, intangible, sin vida.

¡Es como si el ser se hubiese deshecho en la nada, donde la vida no existe, o tiene movimientos milenarios!

¡Se me figura ser la partícula de un átomo en el centro de una roca, y en el macrocosmos del átomo, me siento con vida aunque sin la manifestación ordinaria, pues no hay vista, olfato, tacto, sentido de dimensión ni de nada humano!

¡Así se pasa una eternidad!

De repente distingo puntos luminosos que se van integrando y aparece una luz tenue. El oído comienza a percibir ruidos insignificantes al empezar a darse cuenta de la vida. ¡El olfato funciona! ¡Lo único que no se revela es el tacto!

Las imágenes pasan precipitadas como en una cinta cinematográfica.

Veó que la selva está habitada por seres superiores. El indio maya está en todas partes.

Ordena taladrar cerros, descubrir pirámides, transformar el curso de los ríos, extraer tierra vegetal que es conducida en grandes cantidades a barcos de diversas nacionalidades.

Todas las casas tienen defensa contra el mosco y el miasma de los pantanos.

El agua y el aire se purifican por medio de procedimientos desconocidos para mí.

Los hombres trabajan determinado número de horas al año, y vuelven a remontarse a la altiplanicie. Todo es actividad y vida en el trópico.

Muchas gentes estudian detenidamente mi libro *Maquinismo*<sup>a</sup>, para descubrir su contenido e implantar sus sistemas.

Mi ser parece que se extiende en toda la vasta región y tiene ojos para ver el desenvolvimiento de amplia zona desde Panamá hasta Tehuantepec. En este panorama, descubro una civilización que subyuga. Se estudia, trabaja, se vive, se piensa y se ama, con una fecunda intensidad. El ambiente ayuda a un rápido desarrollo.

Un ruido extraño, como el estampido de un cañón, parece que integra otra vez mi cuerpo y lo reduce al tamaño natural.

Veó con dificultad, que estoy en mi cuarto, se me figura que estoy soñando todavía, y pregunto:

—¿Dónde estoy?

Mi esposa me contesta con ternura:

—En tu casa.

—¿Pero en qué país y en qué lugar?

—En México, en la calle de la Corregidora  
núm. 22.

—Y ese ruido que oí, ¿qué fue? ¿acaso hay algún nuevo pronunciamiento o motín?

—Es una llanta que estalló en la calle.

—¿Y esta señorita que tengo junto a mí?

---

—Es tu taquígrafa: la señorita Elizabeth Yáñez.

—¡Ah! He vivido tantos siglos... he visto tanto, ¡que ya puedo morir!

Y en la sombra del cuarto escuché la voz de mi esposa que decía:

—Le sigue el delirio.

—¡No! No me sigue el delirio; señorita Yáñez: procure sacar exactas las notas de mi dictado, y ya veremos el éxito que tiene esta obra vivida, sentida y sufrida por este enfermo de paludismo. Con Dios, y buena suerte.

Recuesto la cabeza sobre el brazo derecho; un sueño profundo se apodera de mí. Humanamente empiezo a soñar.

Este eterno soñar despierto, dormido, o febricitante, que no sé si es un estado permanente de subconciencia, o parte de mi enfermedad.

Esa eterna impresión de estar en una hamaca, bajo la selva, escuchando el constante gotear de la lluvia sobre las hojas; sintiendo la putrefacción de la hojarasca; oyendo el chirrido agudo del grillo; el croar incesante de las ranas, que parecen ubicadas siempre a la misma distancia para producir el mismo ruido: los alaridos prolongados y

quejumbrosos de la jauría famélica; el grito del saraguato y finalmente, el frío cataléptico que me arranca de la vida universal y me sume en el vacío oscuro<sup>b</sup> de la muerte.

Paludismo<sup>a</sup>: Marca de la selva, premio de la rebeldía, recompensa nacional y amigo íntimo de mis andanzas; llévate definitivamente mi cuerpo para que no sienta la vergüenza y el martirio de ya no ser efectivamente útil a la Revolución.

¡Paludismo!<sup>a</sup> ¿Por qué no te inoculas en los cuerpos de los revolucionarios de ocasión, hechos en los puestos públicos, para que sin grandes molestias aprendan a sufrir?...

Selvas<sup>a</sup> mayas<sup>a</sup> de Campeche, Guatemala, Tabasco y Yucatán: atraed con vuestras riquezas a la burocracia universal...

La fiebre ha terminado; parece que mi alma se incorpora al cuerpo. Estoy en la capital de México a salvo de las alimañas de la selva, pero no sé por qué siento que, todavía vivo la espantosa noche del jato de las víboras que matan<sup>a</sup>...

**Fin**

**Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, en julio de 2001. Con un tiraje de 1,500 ejemplares.**









*"El pasado de Tabasco necesita ser desenterrado, valorado, reinterpretado; en su núcleo más recóndito se escuchan todavía voces encerradas en el tiempo. Es labor de las instituciones contribuir a ello, es por eso que la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, se ha dado a la tarea de rescatar esas voces de la ignominia social, darles de nueva cuenta un hálito de vida en nuestro presente. Al mantener esa eterna búsqueda de conocimiento, la universidad estimula un debate y reordenamiento de las formas de comprenderse, de estudiar la dinámica colectiva e individual de una sociedad que exige explicaciones a su presente inmediato. Inmediatez que inexorablemente indaga en el pasado y extrae muestras para la elaboración de nuevos saberes. La publicación de los Clásicos Tabasqueños, es un aporte que hace nuestra máxima casa de estudios al generoso pueblo de Tabasco, y contribuye con ello a la formación de una sociedad más crítica y atenta a los cambios bruscos de orden mundial; para ello es necesario que conozca y asuma su pasado."*



nr.31566